

La angustia es la compañera inseparable de nuestra existencia. Mediante ciertas modificaciones, siempre renovadas, nos persigue, desde el nacimiento hasta la muerte. La historia de la humanidad nos revela el constante afán del hombre por aminorar, superar o fijar la angustia. Aunque la angustia siga, ineludiblemente, un curso paralelo al de nuestra vida, ello no significa que seamos en todo instante conscientes del fenómeno, que está siempre presente y puede irrumpir en cualquier momento.

La obra da a conocer cuatro formas fundamentales de angustia que afectan a otros tantos tipos estructurales de la personalidad, tipos normales, que, sujetos a deformaciones o desviaciones, dan lugar a cuatro especies de neurosis: la esquizoidia, la depresión, la obsesión y la histeria.

El autor estudia las manifestaciones de la angustia en cada uno de estos cuatro tipos dentro de la esfera de los impulsos, principalmente del amor y del odio (agresividad). Su interés se centra en las motivaciones que esmaltan la vida de cada individuo (análisis de ejemplos), puesto que los rasgos característicos de la personalidad, no sólo se deben a determinada constitución, sino también a nuestra actitud y comportamiento ante el mundo y la vida. Cuanto de negativo nos ha suministrado la disposición innata y el medio ambiente admite modificaciones a tenor de la receptividad de cada uno.

La obra se ha escrito para ayudar al individuo a vivir, para brindarle una mayor comprensión de sí mismo y de los demás, y para despertar y reavivar la conciencia respecto a importantes correlaciones que nos afectan: detrás de las cuatro formas básicas de la angustia se esconden problemas de orden humano que todos hemos de afrontar.

Herder

ISBN 84-254-0712-5



9 788425 407123

Fritz Riemann

FORMAS BÁSICAS DE LA ANGUSTIA



Biblioteca de Psicología
Textos Universitarios

FORMAS BÁSICAS DE LA ANGUSTIA

Biblioteca de Psicología
Textos Universitarios

FRITZ RIEMANN

FORMAS BÁSICAS DE LA ANGUSTIA
Por FRITZ RIEMANN

FORMAS BÁSICAS
DE LA
ANGUSTIA

Estudio de psicología profunda

EDITORIAL HERDER
BARCELONA

Versión castellana de ALFREDO GUERA MIRALLES, de la obra de
FRITZ RIEMANN, *Grundformen der Angst*,
Ernst Reinhardt Verlag, Munich-Basilea

ÍNDICE

Segunda edición 1996

Diseño de la cubierta: CLAUDIO BADO y MÓNICA BAZÁN

© 1975 by Ernst Reinhardt Verlag, Munich
© 1978 Empresa Editorial Herder S.A., Barcelona

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento en sistema informático y la transmisión en cualquier forma o medio: electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros métodos, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright

ISBN 84-254-0712-5

Introducción: Esencia de la angustia y antinomias de la vida	9
I. LAS PERSONALIDADES ESQUIZOIDES	29
El sujeto esquizoide y el amor	29
El esquizoide y la agresividad	37
El sustrato biográfico	42
Ejemplos de vivencias esquizoides	50
Consideraciones complementarias	56
II. LAS PERSONALIDADES DEPRESIVAS	71
La personalidad depresiva y el amor	80
La personalidad depresiva y la agresividad	84
El sustrato biográfico	89
Ejemplos de vivencias depresivas	102
Consideraciones complementarias	113
III. LAS PERSONALIDADES OBSESIVAS	123
La personalidad obsesiva y el amor	136
La personalidad obsesiva y la agresividad	143
El sustrato biográfico	150
Ejemplos de vivencias obsesivas	158
Consideraciones complementarias	167
IV. LAS PERSONALIDADES HISTÉRICAS	179
La personalidad histérica y el amor	187
La personalidad histérica y la agresividad	195
El sustrato biográfico	198
Ejemplos de vivencias histéricas	210
Consideraciones complementarias	218
CONSIDERACIÓN FINAL	227

PREFACIO DE LA NOVENA EDICIÓN ALEMANA

El libro *Formas básicas de la angustia* ha gozado de tal interés, desde su primera edición (1961), que me ha obligado a corresponder, con esta última refundición, que supone una profunda revisión de la misma. He completado sus páginas con nuevas historias clínicas y varias adiciones sobre el nexo existente entre los 4 tipos estructurales, dentro de la esfera del amor y del odio (agresión). Me he esforzado asimismo por mejorar el texto, algo denso, anteriormente, a causa de ciertos párrafos demasiado seguidos y prolongados. El libro, pues, se ha visto ampliado; confío en que tales ampliaciones supongan un enriquecimiento del contenido. Hemos conservado, por otra parte, sin modificaciones, el concepto fundamental.

FRITZ RIEMANN

INTRODUCCIÓN

ESENCIA DE LA ANGUSTIA Y ANTINOMIAS DE LA VIDA

La angustia es la compañera inseparable de nuestra existencia. Mediante ciertas modificaciones, siempre renovadas, nos persigue, desde el nacimiento hasta la muerte. La historia de la humanidad nos revela el constante afán del hombre por aminorar, superar o fijar la angustia. Magia, religión y ciencia han rivalizado para lograrlo. La búsqueda de Dios, la entrega generosa de sí mismo, la investigación de las leyes naturales, la renuncia ascética al mundo, así como los conocimientos filosóficos, no suprimen, desde luego, la angustia, pero ayudan a soportarla y volverla quizás provechosa para nuestro desarrollo. Persiste de todos modos, como una más de nuestras ilusiones, la creencia de que podemos vivir sin angustia; pero la angustia es parte de nuestra vida y refleja las limitaciones y el saber referentes a nuestra condición mortal. Sólo podemos cultivar aquellas fuerzas que la contrarrestan: valor, confianza, ciencia, poder, esperanza, humildad, fe y amor. Nos pueden servir para frenar, para vencerla, una y otra vez. Hemos de considerar, con escepticismo, aquellos métodos, sean de la índole que fueren, que prometen liberarnos de la angustia: no van de acuerdo con la realidad del ser humano y despiertan ilusorias expectativas.

Aunque la angustia siga, ineludiblemente, un curso paralelo al de nuestra vida, ello no significa que seamos, en todo instante, conscientes del fenómeno. De todos modos, está siempre presente y puede irrumpir en cualquier momento en la conciencia, cuando determinada vivencia induce una constelación interna o externa. Mostramos, la mayoría de las veces, la tendencia a rehuirla y evi-

tarla. Para ello, hemos desarrollado técnicas especiales con que reprimirla y anestésiala o soslayarla y negarla. Ahora bien, al igual que la muerte, no se eclipsa, aun cuando dejemos de pensar en ella.

Subsiste también la angustia, independientemente de la cultura y del nivel evolutivo de un pueblo o un individuo: lo que varía es cuanto, en cada caso, la provoca, así como los medios y recursos que se emplean para combatirla. Por ejemplo, no solemos, actualmente, sentir ansiedad, ante el trueno y el relámpago; los eclipses de sol y de luna se han convertido, para nosotros, en un interesante espectáculo natural: ya no constituyen una vivencia angustiada, puesto que sabemos que no significan la desaparición definitiva de dichos astros, ni el fin del mundo. En cambio, conocemos ciertos tipos de ansiedad que pretéritas culturas desconocían: nos angustiamos, frente a la acción de las bacterias, la amenaza de nuevas enfermedades, los accidentes de tráfico, la vejez y la soledad.

Sin embargo, los métodos de lucha contra la angustia no se han modificado tanto. En lugar de conjuros y sacrificios, proliferan ahora los productos farmacéuticos, que la enmascaran, pero no la eliminan. La posibilidad moderna — acaso la más importante — de elaborar la angustia es la psicoterapia, en sus diversas modalidades: descubre, por primera vez, la historia del desarrollo de la angustia, en el individuo; investiga sus conexiones con las circunstancias familiares y socioculturales y facilita la confrontación; presenta, para ello, como objetivo una fructífera elaboración de la angustia, mediante una maduración recuperadora.

Se trata, evidentemente, de una de las compensaciones concomitantes de la vida. Si, por medio de la ciencia y la técnica, logramos ciertos progresos, respecto de la conquista del universo, que suprimen determinadas formas de ansiedad, no hacemos sino sustituir estas últimas por otras nuevas. Ello no altera el hecho de que la angustia se mantenga adherida, inexorablemente, a la vida. Lo único que sucede es que hay un segundo tipo de angustia que parece responder a nuestra vida actual: vamos conociendo, en número creciente, distintas formas de ansiedad debidas a nuestra propia actuación, que se vuelve contra nosotros. Es el caso de la angustia que nos acosa, ante las fuerzas destructivas que somos capaces de desencadenar; baste pensar en los riesgos que comporta, por ejemplo, el uso irre-

flexivo de la energía atómica o en la terrible facultad de interferir el curso natural de la vida. El producto de esa «hibridación» se transforma en una especie de *boomerang*, que busca aniquilar a su propio autor. El apetito de poder, carente de amor y humildad, la voluntad de alcanzar el señorío sobre la naturaleza y la vida, hace brotar, en nosotros, la ansiedad, al vernos convertidos en seres manipulados, vacíos de sentido. Si el hombre de otras épocas se sentía inerme y angustiado ante las fuerzas de la naturaleza o ante terroríficos demonios y dioses vengativos, el hombre actual se inquieta, ante sí mismo.

Constituye, pues, una nueva ilusión el creer que el «progreso» — que es, al propio tiempo, un retroceso — nos va a liberar de nuestros temores y ansiedades; quizá logre apartarnos de algunos, pero ello atraerá nuevos temores y ansiedades.

La vivencia de angustia corre parejas, según decíamos con nuestra existencia. Aunque sea un principio de validez general, todo ser humano vive sus modificaciones personales de la angustia, de la angustia por antonomasia, que no existe «per se», como tampoco la muerte, el amor u otras cualesquiera abstracciones. Cada persona cuenta con su forma individual de ansiedad, que le es peculiar, al igual que su forma propia de amar y de morir. Quiere esto decir que sólo hay una angustia vivida y reflejada en el ser humano concreto; por ello, presenta siempre un cuño particular, pese a cuanto la vivencia de angustia tenga de común, en sí. Esta angustia personal depende de las circunstancias individuales, de las propias disposiciones y del medio ambiente; posee un desarrollo histórico que se inicia, prácticamente, en la cuna.

Si examinamos, sin turbación, la angustia, sacaremos la impresión de que muestra una doble faceta: puede, por una parte, volvernos activos; por otra, paralizarnos. La ansiedad es una señal de alarma, contra los peligros; implica, al mismo tiempo, un rasgo de exigencia: el impulso de superarla. La aceptación y el dominio de la angustia suponen un paso adelante, en nuestro propio perfeccionamiento, en nuestra propia maduración. El rehuir, el evitar el enfrentamiento con ella, determina nuestro estancamiento, inhibe la progresión de nuestro desarrollo, nos fija en el infantilismo, al no lograr rebasar los límites que nos impone.

Irrumpe la ansiedad en situaciones que no somos capaces — o que no somos aún capaces — de superar. Cualquier movimiento hacia el desarrollo, hacia la madurez va unido a la angustia, ya que conduce a algo nuevo, a algo hasta ese momento desconocido o no realizado, a condiciones interiores o exteriores que no habíamos vivido nunca y que nos encuentra como a unos neófitos. Todo lo que es inédito e ignorado, todo aquello que realizamos o vivenciamos, por vez primera, encierra, además del placer de la aventura y la alegría del riesgo, la inevitable angustia. Dado que nuestra vida desemboca siempre en lo novedoso, en lo insólito, en lo que todavía no se ha experimentado, la angustia nos sigue muy de cerca. Suele aparecer, en nuestra conciencia, al alcanzar hitos especialmente importantes de nuestro desenvolvimiento, por los que hemos de abandonar viejos y trillados caminos, afrontar nuevas misiones o soportar ciertos cambios. El desarrollo, la adultez y la madurez se relacionan, claramente, con la superación de la angustia. Toda edad tiene sus característicos estadios de maduración, con los consiguientes temores y ansiedades, que deben eliminarse, cuando se ha de proseguir la marcha ascendente.

Existen, en efecto, temores completamente normales, los cuales corresponden a la edad y al estadio de desarrollo, temores que el sujeto sano sabe dominar; éste es un hecho de capital importancia para su ulterior evolución. Recordemos, por ejemplo, los primeros pasos que el niño da, por sí solo: empieza a soltarse de la mano de su madre, para lo cual tiene que superar el miedo a caminar, sin ayuda, y a verse abandonado en el espacio libre. Recordemos asimismo los grandes cortes que jalona la vida del hombre: el comienzo de la escolaridad, cuando ha de separarse de la familia para afirmarse y adaptarse a una nueva comunidad, que al principio, le resulta extraña; la pubertad y los primeros contactos con el sexo contrario, a impulsos de la nostalgia erótica y del deseo sexual; la iniciación de la actividad profesional; la fundación de un hogar propio; la maternidad; por último, la vejez y el encuentro con la muerte. A todo ello se adhiere la angustia.

Todos esos sinsabores y preocupaciones se pegan, por decirlo así, de un modo orgánico, a nuestra vida, ya que dependen de etapas corpóreas, psíquicas o sociales del desarrollo, así como de la adop-

ción de nuevas funciones, en el seno de la comunidad o de la sociedad. Cada uno de estos avances supone pisar una franja determinada y exige que nos desprendamos de algo habitual y familiar, que nos arriesguemos a sumergirnos en la esfera de los hechos des-acostumbrados.

Al lado de esos temores, pululan otros que no son típicos de ciertas situaciones límite; no nos permiten, por tanto, comprender la angustia de los demás, ya que no es el reflejo de la que nosotros mismos sufrimos: la soledad puede provocar una intensa ansiedad en determinado individuo; las aglomeraciones humanas, en otro; en un tercero, el hecho de atravesar un puente o una plaza; en éste, el encontrarse en espacios cerrados; en aquél, el enfrentarse a animales realmente inofensivos, como los escarabajos, arañas y ratones.

Pese a las distintas facetas que pueda adoptar, el fenómeno que denominamos *angustia* comporta, en los diferentes seres humanos — no existe nada, en la práctica, ante lo cual no podamos sentir ansiedad —, comporta, digo, si lo consideramos, atentamente, unas variantes muy claras, que designo como «formas básicas de la angustia» y que intentaré describir, en páginas sucesivas. Todas las modalidades posibles de la ansiedad tienen algo que ver con estas formas básicas. Se trata bien de variantes extremas y deformaciones de las mismas, bien de desplazamientos hacia otros objetos. Tendemos, precisamente, a fijar nuestra angustia no elaborada, ni refrenada en elementos sustitutivos inocuos que podemos evitar, con mayor facilidad, que los auténticos e ineludibles objetos desencadenantes de la ansiedad.

Las formas básicas de la angustia se relacionan con nuestro modo de encontrarnos en el mundo, con nuestra tensión entre dos grandes antinomias, cuya oposición y contradicción insolubles hemos de vivir. Quisiera exponer ambas antinomias, por medio de un ejemplo que nos introduce en ordenaciones y normas suprapersonales, de las cuales no solemos tomar conciencia, pero que no, por ello, dejan de ser auténticas.

Nacemos, en un mundo que obedece a cuatro poderosos impulsos: nuestro planeta gira, a un ritmo determinado, en torno al sol, astro rey de nuestro sistema, movimiento que designamos con el nombre de *traslación*. La tierra, por su parte, da vueltas alrededor de su

propio eje, es decir, efectúa una *rotación*. Se dan, al propio tiempo, otros dos impulsos contrapuestos y complementarios, que obligan a nuestro mundo a mantenerse en movimiento, dentro de unas vías concretas: la fuerza de gravedad y la fuerza centrífuga. La gravedad conserva unido nuestro mundo; es una energía centrípeta, que lo atrae, a modo de una succión. La fuerza centrífuga rehúye el centro, lanza la tierra hacia afuera, hacia la lejanía; la tiene sometida a una especie de tracción *ad extra*. Tan sólo el equilibrio entre estos cuatro impulsos garantiza el orden reinante, un orden sometido a leyes fijas, en el cual vivimos y que denominamos cosmos. La alteración o anulación de este movimiento perturbaría o arruinaría la armonía del universo y daría lugar al caos.

Imaginemos que, por un momento, la tierra no secundase uno cualquiera de estos impulsos fundamentales. Si desapareciera el movimiento de traslación en beneficio del de rotación, la tierra perdería su categoría de planeta para asimilarse a la de un sol, en torno al cual habrían de girar otros planetas. No se ajustaría ya a su trayectoria obligada, alrededor del actual astro rey, se acomodaría a sus propias reglas.

Si, por el contrario, prescindiese de la rotación en torno a su propio eje y se limitase a dar vueltas en torno al sol, pasaría del nivel de planeta al de satélite; sería una luna, con la misma cara vuelta siempre hacia el sol, con una total dependencia, respecto del mismo. En ambos casos, rompería con sus propias normas, como planeta: sumisión al esquema del sistema y, sin embargo, una rotación independiente.

Por otro lado, si la tierra careciera de gravedad, de fuerza centrípeta, quedaría ligada, exclusivamente, a la fuerza centrífuga; habría un estallido caótico, al salirse de su trayectoria. Por último, si no se sujetara más que a la fuerza de gravedad, sin el contrapeso de la fuerza centrífuga, se convertiría en algo completamente rígido e inmutable o se vería arrastrada, fuera de su órbita, por otras energías, a las que no podría oponer ninguna fuerza peculiar.

Apliquemos ahora este ejemplo al hombre. Supongamos — fenómeno muy próximo a la realidad — que el ser humano, como habitante de nuestro planeta y como parte pequeñísima de nuestro sistema solar, se halla supeditado igualmente a tales leyes, con lo

cual se hace portador de los impulsos que hemos descrito, pulsiones inconscientes y, a la vez, ocultas exigencias. Ello nos conduce a sorprendentes correlaciones. No basta con trasladar dichos impulsos básicos al plano humano, traducirlos al lenguaje psicológico e interrogarnos, acerca de las correspondencias que se advierten, entre las vivencias psíquicas. Tropezaremos entonces con las susodichas antinomias, que son las que presiden nuestra vida, y — como veremos, más adelante — nos enfrentaremos a las formas básicas de la angustia, que se conectan con aquéllas, por lo cual cobran pleno sentido.

A la rotación en torno al propio eje respondería, psicológicamente, la exigencia de individuación, es decir, de ser un individuo único y por una sola vez. Con la traslación alrededor del sol, nuestro astro rey, se ensamblaría la exigencia de integración en un conjunto superior, es decir, de limitar nuestra autolegitimación, nuestros propios juicios, en favor de coherencias suprapersonales. He aquí, pues, la primera antinomia: la de que hemos de ser nosotros mismos, pero adscritos, al mismo tiempo, a correlaciones supra-individuales.

A las energías centrípetas — la fuerza de gravedad — les correspondería, en el plano psíquico, nuestro impulso a la constancia y duración. Finalmente, las energías centrífugas — fuerzas de escape, de huida — se relacionarían con ese impulso que nos mueve siempre hacia adelante, hacia la transformación y el cambio. Nos hallamos así, frente a otra antinomia, que engloba las también contradictorias exigencias de permanencia y mutación.

Con arreglo a esta analogía cósmica, nos veríamos sometidos a cuatro exigencias fundamentales, que descubrimos, en nosotros, como tendencias contrapuestas, pero a la vez, suplementarias; tales exigencias adoptan formas cambiantes, penetran toda nuestra vida y nos piden respuestas constantemente renovadas.

La *primera exigencia*, que, de acuerdo con nuestro símil, corresponde a la rotación, es la de constituirse en un individuo único e irrepetible: el hombre ha de afirmar su propio ser y delimitarlo, frente a su semejantes; ha de convertirse en una personalidad inconfundible, no en un ente, masa susceptible de ser permutado y

sustituido por otro cualquiera. Ahora bien, ello comporta una angustia, que nos amenaza, cuando hemos de diferenciarnos de los demás y salir del cobijo que supone sentirse integrado y fundido en una comunidad, lo cual ha de significar soledad y aislamiento. Aunque seamos afines a determinados grupos — por mor de nuestra raza, familia, pueblo, edad, sexo, creencias o profesión — no dejamos, por eso, de ser, al mismo tiempo, individuos y, por tanto, algo único e irrepetible, claramente distinto del resto de los seres humanos. El hecho asombroso es que basta la huella de nuestro dedo pulgar para diferenciarnos, sin error posible, de cualquier otra persona e identificarnos, claramente. Nuestra existencia se asemeja a una pirámide: la base está constituida por los rasgos comunes de la especie; pero, a medida que se acerca al vértice, se va destacando, respecto de los vínculos comunitarios, para terminar en la unicidad y exclusividad. Mediante la aceptación y desarrollo de nuestra propia entidad única e irrepetible, por el *proceso de individuación* — así designa C.G. JUNG este proceso evolutivo —, nos salimos del cobijo del «pertenecer a», del «ser como los demás» y vivenciamos con angustia la soledad de individuo. Cuanto más nos diversificamos, tanto más solitarios y expuestos estamos a la inseguridad, a la falta de comprensión, al rechazo y, en ocasiones, a los ataques del prójimo. Ahora bien, si no nos aventuramos a devenir individuos autónomos, nos fijamos demasiado a lo específico, a lo colectivo, y quedamos en deuda, de un modo decisivo, con nuestra dignidad humana.

La *segunda exigencia*, que, en nuestro caso, correspondería a la traslación en torno al sol, es la de abrirnos, franquearnos, confiadamente, al mundo, a la vida y a nuestro prójimo: hemos de tender un puente con el no-yo, el extraño, el que está fuera de nosotros. Con eso, aludimos a la vertiente de donación — en el más amplio sentido — a la vida; pero a ello va unida la angustia de perder nuestro yo, de tornarnos dependientes, de entregarnos, de no poder vivir, adecuadamente, y tener que sacrificar nuestra peculiaridad, en aras del bien común, de ceder demasiado de nosotros mismos para adaptarnos de la manera que se nos pide. Lo que, sobre todo, importa es la vertiente de nuestras dependencias, de nuestro «estar

yerto» (HEIDEGGER) y por otra parte, el hecho de que, pese a tales dependencias y riesgos para nuestro yo — que nos hacen sentir nuestra impotencia — debemos afrontar y expandirnos, ante la vida. Si no nos arriesgamos a hacerlo, continuaremos siendo sujetos aislados, sin vinculación, sin pertenencia a algo que nos abarque y asuma; en una palabra, sin amparo, ni valimiento. Así, no alcanzaremos nunca a conocernos a nosotros mismo, ni al mundo.

En esta primera antinomia, nos tropezamos con una paradójica exigencia que la vida nos plantea: tener que vivir tanto el mantenimiento de nuestro modo de ser y nuestro propio perfeccionamiento, como el olvido y la entrega de nosotros mismos; ello arrastra la angustia, ante el propio renunciamiento, y la angustia a llegar a ser uno mismo.

Vamos a examinar ahora las otras dos exigencias, situadas en una relación polar de contradicción y de complemento, lo mismo que las que acabamos de describir:

La *tercera exigencia*, que corresponde, en nuestro ejemplo, a las energías centrípetas — la fuerza de gravedad — es la de duración. Hemos de establecernos y afincarnos en esta tierra, como en nuestra casa, realizar planes para el futuro, aspirar a la consecución de ciertos objetivos, como si hubiésemos de vivir, indefinidamente, como si el mundo fuese estable y el futuro previsible, como si hubiésemos de contar con una residencia fija; pero sin olvidar que *media in vita morte sumus*, que nuestra existencia puede truncarse, en cualquier instante. Con esta exigencia de permanencia, de constancia, de decisión a lanzarnos hacia un futuro incierto, que enfocamos como si se tratara de algo firme y seguro, irrumpen todos esos tipos de angustia relacionados con el conocimiento de la fugacidad de las cosas, de nuestra dependencia y de lo irracional e imprevisible de nuestra morada en el mundo: la ansiedad surge, ante los riesgos que comporta lo novedoso, los proyectos sobre bases inseguras, el confiarse al eterno fluir de la vida, que no se detiene jamás, que se apodera de nosotros y nos transforma. Es lo que viene a decir la sentencia de que nadie puede sumergirse, dos veces, en el mismo río, ya que tanto el río, como uno mismo varían,

constantemente. Ahora bien, si renunciásemos a esa duración, a esa permanencia, no podríamos crear, ni realizar nada; hemos de imaginar cuanto creamos como dotado de algo inmarcesible, porque, de lo contrario, ni siquiera comenzaríamos a plasmar en obras nuestros planes. Vivimos como si, realmente, poseyéramos un tiempo ilimitado, como si los logros fuesen duraderos. De hecho tal estabilidad y permanencia imaginaria, esa ilusoria eternidad, representan un impulso esencial para la acción.

Por último, la *cuarta exigencia*, que se conecta aquí con la susodicha fuerza centrífuga. Consiste en estar siempre dispuestos a cambiar y transformarnos, a aceptar cierto desenvolvimiento y modificaciones, a renunciar a aquello que nos es familiar, a dejar detrás de nosotros tradiciones y hábitos, a desprendernos y despedirnos constantemente de lo que acabamos de conseguir, a experimentarlo todo como fruto de la transición. Por esta exigencia — en el sentido de la evolución de los seres vivientes —, no debemos detenernos, ni quedarnos adheridos; tenemos que abrirnos a nuevas perspectivas y atrevernos con lo desconocido; también aquí tercia la angustia de verse encadenado por ordenaciones, obligaciones, reglamentos y leyes, por la inercia del pasado y de la costumbre, todo lo cual nos restringe o limita, en lo que concierne a nuestras posibilidades y anhelo de libertad. La muerte amenaza aquí con una angustia diferente: en el apartado anterior aparecía revestida de una capa de transitoriedad; ahora se presenta como algo rígido, como un estado definitivo. No obstante, si renunciáramos al impulso hacia la transformación, a la aventura de lo novedoso, quedaríamos aferrados a la rutina, repetiríamos, como autómatas, lugares comunes y cosas trilladas; con ello, el tiempo y nuestros semejantes llegarían a desbordarnos y olvidarnos.

Hemos esbozado la otra antinomia, otro de los imperativos que la vida nos plantea: tenemos que aspirar, simultáneamente, a la duración y a la transformación; pero tenemos que superar la angustia, no sólo ante la perentoria necesidad, sino también frente a la ineludible transitoriedad.

Hemos alcanzado el conocimiento de cuatro formas fundamentales de angustia, en las cuales quiero volver a insistir:

1. La angustia, ante la renuncia de sí mismo, vivenciada como una dependencia y pérdida del *yo*.
2. La angustia, ante el llegar a ser uno mismo, lo cual equivale a exponerse «a la intemperie» y al aislamiento.
3. La angustia, ante la transformación, como signo de transitoriedad e inseguridad.
4. La angustia, ante la necesidad, que se experimenta como fijación definitiva y como falta de libertad.

Todos los tipos de angustia posibles son, en último término, variantes de las cuatro fundamentales; se supeditan a los cuatro impulsos básicos, correspondientes, a su vez, a nuestro «estar en el mundo»; se oponen y complementan, por parejas: por un lado, aspiración a la autoafirmación y autonomía; por el otro, tendencia a la duración y «pertenencia a». A cada impulso corresponde una angustia de signo contrario. Ahora bien, si examinamos nuevamente el ejemplo cósmico descrito, advertimos que sólo es posible un orden vivo, cuando intentamos el equilibrio entre dichos impulsos antinómicos; pero tal equilibrio no supone, sin embargo, algo estático, como podría creerse, sino que implica una perfecta dinámica íntima, ya que no se trata de algo adquirido, sino de algo siempre renovado.

Hemos de tener en cuenta, que la índole y el grado de intensidad de la angustia dependen, sobremanera, en cada caso, de la disposición *heredada* y del ambiente en que nacemos, es decir, tanto de nuestra constitución somática y psicoanímica, como de nuestra biografía personal, del retrato de nuestro desarrollo. En efecto, también nuestras angustias tienen historia. Más adelante, veremos cuán importante es, a este respecto, la niñez. La angustia se ve, pues, configurada, en todo ser humano, por la disposición y por las influencias del medio ambiente; eso explica, en parte, el porqué nos resultan tan difíciles de comprender ciertos tipos de ansiedad de los demás, dado que surgieron, en éstos, a partir de circunstancias vitales muy distintas de las nuestras.

La propia disposición y el medio ambiente — el cual incluye tanto la familia, como el contorno y el entorno social — pueden favorecer la aparición de determinadas angustias, con preferencia

a otras. El ser humano sano — o sea, el que no ve alterado su desarrollo normal — es capaz, en general, de enfrentarse y quizás de superar su ansiedad; pero aquel que haya sufrido perturbaciones, en su evolución, vivenciará la angustia con mayor intensidad, frecuencia y predominio de alguna de las formas básicas enumeradas.

Una angustia puede ser gravemente patógena, cuando excede una cierta medida o persiste, durante mucho tiempo. Las que comportan una sobrecarga más seria son aquellas que fueron experimentadas, muy precozmente, durante la infancia, una edad en que el ser humano no puede aún levantar defensas contra ellas. Siempre que la ansiedad sea demasiado intensa y persistente o nos afecte en una época en que no estamos aún suficientemente pertrechados, será difícil una elaboración conveniente de la misma. No se da entonces el aspecto activador, estimulante, de la angustia; la consecuencia es la inhibición del desarrollo, la fijación e incluso la regresión a modos de comportamiento más primitivos, correspondientes a las primeras etapas infantiles, así como la formación de síntomas. Se comprende el que, en la niñez, no encontremos vivencias angustiosas que rebasen los límites de lo tolerable: el débil yo del niño, todavía en vías de desarrollo, es incapaz aún de elaborar angustias que desborden un determinado tope, puesto que depende, para ello, de la ayuda ajena y puede resultar dañado, si se ha de enfrentar, por sí solo, a niveles de ansiedad superiores a sus fuerzas.

Hay situaciones excepcionales — la guerra, el cautiverio, los peligros de muerte y enfermedades, las catástrofes naturales y de otra índole, así como las experiencias y procesos intrapsíquicos — pueden romper el índice de tolerancia del adulto, hasta el punto de inducirle a reaccionar con pánico, con actos en cortocircuito o con neurosis. En circunstancias normales, el adulto posee, en comparación con el niño, un registro mucho más rico de posibilidades de respuesta y de fuerzas defensivas; puede recapacitar sobre su situación y reconocer las causas desencadenantes de la angustia; capta mejor el origen de su ansiedad; es capaz de informar a otros, acerca de sus temores, por lo que recibe, comprensión y ayuda; sabe medir, con exactitud, el calibre de los riesgos y amenazas. Nada de eso está aún al alcance del niño: cuanto más

pequeño sea éste, en mayor presa de la angustia se constituye, tanto más inerte se encuentra ante ella, al ignorar su duración y su volumen.

Ya veremos, en párrafos sucesivos, cómo la preponderancia de una cualquiera de las cuatro formas básicas — o considerado desde otro punto de vista, el amplio fallo de uno de los cuatro impulsos fundamentales — da lugar a cuatro estructuras de la personalidad, a cuatro clases de «estar en el mundo», cuya distinta gradación todos advertimos y de las que participamos, en mayor o menor escala. Tales estructuras de la personalidad han de relacionarse, estrechamente, con los cuatro tipos básicos de angustia. Cuanto más acusadas y peculiares sean las estructuras de la personalidad que se han de describir, tanto mayor es la probabilidad de que se hayan constituido, a expensas de determinados trastornos de la primera infancia. Según esto, debería considerarse como un signo de salud psíquica el ser capaz de experimentar los cuatro impulsos fundamentales, con un evidente equilibrio; eso mismo supondría haber superado, con éxito, las cuatro formas básicas de angustia.

Las cuatro estructuras de la personalidad son estructuras normales con ciertos matices. Sin embargo, el que lo peculiar se vuelva singular, quiere decir que se ha tocado fondo y se ha llegado a deformaciones y desviaciones de las cuatro estructuras fundamentales normales. Nos enfrentamos aquí a las variantes neuróticas de los tipos estructurales, que la psicoterapia y la psicología profunda incluyen entre las cuatro grandes formas neuróticas de la esquizoidia, la depresión, la neurosis obsesiva y la histeria. Estas personalidades neuróticas suelen reflejar los casos extremos de la existencia humana que ya conocemos.

Se trata, en último término, de cuatro maneras diversas de «estar en el mundo». Mi propósito es describir las consecuencias de esas peculiaridades, desde las formas que han de considerarse como completamente sanas, hasta los trastornos leves, graves y sumamente graves. Tendremos en cuenta las correspondientes disposiciones constitucionales; pero nuestro interés se dirigirá, sobre todo, a las motivaciones que esmaltan la historia vital, la biografía.

Permítasenos una observación previa: la descripción de las cuatro estructuras de la personalidad parece adoptar el carácter de una

tipología; no obstante, ésta se diferencia de otras tipologías, por el hecho de que, basada principalmente, sobre conocimientos psicoanalíticos y experiencias psicoterapéuticas, resulta menos fatalista y fijadora, si se la compara con los tipos derivados de la constitución o del temperamento, ya que estos últimos se presentan marcados por un destino, pero no modificables. Son susceptibles, únicamente, de diferenciación y descripción. Lo que aquí me interesa es algo distinto.

Soy *yo* de tal o cual modo de ser, no sólo por tener una determinada constitución, sino también por asumir una determinada actitud y comportamiento, respecto del mundo y de la vida, que he ido adquiriendo, en el transcurso de mi historia vital; así es como mi personalidad se troquea y recibe sus rasgos estructurales. La configuración de cuanto de negativo nos ha suministrado la disposición psicofísica innata y el medio ambiente de nuestra infancia — creado por la personalidad de nuestros padres y educadores, así como por la sociedad y sus reglas de juego — debe correr de nuestra propia cuenta, dentro de ciertos límites, dado que admite ciertas modificaciones, al no ser algo, en modo alguno, irremediable. Dichas estructuras de la personalidad han de tomarse como aspectos parciales de la imagen global del hombre. La ulterior evolución de los aspectos parciales de nuestro modo de ser — que, en principio, aparecen como algo fatalmente subdesarrollado, descuidado, mal encauzado, reprimido o alienado — puede modificar la estructura adquirida, incluso completarla, en beneficio de la totalidad o madurez ideales, a tenor de la receptividad del individuo.

Partimos aquí, pues, de cuatro disposiciones y posibilidades de comportamiento fundamentales, frente a las circunstancias y condiciones de dependencia de nuestra existencia; tenemos, para ello, a la vista el ejemplo cósmico representado por el orden y el equilibrio vivos de contrarios aparentemente irreconciliables.

El conservar la nomenclatura de la doctrina de las neurosis, con respecto a los cuatro tipos estructurales, incluidos los «sanos», supone ventajas de índole práctica, ya que permite rastrear su formación, en la biografía del sujeto, y considerar las variantes neuróticas. Por otra parte, están ya tan arraigados, que resulta superflua una nueva denominación. El lector lo comprenderá, probable-

mente, en seguida, cuando los conceptos de esquizoidia, depresión, etc. se hayan convertido, para él, en algo familiar y surjan, plásticamente, en su imaginación.

El presente libro evita apelar a la diferenciación entre angustia y temor, que casi siempre se trasluce en la literatura especializada. El hecho carece de importancia, a la luz de mi concepción básica; por otro lado, no me parece bastante convincente, como demuestra la utilización de ambos conceptos, en el lenguaje corriente: hablamos de temor o de miedo a la muerte, o bien, de angustia ante la muerte, sin que quepa una distinción, so pena de distorsionar los susodichos conceptos. El referir el temor o el miedo a algo concreto y la angustia, en cambio, a algo indeterminado o, más bien, irracional puede tener cierta justificación, pero no siempre es válida, como cuando se habla de «temor de Dios»: de acuerdo con la diferenciación establecida, debería decirse, mejor, «angustia ante Dios». Por eso, he renunciado, deliberadamente, a montar una separación conceptual entre angustia y temor o miedo.

Se ha escrito esta obra para ayudarle al individuo a vivir, para brindarle una mayor comprensión de sí mismo y de los demás, para destacar, claramente, en fin, la importancia de los primeros años de la vida, en relación con el posterior desarrollo psicossomático. Se ha escrito también para despertar y reavivar la conciencia, respecto del acervo de correlaciones que nos afectan y de las cuales, según creo, podemos sacar nociones esenciales.

CAPÍTULO PRIMERO

LAS PERSONALIDADES ESQUIZOIDES

«Seamos, pues, distintos de los muchos que se agitan, en informe montón» (SPITTELER).

Vamos a ocuparnos aquí de aquellas personalidades cuyo problema fundamental — desde el punto de vista de la angustia — estriba en que se inquietan, ante la idea de tener que entregarse y, que al mismo tiempo — desde la vertiente de los impulsos básicos —, sobrevaloran el impulso de «rotación en torno al propio eje», lo cual, psicológicamente, significa tendencia a la autoafirmación y delimitación del propio yo. Reciben el apelativo de esquizoides.

Cada cual alberga el deseo de ser un individuo inconfundible. Advertimos este fenómeno, cuando nos mostramos sensibles y reaccionamos, si alguien tergiversa o desfigura nuestro nombre: nos molesta que nos identifiquen con otros, que nos consideren seres intercambiables; queremos ser conscientes de nuestra exclusividad, como individuos. El afán de diferenciarnos de los demás es tan peculiar, como su contrario, el de pertenecer, como entes sociales, a grupos o comunidades de personas. Intentamos vivir nuestros propios intereses y, a la vez, estar unidos, participar de la responsabilidad común, relacionarnos con los demás. ¿Qué sucede cuando alguien elude el plano de la autoentrega, para volcarse, preferentemente, en sí mismo?

Encamina sus anhelos, sobre todo, a convertirse en un hombre lo más independiente y autárquico posible. Es, para él, de capital importancia el no depender de nadie, el no estar obligado a nadie, el no necesitar de nadie. Por ello, se distancia y aísla de los demás, no permite que ningún otro se aproxime demasiado a él; sólo hasta

cierto punto, se digna tratar con sus semejantes. Todo conato de franquear esa barrera, lo vivencia como una amenaza a su espacio vital, como un peligro, contra su imperiosa necesidad de independencia, como una violación de su integridad; en consecuencia, se apresta a defenderse de la «agresión», con todas sus fuerzas.

Desarrolla así una angustia típica, ante la cercanía de los demás. Ahora bien, como no se puede evitar, en la vida, esta cercanía, adopta una actitud de defensa, que le consienta protegerse contra aquélla.

Soslaya entonces cualquier género de contacto para no verse obligado a intimar con nadie. Teme los encuentros, a nivel personal, y procura objetivar las relaciones humanas. Cuando ha de rodearse de gente, se siente más a gusto, en el seno de grupos o colectividades que le permitan permanecer en el anonimato, si bien experimenta, por contraste, un sentimiento de integración, al alentar intereses comunes. Le agradaría poseer el don de la invisibilidad para participar, resguardado así, en la vida de los demás, sin ser reconocido, ni tener que ceder nada de sí mismo.

Tales personas dan la impresión de ser difícilmente abordables, de mostrar un trato impersonal, incluso frío. Ofrecen, con frecuencia, reacciones raras, extrañas e incomprensibles. Se les conoce, en seguida, pero a fondo, nunca. Hoy, por ejemplo, establecen un excelente contacto; mañana, se comportan, como si jamás nos hubiesen visto. Es curioso: cuanto más se acercan, ahora, tanto más bruscamente se apartan, luego, muchas veces, con manifestaciones de agresividad u hostilidad ilógicas y realmente ofensivas.

Este afán por zanjar toda proximidad y confianza, ese miedo al tuteo, a abrirse y franquearse determinan que el esquizoide se vaya quedando, cada vez más rezagado y solitario. Su angustia, ante la proximidad ajena, se acentúa con la vecindad de sus congéneres, sea activa o pasiva. Vivencia, como algo especialmente peligroso, los sentimientos de simpatía, cariño y amor, que son los que más nos ligan a nuestros semejantes. Ello explica por qué en tales situaciones, precisamente, se muestra distante, hosco, incluso hostil; por qué rechaza, con brusquedad, a los otros: de repente, corta la comunicación, se repliega sobre sí mismo y se vuelve inabordable.

Entre él y los que le rodean, se abre un foso de falta de contacto, que se va ensanchando, con el transcurso de los años, y que le aísla, cada vez, más del prójimo. Ello comporta siempre problemáticas consecuencias: debido al alejamiento de su entorno humano, desconoce a los demás; con ello, provoca crecientes lagunas, en el campo de su experiencia, respecto de los otros e inseguridades, en el trato humano. Así no llega a saber nunca a ciencia cierta lo que sucede entre los «extraños», fenómeno que sólo tiene cabida, en todo caso, en el seno de la intimidad y del cariño. Por ello, su orientación, en este terreno, se basa en sospechas y presunciones: está profundamente incierto, acerca de si sus ideas e impresiones, sobre los demás — incluso sus propias percepciones —, son pura proyección e imaginaciones o se cimentan en la realidad.

Una imagen, que quizás SCHULTZ-HENCKE ha sido el primero en utilizar, en relación con el modo de «encontrarse en el mundo», por parte de estos sujetos, sirve para aclarar lo que venimos diciendo. Todos hemos vivido alguna vez esta situación: estamos sentados en un tren parado en la estación; en la vía contigua se halla otro tren; de pronto, notamos que uno de los dos se pone en movimiento. Dado que los trenes arrancan muy suavemente y de modo casi imperceptible, no sentimos ninguna sacudida; sólo podemos comprobar la sensación óptica de un movimiento. No podemos decidir cuál de ambos circula ya más que cuando, a la vista de un objeto inmóvil del exterior, advertimos que es nuestro tren el que continúa quieto y es el vecino el que se mueve, o viceversa.

Esta imagen nos puede esclarecer, muy certeramente, la postura íntima de toda persona esquizoide: no sabe exactamente — en una medida que excede, con mucho, la inseguridad que es posible asimismo, en el sujeto sano —, si aquello que percibe, piensa o imagina, existe no sólo dentro de sí mismo y sino también fuera de su propia entidad. Debido al débil contacto con su entorno humano, carece de la facultad de orientarse; así, pues — como decíamos —, su juicio sobre las propias vivencias e impresiones navega entre la duda de si se trata de una realidad susceptible de ser localizada en el exterior o de si, únicamente, son «figuraciones» hijas de su mundo interior. «¿Me está mirando esa persona, de un modo burlón, o es que me lo estoy figurando?» «¿Se muestra hoy el jefe

frío, conmigo, o es que me lo estoy imaginando?» «¿Tengo ahora un aspecto raro, algo que llama la atención, algo que provoca las miradas y sonrisas de la gente o es que estoy equivocado?»

Esta inseguridad puede adoptar toda una serie de gradaciones, desde una desconfianza siempre alerta y una morbosa acción centrípeta, hasta fantasías y errores de percepción propiamente delirantes, por los que se confunden, de hecho, lo subjetivo e interior con lo objetivo y exterior, sin que se reconozca tal confusión, ya que sólo se consideran como verdaderas las propias proyecciones. Cabe imaginar las torturas y profundas inquietudes que tal incertidumbre despierta, cuando se convierte en un estado permanente, precisamente por la imposibilidad de enmienda de semejante falta de contacto. En efecto, sincerarse con alguien, respecto de este problema, comunicarle la propia inseguridad y angustia presupondría una intimidad y una confianza que, en realidad, no se tiene con nadie; de ahí que se tema la incompreensión, la burla, o el desprecio ajeno.

Llenas de celos y a partir de su honda incertidumbre — la cual, como veremos más adelante, es tanto causa primaria como efecto secundario de su débil contacto humano —, las personas esquizoides desarrollarán, con especial intensidad, para afirmarse, aquellas funciones y aptitudes que resulten más adecuadas para orientarse, en el mundo: la percepción — mediante los órganos de los sentidos —, el entendimiento — que permite conocer y reconocer las cosas —, la conciencia, la razón. Dado que es la esfera de las emociones y sentimientos la que suscita su inseguridad, aspiran a un conocimiento «puro», libre de trabas afectivas, que les ofrezca resultados fiables. Se comprende, por tanto, que los sujetos esquizoides prefieran las ciencias exactas, capaces de proporcionarles dicha seguridad, sin implicaciones subjetivas.

Frente al desarrollo de esos aspectos racionales, el de la vida afectiva se ve postergado; con efecto, la referencia al *tú*, a la pareja, exige relaciones emocionales e intercambio afectivo. Resulta, pues, característico de tales personas el que, aunque presenten un coeficiente intelectual superior, aparezcan retrasadas, en el plano emocional — hay incluso, en ocasiones, una verdadera atrofia —. De ahí se desprende una gran inseguridad de contacto, que puede dar

lugar a infinidad de pequeñas dificultades, en la vida diaria. Carecen de los «tonos intermedios», en el trato con los demás, no disponen de matices, de modo que hasta los contactos más sencillos se ven erizados de obstáculos. He aquí un ejemplo:

Como parte de su trabajo universitario, cierto estudiante tenía que presentar una comunicación, sobre determinado tema. Al no mantener contactos personales con sus compañeros y demostrar, al mismo tiempo, una fuerte dosis de arrogancia — actitud que escondía su falta de seguridad — no se le ocurrió preguntarle a algún camarada cómo se solía llevar a cabo dicho cometido. Se torturaba, a causa de unos problemas, cuyo origen estaba en él mismo y no en la tarea que realizaba. Se sentía sumido en una absoluta incertidumbre, acerca de si lo que iba a hacer estaría a la altura de sus aspiraciones: oscilaba, en sus juicios, entre una hipervaloración de sí mismo y un sentimiento de inferioridad; sus ideas, acerca de dicho trabajo, le parecían, unas veces, geniales; otras, completamente triviales e insuficientes. Carecía de posibilidades de comparación con los trabajos de sus compañeros. Creía que, si les pedía consejo, les molestaría y que, de paso, se rebajaría, a sus ojos. Ignoraba que una acción de este tipo entra, por completo, en el capítulo de las cosas corrientes. Así, pues, debido a su falta de relaciones, fue víctima de temores absolutamente superfluos e infundados, que se habría podido ahorrar, de haber mantenido un trato normal con aquéllos.

Episodios como éste, así como algunas formas de comportamiento muy peculiares, se acumulan, en la vida de las personas esquizoides; contribuyen, sobremanera, a complicar situaciones, en sí, comunes y sencillas. No se dan cuenta de que sus conflictos estriban en el plano del contacto con los demás y no en una ausencia de capacidades.

El sujeto esquizoide y el amor

Como ya hemos dicho, al sujeto esquizoide se le vuelven conflictivas aquellas etapas de la evolución en las que lo que importa es el contacto personal: el ingreso en la comunidad representada por el jardín de infancia o la escuela; la pubertad y el encuentro con el sexo contrario; relaciones con la pareja y todas las vinculaciones que ello entraña. Dado que, para el esquizoide, todo acercamiento humano supone un motivo de angustia, se retrae tanto

más cuanto mayor es la proximidad de otra persona, cuanto mayor es el riesgo que le ronda de amar o ser amado, con la carga de entrega y dependencia que eso implica.

Las dificultades de contacto humano que surjan, en la infancia, son un indicativo, para los padres y educadores, de la iniciación de una problemática esquizoide, que quizás pueda ser atajada o atenuada, antes de que arraigue más profundamente. Si un niño presenta esas dificultades de contacto en el parvulario o en la clase, si no tiene amigos y advierte que está solitario y apartado de los demás, que también lo notan; si un muchacho, en la pubertad, evita las relaciones con el sexo contrario y, en lugar de cultivarlas, se enfrasca en los libros, rehúye a sus coetáneos y se dedica a trabajos manuales o de otra índole que le permitan estar siempre solo; si atraviesa, durante dicha época, graves crisis respecto de la concepción del mundo, con negras cavilaciones acerca del valor de la vida, que no discute con otros, todo ello son signos de alarma que hay que comprender y calibrar, para poder aconsejar a los padres.

Más colmada aún de problemas suele ser, para las personalidades esquizoides, la época pospuberal, en la que brotan impulsos relacionados con la búsqueda de pareja. El amor nos facilita una mayor aproximación a otra persona, psíquica y corporalmente. En todo encuentro amoroso arriesgamos igualmente nuestra primacía y nuestra independencia, tanto más cuanto más nos abrimos al *tú* e intentamos defendernos. Por ello, estos encuentros se convierten con frecuencia en escollos, que asedian a los esquizoides y les hace dolorosamente patente su propia problemática, que, hasta entonces, había permanecido tal vez inconsciente y oculta a sus propios ojos. ¿Cómo puede un individuo así comunicar a otro su creciente nostalgia de cercanía e intercambio, de ternura y amor, y, sobre todo, su naciente deseo sexual? Debido a las aludidas lagunas, en el contacto personal, y a la carencia de matices, en el trato humano que, a esta edad, todavía no se ha ejercitado, le resulta especialmente difícil integrar la sexualidad en su vida. Le falta la gama de formas de comportamiento, también en este sector: no posee, ni las dotes de sollicitación y conquista, ni de seducción y entrega. Le son ajenas la ternura, así como la facultad de expresar,

verbal o emocionalmente, cariño; le falta también la necesaria comprensión intuitiva para ponerse «en el lugar» del prójimo.

Las tentativas de solución del conflicto entre sus impulsos y la ansiedad que la cercanía de otras personas le provoca pueden asumir diversas facetas. Suele entregarse tan sólo a relaciones no vinculantes, fáciles de romper, o a relaciones puramente sexuales que marcan, claramente, la línea divisoria entre la sexualidad y las propias vivencias afectivas. La pareja no es entonces para él más que un «objeto sexual», destinado a la satisfacción exclusiva de sus sentidos; fuera de esto, no hay otra cosa que le interese. A causa también de la falta de participación emocional, sus relaciones con las personas del otro sexo son fugaces. Así se defiende contra la posibilidad de que, al comunicarse íntimamente con el *tú*, salga a relucir toda su torpeza e inexperiencia, en cuestiones sentimentales; se protege asimismo del riesgo que el amor representa para él. Por el mismo motivo, suele rechazar también los signos de afecto por parte de su pareja ya que, al no saber cómo corresponder, le resultan más bien penosos y molestos.

Un sujeto se dirigió a una agencia matrimonial y de entre las fotografías que le presentaron eligió la de la mujer que menos le gustaba, puesto que así no le resultaría peligrosa, ni despertaría en él sentimientos amorosos.

Una mujer sólo podía entregarse físicamente a un hombre, cuando sabía que, a lo mejor, no volvería a verlo más.

Un hombre casado tenía, en la misma ciudad en que vivía con su familia, otra vivienda secreta. De vez en cuando, se retiraba al apartamento en cuestión, cuya existencia todo el mundo ignoraba, hasta que volvía a sentir ganas de volver con los suyos. Necesitaba obrar así, para defenderse de lo que estimaba una proximidad excesiva, por mor de las exigencias afectivas de su mujer y familiares en general, los cuales, a causa, precisamente, del retraimiento que observaban en él intentaban vincularle aún más a su cariño, con lo que no lograban otra cosa que reforzar los deseos del mismo de huir.

Puede advertirse, en estos ejemplos, cuán intensa puede ser la angustia de las personas esquizoides, ante el hecho de tener que ligarse, fijarse, supeditarse, dejarse pisar el terreno, por los demás. Sólo así es posible entender sus reacciones, que, con frecuencia, parecen raras e incomprensibles. El sujeto esquizoide, en realidad, no establece comunicación, ni tiene, en cierto modo, fe, más que en

sí mismo. De aquí arranca su sensibilidad contra determinados riesgos reales o supuestos que amenazan su integridad y contra ataques y usurpaciones que vulneran su distanciamiento y le sacan de sí mismo, distanciamiento que necesita, para no perder el apoyo en su propia persona. Como es natural, tal comportamiento no permite crear una atmósfera de confianza e intimidad. Debido a su peculiar visión de la vida, experimenta dichas vinculaciones como algo que le urge a ceder demasiada porción de sí mismo, lo cual sucede, naturalmente, con las parejas de novios, que necesitan mucho cariño y proximidad el uno del otro. Por el miedo a quedar atado, el individuo llega incluso al extremo de negarse al matrimonio, en el mismo altar o juzgado.

Un joven se comprometió a casarse, ante los ruegos insistentes de su amiga. Se conocían desde hacía años; pero él no quería unirse a ella de un modo definitivo. Compró los anillos de boda; fue a casa de la chica a enseñárselos y celebraron juntos los esponsales. Cuando abandonó la casa, echó en el buzón una carta que, previamente, había escrito, en la que le comunicaba a su novia que no pensaba casarse.

Entre los sujetos esquizoides no escasean formas de comportamiento, como ésta. Suelen escribir cartas largas y cordiales a personas que se encuentran lejos; pero, cuando están junto a ellas, se encierran en su caparazón y se vuelven reticentes.

Debido a la mencionada escisión entre sexualidad y vida sentimental, viven la pulsión sexual como algo separado. Así, pues, convierten a su pareja en un «objeto sexual», con lo que reducen toda la vida amorosa a un puro proceso funcional. No despliegan galanteos previos, no demuestran fuerza erótica; sin preocuparse por las necesidades del tú, van derechos al fin que pretenden. Las efusiones sensuales degeneran fácilmente: le provoca molestias a su pareja, al aferrarla con un ímpetu desmedido. Detrás de eso, puede esconderse, inconscientemente, el deseo de percibir la reacción del otro. Existe, además, una tendencia a separarse lo más pronto posible de la pareja, una vez satisfecho el orgasmo. «Luego» — se refería al acto sexual «hubiera preferido echarla, cuanto antes, de la habitación», afirmaba, de un modo sintomático, un esquizoide, que

ponía así de manifiesto su miedo a las exigencias sentimentales de la mujer.

El problema resulta aún más arduo cuando proyecta sobre su pareja, la clara ambivalencia «amor-odio», y sus profundas dudas acerca de la posibilidad de poder ser amado. Entonces somete a la otra persona a constantes pruebas de afecto, le exige, sin cesar, nuevas demostraciones de amor que logren hacer desaparecer sus interrogantes. Ello puede intensificarse hasta alcanzar un grado de sadismo psíquico, incluso de sadismo propiamente dicho. Su conducta puede ser entonces marcadamente destructiva: despoja de valor las demostraciones de amor y cariño de la pareja, demostraciones que ridiculiza, minimiza y tergiversa, con diabólica habilidad. Así, una muestra de afecto espontáneo, por parte de la otra persona, se interpreta como expresión de una mala conciencia, de un sentimiento de culpabilidad o de un tentativa de soborno — «¿Qué quieres conseguir con ello?», «Seguramente has hecho algo malo y te quieres congraciarse conmigo» —. Las excelentes dotes de que goza para la combinación psicológica teóricoabstracta ofrecen un abanico de posibilidades para tales suspicacias. En su novela *El almohadón*, CHRISTIANE ROCHEFORT describe, magistralmente, un género parecido de contactos, expuestos de forma particularmente convincente: una mujer con capacidad para amar llega al límite de aguante, en las relaciones con su amigo, que es un esquizoide.

No es raro que el esquizoide anule, con su cinismo, cuantos impulsos de ternura y cariño afloran, entre él y la otra persona, a fin de no dejarse dominar por ellos. En cuanto la chica (o el chico) le manifiesta su amor, con especial efusión, la hiere psíquicamente, en su punto más sensible, al burlarse con sarcasmos de su actitud, sus expresiones o sus palabras: «No me mires así, que me recuerdas mi perro», «Si hubieras visto la cara tan fea que ponías...», o bien, «Déjate de tonterías y vamos al grano».

Como es lógico, así se va destruyendo, sistemáticamente, en la víctima, toda disposición amorosa, a no ser que posea una insólita capacidad de amar o pertenezca al tipo contrario — masoquista —; esta última, debido a sentimientos de culpabilidad, miedo a perder a la persona amada o por otros motivos, cree tener que soportarlo todo, o bien, encuentra placer en ser atormentado. De no ser así,

acabará por apartarse u odiar a su pareja, cosa que el primero puede experimentar como un sentimiento de triunfo — «Ahora es cuando te muestras tal como eres, de verdad» —, sin darse cuenta de hasta qué punto ha influido, con su propio comportamiento, sobre la actitud del otro. Las novelas autobiográficas de STRINDBERG contienen muchos aspectos relativos a esta tragedia de los esquizoides y ofrecen, al mismo tiempo, impresionantes descripciones de las motivaciones del desarrollo de semejante personalidad (así por ejemplo, en *El hijo de la criada*). AXEL BORG, protagonista de su novela *En alta mar* es un tipo esquizoide, descrito magistralmente, con claros rasgos autobiográficos.

Si la frialdad afectiva se acentúa, hasta alcanzar extremos patológicos, puede llegarse hasta casos de violación y crimen sádico, sobre todo, cuando se proyectan inconscientemente sobre la pareja sentimientos de odio y actitudes de venganza incontrolados, porque existe una «transferencia» en este sentido (empleamos la terminología psicoanalítica); es que, en realidad, tales sentimientos se referían, originariamente, a las personas del círculo familiar de la infancia del sujeto. Ahora bien, todo sector pulsional escindido y no integrado en la personalidad es siempre peligroso; si a ello se agrega una acusada incapacidad para comprender, amorosamente, a la pareja, así como una atrofia de sentimientos, deducimos la posibilidad de cualquier delito impulsivo.

Dada la dificultad que sufren de establecer una vinculación afectiva con la pareja y, en general, de encontrar la «media naranja», los esquizoides intentan, con frecuencia, arreglárselas por sí solos; como si se eligieran a sí mismos como pareja, se entregan a una auténtica egolatría. Cabe también que busquen sucedáneos, como ocurre en el caso del fetichismo. Como es lógico, no pueden volcar en tales objetos su capacidad de amar, si bien las formas que la alteración de dicha capacidad revisten contienen elementos y son aún expresión del deseo o búsqueda del amor.

No es raro encontrar en los sujetos esquizoides una sexualidad fijada todavía a niveles infantiles del desarrollo, incluso en personalidades altamente diferenciadas. La frecuente elección — por parte de estos individuos — de niños o adolescentes, como pareja sexual, se explica por el hecho de que, al padecer graves perturbaciones

respecto del contacto humano, se sienten más seguros con individuos de edad muy inferior a la suya.

La represión de esa capacidad de amar y de entregarse puede irrumpir en ocasiones en forma de exacerbación, incluso delirio, o de celos. El esquizoide advierte cuán poco digno de ser amado y qué incapaz de amar es, a causa de su comportamiento; intuye que, por esos motivos, no podrá conseguir que nadie se le vincule. Por ello sospechará la presencia, en todas partes, de rivales a los que, a menudo y con razón, considera como mejor dotados que él para querer y ser queridos. Interpretará entonces torcidamente, con especial agudeza y minuciosidad, ciertas formas de comportamiento enteramente naturales e inocuas; buscará, en ellas, un fondo lleno de segundas intenciones, con afán malévolos y diabólico. Esto puede degenerar en el referido delirio, por el que hace intolerable y destruye la vida en común; acompaña su acción demoledora, de un placer particular, que redundo, empero, en su propia infelicidad, sin que le sea dado conducirse de otro modo. La motivación adopta entonces el siguiente aspecto: «Como no me parece posible ser amado, prefiero envenenar aquello que no puedo retener; seré, al menos así, quien golpea primero y no el que encaja los golpes.» Así se comprenden algunas formas de comportamiento, que no le hacen acreedor al cariño ajeno, precisamente cuando más deseos muestra de amar y ser amado. Si su pareja se aparta entonces de él, ello le resulta menos doloroso, que si se hubiera esforzado por mantener la unión. Tal profilaxis de la frustración no es rara, entre los individuos esquizoides, y presenta, casi siempre de modo inconsciente, el aspecto de una prueba a que se somete a la otra persona — «Si me ama, a pesar de mi conducta, es que me ama de verdad» —. Tal actitud transparenta lo arduo que les resulta a esos sujetos considerarse dignos de estima. En los casos extremos, la desconfianza y los celos llegan a desembocar en el crimen — «Si no me ama, tampoco debe amar a otros» —.

Suelen vivenciar la angustia de la donación de sí mismos como una angustia de vinculación. El anhelo de entregarse, que constituye una parte de nuestro ser, se estanca, a causa de la represión, y refuerza la ansiedad; por eso, la propia ofrenda sólo puede imaginarse como sujeción absoluta al poder de otro, como renuncia

al propio yo y absorción, a cargo del tú. Se verifica así una especie de entronización de la pareja, lo cual contribuye a robustecer la angustia. Eso es lo único que nos permite entender ciertas formas de comportamiento de los sujetos esquizoides, que de otro modo serían incomprensibles, sobre todo su odio repentino, el cual nace del sentimiento de amenaza, por parte de un tú demasiado poderoso. No reconocen que es tan sólo la propia proyección la que confiere tal poder al prójimo.

Así, pues, a los sujetos esquizoides se les hace difícil aventurarse a sentar una relación sentimental duradera. Prefieren las relaciones intensas, sí, pero cambiantes y poco persistentes. El matrimonio es para ellos una institución que carga con todas las imperfecciones de las sociedades humanas; por ello es lógico que crean se pueda disolver, cuando deja de vivenciarse como algo satisfactorio. El matrimonio, según ellos, debería ajustarse mejor a las necesidades humanas. A su juicio, la infidelidad es inevitable en toda relación duradera; exigen libertad para sí mismos y están dispuestos a reconocérsela también a su pareja; esto último, más en el terreno de la teoría, que en el de la práctica. Suelen extenderse en lucubraciones, en aras de la reforma de esa antigua institución; por lo menos, se atreven a imponer su propio estilo de vida, oponerse a los convencionalismos y tradición y a vivir, con arreglo a sus convicciones. En este sentido, el esquizoide demuestra, con frecuencia, más honestidad y valor cívico, que muchos otros.

Algunos de ellos mantienen relaciones estables; pero se asustan, ante su legalización; de ahí que no falten quienes estén unidos, de forma paraconyugal, pero sin contrato propiamente dicho. Si se rompe, prematuramente, el vínculo «madre-hijo» o si se padecen frustraciones al respecto, cabe observar, no raras veces, ciertas vinculaciones a mujeres mayores, maternas, que le permiten al sujeto esquizoide recuperar mucho de aquello a lo que hubo de renunciar cuando niño. Tales mujeres son capaces de proporcionar calor y amparo, sin plantear por su parte grandes exigencias: son personas que dan, sin esperar nada a cambio — ¿qué podría dar él? —, que muestran una comprensión directa e inmediata de su situación y que, precisamente, por ello, le atan más de lo que él podría, de buen grado, aceptar. Tan sólo los individuos profundamente alterados y

marcados por experiencias infantiles negativas llegan a desarrollar un odio intenso a la mujer, odio acompañado de impulsos de venganza. Dado que dicho tipo esquizoide ha vivenciado — en su biografía — lo femenino, como algo cargado de amenazas y merecedor de desconfianza, no es infrecuente que acuse una cierta tendencia al homosexualismo, o bien, que elija una pareja que, por sus rasgos masculinoides, no le recuerde a la mujer muy femenina. La relación suele ser entonces, más bien, de fraternidad y camaradería, basada en intereses comunes, mejor que en la atracción erótica heterosexual. En cualquier tipo de relaciones tolera mal la constante proximidad; para él constituye una lógica necesidad dormir en cuartos separados. La pareja debe mostrarse entonces comprensiva, a no ser que quiera empujarle a una actitud de resistencia y con ella a un mayor distanciamiento.

En resumen, podemos afirmar que el sujeto esquizoide — más adelante entenderemos mejor los motivos — tiene enormes dificultades para desarrollar su capacidad de amar. Es extraordinariamente sensible respecto de cuánto amenaza con coartar su libertad y su independencia. Es sobrio en cuanto a la expresión de sus sentimientos, y agradece vivamente el que la otra persona le otorgue un cariño sin imposiciones, un rincón en el que sentirse resguardado, como si fuera su propia casa. Quien sepa comprenderle y aceptarle tal cual es ya puede contar con su profundo afecto, que él no es capaz, empero, de plasmar y expresar, adecuadamente.

El esquizoide y la agresividad

Tanto aquí, como en los apartados respectivos, he preferido hablar de agresividad, en lugar de odio, ya que la agresión es la forma más clara y frecuente de expresar y describir el odio, en sus distintas facetas. La angustia y la agresividad van íntimamente ligadas. Es probable que, en un principio, sean el displacer y la angustia los factores que desencadenan la agresión; el displacer sería quizás la forma previa y arcaica de la ansiedad, en la primera infancia. En el transcurso de este período de nuestra vida, no dispo-

nemos aún de las oportunas posibilidades de elaboración del displacer y de superación de la angustia, antes bien, nos hallamos inermes, frente a sus ataques. Lo que provoca la ansiedad, en la más temprana edad, radica en frustraciones tales como el hambre, el frío, el dolor, los trastornos del propio ritmo y de la integridad del espacio vital, la sobrecarga de los órganos de los sentidos, la limitación de la libertad de movimientos, la invasión de la propia área de acción, a cargo de una excesiva y brusca proximidad e intervención ajenas, la soledad. En dicha época, la angustia cristaliza, ante todo, en una intensificación del disgusto. En tales situaciones, el lactante identifica aún, prácticamente, la angustia y la agresión. Aquello que despierta ansiedad y displacer, desencadena, al mismo tiempo, agresión e ira.

¿Con qué cuenta el niño, en las primeras etapas de su existencia, para dominar la ansiedad y liberarse de su disgusto? En principio, sólo con una rabia impotente, que se manifiesta en lloros y, más tarde, en golpes y pataleo, es decir, en una descarga y abreacción motoras. Comoquiera que, en las primeras fases de la vida, no existe aún diferenciación entre el *yo* y el *tú*, estas manifestaciones de agresividad están completamente desorientadas, no aluden a nadie: no se trata más que de abreacciones de malestar y desagrado, algo así como una válvula de escape destinada a aligerar el organismo. Podemos hablar, pues, aquí de una forma arcaica de la agresividad, que se exterioriza de una manera elemental, espontánea, incontrolada: no apunta todavía a una persona determinada; está, por tanto, libre de toda especulación y sentimiento de culpabilidad, lo cual supondría una referencia a algún ser humano.

La intensidad de la forma primitiva de angustia es extraordinaria, ya que, debido a su total indefensión, el lactante la vive como una amenaza contra su existencia, contra su estancia en el mundo. Experimenta asimismo, sin cortapisas, la acometida y el furor desatados; el niño es, en tales circunstancias, «todo cólera» o «todo angustia» y se ve poseído, exclusivamente, por el impulso a abreaccionarlas, a librarse de ellas. El acto reflejo de repliegue así como la tempestad de movimientos que hemos descrito constituyen quizás las dos formas primarias de la reacción a la angustia y al displacer de otros seres vivos: la fuga hacia atrás, la inmovilización

de toda actividad — «hacerse el muerto» —, o bien, la huida hacia adelante, la susodicha tempestad de movimientos, el ataque.

Si un sujeto esquizoide se encuentra desvinculado, desamparado, indefenso o asediado y mantiene la vivencia íntima de hallarse en tal situación, experimentará las insidias y amenazas correspondientes, reales o supuestas, como un atentado contra su existencia entera. Sus reacciones completamente arcaicas en el sentido indicado: agresión inmediata y desconsiderada, atenta sólo a suprimir la ansiedad o cuanto la provoca, así como a aliviar la propia tensión; los ingleses dirían «to get it out of one's system» (algo así como «perder los estribos» o «romper amarras»).

Es fácil imaginar cuán peligrosas pueden ser estas agresiones arcaicas, que brotan de la sensación de amenaza existencial, en sujetos — los esquizoides — que apenas saben lo que es una vinculación. Nada es capaz de contenerlas, de fijarlas, pues no se hallan integradas en la personalidad total. Son una descarga impulsoinstintiva elemental desprovista de todo miramiento. Como ya hemos visto, al hablar de la sexualidad, la agresividad y las correspondientes emociones del esquizoide constituyen una abreacción meramente instintiva, escindida y aislada del conjunto vivencial; dicha abreacción no se fusiona con el caudal de vivencias emocionales. Dado que carecen, en gran medida, de la capacidad de intuición, no disponen, prácticamente, de fuerzas que la frenen. De este modo, la agresión no sirve más que para «aligerar peso»; se realiza, pues, la abreacción de manera incontrolada, libre de cualquier sentimiento de culpabilidad. A eso hay que agregar el hecho de que tales individuos, a causa de su falta de vinculación y referencia a sus congéneres, no tienen idea del efecto que sus ataques y emociones producen: satisfacen sus pasiones, sin importarles ni poco ni mucho las molestias que con ello causan a los demás. Son, en consecuencia, demasiado ásperos, bruscos y ofensivos, sin advertirlo siquiera.

Cierto diario publicó la noticia de que un adolescente había dado muerte a un niño. Le preguntaron por qué lo había hecho: se encogió de hombros y respondió que no había tenido, en realidad, razones especiales; que el niño en cuestión sólo le había incomodado, un poco. A semejante grado de peligrosidad puede llegar una agresividad sin freno, separada y apartada del contexto vivencial,

hija de una disposición al odio que puede desatarse, por los más fútiles motivos. Puede independizarse y adoptar todas las formas extremas imaginables, sobre todo cuando se une a una pulsión sexual no integrada. El *Autorretrato de Jürgen Bartsch* constituye un conmovedor testimonio, al respecto.

El psiquiatra americano KINZEL estudió a un grupo de presidiarios; comprobó que los agresivos (*violent men*) se rodeaban de un círculo de protección (*circle of protection*) de mayores dimensiones — el doble — que los no agresivos. Los primeros — a los que nosotros incluiríamos entre los esquizoides — reaccionaban, contra la violación de dicho círculo protector, de esa frontera invisible e imaginaria, con verdadero pánico, que se transformaba inmediatamente en una salvaje repulsión. Un impresionante ejemplo del modo esquizoide de «encontrarse en el mundo» es el de un paciente, que, en cierta ocasión, se expresaba así: «Cuando alguien pisa mi terreno y se pasa de la raya, me siento acometido por un odio profundo contra ese tal.» Eso nos recuerda las reacciones que KONRAD LORENZ descubrió en los animales que atacan, con un ímpetu ciego, a quienes traspasan los límites de su territorio (KONRAD LORENZ: *Sobre el llamado mal*).

Debido a su inseguridad, a la falta de trato humano y a la consiguiente desconfianza, el esquizoide vivencia la aproximación de otra persona como una usurpación; replica entonces con ansiedad, seguida, inmediatamente, de la agresión. Este sentimiento vital básico de los esquizoides facilita la comprensión de ciertas reacciones, no tan claras, a primera vista. Una agresividad primitiva, no integrada, escindida, puede arrastrar al sujeto a la comisión de determinados actos de violencia, puede impulsarle a deshacerse del prójimo, como de un insecto molesto, cuando, al parecer, se está propasando, un tanto. Al igual que todas las pulsiones desvinculadas, desgajadas del conjunto de las vivencias, la agresividad puede también independizarse, peligrosamente, y derivar hacia el plano criminal y social.

Dejemos ahora, a un lado, estos casos extremos; a las personas esquizoides no les resulta fácil controlar sus agresiones. No sufren en general por su agresividad, pero sí los que las rodean. Aquello que al principio era un recurso contra la angustia, llega a conver-

tirse en deleite: al desfogar la agresividad, por puro placer, pueden alcanzar todas las cotas posibles de crueldad y sadismo. La brusquedad, una súbita y ofensiva sequedad, una frialdad glacial e inasequible, el cinismo y un cambio repentino — a veces, en cuestión de segundos —, de una actitud amable a un hostil rechazo, son las formas más frecuentes de expresión de las agresiones. Carecen asimismo de «matices», propios de la agresividad controlada, encauzada, adecuada a cada situación. Ésta es una explicación *objetiva*; lo decimos, porque el esquizoide, por su parte, considera siempre su comportamiento como el más idóneo, sean cuales fueren las circunstancias a que lo aplica.

Entre los sujetos esquizoides, la agresividad desempeña, a menudo, otra función distinta de la de defensa y protección. De acuerdo con la antigua acepción del vocablo latino *ad-gredi* (= aproximarse a alguien), es para ellos un medio — con frecuencia, el único — de establecer contacto. La agresión puede convertirse entonces en un modo de pretender y solicitar algo, que nos recuerda, por ejemplo, las aún torpes y desmañadas tentativas de acercamiento al sexo contrario, características de la pubertad. Estas últimas presentan, si se comparan con las de los esquizoides, la misma mezcla de ansiedad y deseo, el mismo afán de ocultar los propios sentimientos, la misma terquedad ruda y molesta — en lugar de esa ternura y delicadeza de los verdaderos amantes —, el mismo miedo a hacer el ridículo, la misma disposición a retraerse, de inmediato, el mismo cambio inopinado de una actitud de simpatía a otra de repudio, el mismo cinismo cuando se creen, real o imaginariamente, rechazados.

Respecto del trato con los sujetos esquizoides, es importante saber que, entre ellos, las agresiones pueden mostrar también este significado de petición de contacto. La manifestación de agresividad les resulta más fácil que la de cariño y otros sentimientos de índole positiva. Debido a las grandes lagunas que alimentan, en cuanto a sus relaciones humanas, adolecen asimismo de una enorme incertidumbre. La labor psicoterapéutica nos ha enseñado que si, al paso que les prestamos un constante y benévolo interés, les dejamos tiempo suficiente para desecar dichas lagunas, logran integrar su agresividad y aprender a controlarla, adecuadamente.

El sustrato biográfico

Ahora bien, ¿cómo puede llegarse a un desarrollo esquizoide de la personalidad, a esa ansiedad exagerada, ante la entrega de sí mismo, y, de rebote, a la desmedida acción centrípeta, a la postura de prevención?

Predispone a ello una constitución delicada, así como una acentuada sensibilidad, labilidad y vulnerabilidad psíquicas. Se establece entonces, como mecanismo de defensa, una distancia prudencial, entre uno mismo y el entorno, ya que toda proximidad física y psíquica que rebasa una determinada medida se percibe como algo demasiado molesto, a causa de la sensibilidad, que reacciona con la finura de un radar, y de la correspondiente permeabilidad. Así, pues, el esquizoide necesita un cierto distanciamiento, para ajustarse al mundo y a la vida. Dicho distanciamiento le suministra la debida seguridad y protección para no ser «invadido» y arrollado por los demás; por naturaleza viene a ser como un sistema demasiado abierto, «en carne viva»; por ello, el sujeto ha de marcar fronteras, en torno suyo, y encerrarse, parcialmente, a fin de no ser desbordado por la abundancia de estímulos que le llegan.

La otra posibilidad es la existencia previa de una disposición motorexpansiva e impulsoagresiva particularmente destacada, así como de una escasa tendencia o capacidad de vinculación social; debido a tales anomalías, desde una edad muy temprana, se le considera un elemento molesto o perturbador. Con el tiempo, el individuo en cuestión advierte que se le rechaza, que se vitupera su forma de ser, que no se le admite tal cual es; esta observación va modelando en él recelo y retraimiento, fenómeno tan característico de estas personas, que llega a constituir un rasgo típico de su idiosincrasia. No cabe incluir, propiamente, en el concepto descrito — aunque basados en el plano somático, apunten, claramente, hacia el entorno, como factor desencadenante — los rasgos corpóreos o de otra índole, por los cuales un niño frustra, desde un principio, los anhelos y expectación de sus padres — sobre todo, de la madre —, sea porque no pertenece al sexo que éstos esperaban, sea por otros cualesquiera rasgos físicos que le impiden a la madre proporcionarle

el cariño y las atenciones que necesita. Dígase lo mismo del hijo no deseado.

A estos factores constitucionales, caldo de cultivo en el que el entorno suele ser más responsable, respecto de la evolución esquizoide, que la propia predisposición, hay que añadir los factores ambientales, elementos esenciales desencadenantes del desarrollo esquizoide de la personalidad. A fin de poder comprender esto mejor, hemos de considerar la situación del niño, inmediatamente después del nacimiento y durante las primeras semanas de vida.

En contraposición con otros seres vivos, el bebé se encuentra, al salir del vientre materno, sumamente desvalido por mucho tiempo y con total dependencia de cuantos le rodean. ADOLF PORTMANN dice que el hombre es un ser que nace demasiado pronto.

Para que el niño se vaya orientando, con confianza, hacia su entorno y pueda realizar, con éxito, el primer encuentro con un *tú*, dicho entorno se le ha de mostrar fiable y aceptable; aceptable, en el sentido de que satisfaga las necesidades inherentes a su edad. El niño en las primeras etapas de su existencia requiere una atmósfera protectora y acogedora, que le haga sentirse a gusto, en condiciones adecuadas a él. Ha de experimentar esta fase «paradisíaca» de satisfacción natural y lógica de sus necesidades, ya que, sólo a partir de esta seguridad primaria, puede ir arriesgándose paulatinamente a entregarse a la vida, sin miedo a ser aniquilado.

Resulta difícil de explicar el hecho de que, durante largo tiempo, no hayamos tenido más que ideas muy vagas acerca de estas condiciones vitales, tan necesarias para el niño de corta edad; se ha ignorado casi siempre, la capacidad de diferenciación y percepción del lactante, así como el efecto de las influencias exteriores sobre el mismo. Son altamente demostrativas, al respecto, las investigaciones del pediatra suizo STIRNIMANN, sobre los recién nacidos. Tomaremos un par de citas de su libro *Psychologie des neugeborenen Kindes* («Psicología del recién nacido»): «Algunos libros de cierto prestigio... afirman que no se experimentan sensaciones dolorosas, hasta la sexta semana... Se ha podido comprobar que no es así, a propósito de las inyecciones: con la seguridad de un experimento..., se podía predecir que el recién nacido iba a llorar, al día siguiente, al ponérsele la segunda inyección, en cuanto se

comenzase a desinfectar el punto elegido para pincharle.» Respecto de la memoria, sostiene lo siguiente: «...Existe también una memoria prenatal. De acuerdo con las observaciones de nuestras enfermas del turno de noche, los bebés cuyas madres son camareras de clubs nocturnos permanecen con frecuencia despiertos, sin llorar, hasta después de medianoche, mientras que los de las mujeres que trabajan en tahonas se ponen inquietos, entre las 2 y las 3 de la madrugada... Debido al trabajo diurno y al reposo nocturno de la madre, el niño se habitúa, ya desde antes del parto, a la alterancia actividad vigil-sueño.»

En este sentido, queda aún mucho que investigar; pero según se desprende de dichas observaciones y de otras semejantes de STIRNIMANN, hemos subvalorado la vida perceptiva, sensitiva y afectiva del recién nacido. Se creyó durante mucho tiempo que unos cuidados corporales adecuados, una alimentación sana y una higiene apropiada eran lo más importante y más que suficientes, para el lactante. Gracias a una cuidadosa investigación de la primera infancia y al psicoanálisis de FREUD y sus discípulos, hemos logrado adquirir criterios completamente nuevos, que hemos completado con el estudio del comportamiento. A tales estudios hemos de agradecer nuestros conocimientos, acerca de la importancia condicionante, modeladora, de las primeras impresiones y experiencias, así como de la relevancia de las primeras semanas de vida.

Ya GOETHE demuestra poseer idénticos conocimientos (conversación con KNEBEL, 1810), cuando afirma: «Un mal que ha echado raíces entre nosotros es el relativo a la escasa atención que se presta a las primeras etapas de la educación, pese a que son el soporte en que se basa, principalmente, el carácter, el ser del futuro hombre.» Desgraciadamente, estas inteligentes reflexiones no encontraron el debido eco, ni desembocaron en lógicas conclusiones.

Sabemos, en la actualidad, que el primer entorno le ha de ofrecer al niño, aparte los imprescindibles cuidados corporales ya mencionados, calor, cariño, y una dosis bien proporcionada de estímulos y reposo, así como una cierta estabilidad del espacio vital, a fin de que pueda adoptar una actitud llena de confianza y clara comunicación. Es particularmente interesante que reciba la suficiente ternura física (besos, caricias).

Si el niño, empero, experimenta en esa temprana edad el mundo como algo inhóspito, inseguro, no fiable, vacío, tumultuoso o excesivamente estimulante, se asustará y retraerá. En lugar de abrirse confiadamente se encerrará en una prematura y profunda desconfianza. El vacío del mundo — que vivenciará como tal, cuando se vea solo con demasiada frecuencia y demasiado tiempo — y el exceso de estímulos y de impresiones sucesivas, o bien, una desmedida intensidad de incentivos, alentarán en él la formación esquizoide. Entonces, precisamente al comienzo de su apertura al mundo, se sentirá perturbado y como rechazado hacia su propio mundo interior.

SPITZ demostró, mediante unos estudios realizados con niños acogidos en hospicios, que aquellos que fueron separados demasiado tiempo de sus madres las primeras semanas de vida — precoz privación del cariño materno — recibieron con ello un daño grave e irreparable en cuanto a su desarrollo: aun cuando estuvieran bien alimentados y en condiciones higiénicas impecables, se veían atendidos en grupos de 10 por una sola puericultora. Todos los bebés que se encuentran carentes de afecto en las primeras fases de su vida o que están asediados por un cúmulo de estímulos presentan un considerable retraso, una formación desigual, fallos o una maduración precoz no conforme con su edad, ya que no se hallaron en las circunstancias vitales requeridas y con las debidas proporciones; quedaron sometidos así a un miedo y ansiedad nada adecuados a su edad.

Entre los niños faltos de cariño o no deseados desde el comienzo de su vida menudean tales perjuicios precoces, que les amenazan con la esquizoidia. También se dan en quienes han tenido que permanecer mucho tiempo en clínicas u hospitales por razón de alguna enfermedad o que han sufrido la pérdida de la madre. Lo mismo sucede con los hijos de madres desalmadas o indiferentes, de madres demasiado jóvenes, no maduras aún para la maternidad, o con esos que viven, por decirlo así, «en jaulas doradas», confiados a personas que no sienten cariño por ellos, porque la madre, consagrada exclusivamente a sus ocupaciones «sociales», no tiene tiempo que dedicarles, o con aquellos otros cuyas madres reanudan su trabajo profesional poco después de haber dado a luz,

Las personalidades esquizoides

se ven obligadas a dejar solos a sus pequeños durante períodos prolongados y no les resulta posible darles aquello que necesitan.

Esta carencia de ternura en las primeras etapas de la vida es una posible fuente del desarrollo esquizoide de la personalidad; pero existe otra, representada por el exceso de estímulos, como en el caso de las madres que no dejan en paz a su hijo y adolecen de falta de sensibilidad respecto de las necesidades del mismo. Esto, a primera vista, aparece menos claro que lo anterior; pasemos a describirlo con más detalle. Para que el lactante inicie correctamente su andadura hacia el medio ambiente, es imprescindible que el entorno muestre una cierta estabilidad, lo cual contribuirá a habituarlo y a desplegar su confianza. El cobrar confianza constituye la base del «poderse fiar». El cambio demasiado frecuente de personas, de ambientes y de impresiones sensoriales desborda la capacidad de asimilación y elaboración de estímulos, por parte del niño (por ejemplo, ruidos constantes de la radio y la televisión, iluminación demasiado brillante incluso durante el sueño, viajes continuos y precipitados, etc.). Tanta inquietud en el entorno y en el comportamiento de la madre, que perturba la necesidad de tranquilidad y aislamiento del pequeño, al ocuparse demasiado de él, al transportarle consigo a todas partes y al no brindarle la oportunidad de satisfacer por sí mismo los impulsos, determinan el que éste se retraiga y se encierre en sí mismo con miedo e irritación.

Fuera de estos tipos de ambiente, existen otros que le plantean al niño exigencias prematuras y favorecen la esquizoidia, ya que no le permiten un desarrollo orgánico natural. Se trata de ambientes en los que el niño ha de criarse entre adultos de carácter difícil e inmaduro, que no saben resolver sus propias dificultades y problemas vitales. Ha de intuir entonces demasiado precozmente ciertos estados de ánimo y situaciones, a fin de no sobrecargar más aún una atmósfera ya de por sí tensa y lábil. No es raro que tenga que asumir entonces el papel de sus padres al no hallar en ellos una base firme, en que apoyarse para solucionar sus conflictos. Ello supone, como es lógico, una exigencia excesiva para su edad; antes de haberse encontrado a sí mismo, se ve empujado a desempeñar una función de adulto, a comprender a sus progenitores, con lo que no puede concentrarse en su mundo, ya que constantemente ha

de pensar, mediar, entender y compensar los fallos de los otros; tiene así que vivir con más intensidad la vida de los demás que la suya propia. Con ello no sólo se le arrebató su propia niñez, sino que se anula el desenvolvimiento del núcleo de su propio carácter y la seguridad en sí mismo: el sentimiento vital fundamental que priva entonces es el de estar siempre sobre un suelo quebradizo.

Si su estancia en el mundo es de este género, habrá de esforzarse por volverse invulnerable, como Sigfrido con la sangre del dragón, a fin de no presentar puntos débiles; pero siempre quedarán lagunas. En efecto, ¿cómo es posible inmunizarse del todo? Evidentemente, haciéndose inalcanzable en el aspecto sentimental, pasando por la tierra como un ser desconocido y anónimo, envuelto en un halo invisible. Se pone una máscara, detrás de la cual esconde el propio interior; así nadie puede saber qué es lo que le sucede por dentro. Comoquiera que los sentimientos son inevitables, el individuo en cuestión desarrolla cierta capacidad para controlarlos conscientemente, para dosificarlos. Reflexiona sobre los mismos y aprende a consentirles manifestarse o no; pero no se abandona en modo alguno espontáneamente a ellos, ya que tal cosa podría resultar peligrosa. Cuando una muchacha le comunicó a su amiga, una joven paciente, que sus padres le habían dicho que se mostraba demasiado fría y hostil con ellos, esta última replicó: «Bueno, pues entonces tendré que suprimir también desde ahora mi odio hacia ellos», con lo que el trato con sus progenitores se hizo aún más glacial y distante.

Hemos de añadir aquí que nosotros los adultos tenemos un límite parecido de tolerancia respecto de las impresiones sensoriales; sabido es — cosa que se practica lamentablemente en ciertos países para obtener declaraciones — se puede trastornar psíquicamente a un sujeto mediante ruidos constantes o luces intensas y persistentes, así como impidiéndole dormir; un aislamiento y una oscuridad prolongados pueden ejercer el mismo efecto. Naturalmente, el límite de tolerancia de un niño de corta edad es mucho más reducido.

Desde ese punto de vista, tiene una importancia capital el que a un niño se le dé el pecho o, en cambio, el biberón. El retorno regular de la madre y el íntimo contacto que se produce entre ambos con el amamantar no sólo le posibilita al pequeño el paulatino re-

conocimiento del ser del que, de modo tan digno de confianza, procede toda satisfacción de sus necesidades, sino que hace que apunten en él los sentimientos de esperanza, gratitud y amor dirigidos a *una* persona. Respecto del niño alimentado con biberón, hay que decir que la operación puede correr a cargo de personas distintas, las cuales pueden, por eso, comportarse, de manera bien diversa y obstaculizar el antedicho proceso de desarrollo. El niño se ve sometido así a procesos de aprendizaje más complicados; será pues, más difícil el que se sienta intensamente vinculado a *una* persona, como el niño criado con el pecho. Al reconocer, como característica decisiva de la formación de la equizoidia, la falta de vinculación, podríamos haber cimentado la anomalía en la carencia de la mencionada intimidad entre madre e hijo.

En todo caso, la consecuencia de las alteraciones que hemos descrito consiste en que el niño habrá de defenderse, desde un principio, o verse frustrado por el mundo. Cuando no encuentra fuera de él una persona con la que establecer una relación comunicativa adecuada, se retrae, se adopta a sí mismo como compañero y da un paso vacilante del *yo* al *tú*. En el desarrollo ulterior de su ser, cuando no pueda realizar experiencias correctoras, surgirán las lagunas arriba descritas, la tendencia a la independencia y el egocentrismo, la autorreferencia.

Así aparecen, a grandes rasgos, los factores ambientales que favorecen los desarrollos esquizoides de la personalidad. Tan sólo podemos decir aquí que la generación con cuya infancia coincidió la guerra mundial, la cual supuso para muchos lactantes e infantes un medio similar al que más arriba explicamos —intranquilidad, bombardeos nocturnos, desplazamientos y huidas, separación de la familia, pérdida de la patria, etc.—, presenta múltiples rasgos esquizoides: el rechazo de los lazos familiares, la tendencia a masificarse y formar grupos, a los que se puede uno sentir ligado sin abandonar el anonimato y la ausencia de una sólida unión, en lo que se refiere a las relaciones entre ambos sexos. El problema de los «pandilleros», que se planteó cuando dicha generación llegó a la pubertad, ha de conectarse con las mencionadas circunstancias. Dígase lo mismo de determinadas corrientes del arte moderno, que cabe designar como «pérdida del centro». El arte esquizoide ejerce

más bien un efecto inquietante y con frecuencia repulsivo. Según FUHRMEISTER y WIESENHÜTTER (*Metamusik*), los músicos de las orquestas que interpretan piezas modernas se sienten a menudo enfermos después de los ensayos.

El ambiente tomado en conjunto del hombre occidental produce asimismo efectos esquizoides: el mundo aparece cada vez más inhóspito; pese a todo el confort, experimentamos como una constante persecución; nuestro sentimiento vital se debilita ante la excesiva abundancia de estímulos que nos asedian y contra los cuales difícilmente nos podemos proteger. El terrorífico espectro de posibles guerras y la persuasión de que nos hallamos actualmente sobre una especie de volcán que puede dar al traste con la civilización entera, las peligrosas manipulaciones y poder de acción sobre las estructuras vivientes, a cargo de la técnica y de las ciencias naturales, despiertan en nosotros un sentimiento de amenaza existencial; así lo hemos señalado para la aparición de los rasgos esquizoides. Como contraste, es justo valorar la creciente afición al yoga, a los ejercicios de meditación orientales y a los sistemas de relajación occidentales de SCHULTZ, JACOBSON y CAYCEDO. Un afán incesante de interiorización se advierte también en el uso de drogas. Los *hippies*, *freaks* y otros grupos afines buscan conscientemente la renuncia a las conquistas de la técnica y la civilización, cuya incontrolada primacía nos va pareciendo a todos cada vez más dudosa. El dominio sobre la naturaleza, la técnica que supera el espacio y el tiempo así como las condiciones de vida en las cuales debemos llevar a cabo nuestra lucha por la existencia amenazan con atrofiar y anular sistemáticamente nuestros sentimientos, nuestra vida afectiva; cabe, pues, hablar de un proceso de formación esquizoide de la sociedad occidental.

La carencia de cariño y amparo en la más temprana edad es, por tanto, el denominador común del desarrollo de la estructura esquizoide de la personalidad, tan íntimamente relacionada con las influencias del entorno. No se ha investigado aún suficientemente si existe en este sentido un influjo prenatal, ejercido a través del organismo materno y hasta qué punto es ello posible; parece poco probable. STIRNIMANN, en su libro ya mencionado, señala y demuestra la presencia de una capacidad auditiva antes del nacimiento:

si se coloca a una mujer embarazada delante de la pantalla de rayos X y se hace sonar el claxon de un coche, el feto sufre un sobresalto. Es posible que — a causa de las vivencias emocionales de la madre, de su comportamiento afectivo con respecto al embarazo y al fruto de su vientre — se inicie ya en el seno materno esa sensación de desamparo que hemos señalado anteriormente, cuando la mujer, en lugar de aceptar al hijo y esperar con gozo su nacimiento alberga, sean cuales fueren los motivos que le inducen a ello, una actitud hostil, de rechazo o de odio contra aquél.

Ejemplos de vivencias esquizoides

Un músico bien dotado para su arte, pero muy caprichoso y casi negado para el contacto humano, vivía en una difícil situación financiera. Un conocido le proporcionó un puesto bien remunerado más acorde con sus intereses; ello le suponía, por tanto, una ayuda decisiva. El día que debía tomar posesión de dicho puesto, que ya había aceptado, no acudió al trabajo; no se disculpó y perdió la magnífica ocasión de situarse. Pretextó que su amigo sólo había querido mostrarle su superioridad y hacerle ver la penuria en que se encontraba o quizás se había movido por motivos homosexuales.

Así, pues, en lugar de aceptar lo que con tan buena voluntad se le ofrecía, se vio asaltado por el miedo a supeditarse, a quedar agradecido y ligado al otro. Hubo de tergiversar arbitrariamente el hecho, y atribuirle a su amigo móviles inconfesables. Pero algo más profundo, difícilmente comprensible, anidaba en él: el intento de someter al otro a una especie de prueba: «Si de veras quiere ayudarme y no se deja intimidar por mi comportamiento, ni se decide, por ello, a abandonarme, quiere decir que significa verdaderamente algo para él.»

Se advierte aquí una clara impotencia para escapar del fatal círculo vicioso y obtener nuevas experiencias, a expensas de la comunicación con otras personas. ¿Cuándo podía considerar garantizado el aprecio y estima ajenas? Por otra parte, ¿quién estaría dispuesto a soportar la prueba exigida y esforzarse por comprender los motivos de tamaña conducta? La gente, en general, no se muestra inclinada a hacerlo.

La situación de dicho sujeto era más complicada aún, al desear, casi con la misma intensidad que su conocido, que dejara de preocuparse por él, que se desentendiese y le dejase en paz. En el primer caso, habría tenido que rectificar su opinión acerca de los demás y llegar a confiar en ellos, lo cual, en el fondo, es lo que deseaba. En el segundo, se reforzaría su idea de que los seres humanos no son dignos de confianza y, así «justificado», podría retirarse, lleno de amargura, a su heroica soledad y acrisolar su desprecio hacia el género humano, cosa, en realidad, más cómoda.

Este músico cambiaba con frecuencia de amistades femeninas, porque de una no le gustaba el modo de vestir, de la otra no le complacían las piernas, de una tercera, la educación, etc. Trataba en realidad, de racionalizar su angustia a verse vinculado y, al mismo tiempo, de defenderse contra la posibilidad de llegar a querer a alguien y exponerse en consecuencia a los riesgos que el «amor» entraña. En cuanto a su biografía, indicaremos que era hijo extraconyugal, que se había criado con distintos y parientes, para quienes suponía una carga molesta.

He aquí otro ejemplo de esta estructura de la personalidad: un sujeto de mediana edad se consideraba a sí mismo como un marginado. Tenía la sensación de no encajar en ningún sitio, de que los demás le rechazaban o le ridiculizaban. Sufría con estos pensamientos, que afianzaban su inseguridad; su carrera profesional corría siempre el peligro de fracasar, toda vez que los demás le tomaban por un tipo extravagante y de carácter «sumamente difícil», típico círculo vicioso creado por las reacciones de uno y de otros: se volvía así cada vez más brusco y agresivo, sin motivo aparente; respecto de sus superiores, era irónico y ofensivo; contestaba desabridamente a sus compañeros de trabajo; en cuanto a su género de vida y manera de vestir se manifestaba tan excéntrico, que provocaba un vacío creciente a su alrededor; los demás notaban que no tenían nada en común con él.

Debido a su progresivo distanciamiento y aislamiento proyectaba gran parte de sus conflictos sobre los demás, pero a su vez, los demás, como suele suceder en tales casos, proyectaban los suyos sobre él; siempre tendemos a volcar problemas propios y sectores de nuestra psique no integrados, inconscientes, sobre lo que aparece extraño, insólito o inquietante. Así, dicho sujeto se fue convirtiendo cada vez más en la «oveja negra», en el «archivo expia-

torio» de la colectividad en cuyo seno vivía y actuaba. Comoquiera que se le conocía poco, la mayoría de sus colegas, lo veían «raro», pero sin esforzarse, empero, por entender los motivos de su rechazo. Empezaron a correrse muy pronto ciertos rumores a costa suya: quizás tuviera algo «que no marchaba bien», quizás fuera un desviado sexual o políticamente sospechoso, etc. En suma: se había vuelto una persona «de cuidado», sin que nadie supiera a ciencia cierta cómo y por qué. No se daban cuenta de que estaban proyectando sobre él problemas inconscientes no resueltos. Sin embargo, cuando él estaba presente, nadie le manifestaba tales sospechas. El sujeto en cuestión sólo advertía el creciente distanciamiento, para él incomprensible, de sus compañeros; captaba de vez en cuando una mirada de desconfianza o las señas que los otros se hacían, señas que no lograba interpretar. En resumen, la oscilación entre ambos extremos, acabó por crear un círculo vicioso insoluble.

Voy a exponer a continuación, con cierta amplitud, el sustrato biográfico de este sujeto, a fin de mostrar cómo fueron arraigando en él las semillas de la esquizoidia, de las ulteriores dificultades sociales, que, en principio, no podía en absoluto relacionar con tales antecedentes; tan sólo las percibía como algo enigmático, determinado por un destino fatal.

Procedía de un ambiente poco común. El padre era escritor; se dedicaba a temas de viajes. Logró mucho éxito, cuando su único hijo aún se encontraba en la primera infancia. Ganaba por entonces mucho dinero, llevaba un buen tren de vida y celebraba animadas fiestas. La madre se hallaba absorbida por completo por esta vida de lujo y de alta sociedad; le consagraba por ello, poco tiempo a su hijo, mejor dicho, mostraba escaso amor y poco interés por él. El pequeño se vio entregado a los cuidados, primero, de una sirvienta y, luego, cuando todavía era de muy corta edad, a los de un criado negro. Le parece recordar que ambos le manifestaban cierto cariño.

Cuando contaba 5 años, sus padres se divorciaron; de ellos no cabe afirmar que hubiesen llevado de casados una auténtica vida en común; creían que eso era lo «más moderno» y demostrativo de liberalidad. Ambos habían tenido relaciones íntimas con distintas personas. El paciente se quedó con su padre. Al principio, sólo se le dijo, sin más comentarios, que su madre «se había marchado e iba a permanecer mucho tiempo fuera». A poco — de eso se enteró bastante más tarde — esta última ingresó en un sanatorio, en el que permaneció dos años, a causa de una enfermedad mental. Podemos

suponer, por tanto, que tampoco antes había sido muy sana mentalmente. Poco después del divorcio, el padre contrajo matrimonio con una hermana de la madre del paciente; se trataba de su tercer matrimonio. La madrastra había odiado siempre a su hermana, porque era la predilecta de casa. Cuando el paciente cumplió 15 años, su madrastra se suicidó. El padre se casó por cuarta vez.

El señor X creció en este ambiente. Nadie se preocupaba verdaderamente de él; por eso, surgió pronto en él la sensación de que estorbaba, de que en realidad estaba de más, en fin, de que era indeseable. Esta idea se vio reforzada aún más por las circunstancias siguientes. La casa de sus padres se encontraba situada fuera de la ciudad, sobre una colina aislada y en una zona todavía poco poblada, de modo que el niño no tenía compañeros de juego. El padre era un tipo solitario, que bebía mucho y llevaba un género de vida especial: trabajaba de noche, para que nadie le molestara, y dormía de día; así es que su hijo apenas le veía. También viajaba semanas enteras. Despreciaba y ridiculizaba los convencionalismos y reglas sociales; pretextaba que estaban hechas para los débiles y los tontos.

Cuando el niño alcanzó la edad escolar, no ingresó en una escuela, sino que recibió en su casa clases particulares de diversos profesores, que, por otra parte, cambiaban a menudo. Tan sólo entró en un colegio a los 10 años. Entonces es cuando comenzaron a manifestarse sus problemas de adaptación social lo cual no es de extrañar a la vista de tales antecedentes. De hecho, no había obtenido literalmente experiencia alguna del trato con chicos de su edad y nunca había pertenecido a un grupo o comunidad. Debido a su inseguridad, procuró buscar un papel o rol que desempeñar en la clase detrás del cual poder ocultarse. Dado que en algunas ocasiones había provocado involuntariamente la hilaridad de los demás, fue acogido con simpatía y benevolencia, hasta convertirse en el payaso de la clase y más adelante en alguien que hoy calificaríamos de «gamberro». Intentaba caer en gracia a sus compañeros; acabó por tomarlo todo a broma, burlarse de los profesores, mostrarse indiferente a los avisos y castigos, hacer «novillos», etc. A causa del carácter del padre, todo eso era celebrado con satisfacción en casa: su progenitor llegó a sentirse orgulloso de que también él despreciase los convencionalismos de la sociedad.

Sin embargo, pese a todos sus afanes al respecto no logró entablar amistad con nadie, ya que los otros le encontraban, desde luego, interesante y divertido, pero en resumidas cuentas, un cómico marginado. Comoquiera que disponía de buenas dotes intelectuales, era hasta cierto punto apreciado, pero no contaba con auténticos amigos.

A los 12 años, se inició lo que él mismo denominaría más tarde su «gran enfermedad». Como era delgado, pálido, enclenque y larguirucho, su madrastra le prohibió asistir a la clase de gimnasia y practicar cualquier clase de deporte «debido a su corazón y a su rápido crecimiento». El resultado, entre otras cosas, fue que no consiguió desarrollar un sentimiento sano acerca del propio

cuerpo, al no sentirse verdadero dueño del mismo y mostrar los consabidos signos de inhibición y torpeza. Le faltó así otro factor de posibilidad de contacto, de proximidad corporal y de noble competencia.

La madrastra ocultó su animadversión hacia él, bajo una máscara de preocupación por su salud, y le arrastró de una a otra consulta médica. Tuvo que guardar cama durante mucho tiempo, sin que en realidad padeciera dolencia alguna determinada. Los médicos entraron en el juego, hasta que uno de ellos descubrió, al fin, la presencia de una tuberculosis latente. Hubo de permanecer entonces dos años encerrado en su cuarto, casi siempre encamado. Durante este tiempo, leyó indiscriminadamente infinidad de libros de la biblioteca de su padre. En el transcurso del tratamiento, llegó a afirmar: «Emocionalmente, soy diez años más joven, que intelectualmente», lo cual no deja de ser una típica definición aplicable a los sujetos esquizoides. Otra de sus afirmaciones — «No sé si soy homosexual o heterosexual» — expresa su inseguridad acerca de su identidad sexual.

Con más de 14 años de edad reingresó en el colegio; este segundo intento no transcurrió tan felizmente, como el primero, en lo que a contacto humano se refiere. Los dos años de aislamiento coincidieron precisamente con el comienzo de la pubertad. Vivenció este período crítico separado de sus coetáneos y lo redujo a los vuelos de su propia fantasía. Esa soledad y el no tener a una pareja a su lado le retrajeron aún más y agravaron sus dificultades de comunicación. De nuevo, fue considerado por los demás como un «tipo extraño»; para colmo, esta vez era novato en el seno de un grupo de alumnos que habían crecido juntos desde hacía años.

Al cuestionario de un test vocacional respondió así, cuando tenía 15 años: «Fumador profesional.» La reacción a esta ironía fue muy cruda; pero nadie se dio cuenta de la necesidad y el desamparo que se ocultaban detrás de dicha respuesta; nadie comprendió la «salida» como una señal de alarma, como un SOS dirigido a los demás. De estudiante mantuvo relaciones sexuales con algunas chicas, cosa insólita en él, para medir sus «fuerzas» con los muchachos de su edad y afirmar su virilidad. Por idénticos motivos, ingresó, más adelante, voluntario en el ejército; también aquí siguió siendo un «tipo raro», el blanco de las burlas de sus conmlitones, a causa de su torpeza.

Terminado el servicio militar, prosiguió sus estudios. Se dedicó a la historia, lengua y literatura. Una vez hubo concluido la carrera, se consagró a la enseñanza y se convirtió en un especialista de reconocida valía; pero se aisló del mundo, porque no se encontraba a gusto más que entre los libros. Sus alumnos valoraban sus profundos conocimientos y le pasaban por alto sus debilidades. Contrajo matrimonio a los 24 años, mejor dicho, le casaron. Muy pronto comenzó su mujer a quejarse de que mostraba más interés por las bibliotecas, que por ella. Él, a su vez, no comprendía la actitud de su esposa, ya que le administraba la dosis de afecto de que era capaz; se sentía frustrado, además, puesto que no la veía participar gran cosa en el mundo de su espíritu y en sus afanes superiores. El joven matrimonio comenzó en-

tonces a caer en ciertas infidelidades. Él, por su parte, en experiencias homosexuales, contra las que reaccionaba con un profundo sentimiento de culpabilidad, reacciones que se aproximaban a un delirio de persecución y le obligaron finalmente a buscar los recursos de la psicoterapia.

La biografía que acabamos de exponer contiene ciertos datos típicos relativos al sustrato biográfico del desarrollo esquizoide de la personalidad: excesivo apartamiento, indiferencia y disponibilidad irregular de las personas responsables del sujeto, ya desde el comienzo, además de una acusada falta de ternura física y de comprensión respecto de las necesidades del mismo. Por otro lado, la ausencia de personas que lo dirijan y orienten, el abandono en que queda, durante importantes etapas del desarrollo, el escaso contacto y las exiguas experiencias comunes con los propios coetáneos, la casi nula adscripción a algún grupo o comunidad, las insuficientes posibilidades de desenvolvimiento del plano afectivo y del sentimiento de confianza, todo ello crea lagunas, vacíos, en el trato humano, una carencia de técnica de la vida, que constantemente le obliga a uno a replegarse sobre sí mismo, debido, sobre todo a las relaciones del mundo que le fijan todavía más al papel de marginado.

Es fácil comprender, con esos supuestos, el desarrollo de una forma fundamental de angustia: la que brota ante la entrega de sí mismo y la proximidad de los demás; de rebote, ha de haber un impulso muy acusado hacia la autodefensa; la autarquía aparece entonces como la única posibilidad de autoconservación. El esquizoide hace, por decirlo así, de la necesidad virtud, al elevar su soledad a la categoría de valor. Esto puede acentuarse hasta alcanzar formas extremas de narcisismo, amargo desprecio y hostilidad contra todo y contra todos, cinismo y nihilismo. Detrás de esa áspera corteza, se esconde, tímida e ignorada de los demás, una profunda nostalgia de proximidad, confianza, deseo de amar y ser amado. Es comprensible, pues, que, a partir de esta actitud, se evolucione fácilmente hacia los planos asocial y criminal; sólo se requieren entonces algunos motivos desencadenantes. La intensificación de los rasgos del carácter de los esquizoides — que arrancan de una desconfianza inicial, pasan por el rechazo, la indiferencia, la frialdad afectiva,

y desemboca en el odio y menosprecio de la humanidad — viene a ser casi siempre la reacción a las propias experiencias con el entorno, que conducen al círculo vicioso arriba descrito.

Vamos a contar un breve ejemplo, una autodescripción, que pone de manifiesto, de manera especialmente y gráfica, la ausencia de referencia respecto de los contactos emocionales y la tentativa de sustituirlos por procedimientos racionales de orientación. Un paciente esquizoide afirmaba en cierta ocasión:

Tengo la impresión de que lo que en otros provoca una reacción inmediata, dentro de la línea de los sentimientos, en mí desarrolla, de una manera rápida, una serie de procesos conmutadores.

He aquí una certera descripción de como, en los sujetos esquizoides, la referencia afectiva, no evolucionada, ni entrenada, es sustituida por una actitud intelectual vigil y una sensibilidad tipo «radar», a cargo de los órganos de los sentidos y de los procesos del pensamiento: los «conmutadores».

Las graves sobrecargas y conflictos, que el sujeto es incapaz de dominar, se transforman, entonces en síntomas corporales. Se ven afectados, sobre todo, en relación con la problemática existente, los órganos de los sentidos, así como aquellas zonas puestas al servicio del trato humano y del intercambio: la piel y los órganos respiratorios. Aquí se incluyen las molestias asmáticas y eczemas, que surgen, en ocasiones, en edad muy temprana. La piel es el órgano que nos separa del mundo exterior, y que, al mismo tiempo, nos conecta con él. Expresa las dificultades de contacto que sufren los sujetos esquizoides, mediante trastornos de riego sanguíneo, psoriasis, transpiración excesiva, etc.

Consideraciones complementarias

Vamos a resumir lo que hemos venido exponiendo: en el sujeto esquizoide, «escindido», el conjunto de las vivencias, así como las impresiones psíquicas, los impulsos y las reacciones están como desgarrados o partidos de mil maneras. Sus impulsos vitales se en-

cuentran aislados, separados, de las vivencias afectivas. Es decir, el sujeto en cuestión no ha logrado integrar los diversos estratos vivenciales o de la personalidad mediante la vida de los sentimientos y de las emociones, que fusionan todo lo demás. Existe una gran diferencia en cuanto al grado de maduración «entendimiento-sentimiento», «racionalidad-emotividad»; los procesos afectivos y las experiencias racionales actúan, por decirlo así, separadamente, sin fundirse en una vivencia unitaria. Dado que el esquizoide hubo de maniobrar prematuramente, mediante el entendimiento y las percepciones sensoriales, al no haber podido ejercitar una suficiente orientación emocional, no dispone de matices afectivos; no conoce sino las formas previas, primitivas, del sentimiento, puramente emotivas. Es como si en la paleta de sus posibilidades de expresión, faltasen los tonos intermedios y no contase sino con los colores extremos representados por el blanco y el negro. Todo ello a consecuencia de la falta de vinculaciones emocionales humanas.

Como defensa contra su ansiedad ante la proximidad de los demás, el individuo esquizoide intenta alcanzar la mayor independencia posible. Ahora bien, a esa tendencia a la autarquía y al repudio de los contactos más directos va unida ineludiblemente una inclinación centrípeta, un creciente egocentrismo, que le va empujando progresivamente al aislamiento. Se comprende que estas personas experimenten la más intensa de las angustias, toda vez que la soledad y el aislamiento refuerzan la ansiedad. La inquietud ante la posibilidad de volverse loco puede alcanzar un grado insostenible. En tal ansiedad se refleja también la vivencia de que uno es distinto y ajeno a los demás, así como de que se halla desamparado ante el mundo. Uno de estos pacientes decía, en cierta ocasión: «La angustia es la única realidad que conozco». Es característico el que no pudiera describir su angustia como el miedo ante una cosa determinada, concreta, sino como algo total. Otro sujeto esquizoide afirmaba: «No tengo angustia; hay algo dentro de mí que sí la tiene; pero no está en mi yo.» Se había distanciado por completo de su ansiedad, hasta tal punto, que no creía residiera en su conciencia. Es sencillo imaginar cuán lábil es un estado así, cuán fácilmente puede verse inundado el yo por una ansiedad de este tipo.

La posibilidad de comunicarle a otro que se está angustiado constituye ya un alivio; pero cuando el individuo no se atreve a hacerlo, porque teme ponerse en manos de los demás o ser tenido por un demente, si se muestra en toda su desnuda debilidad, dicha angustia irá engrosando, con el tiempo, hasta adquirir índices tales, que la hagan intolerable. Puede asistirse entonces a violentas erupciones de la angustia que desencadenan incluso la psicosis, en un último y desesperado intento por escapar a aquélla. Se vuelve uno «loco», se distorsionan las fronteras de la realidad y se busca refugio en un mundo irreal, en cuya esfera uno aparece como el hombre sano y los demás como seres anormales; cabe que sea cierto en algunos casos.

Sólo de esta manera es posible a cada uno desplazar la angustia hacia los objetos que constituyen nuestro entorno. Únicamente en este ámbito nos es posible evitarla, combatirla con eficacia o superarla con alguna facilidad, ya que frente a la angustia íntima no hay ninguna escapatoria posible.

Al ir su autismo, en aumento, el sujeto esquizoide va perdiendo el interés por el mundo y las personas, proceso que se designa como «pérdida del objeto» y que él suele describir como una vivencia del fin del mundo. En efecto, cuando se va abandonando la participación emotiva y activa en el mundo, éste se empobrece, se «arruina», se aniquila. Tal sentimiento vital es el que reflejan con frecuencia los sueños de las personas esquizoides: «Me encuentro sobre un gran disco que gira cada vez más vertiginosamente; apenas puedo sujetarme y me voy deslizando y acercando al borde, con peligro de salir despedido en cualquier momento hacia la nada», o bien, «Una fortaleza de muros de cemento, con unas pocas troneras, en un inmenso desierto de arena: está erizada de armas; en su interior hay víveres suficientes para años enteros. Yo soy el único habitante de la fortaleza.» Apenas podrían alcanzar mejor expresión la soledad, la defensa contra el exterior, el miedo y los temores, así como la necesidad de autarquía.

«Un paisaje nevado, desolado. En el fondo hay un par de árboles talados y en el primer plano un lebrillo con agua tibia. Me siento muy solo.» Este sueño procede de un adolescente, que describe su situación de esta manera:

Nació como tercero y último hijo, después del retorno del padre de la primera guerra mundial. Éste había sido herido en la cabeza, por lo que se volvió sumamente irritable; para colmo se vio casi incapacitado para administrar la granja de la familia. La madre se entregó con ardor al cuidado de su marido y se puso ella misma a dirigir la granja, por lo que le quedaba poco tiempo para ocuparse del niño. Esto último se halla simbolizado en el sueño, por el pobre calor que el barreño despedía. El muchacho se sentía muy solo. A los 12 años, construyó la siguiente «unión» con su madre: ésta solía tocar el piano por la noche, cuando su hijo ya estaba acostado; el chico unió una tecla, mediante un alambre, a una batería y una pequeña bombilla fijadas a la pared de su cama. Cuando la madre oprimía dicha tecla, al interpretar una pieza, la bombilla se encendía.

No es raro que ciertos inventos técnicos se basen en motivaciones psicodinámicas de esta índole y que estén destinados, en el fondo, a corregir vivencias carenciales infantiles. En el caso estudiado, se trataba de una necesidad de contacto insatisfecha.

Apenas cabría exponer, el «estar en el mundo» esquizoide de manera más clara, que mediante estos sueños. Al parecer, MAXIM GORKI, que tuvo una infancia muy difícil y hubo de iniciar muy pronto una vida de vagabundo para ganarse el sustento, conoció parecidos estados anímicos. Durante una visita que le hizo a TOLSTOI, refirió un sueño en el que veía caminar por una interminable e invernal carretera rusa un par de botas vacías. No cabe expresar, con más sobrias pinceladas, la soledad.

El retraerse y retirarse del entorno conduce, pues, paulatinamente a una pérdida del mundo, vivenciada con enorme angustia como una caída en la nada, en el vacío absoluto (cf. el sueño del disco giratorio). También es frecuente en las personas esquizoides el que las representaciones y sueños angustiosos adopten la forma de catástrofes cósmicas, apocalípticas. Aquel que intenta ligarse demasiado fuertemente a sí mismo, corre el riesgo de perder de vista el mundo, llega al extremo de creer que sólo él existe.

Vamos a describir seguidamente, mediante algunos ejemplos, las consecuencias de la angustia de proximidad ajena y de la sobrevaloración de la «rotación en torno al propio eje». La desconfiada vigilancia inherente amenaza entonces, cada vez con mayor intensidad, con convertirse en una autorreferencia patológica. A tales personas, como afirma el dicho popular, «se les figuran los dedos huéspedes»:

imaginan peligros por doquier y creen advertir motivos ocultos detrás de la más inocente observación, cosa que les colman de inquietud.

En una ocasión, había colgado en mi consulta un cuadro al revés; un paciente esquizoide sospechó inmediatamente que lo había hecho movido por una intención especial dirigida precisamente a él, como si quisiera comprobar su reacción a tal cambio. Aparte una autorreferencia casi paranoide, llama la atención en este ejemplo la fina vigilancia sensorial con que los esquizoides suelen percibir las más mínimas modificaciones de su entorno, modificaciones que a otros les dejarían fríos. Para orientarse en el mundo, dependen casi exclusivamente de sus percepciones sensoriales, las cuales adquieren, en consecuencia, una gran agudeza. En otra ocasión, sonó el teléfono, durante la sesión de psicoterapia, un par de veces; dicho paciente creyó que era yo el que había hecho que me llamasen, para verificar como replicaba él a esa alteración.

Cuando se capta de este modo todo cuanto llega del exterior y se relaciona consigo mismo, lo cual no se le ocurriría a nadie que mantuviera un contacto y conexión más vivos con el entorno humano, se va cayendo en un delirio de referencia y de significación, que puede entretejer un auténtico sistema delirante, difícilmente corregible. Entonces ya no se encuentra uno nada, ni nadie tropieza con uno, por pura casualidad; ningún hecho acontece en el exterior que no tenga cierta relación latente con el sujeto o no esconda una significación especial que se esfuerza por averiguar.

Como es lógico, esto resulta sumamente molesto e inquietante; no sólo se pierde entonces toda espontaneidad al actuar, sino que se permanece siempre en guardia para protegerse contra súbitas sorpresas y riesgos supuestos. Por ello, extiende con suma prudencia las «antenas» que establecen contacto con el mundo exterior, como un caracol sus cuernos, dispuesto a retraerlos inmediatamente si alguien se atreve a acercarse demasiado.

Un joven había fracasado una y otra vez en distintas profesiones. A raíz de un nuevo fiasco, elaboró de un modo delirante su sentimiento de frustración. Quería ascender dentro de la escala social, pero contaba con una confianza muy escasa en sí mismo; tampoco le apoyaban en casa, donde creían que «tenía demasiados humos» y que buscaba medrar a toda costa; opinaban que era mejor que siguiese las huellas de su padre y se quedara

trabajando en el campo, como éste: «Zapatero, a tus zapatos.» El muchacho ambicionaba coronar sus propósitos y demostrar a los otros que era capaz de conseguir cuanto proyectara. Precisamente por eso, le resultaban muy dolorosos sus fracasos, porque ello parecía dar la razón a su familia.

Habíamos intentado repetidamente calibrar esta problemática y deshacer sus representaciones delirantes, mediante un minucioso examen de la realidad; pero con ocasión del último fracaso, ya mencionado, todo se fue al garete.

Llegó muy abatido a la sesión de psicoterapia y dijo amargamente, en tono casi insolente: «A lo mejor me repite usted ahora que fue sólo por causalidad el que hoy me encontrase en la estación a un hombre que llevaba un traje viejo, raído y del mismo color y clase que el único bueno que tengo. ¿Es que acaso ese individuo no me daba a entender claramente que soy un fracasado, que estoy hundido?» Advertimos aquí con claridad la elaboración delirante del sentimiento de inferioridad, su vivencia de fracaso, así como los motivos psicodinámicos que antes he esbozado. Se advierte asimismo lo próximos que se encuentran los prejuicios a tales representaciones delirantes; podríamos añadir, *cum grano salis*, que un prejuicio puede indicar el comienzo de un delirio: solemos aferrarnos intensamente a nuestros prejuicios, como dicho paciente a su representación delirante, sin someterles a un contraste concienzudo con la realidad, para lograr quizás corregirlos.

También en nosotros mismos conocemos atisbos de tal delirio de referencia, en épocas de sobrecarga psíquica o cuando soportamos alguna angustia o sentimiento de culpabilidad no elaborado. Así, por ejemplo, el individuo que en un país totalitario adopta una actitud de oposición contra el partido o el jefe que está en el poder, actitud que llega a exteriorizar con palabras, en repetidas ocasiones, puede caer en una especie de delirio de persecución y ver en cada agente un peligroso enemigo que quizás sepa, por una denuncia, lo que ha dicho, suficiente según los casos para enviarle a la cárcel o al campo de concentración. La soledad y el aislamiento, así como las situaciones de desvalimiento e incomunicación con los demás y las amenazas reales, favorecen la aparición de reacciones deliroides. Aquel que pernocta en una casa extraña, en un país

extranjero, y oye un ruido que no logra identificar, tiende a interpretarlo erróneamente, de un modo deliroide, sobre todo cuando está psíquicamente excitado, angustiado o sometido a algún sentimiento de culpabilidad, más que cuando se halla relajado, en la segura compañía de personas a quienes conoce bien. Así pues, el delirio de referencia de los esquizoides nos pone de nuevo sobre el tapete su problema fundamental: su aislamiento y abandono humano. Los ejemplos que hemos expuesto muestran también cuán reducido es el límite que separa lo sano de lo enfermo y cómo en situaciones excepcionales desencadenamos reacciones que sólo suelen darse en enfermos mentales; precisamente estos enfermos han estado sometidos durante mucho tiempo a tales condiciones de excepción, a partir de las cuales desarrollaron sus respuestas «patológicas», que hubieron de establecer como mecanismo de autodefensa.

Pondremos un ejemplo más, que enseña cómo otro paciente elaboró en sentido deliroide su reprimida ansia de contacto y de cariño:

Un individuo, de unos 30 años de edad, muy solitario y carente casi por completo de contactos humanos, se sentó, en cierta ocasión, en un concierto, junto a un joven que le atraía extraordinariamente. No paraba de mirarle de soslayo, impelido por un anhelo creciente de establecer contacto con él, de hablarle. Inexperto en el trato con otras personas y en el enfrentamiento con sus propios impulsos, se vio invadido por un progresivo estado de ansiedad, que al principio sólo le inquietó vagamente, pero que acabó por convertirse en pánico, cuando creyó ver que del joven salían círculos de colores que parecían envolverle y aprisionarle; sintió un sudor frío en todo su cuerpo y hubo de abandonar precipitadamente el auditorium.

Se advierte aquí claramente cómo los deseos de contacto y afecto inhibidos — detrás de ellos había también un impulso de aproximación homosexual, que no se atrevía a manifestar, ni siquiera ligeramente — se proyectaron sobre su vecino y adoptaron una especie de poder posesivo emanado de él. Aparece asimismo como «enajenada» la auténtica situación. La íntima angustia se desplaza al exterior dominada por la amenaza que cree procede de su compañero y de la cual no puede librarse más que mediante la huida.

El hecho de que se sientan expuestos interna y externamente, de modo tan lábil y desamparado, al mundo, permite comprender su afán de desarrollar cierta técnica encaminada a evitar el verdadero

acercamiento, de los demás, técnica que les consienta mantenerse intactos, inmovibles, sobrios, distantes y, a ser posible, superiores, sin nada que les haga perder el control, pero sin movimiento positivo alguno. Cabe adoptar toda la gama de adusto alejamiento, arrogancia, actitud inabordable, glacial frialdad y falta de sentimientos. Cuando no bastan estas actitudes de defensa, se llega a súbitas brusquedades y explosivas agresiones, como las ya descritas. Los que rodean al esquizoide pueden entonces ayudarle auténticamente, si conocen mejor las motivaciones de su comportamiento y si comprenden las profundas circunstancias de necesidad a que se ve supeditado.

En la psicoterapia de individuos esquizoides, se entra en contacto con estados límite, que permiten calibrar la calidad del riesgo que la existencia humana supone. En efecto, podemos aprender de dichas personas lo que es importante, desde el punto de vista existencial, para los seres humanos y, por otra parte, los factores familiares y sociales que ponen en peligro nuestra evolución, a tenor de la dificultad que comporta lograr una compensación, si es que ello resulta posible. Los genios se desarrollan a veces a expensas de un sustrato semejante y del sentimiento de que se someten a una total prueba personal, con lo que volvemos a aludir al escaso margen que separa la genialidad de la psicosis. Lo cierto es que cuando estas personas consiguen aguantar y superar su sufrimiento y sus angustias, alcanzan los más altos niveles humanos.

Hemos de señalar también que los rasgos esquizoides pueden tomar una intensidad muy diversa. Si clasificáramos la serie de personalidades esquizoides que existen, arrancaríamos de las que aún se califican como sanas, pasaríamos por las que sufren alteraciones más o menos leves, hasta llegar a las que padecen trastornos graves; formaríamos entonces el siguiente cuadro: sujetos con ligeras inhibiciones de contacto, hipersensibles, solitarios, originales, «raros», extravagantes, marginados, asociales, criminales, psicóticos. No es infrecuente hallar entre ellos dotes geniales. En el genio, la soledad y la ausencia de vínculos actúan positivamente, ya que, libre de convencionalismos y miramientos, puede advertir y reconocer cosas que el sujeto común y corriente apegado a la tradición no ve o no se atreve a ver. Esta típica situación le permite atesorar co-

nocimientos que pueden rebasar límites que a otros mantienen respetuosamente lejos. Cuando no ven su vida afectiva empobrecida, sino retraída tímidamente, los esquizoides son personas muy sensibles y diferenciadas, que muestran una profunda aversión contra todo lo que es trivial y vulgar. Únicamente cuando presentan carencias afectivas y frialdad de sentimientos pueden encontrarse por debajo del plano propiamente humano.

En cuanto a su actitud respecto de la religión, hay que decir que son casi siempre escépticos, cínicos y agudos, al señalar lo «absurdo» de ciertas creencias, así como críticos frente a los ritos, tradiciones y aspectos formales del culto. En general, se complacen en racionalizar y destruir ilusiones; llegan hasta una irrespetuosa «explicación» de lo inexplicable; se sienten alentados a ello, por el abanico de posibilidades que una época «ilustrada» como la nuestra, orientada hacia las ciencias naturales, les brinda. Son pues, racionalistas a quienes falta sensibilidad y aptitud para captar determinados sectores vivenciales; de ahí que resulte imposible discutir, al respecto, con ellos.

Parece como si esta actitud antirreligiosa constituyera, para ellos, una profilaxis inconsciente contra las frustraciones. No se atreven a creer, para no verse defraudados; pero aguardan secretamente la «demostración» que les convenza. En ocasiones, son nihilistas y destructivos; disfrutan diabólicamente, cuando consiguen destruir la fe en otras personas, pero en ese afán proselitista se advierte ya lo dudoso de su postura, lo que quizás pretendan con dicha incredulidad sea no quedarse solos. Los más trastornados, debido a que jamás han experimentado cariño y amor, no pueden ser creyentes y tienden al ateísmo. Ellos mismos se convierten en la medida de todas las cosas, lo cual puede conducirles a un desorbitado delirio de grandeza y a una autodivinización, como si la retirada de su interés por el mundo y la acción centrípeta, dirigida hacia su propia persona, les confriese un poder y una importancia crecientes, hasta inundar la conciencia. Hay, en cambio, algunos que buscan y encuentran en el ámbito religioso aquel amparo y cobijo que antes jamás experimentaron. No se trata, empero, de una fe infantil, ni tampoco de la creencia en un Dios amoroso y personal; admiten más bien algo suprapersonal e inexcusable, al que oponen la dignidad

del individuo condicionadamente libre y la conciencia de la misión del hombre, como tal, que para él es un imperativo.

La ética y la moral le parecen entidades dudosas. No cree gran cosa en exigencias y mandamientos que desborden su capacidad y le precipiten en sentimientos de culpabilidad, en los cuales tiende a caer con menor facilidad que otros. Por su falta de capacidad de contacto, se halla menos adaptado socialmente; por su egocentrismo, prefiere vivir los aspectos que le resguardan y defienden: sólo cobra valor a sus ojos aquello que es adecuado *para él*. Puede así desarrollar una «moral de amo y señor», para su propio consumo; desde su alto pedestal colma de desprecio a los «débiles», a quienes se sienten atados por preocupaciones morales, que tilda de cobardía y falta de valor para autoafirmarse con autonomía. Si se trata de personalidades enérgicas, obran con arreglo a sus propias leyes; para ellos, tiene vigencia la regla de que «el fuerte es tanto más poderoso, cuanto más solo esté», con todas las posibilidades y riesgos que esto implica. Únicamente el hombre enérgico posee el empuje necesario para sentar como un valor su ser distinto del de los demás, de lo cual se ha hecho consciente muy precozmente; es lo que expresa el lema que hemos puesto a la cabeza del presente capítulo. El que es más débil y frágil se retrae del mundo exterior y busca una compensación creándose un mundo propio, a fin de no necesitar para nada a los demás. Puede producirse así una notable y casi exclusiva tendencia hacia los animales o la materia inerte. Si sufren alteraciones más profundas, si presentan inclinaciones destructivas, acaban por convertirse en personas asociales y por utilizar sin escrúpulos a los demás para sus propios fines.

Los padres y educadores esquizoides le ofrecen escaso cariño al niño, se muestran fríos y distantes; no saben aceptar y responder de modo adecuado a las necesidades afectivas del mismo, antes bien, comentan irónicamente todo cuanto se relaciona con la manifestación de sus sentimientos. Provocan fácilmente la inseguridad del muchacho, al considerarlo desde un punto de vista excesivamente objetivo, analizar demasiado pronto sus motivaciones y empujarle precozmente hacia la autorreflexión; crean así un ambiente glacial. El niño se angustia ante sus reacciones, que le son difíciles de com-

prender y le mantienen en estado de alerta. Le brindan pocas ocasiones para una identificación por el amor; resultan realmente inabundables. Suelen mantener una buena relación con el bebé, al cual pueden manifestar cierta ternura. Más adelante, sin embargo, ocultarán esta ternura detrás de una actitud burlona, que destruye en el niño la sensación de que su amor es algo que puede ser importante para los demás, ya que nunca se han tomado en serio sus sentimientos («Muy cobista estás tú hoy; señal de que me quieres sacar algo»).

Debido a su estructura psíquica, prefieren dedicarse a profesiones que no les obligan a una proximidad con otras personas. Muestran su vocación para las materias teóricoabstractas. Suele haber entre ellos profesionales de las ciencias exactas: astrónomos, físicos, matemáticos e ingenieros. Si se ocupan del hombre en plan científico, ello tiene lugar, por decirlo así, de un modo indirecto: mediante tests psicológicos, microscopios y aparatos de rayos X o, como en anatomía patológica, en cadáveres. Tienden a considerar la psique como un cúmulo de reflejos fisiológicos. Podrían decir, con SCHOPENHAUER: «Buen Dios, si es que existes, salva mi alma, si es que la tengo.» Su psicología se ve animada, con frecuencia, por una voluntad de descubrir las causas de todo. Como médicos son más investigadores que terapeutas; en muchos casos, sienten una especial atracción por la psiquiatría y las ciencias afines. Como teólogos, tienden más a la dogmática que a la actividad pastoral propiamente dicha. Suelen desviar la atención del hombre para dirigirla a los animales, las plantas y los minerales; investigan el micro-mundo y el macromundo con los inventos que han perfeccionado los órganos sensoriales: el microscopio y el telescopio.

Es fácil imaginar lo peligrosos que pueden resultar en las manos de un científico gravemente esquizoide los conocimientos y posibilidades de poder, ya que, desvinculado de sus congéneres, vive de un modo autista e intenta poner en práctica sus propias ideas. Aparte la vocación y las aptitudes, la elección profesional se ve en ellos motivada a menudo por la búsqueda de ramas del saber que les ofrezcan una ciencia segura no enturbiada por sentimientos subjetivos. Como filósofos son, en muchos casos, pensadores abstractos, alejados de la vida real; les interesa más la teoría que la práctica.

En política, escogen posiciones extremas, radicales, revolucionarias e incluso anárquicas, o bien se desentienden de la misma; «les tiene sin cuidado», desde su punto de vista solipsista, ya que la comunidad, sea del género que sea, tampoco les interesa.

En arte, sienten predilección por las orientaciones abstractas, no figurativas. Intentan plasmar sus complicadas vivencias íntimas y las expresan de un modo herméticamente simbólico o se vuelven críticos agudos, satíricos y caricaturistas. Su estilo es casi siempre arbitrario, no convencional, original a veces, orientado al futuro. Cuando, en su desvinculación, aluden a algo básicamente humano, pueden alumbrar nuevas teorías. Con frecuencia captan cosas correspondientes al ámbito psicológico, interpretan temas indecibles y penetran en campos que pasan inadvertidos o son evitados por otros, de modo que sus obras llegan a profundizar seriamente en el terreno del saber humano. Rara vez son populares en vida.

La profesión no constituye, muchas veces, para ellos más que un medio de ganarse la vida; fuera de esto último les es indiferente. Su vida propia y auténtica se desenvuelve lejos de su ocupación habitual; la mayoría de las aficiones extraprofesionales anidan entre ellos. Suelen elegir profesiones que suponen gran soledad y exigen poco trato humano. No es infrecuente que se dediquen a alguna especialidad relacionada con el mundo de los animales, las plantas y los minerales. Otros, por el contrario, se hacen electricistas, transportistas, etc., oficios en que, de modo inconsciente y simbólico, pueden satisfacer su abstracta necesidad de contacto y vinculación.

Los esquizoides de mayor categoría humana pueden ser los iniciadores de grandes cambios y revoluciones, pueden hacer, en una palabra, el papel de pioneros. Estos individuos, que saben vivir, de manera más intensa, los aspectos dudosos y enigmáticos de la existencia humana, perciben cosas, experimentan sufrimientos de infierno y padecen, dentro de su soledad y marginación, estados límite que cuantos se sienten amparados por la colectividad son incapaces de imaginar.

Al avanzar en edad, puede aislarse y volverse aún más «especiales». Algunos alcanzan la sabiduría. Cabe afirmar, en general, que los individuos esquizoides saben envejecer más fácilmente que otros, gracias a su hábito de independencia y aislamiento. Muy tem-

pranamente se han construido un mundo propio en que poder vivir sin necesitar demasiado la participación de sus semejantes. Temen menos la muerte que los demás, pues la consideran como un hecho fatal, estoicamente y sin sentimentalismos. Dado que no han dejado grandes jirones de sí mismos en el mundo, es poco lo que tienen que perder y a que renunciar: a nada tienen especial apego, ni siquiera a sus propias personas; pueden, por tanto, desprenderse de las ataduras del cuerpo con mayor facilidad.

El lado positivo de los esquizoides se aprecia sobre todo en su soberana autonomía, en el valor que aplican a sí mismos, en la libertad individual. A su impresión de fortaleza le corresponde una aguda capacidad de observación, una objetividad fría y despojada de sentimentalismos, una visión crítica e insobornable respecto de los hechos, una íntima decisión para ver las cosas tal cual son, sin adornos, ni atenuantes. No se ven, ni mucho menos, coartados por dogmas o tradiciones de ningún género; no se supeditan, ni asumen nada que no hayan comprobado y meditado de antemano. Nada apasionados, aborrecen todo entusiasmo excesivo, la falta de claridad y cualquier enturbiamiento de la razón por el sentimiento. Defienden sus convicciones de manera transparente y libre de compromisos; sus opiniones son espontáneas y valientes. Suelen tener una vertiente irónicosatírica con la que fustigan y desenmascaran las debilidades ajenas; por ello, resultan difíciles de engañar: se vuelven incómodos para los demás, porque se muestran poco dispuestos a permitir que prevalezcan actitudes no auténticas o la mera fachada. Tienen fe en sus propias aptitudes y consiguen vivir sin ilusiones; querrían domeñar la suerte; el concepto de «destino» es para ellos algo que debe desaparecer, pues es el hombre el verdadero configurador del porvenir.

Hemos de mencionar todavía a los sujetos con una fuerte estructura esquizoide, que no les hace sufrir, por lo que se consideran sanos. Afirman como un valor su autarquía y ausencia de vinculación; viven a costa de los demás, que arrastran así su falta de miramientos. Cabe incluir a muchos poderosos, tiranos y explotadores, que utilizan a los demás, sin reparos, para sus fines y no les devuelven, a cambio, más que un profundo desprecio.

Si tanto aquí, como en párrafos subsiguientes, no insistimos

más en los representantes «positivos» de los diversos tipos estructurales, es porque eso depende de que la esencia de las cuatro estructuras de la personalidad aparece más clara precisamente en las formas marginales. Espero que nadie deduzca de ello una valoración especial; toda estructura tiene sus posibilidades de evolución hacia niveles más elevados.

Para el esquizoide ha de tener suma importancia no descuidar el polo contrario de su afán de autodeterminación y autarquía, es decir, la donación de sí mismo, antes bien, ha de integrarla de modo que sirva de contrapeso a la tendencia centrípeta — la sobrevaloración de la «rotación en torno al propio eje» —, la cual amenaza con empujarle a un patógeno aislamiento, que suprime todas las vinculaciones. «No es bueno que el hombre esté solo»; el que rompe todo vínculo se vuelve fácilmente inhumano. Como hemos de ver en el último capítulo, las cuatro estructuras de la personalidad muestran una tendencia a la fascinación por el correspondiente tipo contrario. En ello me parece ver un impulso inconsciente al complemento, a la liberación respecto de una postura unilateral patógena, pues no podemos prescindir sencillamente de ninguno de los cuatro impulsos fundamentales y eludir la angustia correspondiente, sin salir perjudicados. En la confiada osadía de ir al encuentro de los demás, en el atrevido olvido de sí mismos residen los medios que nos permiten escapar a un peligroso aislamiento y nos brindan la oportunidad de experimentar el cariño y la vinculación no sólo como un lastre, atadura y peligroso, sino como un apoyo; comunidad de vivencias, así como desarrollo y ampliación de las limitaciones de nuestro yo, a cargo de un compañero de nuestra vida.

LAS PERSONALIDADES DEPRESIVAS

«Olvida tu yo, pero no te pierdas nunca a ti mismo»
(HERDER).

Vamos a ocuparnos de la segunda forma fundamental de angustia: aquella que consiste en devenir un yo autónomo y que se experimenta profundamente como una caída fuera del cobijo, del amparo. Si se considera a partir de los impulsos básicos, se trata, de acuerdo con nuestra metáfora, de personas que sobrevaloran la rotación alrededor de un gran centro y que eluden los giros en torno al propio eje; así es como hemos designado la vertiente del propio renunciamiento tomado en el sentido más amplio.

El deseo de un contacto próximo y confiado, la nostalgia de amar y de ser amado corresponde a nuestra esencia y suele ser uno de los rasgos más constantes del hombre. Como seres amantes, mostramos el anhelo de hacer feliz a la persona amada; nos identificamos con ésta, intentamos adivinar sus afanes, pensamos más en ella que en nuestros propios intereses, podemos olvidarnos de nosotros mismos y experimentar un intercambio de donación y recepción, que nos satisface, que fusiona el tú y el yo en un «nosotros», que suprime la separación de las individualidades, al menos por unos instantes. La imagen primordial de este amor es la relación «madre-hijo»; quizás cualquier categoría de amor busque restablecer, volver a encontrar cuanto se experimenta en la más temprana edad: sentirnos amados, incondicional, sencillamente, por lo que somos y experimentar que nuestro «estar aquí», aquello que tenemos que dar,

nuestro carácter, hace igualmente feliz a la otra persona. Somos portadores de la capacidad de amar —una de nuestras disposiciones innatas—; pero hay que recurrir a la misma y despertarla, para poder desarrollarse. Así, pues, el amor que nos ofrecen nos facilita tanto el sentimiento de nuestro propio valer, como la posibilidad de devolverle a nuestra capacidad de amar el don recibido. Vamos a considerar, a continuación, qué es lo que le sucede a una persona, que evita devenir ella misma e intenta vivir más bien con arreglo a una misión de propio renunciamento.

Primera consecuencia: la sobrevaloración del *tú*; la pareja. El deseo amoroso de autoentrega exige una réplica, está vinculado, como algo esencial, al «estar ahí» de otra persona. Esto supone una dependencia; en eso estriba precisamente el problema central de las personas a las que designamos como deprimidas: están supeditadas, en mayor grado que las demás, a un compañero. Ya sea por su capacidad de amar, ya sea por la necesidad de ser amadas; dos aspectos que cabe resumir, con ERICH FROMM (en su libro *El arte de amar*), en estas dos frases: «Te necesito, porque te amo» y «Te amo, porque te necesito.» Lo cierto es que tales personas piden amar a alguien, para poder emplear, ejercitar la propia capacidad de amar, o bien porque desean ser amadas por sí mismas y sienten urgencias que no creen poder satisfacer por su propia cuenta.

Cuando una persona necesita de otra, de forma tan perentoria, se esfuerza por acortar distancias, tanto como le sea posible. Le tortura el vacío que separa al *yo* del *tú*; vacío que, ya lo hemos visto, tan incondicionalmente requiere el esquizoide, como medio de autodefensa. Por contraste, el deprimido busca permanecer lo más cerca posible del *tú*. Cuanto menos haya desarrollado la rotación «en torno al propio eje», con tanta mayor angustia vivirá cualquier distanciamiento y separación de la pareja, cosa que procurará evitar. Para él, la lejanía supone verse solo, ser abandonado, lo cual puede conducirle a profundas depresiones, hasta la misma desesperación.

¿Qué se puede hacer para no estar expuesto a las torturas de la angustia por la pérdida y el alejamiento de la persona amada? El único recurso consistirá en desarrollar tal cúmulo de autonomía e independencia, que no hiciera viable una sumisión tan exclusiva

a la pareja. Esto es precisamente lo que le resulta más difícil a la personalidad depresiva: tendría, para ello, que relajar los estrechos vínculos que le atan al prójimo, cosa que provocaría, de inmediato, una nueva angustia de soledad. Busca, por consiguiente, otros tipos de seguridad que resuelvan su problema, los cuales, como veremos, no hacen sino agravarlo.

La actitud de dependencia parece proporcionarle dicha seguridad, ora cuando intenta someterse a un semejante, ora cuando procura que éste se someta a él. Quien se supedita a alguien demuestra que lo necesita; tal necesidad le brinda, en apariencia, una cierta garantía, la de no ser abandonado.

Existe, pues, al parecer, una posibilidad: la de atraer firmemente a una persona hacia sí mismo y de permanecer sujeta a ella, bajo una forma, lo más infantil posible, de desvalimiento, para poner así de manifiesto que no se ha de quedar abandonado. ¿Quién podría ser tan duro y desalmado como para repudiar a un ser tan indefenso? La otra posibilidad parece consistir en someter al otro, como si se tratara de un menor de edad. Es el reverso de la medalla; la motivación es la misma: establecer una actitud de dependencia.

En las personalidades depresivas predomina la angustia de soledad, con sus distintas modalidades de angustia: por aislamiento, separación, desamparo, abandono. Dichas personas pretenden la mayor proximidad y vinculación factibles, mientras que el tipo contrario, el esquizoide —ya descrito anteriormente—, desea la mayor distancia y desvinculación posibles, para protegerse contra su angustia característica. Si la proximidad tiene para la personalidad depresiva un significado de confianza y amparo, para el esquizoide representa una amenaza y limitación de su autarquía; si para este último el distanciamiento supone seguridad e independencia, para el primero indica un riesgo, desamparo y soledad.

Cuando la personalidad depresiva advierte que el devenir «sí mismo», la individuación, comporta ineludiblemente el «ser distinto», que le separa de los demás, opta por renunciar a serlo, o no permite que su pareja lo sea. Volvamos al símil del principio: este sujeto intenta rehuir su angustia, cuando rechaza la «rotación en torno a su propio eje» o cuando no consiente que su pareja

la realice: se convierte en satélite del otro o transforma al otro en su satélite. Vive así una existencia como de luna, como de eco: refleja la luz del otro o le impone su propia forma de existir. Es consciente de la angustia de soledad; la angustia de individuación, que constituye el auténtico problema, se mantiene inconsciente en gran medida. La angustia de que la propia dependencia o la de la pareja puede desembocar en ciertos desarrollos cada vez más alejados entre sí y, con ello, a una posible pérdida, contiene un núcleo de verdad, es decir, que cada paso dado, respecto de la individuación y la autonomía, nos aísla un poco más. Cuanto más «nosotros mismos» seamos, tanto más nos diferenciaremos de los demás y tanto menos puntos en común tendremos con ellos. La individuación supone siempre caer fuera del cobijo que arropa al resto de nuestros congéneres y provocar angustia; el instinto gregario, así como el diluirse en la masa suprimen este tipo de angustia. El sujeto deprimido está especialmente expuesto a esta clase de ansiedad. En él, el diferenciarse, pensar o sentir de modo distinto a los demás pueden constelar la angustia de soledad, ya que la vivencia como alejamiento y alienación. Por ello, procura eliminar cuanto le distingue del prójimo.

Vamos a aclarar esto algo más. Cuanto menos hayamos aprendido a desarrollar nuestro propio ser, nuestra autonomía, tanto más necesitaremos de los otros. La angustia de soledad se encuentra así en las antípodas de la debilidad del *yo*. Por eso, ha de fracasar toda tentativa encaminada a afirmarse contra la angustia de soledad, si se cede terreno propio o se cae en el polo opuesto. En efecto, quien no sabe robustecer su propio *yo*, ha de apoyarse en un *yo* exterior fuerte, del cual dependerá cada vez más, en detrimento de sí mismo. Ahora bien, el que se supedita de este modo al prójimo sufrirá una angustia permanente ante la posibilidad de perder dicho apoyo; ha depositado tal porción de su ser en el otro, ha delegado tanto en su semejante, que ya no se cree capaz de vivir sin la ayuda de aquél, puesto que su existencia se basa por completo en el compañero. Las personalidades depresivas buscan una sumisión que les garantice una seguridad; pero tal sumisión incrementa la angustia de soledad; por ello, pretenden fijar al otro tan estrechamente como les sea posible y reaccionan con pánico ante

la más breve separación. Así llegan a establecer un círculo vicioso, que sólo puede romperse, cuando se atreven a devenir por sí mismos, a convertirse en sujetos autónomos.

El esquizoide se defendía de la confianza y cercanía de los demás aferrándose a la creencia de que los seres humanos son peligrosos e indignos de fe, a fin de evadirse de la angustia de renuncia; este sujeto, en cambio, tiende al polo opuesto: idealiza a las personas, sobre todo a las más próximas a él, disculpa sus debilidades o deja de ver sus aspectos negativos. No quiere ver en ellas nada que pueda asustarle o inquietarle, ya que ello pondría en tela de juicio la confiada relación con las mismas. Así, pues, estimula muy poco su fantasía cuando se trata de lo malo que hay en el hombre; en el prójimo y en sí mismo. Con efecto, para poder confiar de modo absoluto y amar ilimitadamente ha de reprimir dudas y críticas, incluso no permitir que se hagan conscientes. Procura que no haya tensiones, evita disputas «para que haya paz», porque ello puede apartarle de su pareja. Sublima a ésta y, en general, considera demasiado buenos a los seres humanos, lo cual, aparte el riesgo de explotación que comporta, alimenta en él una persistente ingenuidad e infantilismo. Practica así una política de avestruz; esconde la cabeza en la arena ante los conflictos de la vida, aferrado a la idea de la bondad natural del hombre.

Para alcanzar la armonía a la que aspira y una constante proximidad, la personalidad depresiva, ha de ser «buena» y cultivar todas las virtudes altruistas — modestia, disposición a la abnegación, amabilidad, desinterés, compasión, comprensión, para no mencionar sino las más importantes —, que pueden asumir todos los grados: modestia exagerada, que no exige nada para sí; adaptación excesiva, subordinación — que llega hasta la renuncia a ser uno mismo — y, en casos extremos, a modos de comportamiento masoquistas. Todo ello se puede reducir a un común denominador: suprimir la angustia de soledad, mediante el renunciamiento a los propios deseos y al propio carácter, a fin de escapar a la tan temida individuación.

Ello puede despeñarle en un peligroso error acerca de sí mismo. Al constituir una ideología que se nutre de estos modos de comportamiento, no sólo oculta ante sus propios ojos la motivación

de la angustia de soledad, sino que se considera moralmente superior a quienes son menos modestos, amables, etc. Hace entonces de la necesidad virtud y cree haber entregado y sacrificado algo que, en realidad, no ha llegado a desarrollar y no posee: su *yo*.

Esta huida ante la individuación se paga muy cara, es decir, no se atreve a vivir todo cuanto, en forma de deseos, impulsos, emociones y pulsiones, existe en él. Debido a su ansiedad o a su ideología los reprime, ya que, no puede realizar él mismo aquello que ha condenado en otros. De ahí que dependa cada vez más de los demás para el cumplimiento de sus anhelos y esperanzas, que, como es natural, continúa albergando. Aquel que es incapaz de obrar, espera recibir algo, empero, como premio a su modestia, si no aquí, en este mundo, al menos en el cielo, según promete la doctrina cristiana.

Se adopta entonces una actitud pasiva, de expectativa, típica de tales personas, actitud que no les protege, sin embargo, contra las frustraciones y subsiguientes depresiones, toda vez que la vida no satisface plenamente las esperanzas que en ella depositamos. Si, además, renuncian a la expectativa del premio, la depresión se intensifica con mayor motivo. Las personalidades depresivas incurrir en situaciones parecidas a la de Tántalo: ven la fruta y el agua, pero las dejan escapar, porque no han aprendido a servirse de ellas o porque no se lo permiten a sí mismas. No saben tomar nada por sí mismos, ni mostrarse sanamente agresivos. Todo ello da lugar, en consecuencia, a un pobre desarrollo del sentimiento de la propia valía, lo cual debilita sus energías para exigir y tomar.

He aquí algunos ejemplos de comportamiento depresivo.

Una joven casada se explica: «Mi marido sale ahora a menudo con una chica. La conozco, es muy atractiva; mi marido sucumbe fácilmente a sus encantos. Yo me quedo sola en casa llorando. No quiero que él se dé cuenta. Si le hiciese algún reproche, me tomaría por una pequeña burguesa celosa e insignificante. Tengo miedo de sacarle de quicio y de que me abandone de veras. Me dice sencillamente que los hombres son así y que, si le amo de verdad, debo consentir sus devaneos.»

Se siente insegura acerca de lo que «ha de permitirle» a su marido, para no frustrar sus ideas, respecto del matrimonio moder-

no, ideas que ella, evidentemente, no comparte, pero sin saber qué es lo que puede aceptar o contra qué situación, ajena a su modo de ser, ha de defenderse. Agrava las cosas el hecho de que se estima en poco a sí misma y sobrevalora a sus rivales. En lugar de mantener su propia opinión y de marcar límites a su tolerancia, en lugar de dar, por ejemplo, celos a su marido — que parece estar muy seguro de ella —, opta por el temor a perderle. Se pide demasiado a sí misma, para no parecer víctima de una mentalidad conservadora, y cree debe adaptarse cada vez más a los caprichos del consorte, actitud que éste explota. Cuando su esposo amenaza con dejarla, supone que podrá retenerle mostrándose aún más dispuesta a la comprensión. Se queda sumamente perpleja, cuando advierte que esto no ha servido más que para afianzar el desprecio de su marido hacia ella. Dado que no se toma en serio a sí misma, él tampoco se ha visto obligado a respetarla. En la actualidad solemos encontrarnos frente a situaciones similares: una inseguridad general acerca de la libertad y la vinculación, de la fidelidad conyugal y de la plena libertad sexual, todo lo cual se ve respaldado por determinado tipo de propaganda. Así, muchas personas, sobre todo las de estructura depresiva, se sujetan a exigencias y posturas que, en realidad, no querrían adoptar, por miedo a «no ser modernas» o a verse ridiculizadas «por no haber entendido las tendencias actuales».

Dicha joven se somete además a multitud de actos altruistas, a que se obliga: por navidades da curso a una lista de un centenar aproximadamente de personas a quienes «tiene que» escribir o hacer regalos, de modo que, semanas antes de las fiestas, se angustia por la falta de tiempo y padece depresiones por no saber cómo desenvolverse, aparte sus ocupaciones habituales. No se la ocurre que puede cambiar su línea de conducta; por añadidura, sufre sentimientos de culpabilidad, cuando se da cuenta que le desagradan tantas obligaciones.

Otro ejemplo, relativo al tipo de «desgraciado» que hallamos con frecuencia entre dichos individuos es el siguiente: «Por mucho que me esfuerce, todo me sale mal. Ayer estuve en la peluquería y el peluquero me estropeó el pelo, al cortármelo demasiado. Dejé de venir asimismo a casa un obrero que tenía que hacerme unos

arreglos. Esas cosas sólo me suceden a mí. Para consolarme, me fui a comprar una blusa; pero una vez en casa, me di cuenta de que no me gustaba; en realidad, habría querido algo completamente distinto.»

En este caso, se advierte bien a las claras que estas personas no expresan sus afanes de modo suficientemente claro o que sus deseos son, en general, vagos y poco explícitos. Ello hace que sufran constantes frustraciones, de lo cual echan siempre la culpa a cualesquiera circunstancias exteriores, o bien a su mala suerte. La paciente del ejemplo anterior no le había dicho al peluquero, de modo bastante claro, cómo quería que la peinase, ni al ir a comprarse la blusa tenía idea de lo que realmente deseaba; tan sólo quería comprar «algo bueno», que la compensase de sus frustraciones. Sentía lástima de sí misma, ante la sensación de tener siempre mala suerte, de verse siempre perjudicada por la vida. No se percataba de que la imprecisión de sus gustos y la falta de capacidad de exigencia constituían su auténtico problema. Interpretó la experiencia del absentismo del obrero — fenómeno que está, en la actualidad, a la orden del día — de una manera tendenciosa, como muestra de su escasa fortuna y enmascaró así su propia participación en lo acontecido. Al decir «Esas cosas sólo me suceden a mí», apartó de sí misma la causa y echó al destino la culpa de su inhibición y de su angustia, destino que la condenaba a la «mala suerte». De esta compasión de sí misma obtuvo una cierta satisfacción pero sin verse forzada a cambiar de posición.

Los conflictos de estos sujetos repercuten somáticamente, es decir, mediante trastornos del tracto digestivo, que representa, en símbolo, cuanto equivale a tomar, asimilar, tragar. En las situaciones conflictivas psicósomáticas, aparecen fácilmente afecciones de faringe, amígdalas, esófago, estómago e intestinos. La obesidad y la delgadez pueden guardar también una relación psicodinámica con tales conflictos. El lenguaje popular ha vertido a diversos refranes la relación que existe entre los sufrimientos y la comida. De aquí a las adicciones de todo género no hay más que un paso; constituyen entonces dichas adicciones un sucedáneo o bien una huida del mundo.

La dificultad para adueñarse, apropiarse o tomar posesión de

algo puede plasmarse, entre ellos, en una especie de «mala memoria». Puede resultarles una empresa ardua el fijar algo en su mente: olvidan rápidamente y creen que se trata de un síntoma orgánico. A un ojo observador no se le escapa que no captan plenamente los detalles, que no perciben las cosas con auténtico interés y atención, pues temen recibir fuertes estímulos, cosa que les haría caer en el conflicto provocado por el hecho de desear algo intensamente y de no poderle dar cumplimiento. Así, pues, intercalan una especie de tamiz ante una multitud de estímulos y dejan demasiado pronto de insistir. Esto puede conducir a dificultades de aprendizaje o a un cansancio y a una falta generalizada de participación, que ejercen una función idéntica a la de un filtro protector y un efecto retroactivo reforzado sobre las depresiones, ya que los sujetos fracasan constantemente y se frustran a sí mismos. Su presunta «falta de memoria» suele constituir tan sólo un síntoma de resignación, de convicción profunda de que no van a lograr nunca tomar posesión de nada. Prefieren, pues, renunciar de antemano a toda empresa: entonces experimentan, a lo sumo, una frustración más ligera. Cultivan así una actitud similar a la de la zorra de la fábula frente a las uvas que no podía alcanzar, uvas de las que acabó por afirmar que, después de todo, aún estaban verdes. Ellos obran exactamente igual: consideran aquello que desearían poseer en realidad, pero que, a su entender, no podrán conseguir o que se verán impedidos de obtener, como algo indigno de esfuerzo. Con ello, se ahorran la posible frustración resultante del «quiero y no puedo». Al mismo tiempo, el mundo se les va convirtiendo en una cosa cada vez más gris, insípida, falta de estímulos. En efecto, si la vida no le espolea a uno para lograr algo, se torna cada vez más vacía y aburrida. Es como si estuviesen sentados a una mesa cubierta de manjares y no se atreviesen a servirse de los mismos, antes bien, se tuvieran que ceñir a contemplar, llenos de envidia, cómo los otros los saborean a sus anchas.

La personalidad depresiva llega constantemente al límite de su capacidad de adaptación y renuncia. Cuando reconoce que no puede eludir su propio ser subjetivo, intenta hurtar el alma a las persistentes y exageradas exigencias de sus «virtudes» o a la «envidia», que le recombe, respecto de quienes, sin sentimiento de culpabilidad,

ni angustia, toman de la vida cuanto ésta les puede brindar. Dicho reconocimiento puede ser el punto de partida de su curación.

La personalidad depresiva y el amor

El amor — deseo de amar y de ser amado — es para la personalidad depresiva lo más importante de la vida. A partir de ahí puede desarrollar sus mejores facetas y alimentar sus mayores riesgos. Por todo lo hasta ahora expuesto, se comprende que sean sus relaciones amorosas las que más fácilmente den lugar a crisis. Las tensiones, disputas y conflictos en esta esfera le resultan, en este campo, torturadores, incluso insoportables, y suponen casi siempre para él una carga excesiva, puesto que activan su angustia de soledad. De un modo para él incomprensible, suelen ser sus preocupaciones respecto de la pareja, las que provocan precisamente las mayores crisis, ya que esta última desea liberarse de los vínculos en exceso absorbentes de la personalidad depresiva; ésta reacciona entonces con pánico, con una profunda depresión; presa de angustia, apela en ocasiones a medios coercitivos que pueden llegar hasta las amenazas o a tentativas de suicidio. Le resulta difícil pensar que su pareja no tiene la misma necesidad de proximidad que él mismo, necesidad que jamás se ve suficientemente saciada. Por eso, experimenta el distanciamiento lógico de su pareja como falta de cariño o señal de desamor.

La capacidad de identificación empática — comprensión esencial, por medio de la comunicación amorosa, y participación transcendente en los sentimientos de otra persona — resulta especialmente característica de tales sujetos y una de sus más bellas cualidades. Si se vive auténticamente, constituye un elemento fundamental del amor, incluso de los afectos humanitarios. Su disposición a fundir ideas y emociones puede alcanzar el grado de una empatía directa e inmediata, que borra la línea divisoria que separa el *yo* del *tú*. Se trata, de hecho, de una nostalgia primaria, básica, de todos los amantes, así como de los místicos, los cuales buscan, mediante una transcendencia que derriba toda barrera, hacerse con lo divino o con lo creado. Quizás esperan inconscientemente restable-

cer la relación — desprovista de límites — de la primera infancia con la madre, si bien en un plano más elevado. Hemos de ver más adelante la decisiva importancia que, con respecto al desarrollo de nuestra capacidad de amar, cobra la relación «madre-hijo» y las experiencias respectivas, en las primeras fases de la vida. En el sujeto sano con rasgos de deprimido, existe una gran capacidad de amor, sacrificio y entrega, una envidiable facultad de soportar dificultades junto con la pareja; es capaz de proporcionar amparo y calor, así como un cariño incondicional y desinteresado.

Entre las personalidades depresivas más alteradas, predomina, en el trato amoroso, la angustia de soledad. Por ello, se dan las relaciones más turbulentas con la pareja, un tipo de relaciones propiamente depresivas. Las dos formas más frecuentes vienen a ofrecer el siguiente aspecto: parece como si la personalidad depresiva no intentase vivir sino inmersa en su pareja, en plena identificación con ella. Esto hace posible, de hecho, la máxima proximidad. Se ha transformado en el otro, ha cesado de ser un individuo separado o de tener vida propia. Se piensa y se siente como el compañero, se adivinan sus deseos, se está pendiente de él; al conocer aquello que él rechaza o le molesta, procura evitárselo; adopta sus puntos de vista y participa de sus opiniones. En resumen, vive como si el pensar de otro modo, mantener otras miras y otros gustos y, en general, diferenciarse del amigo para querer ser uno mismo, fuese un peligro y pudiese despertar la angustia de soledad. Es como si se disolviese uno por completo en el prójimo y se viviera con la conciencia de amarlo sacrificada y desinteresadamente. La autenticidad o no autenticidad de un amor así no se confunden: en este último caso, el sujeto busca escapar a la «rotación en torno al propio eje» y a la angustia de soledad consiguiente, mientras que, en el primero y pese a saber el riesgo que todo amor entraña, es uno capaz de dejarse libre a sí mismo y también al otro, en aras de la propia línea evolutiva; sin embargo, se atreve a amarle.

Aquí se eleva a valor absoluto aquello de «adonde tú vayas, iré yo también». Para la pareja, una relación así resulta cómoda y agradable, en muchos aspectos. Ahora bien, aquel que espere encontrar en el otro algo más que un eco de sí mismo o un ánimo

siempre dispuesto a servir, se sentirá frustrado. Lo mismo sucede si, debido a la angustia de soledad, cede uno tanto, que se torna prácticamente un niño. Delega entonces en la pareja cuanto en realidad podría y debería realizar por sí mismo; se supedita así de tal forma, que sin aquélla se halla inerme, convencido de que el otro puede pensar que ya no se le necesita, al pretender mayor independencia. Llega incluso a creer que podrá retenerle mejor y con más seguridad, mediante sus muestras insistentes de indigencia. Aquí se repite inconsciente y claramente la relación «padre-hija» o «madre-hijo»; existen no pocos matrimonios que asumen esta función. Análoga es la situación en aquellas personas que, una vez han enviudado, se vuelven a casar inmediatamente, aunque hayan amado, a su manera, al cónyuge fallecido: tienen escasa vida propia y saben adaptarse a la nueva pareja. Lo principal para ellos es no quedarse solos.

Aspiran de este modo a una especie de simbiosis, a una supresión de límites. Se tiende a una fusión, en la que ya no se distinguen el *yo* del *tú* y en la que, como decía uno de ellos «no se sabe dónde termina uno mismo y comienza el otro». El individuo quisiera incorporarse al amigo o «comérselo a besos», para que de dos se hiciese uno solo. En ambos casos, el problema estriba en que se elude la propia individuación o la del compañero.

Se encuentra con frecuencia en estas relaciones amorosas una modalidad que cabría expresar del modo siguiente: «Si te amo, ¿qué te importa lo demás?» Se trata de un empeño a gran escala para evitar la angustia de soledad: la pareja puede comportarse como gusté; en último término, se ama más el sentimiento que se tiene al respecto, que al prójimo; tan sólo se depende así de uno mismo y de la propia disposición a amar; de esta manera, se puede alcanzar un amor eterno e inmarcesible.

Más problemática es la otra forma depresiva de relación con la pareja: el amor exigente hasta el chantaje. Se cubre frecuentemente con una máscara de cuidadosa preocupación por el otro, detrás de la cual se oculta un afán de dominio, que procede asimismo de la angustia de soledad. Si con ello no se logra cuanto se pretende, se recurre a procedimientos más violentos: amenazas de suicidio y sobre todo a la provocación de sentimientos de culpabilidad en la

pareja. Si tampoco esto basta, se cae en profundas depresiones y en la desesperación. Frases tales como «si no me amas, ya no quiero vivir» cargan a la pareja con la responsabilidad de que de su comportamiento depende la vida del otro. Si la pareja es demasiado blanda y tiende a sentimientos de culpabilidad, o no se da cuenta de la auténtica situación, pueden desencadenarse tragedias, a veces insolubles, cuando los contactos entre ambas partes se han enmarañado ya demasiado. Se suceden entonces unas relaciones que la pareja únicamente mantiene por motivos de angustia, compasión y sentimientos de culpabilidad; pero el odio y los deseos de muerte están latentes. La enfermedad puede utilizarse también como arma de chantaje y provocar dramas similares.

Vemos de nuevo cómo la angustia y los conflictos de las personalidades depresivas contienen algo siempre vigente: cuanto más profundamente amamos, tanto más tenemos que perder. Dada la situación general de riesgo en que se desenvuelve la vida humana, todos buscamos un rincón en el que hallar amparo y cobijo, que esperamos sea el amor. Hemos visto asimismo que la huida de la individuación no proporciona seguridad, respecto de la angustia de soledad, antes al contrario: por el hecho de eludir algo que forma parte de nuestra misma naturaleza, constelamos aquello que deseáramos evitar. Para ser miembro de una pareja amante es preciso establecer un cierto distanciamiento creador, que posibilite a ambos miembros ser y devenir «sí mismos». Sólo es posible una auténtica conexión dual, cuando se realiza entre dos individuos autónomos, no cuando existe una relación de dependencia del uno respecto del otro, por la que el primero se convierte en objeto del segundo. Quien no se atreve a aceptar tal autonomía, se ve amenazado por el peligro de la pérdida de su pareja, ya que debido a la subordinación y al escaso aprecio que a sí mismo tiene, se expone a enajenarse el respeto ajeno y a fomentar el que no se le considere como un «ser completo». Por otra parte, aquel que intente transformar al otro en un *niño* irresponsable ha de contar con que este último se ha de liberar en alguna ocasión, pues quiere ser tomado en serio, o ha de rebasar el nivel de tolerancia y cambiar su amor en odio, a no ser que se viva una neurosis dual, lo cual constituye una relación estancada, sin perspectivas de ulterior des-

arrollo, y aparece como la repetición casi literal de los contactos infantiles.

La sexualidad tiene menos importancia para las personalidades depresivas, que el amor y la ternura. Si reciben amor y ternura, pueden hacer también feliz a otro, al entregarse corporalmente; muestran entonces una gran sensibilidad, pues opinan que el amor no reconoce límites, en cuanto a lo que está permitido o prohibido. En los casos de mayor dependencia, descubrimos todas las formas posibles de masoquismo. Se llega hasta una auténtica esclavitud; creen que se trata de la única posibilidad de retener a la pareja; por eso, se entregan, sin reservas, a la voluntad de ésta.

No cabe sentar reglas generales acerca de la cantidad de libertad o de vinculación que el individuo necesita y soporta o no. Cada cual ha de buscar la solución que personalmente le vaya mejor. Los propios seres humanos, sus disposiciones, su biografía y su situación social son demasiado distintas como para determinar normas universales, acerca de la relación amorosa, que permitieran considerar erróneas o malas las actitudes de los sujetos. Hemos de mostrar tal comprensión humana los unos respecto de los otros, que nos resulte viable el respetar ciertas formas eróticas que nos parecen extrañas; de lo contrario, corremos el peligro de juzgar con demasiada ligereza precisamente a aquellos que experimentaron vivencias de carencia en su niñez, con las consiguientes dificultades para lograr una madurez en su vida sentimental. Para colmo se ven castigados por ello.

La personalidad depresiva y la agresividad

Después de cuanto llevamos dicho, se comprende que enfrentarse con la propia agresividad y la vida emocional constituye un grave problema para la personalidad depresiva. ¿Cómo puede mostrarse agresivo, afirmarse e imponerse, si está saturado de angustia de soledad, y tiende a supeditarse, en aras del amor? El sujeto que se subordina a otro no puede atacar a aquel del cual depende y a quien necesita; ello significaría serrar la rama sobre la que está sentado. Por otra parte, tal como son el mundo, los hombres y uno

mismo, por naturaleza, las agresiones y las emociones resultan inevitables. ¿Pero qué hacer con la propia agresividad, si tan peligrosa se le presenta al sujeto?

Existe la posibilidad de eludirla. Puede esto quizás lograrse desarrollando una ideología pacifista. Entonces el sujeto no advierte las ocasiones de agresión, ni dentro, ni fuera de sí mismo. Allí donde debería afirmarse, enfrentarse o defenderse en realidad de algo, suaviza la situación, que interpreta *ad libitum* y que considera como inofensiva. «El otro no tenía mala intención... No vale la pena ponerse violento por una nonada... Basta con ceder un poco.» Cuanto más intenta el individuo refugiarse en una ideología de este tipo, cuanto más deja que le ofendan sin defenderse, cuantas menos oportunidades les brinda a los propios movimientos afectivos para desahogarse, tanto más obligado se ve a compensar estas actitudes con un sentimiento de superioridad moral, sin reconocer, empero, que aquí se trata de una forma sublimada de agresividad.

Esta actitud puede incrementarse hasta asumir el papel de víctima sumisa, que puede conducir a un masoquismo psíquico, moral o sexual. Tiene así lugar ese extraño cambio que consiste en vivir, mediante la identificación con el otro — en favor del cual uno dimite o delega —, aquello que nunca sintió, ni a lo que nunca se atrevió. El que se convierte, de este modo, en objeto de una pareja exigente y agresiva no sólo experimenta, por mediación de dicha identificación, aspectos reprimidos de su personalidad, sino que acusa con especial intensidad el referido sentimiento de superioridad moral. Dado que es quien sufre y soporta las «vejaciones», se cree el mejor y piensa que no es culpable, al descargar sus faltas en el otro. Aquí se pone de manifiesto lo dudoso de las «virtudes» vividas con parcialidad. Cree, conscientemente, que es el que padece, pero convierte, inconscientemente, al otro en víctima. La relación sadomasoquista se invierte: el «santo» se convierte en torturador, el «pecador» en torturado. «No es culpable el asesino, sino el que es asesinado», se afirma en una pieza teatral de FRANZ WERFEL. Al transformar, con paciente humildad, al otro en el agresivo, en el «malo» y, por ello, en el culpable, se provocan e incrementan, cada vez más, en éste ciertos sentimientos de culpabilidad. Si, además, el primero se pone enfermo, por su causa, ya no se le liberará

al segundo de tales sentimientos de culpabilidad, mientras aquél continúa siendo el mártir inocente. Pueden tener lugar entonces hechos macabros, que algo dejan traslucir de la intensidad de las emociones que se esconden detrás de las depresiones graves, no conscientes, como fruto de la agresividad, para el sujeto afectado; se asustaría seriamente, si se le ofreciese semejante interpretación.

Ya hemos indicado que, detrás del amor demasiado preocupado de las personalidades depresivas, se ocultan agresiones inconscientes. Con tamaño exceso de amorosa preocupación puede asfixiar literalmente a su pareja. «Hay cariños que matan.»

Permanecen asimismo inconscientes aquellas formas de agresión las más frecuentes quizás, en la agresividad de tales sujetos: los lamentos, las quejas. No advierten que así agotan y desmoralizan a su pareja. Se duelen de estar hartos de todo, de que los seres humanos sean tan malos, tan desconsiderados y faltos de miramientos; adoptan una expresión que acusa sin palabras y despiertan, de múltiples modos, sentimientos de culpabilidad en el compañero. La gente se ve así obligada a poner mayor cuidado, delicadeza y atenciones en el trato con ellos. No es raro que la pareja dé al traste con todo, al darse cuenta de la situación y se libere de los sentimientos de culpabilidad con que quiere cargarle.

Si la agresividad no deriva hacia ninguno de los caminos aquí apuntados, puede manifestarse como autocompasión y dirigirse, por último, contra la propia persona, como en el caso más frecuente de los melancólicos. A causa del conflicto — que se ha hecho para él insoluble — creado por la agresividad, los sentimientos de culpabilidad y la angustia de pérdida de amor, ha de dirigir contra sí mismo las acusaciones, los reproches y el odio, que, en un principio, apuntaban hacia otro, hasta llegar a una autodestrucción consciente o inconsciente. Tal autodestrucción, verdaderamente trágica, arranca de la envidia y el odio nacidos en la infancia, sentimientos entonces más que justificados, que no se pudieron exteriorizar, ya que ello hubiera supuesto empeorar la situación y habría atraído sobre el sujeto el remoquete de «malo».

Al no encontrar ninguna posibilidad, ni válvula de escape, para liberarse de la carga emocional y a causa de las vivencias de culpabilidad existentes, el sujeto hubo de volcarla sobre sí mismo, como

auténtico autocastigo. Las mayores tragedias tuvieron lugar durante la infancia, por el hecho de que el individuo introvertía el rechazo de que era objeto, por odio contra sí mismo, y por angustia de soledad y desamparo; experimentaba así su agresividad como una agobiante sobrecarga, dentro de su situación de peligro. La futura personalidad depresiva aprende desde muy pronto a no exteriorizar su agresividad. Ello comporta, además, por lo regular, la ignorancia o la duda acerca de dónde y cuándo puede o debe mostrarse agresivo, así como la falta de una visión clara o acertada del grado de agresividad que ha de emplear para lograr algo, para afirmarse o imponerse. Se rinde ante la creencia de que se requieren ingentes cantidades de agresividad, de las que no dispone; presenta asimismo ideas exageradas acerca de las posibles consecuencias de una agresividad manifiesta, consecuencias que, debido a su angustia y a su predisposición a caer en sentimientos de culpabilidad, imagina demasiado importantes. Es como si tuviese miedo de un bumerang que le golpeará con una fuerza doble de aquella con que fue lanzado. Reconocer cuándo ha de ser agresivo, advertir que suele bastar una mirada firme o una actitud decidida para que le respeten a uno y darse cuenta de que sobrevalora los posibles efectos de la manifestación de su agresividad constituyen los puntos de la palestra en la que el deprimido puede ejercitarse con vistas a adquirir experiencias acerca de su capacidad de agresión.

Podemos afirmar que la agresividad reprimida de estos sujetos muestra una línea ascendente, que parte de la preocupación excesiva por el prójimo y de una ideología basada en la modestia, la mansedumbre y la humildad, pasa por las quejas, lamentos o la actitud de sufrir pacientemente y llega hasta el ataque contra sí mismo, mediante autorreproches, autoacusaciones, autopuniciones y, finalmente, la autodestrucción. Dentro del marco de la agresión contra sí mismo se incluye la mencionada somatización. Algunas enfermedades graves o incurables pueden tener un desarrollo psicodinámico como último recurso inconsciente de castigo y venganza.

Aquellas emociones o agresiones que no se pueden o no se deben expresar y que, por tanto, no encuentran una válvula de escape, no sólo son extremadamente torturadoras, sino que conducen también a un debilitamiento general de los impulsos; se llega

Las personalidades depresivas

hasta la pasividad y la indolencia, las cuales son efecto y causa a la vez de una agresividad inhibida. El odio, la cólera y la envidia son asimismo inevitables en la vida del niño; pero sólo se vuelven peligrosas, cuando se reprimen y acumulan interiormente: constituyen así el sustrato de toda depresión. La ira impotente, las agresiones frustradas, los sentimientos de odio y envidia que nos vemos obligados a reprimir nos convierten en seres deprimidos para el resto de nuestra vida; nos abaten, en particular durante la infancia, en la que, debido a nuestra dependencia y desvalimiento, no nos los podemos permitir. Únicamente cuando se le consiente al niño exteriorizar sus emociones y su agresividad, se le puede enseñar a controlarlas y aplicarlas, de acuerdo con cada situación o bien a renunciar a ellas. Cuando un muchacho es extrañamente «bueno» y tranquilo, cuando se aburre y no sabe qué hacer con lo que tiene en torno, cuando no muestra iniciativa alguna y ha de ser animado a emprender alguna actividad, cuando acusa una inclinación, impropia de un niño, a secar cualquier impulso, cuando no sabe divertirse solo y reacciona de modo exagerado cuando se ve sin compañía, todo ello es indicio de que está incubando un carácter deprimido, que merece una especial atención.

Sólo cabe una forma madura de elaboración de la agresividad, mediante la adquisición de experiencias relativas a la propia agresividad. Una agresividad sana y lograda constituye un componente esencial del sentimiento de nuestra propia valía, del sentimiento de dignidad personal y es motivo de legítimo orgullo. El pobre sentimiento que sobre el propio valer abrigan los deprimidos arranca de una agresividad tímida y restringida. La máxima de GOETHE, en sus *Afinidades electivas*: «Contra las grandes cualidades del prójimo, no hay otro refugio que el amor», indica una sublimación de la envidia, sublimación que el niño es aún incapaz de realizar.

Hemos de preguntarnos nuevamente cómo puede darse tal evolución depresiva de la personalidad, cómo la angustia de soledad y la angustia de devenir uno mismo pueden conseguir semejante predominio.

El sustrato biográfico

Cabe una predisposición constitucional, a expensas del temperamento afectuoso y sentimental, así como de una notable capacidad de amar y de unas grandes dotes de empatía. Tales características van con frecuencia unidas a una cierta flema y cariñoso apego; esto hace que le resulte en general difícil al deprimido desprenderse de algo que le importa mucho, desde el punto de vista emocional. Se trata de una estructura de sentimientos que le empuja a la fidelidad, la constancia y a la amorosa empatía, tal como suele encontrarse en las personas con ligeros rasgos melancólicos. Nos asalta la duda de hasta qué punto tales rasgos son una consecuencia de la conocida imposibilidad o del permanente riesgo que amenaza de vivir dicha disposición como se quería. Al mismo tiempo y de acuerdo con el propio temperamento, estas personas relegan casi siempre a un segundo plano la capacidad de imponerse con agresividad; demuestran escasa capacidad para «abrirse paso a codazo limpio»; por naturaleza, son pacíficas, bondadosas y poco luchadoras. Otro componente constitucional parece consistir en una sensible debilidad vital, una cierta «permeabilidad» sensitiva, una cierta blandura que les hace más necesitados de defensa y apoyo; por eso, apelan inconscientemente a la protección de figuras paternas o maternas. Probablemente han de incluirse también, entre los factores correspondientes a las disposiciones naturales que favorecen la depresión, una tendencia congénita a la flema y la comodidad; pero es difícil definir lo que es disposición y cuál es el tipo de reacciones no sujetas al temperamento.

Se confunden aquí los hechos constitucionales con los biográficos. Comprenderemos mejor las correlaciones biográficas que fomentan la evolución de la personalidad, respecto de la depresión, si consideramos nuevamente la situación del niño en la primera infancia, segunda fase de su desarrollo. A diferencia de la fase más temprana, en la que comenzaba a percibir conscientemente su entorno, ha reconocido ya a la madre como la fuente de satisfacción de todas sus necesidades, para lo cual resulta decisiva su reaparición regular y fiable. El bebé forma, durante un prolongado período,

un «nosotros» con su madre, según KÜNKELE formuló: Madre e hijo viven en simbiosis; constituyen tal grado de unidad que sólo poco a poco se decide el segundo a diferenciarse de la primera. Al principio, no surge aún en su conciencia el límite que le separa de su madre; pero a medida que capta a ésta como algo existente fuera de él y que reconoce que de ella procede toda satisfacción y bienestar, advierte su situación de dependencia. Necesita a su madre y le da miedo que se aleje de él. Se ve orientado por completo a la misma, ya que constituye su más importante punto de referencia. El niño asume dentro de sí, por intermedio de todos sus sentidos, su imagen y su ser. Dada la prolongada duración del período de dependencia total, la efigie de la madre se graba profundamente en su psique. Así es como aquélla se ve «internalizada» y se convierte en un componente sumamente importante de la mente del niño. Tal como haya vivido la actitud de la madre, sentará éste, entre los entresijos de su corazón, las bases de su postura futura, respecto de sí mismo. La imagen de la madre — *imago materna* introyectada o incorporada, según la nomenclatura del psicoanálisis —, experiencia individual, acerca de la propia progenitora, adquirida en los primeros años, se refleja más adelante en la actitud con respecto a uno mismo. Quien ha tenido la dicha de poder atesorar una *imago materna* amorosa, se aprecia a sí mismo, íntimamente, como alguien digno de ser amado; el que ha soportado la desgracia de grabar en su interior la efigie de una madre dura y desabrida se considera, en lo profundo de su ser, como indigno de estima: necesitará mucho tiempo y un cúmulo de vivencias nuevas para llegar a convencerse de que también él merece amor. Así, pues, una experiencia feliz con la madre, en estas primeras etapas de la infancia, le suministra al individuo un capital de incalculable valor.

Una buena relación «madre-hijo» supone un mutuo «toma y daca» experimentando por el uno y por la otra como fuente de felicidad. El hijo devuelve, a modo de eco, aquello que se le da; responde con sonrisas a la sonrisa de la madre y, con el tiempo, su sonrisa provocará la sonrisa de ésta. Existe una íntima vinculación, un recíproco entendimiento entre ambos, que desemboca en una de las situaciones más felices que la vida pueda proporcionar; resulta, pues, comprensible que sean éstos los primeros balbuceos del agra-

decimiento, esperanza y cariño. El niño se encuentra aún en el breve período paradisiaco de su vida, en que nada se le exige, en que se adivinan y satisfacen sus necesidades, en que experimenta, o debería experimentar, su existencia con gozo y placer. Lo primero que resalta, en esta segunda fase del desarrollo infantil, es la dependencia *reconocida* respecto de un ser humano y, al mismo tiempo, el nacimiento de la necesidad de una confiada proximidad al mismo; de ordinario, la madre.

Es de la mayor importancia que la madre ofrezca al hijo estas posibilidades, a fin de que se capacite para poder «entregar un día su corazón» a otra persona. La imagen y el carácter de la madre suponen la primera impresión sobre la naturaleza humana, sobre lo humano en general. El hecho de experimentar, por primera vez, cariño o rechazo, de verse a sí mismo como alguien amado o no amado, depende del modo como aquélla le mire, le tenga entre sus brazos, le trate y le cuide, ya que la sensibilidad y la impresionabilidad del pequeño ser reaccionan vivamente hasta a las sensaciones más finas. Aquí es donde uno troquela fundamentalmente su relación consigo mismo y establece las bases del sentimiento del propio valer.

Si ahora nos preguntamos dónde radican las posibilidades de alteración, en esta fase, por las cuales el impulso hacia la «rotación en torno al propio eje» se experimenta con angustia y sentimientos de culpabilidad, no con alegría, veremos que derivan de dos actitudes erróneas, por parte de la madre, que podemos designar como de mimo y de frustración, respectivamente.

Examinemos en primer lugar la actitud de mimo. Nos encontramos con mujeres que siguen considerando a su hijo como a un bebé y que preferirían que lo continuase siendo, desvalido y supeditado a las mismas. Aquellas que pertenecen al círculo de personalidades deprimidas con una angustia inconsciente de soledad y que, por ello, temen perder el amor del hijo son las que suelen mimarlos en exceso: le abruman con su cariño y no se atreven a plantearle nada que comporte una renuncia sana y necesaria.

En ocasiones, se agregan otros factores correspondientes al des-

tino personal; así, por ejemplo, las mujeres que sufren fracasos conyugales o que han perdido al padre de su hijo, centran en éste todo el contenido de su vida. Necesitan demasiado al niño y su afecto; de ahí que hagan todo lo posible para que el pequeño agradecido quede vinculado a ellas. Cuanto mayor es el niño, tanto más problemas le crean. Contemplan con terror cómo va éste avanzando en su desarrollo y se independiza: ello significa que el muchacho, al crecer, se va apartando de ellas, que pronto dejará de necesitarlas para inclinarse hacia otras personas. Este afán de fijar al niño y de mantenerlo «como un infante» se basa probablemente en un profundo instinto maternal; eso aparte, no es lícito infravalorar los grandes sacrificios que una madre debe realizar por su hijo. Es comprensible, pues, que nadie quiera desprenderse de aquello que, durante tanto tiempo, ha estado cuidando con amor.

Miman demasiado al niño, ya desde un principio: al amamantarlo, le toman en brazos, en cuanto empieza a llorar — esos lloros no suelen corresponder más que a una actividad vital propia — con lo que ahogan sus impulsos vitales; responden a toda reacción de displacer del niño con una encubridora ternura, de modo que apenas le brindan la oportunidad de manifestar sus estados emocionales o de hallar soluciones propias para su malestar. Están constantemente pendientes del hijo, buscan atraer su atención, como un imán, y viven con él; para expresarlo con el lenguaje del boxeo, en un *clinch* permanente, en un estrecha proximidad que a ninguno de los dos le permite moverse libremente. Por los mismos motivos, se adelantan al menor deseo del niño, están prestas a «darle todo mascado», a interponerse como un amortiguador entre él y el mundo; en fin, le cobijan y superprotegen de mil maneras. No pueden admitir que el pequeño exteriorice emociones sanas e inevitables y replican a las mismas con lágrimas, y gesto ofendido; con ello, despiertan en su hijo sentimientos de culpabilidad, incluso por un comportamiento completamente normal propio de su edad.

Todo ello contribuye no solamente a vincular al niño cada vez más a la madre, sino también a restarle ocasiones de dar salida a los propios impulsos. Consecuencia: muy pronto dejan de saber hacer nada sin la madre o sin el beneplácito de la madre. Esto

puede llegar al extremo de anular en él hasta los más legítimos deseos: ha abdicado y se desliza hacia la indolencia, a la espera de que se adivinen y satisfagan sus apetencias, que él ha olvidado desplegar por su cuenta. Así adopta actitudes pasivas de expectativa y acaricia la idea de que el mundo es una especie de Jauja — debajo de esta idea se oculta la depresión —. GONTSCHAROV ha expuesto brillantemente en su novela *Oblomow* una evolución de este tipo.

La gran ausencia de deseos, voluntad e impulsos da lugar, además, a una carencia general de hábito en el trato con el entorno, lo cual aumenta, si cabe, la sensación de subordinación respecto de los demás. Es frecuente que tales madres le pinten a su hijo el mundo exterior como malo y peligroso, hasta el punto de esculpir en él la impresión de que tan sólo en casa, al lado de la madre, hay cariño, amparo, comprensión y seguridad. Esto contribuye a resquebrajar más aún sus impulsos de encauzarse hacia el mundo, ya que cree que en el hogar de su progenitora tiene cuanto puede apetecer. Tales madres no consienten, en la medida de lo posible, que nadie se aproxime a su hijo; lo custodia celosamente y rechaza a amigos y amigas, después de destacar lo poco que valen o bien mediante expresiones de tristeza, y ofensa personal; toda concesión al respecto la considera como una infidelidad, puesto que ve un rival potencial en cualquier persona capaz de arrebatarse a su hijo. Este último se ve así «suavemente violentado», con frecuencia hasta más allá de la adolescencia; sus impulsos se asfixian entre las blandas envolturas con que aquélla le rodea. Nada debe aproximarse a su «tierno retoño» que suponga dureza, rudeza y frialdad o que pueda servir para curtirlo. Se le sigue inculcando que el mundo exterior es perverso y que fracasará en cuanto tenga que afrontar las primeras embestidas. Se le hace entonces caer en la cuenta de su propia falta de capacidad y se le empuja, en consecuencia, hacia su habitual refugio. Debido a la debilidad de su yo, el enfrentamiento con la vida se le aparece como una tarea tan agobiante, que se asusta y se ve obligado a renunciar a la lucha.

Tales madres no saben dejar libre a tiempo a su hijo, es decir, a la edad requerida para ello, para permitirle seguir su evolución propia. Le vinculan a ellas, mediante exigencias de cariño; no les dejan expresar espontáneamente sus afectos, antes bien los fuerzan

(«Sé cariñoso conmigo», «Dame un beso»). Les impiden desenvolverse a sus anchas («Déjalo, ya lo haré yo», «Eso es muy difícil para ti», «Todavía no puedes hacer eso») y frenan sus impulsos («¿No prefieres jugar con esto?», «¡A ver si dejas ya de hacer eso!»), sin sospechar el mal que les hacen. Así matan en él todo sano despliegue de sus propias facultades y aquellas fantasías, tan importantes, en las que el niño se inicia, con su imaginación, ejercitación precursora de su enfrentamiento y dominio de la vida y del mundo. Si el niño, sometido a tales condiciones, no aprende a realizar su «rotación en torno al propio eje», se fija a la madre y se convierte en un eco que tan sólo reacciona ante ella, ignorante de los resortes del mundo, de sus posibilidades y de sus límites. Permanece pasivo y dispuesto a adaptarse, ligado a unas expectativas basadas en la consideración de que la vida es otra instancia materna que le va a seguir mimando. Como es lógico, las frustraciones resultan así inevitables y suelen conducir a la eclosión de depresiones hasta entonces latentes.

La situación de la madre con respecto al hijo puede verse turbada por diversos azares del destino: divorcio, viudedad, nacimiento del hijo durante una fase conyugal difícil, partos demasiado continuados. Es comprensible que los hijos únicos suelen correr, en este sentido, mayor riesgo que los niños que tienen hermanos, porque el amor dominante de la madre no se vuelca exclusivamente sobre cualquiera de ellos. Un paciente que era hijo único dijo, en cierta ocasión, muy gráficamente: «Cuando mi madre dirige hacia mí el cuerno de la abundancia de su amor, me produce cardenales.» El tener que separarse de los hijos es una necesidad que vuelve penosa la misión de una madre, tanto más, cuanto mayor sea la gratitud que se espera o exige. Si no se posee o logra la madurez requerida para considerar la sana evolución y desarrollo de los hijos como premio de amor, a expensas de los esfuerzos, sacrificios y renunciaciones maternas, la madre se producirá a sí misma y a los suyos un perjuicio que podría haberse evitado.

La situación íntima de tales hijos es, sin embargo, más complicada todavía. No pueden sino experimentar odio contra esas mujeres que de tal modo les han debilitado y dominado. Si se atreven a manifestar aun la más tímida opinión al respecto, aquéllas avi-

van sentimientos de culpabilidad al referir cuánto han hecho y cuánto se han sacrificado por ellos. Esto, en sí, es lógico; pero no es lícito herir al niño con el pretexto de agradecimiento por algo que no sólo no ha sido solicitado, sino que ha llegado a perjudicarlo. Entonces, llenos de vergüenza, se considerarán seres sumamente desagradecidos; el sentimiento de culpabilidad les impulsará a renunciar a sus tentativas de liberación. Si se trata de niños sensibles, eso les hará sufrir gravemente y grabará en ellos huellas dolorosas, como veremos en los ejemplos que vamos a exponer. No osarán dar los pasos correspondientes a su edad, pasos que les alejarían de la madre. Se vislumbra aquí el gran peligro que una vinculación demasiado estrecha y una excesiva dependencia comportan. El niño habrá de renunciar y sacrificar su propia evolución, a no ser que se muestre capaz de tolerar los sentimientos de culpabilidad alimentados por el «daño» que causa a su madre, solución esta última que es la única posible, desde el punto de vista del muchacho. No existe apenas algo que suponga mayor sobrecarga para un niño que tal «educación», basada en la provocación de sentimientos de culpabilidad; se trata de uno de esos grandes pecados que difícilmente el adulto perdonará a sus padres, cuando llegue a distanciarse de ellos y reconozca el innecesario sufrimiento que, por un mal entendido cariño, le han infligido.

He aquí un ejemplo, no tan raro, dentro de lo típico que es. Había un niño que, cuando su madre le reprochaba que era «malo» — lo cual significaba que no obedecía inmediatamente o que hacía algo que simplemente no era del gusto de ella — aquélla se echaba sobre un sofá y «se moría», es decir, permanecía inmóvil, durante mucho tiempo, sin reaccionar a las súplicas del pequeño, hasta que éste rompía a llorar desesperado.

También son frecuentes ciertas amenazas que provocan dichos sentimientos de culpabilidad: «Me voy a marchar y no volveré más», «Me vas a llevar a la tumba», etc.

Si la primera motivación — la mala educación por mimos excesivos — estaba representada por el deseo de ser amada y de vincular estrechamente al niño, por medio del agradecimiento, la segunda motivación enreda todavía más las cosas y casi siempre resulta trágica para la prole. Nos referimos a aquella situación en que la

mujer no ha querido tener al hijo o bien en que, por cualquier razón, le rechaza y alberga sentimientos hostiles, pero intenta, al mismo tiempo, ser buena, si bien se siente acongojada por no poder serlo. Debido a sus sentimientos de culpabilidad educa mal y le consiente demasiadas cosas al niño como compensación. Si tal situación resulta ya bastante difícil para la madre —situación que se da, como se comprende, con determinada frecuencia, respecto de los hijos adoptivos— más difícil se le hace aún al pequeño. Éste se da cuenta de los esfuerzos de su madre, pero también del rechazo o la hostilidad que se esconden detrás de los mismos, de la ausencia de auténtico cariño, ausencia que no sólo no pueden compensar los mimos, sino que además le ponen en la tesitura de tener que mostrarse agradecido por algo que no se le da de buena gana. Puede llegarse al extremo de que el muchacho experimente como algo negativo su propia existencia y a sí mismo como un ser inútil. Se ha persuadido de que es una carga para su progenitor, de que, en realidad, no tiene derecho a la vida y de que ha de estar contento por el hecho de que se le tolere.

Vamos a considerar ahora el fenómeno de la frustración, que caracteriza la otra vertiente biográfica de la evolución depresiva de la personalidad. Las mujeres afectivamente secas, poco capaces de amor maternal, y a menudo duras —objeto de nuestra reflexión presente— han recibido casi siempre poco cariño durante su propia infancia. Por mor de su experiencia personal, carecen de modelo de «ser madre» y saben muy poco, en relación con las necesidades del niño. Son relativamente inofensivas las «madres programadas», que a causa de su inseguridad y falta de intuición, alimentan y educan a su hijo, con arreglo a un rígido esquema, sin tener en cuenta las necesidades individuales de éste, como se desprende del siguiente diario de una mujer, diario referido a su primogénito: «El niño está llorando desde hace varias horas, pero aún no ha llegado la hora de darle el pecho.» Esta observación se repite cada dos por tres, en dicho diario. No queremos dejar de mencionar que, en este sentido —como suele suceder—, la opinión privada de un médico, expuesta como «científica», desempeña, en ocasiones, un papel decisivo.

Se le exige, empero, demasiado al niño o puede producirle se-

rios *stress*, cuando se le impone una adaptación a condiciones de vida que tienen poco en cuenta sus necesidades individuales; cuando se le amamanta con excesiva irregularidad, prisa o impaciencia; cuando, después de habersele alimentado, se le deja inmediatamente en la cuna, sin atenderle, durante mucho tiempo; cuando se le dedican muy pocos ratos. Comoquiera que no puede aún defenderse y comunicar sus necesidades, el niño va tomando, con resignación, el mundo tal cual es y va llegando a la convicción de que, evidentemente, no puede esperar más de él. Se forma así el estado de ánimo fundamental de muchas personalidades depresivas: una gran desesperanza; no pueden creer en el futuro, ni en sí mismos, ni en sus propias posibilidades; tan sólo han aprendido a adaptarse. Les domina un sentimiento de falta de perspectivas; únicamente son fuertes en lo que concierne a la resignación y renunciación. En lugar de estar en el mundo, con confiada esperanza, aguardan siempre lo peor: son pesimistas empedernidos y se sienten incapaces de imaginar que la vida les pueda alguna vez proporcionar cosas que les hagan felices. Cuando, sin embargo, les sobreviene algo así, se ven atacados por sentimientos de culpabilidad y se preguntan qué es lo que han hecho para merecer el «rayo de luz». Carecen de la capacidad de alegrarse plenamente y destruyen posibilidades de felicidad debido a su profilaxis de las frustraciones, ya que están convencidos de que nada les puede salir bien. No intentan siquiera conseguirlo con la debida intensidad, puesto que si entonces fracasan, las punzadas serán aún más dolorosas. Aquel que ya de antemano nada bueno espera, no sufre tanto como con la frustración.

He aquí un ejemplo de tales vivencias tempranas de renuncia, tomado del diario de una madre, altamente demostrativo:

Ya desde un principio, has sido un niño difícil. Te he dado el pecho, las primeras seis semanas, sin recurrir para nada al biberón, pero muchas veces te lo tenía que dar, porque vomitabas y a mí no me quedaba leche. Los diez primeros días, cuando aún estaba en la clínica, te negabas a mamar. Muy a menudo pasaban 5 ó 10 minutos, antes de que te obligara a ello, después de taparte la nariz, etc. Tus vómitos no dependían seguramente de ciertos espasmos pilóricos; al menos los médicos no lo creían así. Se trataba más bien de una hipersensibilidad y nerviosismo generales; por culpa de eso,

tampoco dormiste una noche tranquila, durante los seis primeros meses. Al cabo de tres semanas, cuando ya estaba en casa y empezaba a trabajar de nuevo, no me dejabas mucho tiempo. A los tres o cuatro meses, al ver que no habías alcanzado el peso normal, hice que, otra vez, te reconociesen, pero el médico no te encontró nada. Para mayor seguridad, te ingresé en una clínica infantil. La pediatra me dijo que tenías una mirada muy inteligente para tu edad. En la clínica, estabas junto a una ventana y sólo te cubrías con una manta, en casa te hubiera tenido más abrigado. Resultado: una pulmonía. Por aquel entonces, me encontraba yo terriblemente nerviosa, pero, al menos los primeros días, iba a la clínica para darte de mamar. Comencé a verlo todo negro. Por lo demás, durante tu niñez fuiste mi único asidero firme, ya que papá tenía un carácter muy difícil, debido a sus frecuentes enfados y a sus bruscos cambios de humor. Por culpa de ello, no cabe duda de que cometí serios errores en cuanto a tu educación: seguí rígidamente un determinado sistema; te sacaba mucho y te acostaba muy temprano, de otro modo, no habrías tenido orden y concierto en tu vida. Cuanto tenía que verte un médico, te dejabas llevar por unas furiosas rabietas. Padeviste otitis en una ocasión; avisé a un especialista, el cual tuvo que marcharse, sin lograr hacerte un reconocimiento, bastante enojado por tu «mala educación».

Este informe es, por sí mismo, elocuente; contiene casi todos los motivos que podrían constituir una sobrecarga para el niño. Las tempranas vivencias de frustración comportan para el niño una doble consecuencia. Por una parte, aprende demasiado pronto a resignarse. Se muestra inhibido, respecto de todo aquello que suponga tomar y exigir algo. Ahora bien, todo aquel que aparece tan dispuesto a la renuncia y no puede tomar adecuadamente cuanto le apetece, difícilmente podrá evitar sentirse orgulloso, cuando ve cómo otros se apropian con desenvoltura de aquello a lo que él no se atreve. A causa de la envidia, brotan sentimientos de culpabilidad: al considerarse «malo», intenta uno evitarlos haciendo de la necesidad virtud. Se concede valor a lo que es inhibición, a partir de la cual se crea una ideología de la modestia y de la falta de exigencias; se tiene así, al menos, el consuelo de una superioridad moral.

La otra consecuencia de las tempranas vivencias de frustración consiste en que asientan en el niño la idea de que no es digno de amor. Ello suele constituir la base de profundos sentimientos de inferioridad; hay que haber tenido, alguna vez, la experiencia de ser amado para poderse considerar digno de amor; si no se ha

experimentado, debe de ser, así lo cree, «por culpa de uno mismo, por la escasa calidad humana». Este sentimiento de inferioridad arranca asimismo del hecho de que el niño, a esa edad, no cuenta aún con posibilidades de comparación; no puede darse cuenta de que son precisamente sus progenitores los incapaces de amar; su mundo es para él «el Mundo»: tal como sean sus padres, serán, a su entender, los padres en general.

Cuando los sentimientos de inferioridad son profundos, puede surgir la convicción de que, en realidad, no se tiene derecho a vivir; de que hay que ganarse dicho derecho y de que tan sólo está justificada la propia existencia, cuando se vive para los demás. «El mero hecho de existir es ya una culpa para mí», afirmaba cierta paciente que había tenido una infancia semejante. Ello puede conducir a una fijación, basada en el sentimiento de culpabilidad, a la madre o a los padres, con una tendencia a la reparación: sacrifica entonces uno la propia vida en el altar del egoísmo ajeno, cosa que, por lo demás, se encuentra completamente natural.

Por lo que se refiere al resultado final, los efectos de los mimos excesivos y de la frustración son similares. Ambos conducen casi siempre al desarrollo de una estructura depresiva de la personalidad. El niño mimado incurre casi siempre, más adelante, en crisis y angustia, cuando la vida no le consiente los privilegios que su madre o no le brinda sustitutos adecuados de la misma. Entre éstos cabe incluir el matrimonio de conveniencia, ciertas instituciones estatales, seguros sociales, etc. Se pone entonces de manifiesto que no se está a la altura de la dureza y obligaciones de la vida; se da paso entonces a la depresión. Con frecuencia, se busca una salida en cualquier postura de circunstancias.

El niño que se ha criado entre vivencias de carencia y frustración aprende más temprano, demasiado temprano, a abstenerse. Se convierte en un niño callado, sin apetencias, muy cómodo para los padres, por su timidez y conformidad; estos últimos no advierten la depresión latente bajo tales modos de comportamiento. Está tan acostumbrado a replegarse a un segundo término, a no tener exigencias, que más adelante supeditará a los demás sus propios deseos y expectativas. Tiene muy poco de sí mismo que enfrentar al mundo. Apenas es «sujeto»; por eso se convierte en «objeto»

de los demás. Dado que le resulta cada vez más arduo satisfacer todas las exigencias supuestas, de sus semejantes, ya que sus vivencias le empujan a creer que tiene que cumplir a rajatabla con los demás, cae en nuevos sentimientos de culpabilidad y en las correspondientes depresiones. Por ello, muchos de tales sujetos rehúyen el contacto con múltiples personas, al no saber cómo podrían llenar tan divergentes exigencias. A lo sumo, lo podrían lograr con una sola. Algunos llegan quizás a la solución de querer dar a otros aquello que ellos jamás recibieron. Intentan sublimar el déficit de amor que padecen, mediante actividades de auxilio social: se sacrifican por el prójimo, con profesiones caritativas; pero desean ser amados o recompensados por ello, pues, de no ser así, soportarían una carga excesiva.

Los ejemplos siguientes esquematizan las formas que pueden alcanzarse, cuando se experimenta todo como una exigencia:

«Cuando luce el sol, tengo la sensación de que *debo* alegrarme y eso me estropea entonces todo el día.» Un estudiante no era capaz de leer un libro hasta el final, incluso cuando al principio le interesaba. Después de pasar unas cuantas páginas, se veía asaltado por la idea de que el libro *quería* ser leído por él. Por tanto no era él, como sujeto, quien quería leer el libro, antes bien, *se le imponía* la lectura, es decir, se le convertía en objeto. Se le quitaban así las ganas de leer. No es difícil imaginar que tales modos de vivencia han de conducir a una completa apatía y resignación, así como al rechazo de todas las exigencias.

Vemos las formas extremas que puede asumir el «estar en el mundo» de un modo depresivo. Por ello, una especie de «huelga», como la del estudiante del ejemplo descrito, constituye un signo excelente, ya que el sujeto se rebela contra el constante «deber hacer». Si estas personas continúan siendo obligadas a realizar algo, sin disponer del tiempo ni de la posibilidad de efectuar por su cuenta cuanto jamás tuvieron ocasión de ejecutar, de ser sujetos activos con voluntad propia, abandonados a los propios impulsos y deseos, acaban por verse empujadas a una desesperación extrema. Tan sólo pueden salvarse, mediante una actitud de creciente indiferencia y apatía: se convierten así en individuos «perdedores» o bien se resuelven a recurrir a las drogas y al suicidio. Se en-

cuentran en una situación insoluble: si intentan una progresiva entrega de sí mismos y al cumplimiento de las exigencias, no hallan alegría alguna en la vida; si, en cambio, procuran rehuir tales exigencias, incurren en sentimientos de culpabilidad. Repiten así inconscientemente las circunstancias que rodeaban su infancia.

Ya he descrito en otro párrafo cómo y en qué medida el niño adopta en su propio interior la imagen de la madre, lo cual determina su actitud respecto de sí mismo. Una *imago materna* introyectada como hostil y distante o bien superexigente constituye, no raras veces, la causa más profunda de suicidio, última renuncia posible. Se convierte en una instancia intrapsíquica del niño, que le impele al autorrechazo, hasta el odio contra sí mismo y la propia destrucción. El odio inevitable contra la madre provoca en él sentimientos de culpabilidad tan graves e insoportables, que le hacen preferir desviarlo hacia sí mismo. Las conexiones que existen entre el odio y los sentimientos correspondientes de culpabilidad contra una madre negativa y el odio contra sí mismo constituyen los motivos psicodinámicos de las melancolías graves. El conato de suicidio supone una tendencia al asesinato desplazada hacia uno mismo y, al mismo tiempo, un autocastigo por el rencor que se alimenta contra la madre.

Está claro, pues, que el problema central de las personalidades depresivas está representado por la frustrada «rotación en torno al propio eje», deficiente desarrollo hasta «ser sujeto». Dado que sólo pueden oponerle al mundo un *yo* tan débil, todo se convierte para ellos en una exigencia; por todas partes ven montañas de imposiciones, ante las cuales concluyen, desesperados, por renunciar. Debido a la misma debilidad de su *yo*, no llegan a tener intensos impulsos y deseos propios, así como la búsqueda de fines y objetivos adecuados, ni logran rechazar, de un modo maduro, las obligaciones excesivas, ni tampoco reconocerlas como tales. A las personalidades depresivas les resulta difícil decir que no, por mor de la angustia de soledad y los sentimientos de culpabilidad, que están al acecho detrás de cada intento de acción. Les queda tan sólo la depresión o la «huelga» inconsciente, cuando se rebasa el límite de tolerancia, lo cual no les libra, empero, de los sentimientos de culpabilidad. El odio y la envidia que acumulan en lo más profundo

de su ser — que jamás se atrevieron a exteriorizar — pueden envenenar su vida entera, en el peor de los casos, han de purgarlo mediante constantes reproches y castigos personales. Si intentan, por un lado, evitar la angustia de «devenir sí mismos» y, por otro, renuncian cada vez más a ser «sí mismos», la situación se vuelve insostenible. Lo que puede ayudarles, en tamaño conflicto, es atreverse a convertirse en un individuo independiente.

Ejemplos de vivencias depresivas

Vamos a exponer algunos ejemplos.

Una joven conoce a un hombre, en un café. Entablan conversación; él despierta su compasión, al describirle la desgracia de su divorcio, lo solo que se encuentra, etc. El individuo en cuestión le toma afecto, le pide salir y la corteja, hasta hablarle de matrimonio. Aun cuando ella nunca ha sentido una especial simpatía por él y, desde luego, no le ama, tiene la sensación de que no puede defraudarle, ya que tanto parece necesitarla. No sabe decirle que no a su debido momento, quizás ha debido rechazarle mucho antes; pero sin querer y sin darse cuenta de ello, le hace concebir esperanzas, a causa de su comportamiento. Al fin, cuando le obsequia con una negativa, se ve asaltada por sentimientos de culpabilidad.

Este caso es muy característico del modo depresivo de «estar en el mundo»; un individuo con rasgos aún más graves no habría tenido siquiera el valor de decir que no. Estos sujetos se ponen en el lugar del otro, se identifican con él, hasta ignorar seriamente el propio punto de vista y los propios intereses. Comoquiera que poseen muy pocos impulsos y deseos personales que oponer a los demás, se someten fácilmente a los gustos ajenos. Están tan acostumbrados a doblegarse a las apetencias de sus semejantes, que incurren en situaciones que no han querido, pero que han contribuido a crear. Así se ven enredados en difíciles complicaciones, al convertirse en víctimas de personas sin escrúpulos, que abusan de su debilidad. Les resulta entonces arduo librarse de tales situaciones, por experimentar sentimientos de culpabilidad, por avergonzarse de su propia buena fe y por no querer aceptar la humillación de que los desaprensivos les han infligido.

Dicha muchacha procedía de una familia en circunstancias difíciles. Su padre, después del fallecimiento de su primera esposa, contrajo matrimonio con una muchacha sencilla, «de posición inferior a la suya»; era una refugiada de los territorios ocupados. El padre ya contaba más de 60 años y de notaba síntomas de demencia senil, cuando la paciente tenía 8 años de edad. Esta última vivía con sus hermanastros adultos en una casa cuya planta baja era una tienda que había pertenecido a la primera mujer de su padre. Las dos hermanas de esta última participaban también del negocio: habitaban en la misma vivienda y se mostraban hostiles contra la segunda esposa del padre de la paciente, la cual, de carácter tímido, no se veía apoyada por su marido; sólo se sentía tolerada, a causa de su hija. Temblaba, cuando le compraba a la niña cosas nuevas: las traía a escondidas a casa, turbada por mil sentimientos de culpabilidad, como si les hubiese robado algo a las hijastras. Tanto la madre, como la hija se consideraban intrusas, debido al comportamiento de la familia del padre; parecía como si el mero hecho de existir supusiera una merma para los demás. Se les toleró hasta la muerte del padre; luego, las echaron de casa; la madre carecía de recursos económicos y se buscó trabajo. Fue, sin embargo, a visitar a un abogado; éste le dijo que no la podían expulsar de la casa; pero nada logró, pues estaba falta de energía para defender sus derechos. La niña creció así, con la sensación de no tener derecho a vivir. «La madre tenía miedo; ni una sola vez la vi ponerse en su lugar. Se quejaba de los parientes, pero siempre cedía, lo cual le pesaba como una losa. Era la eterna descontenta. Iba mucho a la iglesia. Me arrastraba hasta la capilla de las ánimas: allí rezábamos por ellas y para alcanzar un poco de éxito, unas cuantas migajas del festín de la vida. No era mucho lo que nos podían dar, porque no eran más que unas pobres almas en pena del Purgatorio. Las hermanastras tenían de todo y vivían como princesas. Su madre había sido joven y el padre también, a su debido tiempo. Intenté una solución: si no me quiere nadie, quiero ser pobre, nada tiene que pertenecerme. Hice de ello una virtud cristiana: ser indigente, no poseer nada, como Cristo.»

La señorita M. compartía su apartamento con una colega: trabajaban incluso en la misma oficina. Como la señorita M. tenía coche y su compañera no, tenía la costumbre de llevarla siempre al lugar de trabajo. Dicha compañera, muy poco considerada, se entretenía demasiado por la mañana, con lo que obligaba a la primera a llegar tarde a la oficina, lo cual le resultaba a ésta muy desagradable, dado su elevado sentido del deber. Solía asimismo llevarse consigo a su amiga los fines de semana, pues se sentía casi en la obligación de hacerlo, puesto que la otra carecía de vehículo. Le llamó la atención el hecho de experimentar, esos días, frecuentes dolores de cabeza y molestias de estómago, cosa que no acertaba a explicarse.

Durante el tratamiento psicoterapéutico, se puso de manifiesto que, en tales excursiones, era siempre ella la que pagaba la gasolina, lo cual le pa-

recía natural, puesto que se trataba de su propio coche. A su compañera no le pasó por la cabeza, ni una vez siquiera, participar en los gastos. La paciente se molestaba por ello, pero no se atrevía a exigirle a ésta su colaboración, ni a reconocer que estaba enfadada. Por el contrario, le parecía feo, por su parte, demostrar ocurrencias tan mezquinas e indignas. Así, pues, se dejaba explotar y se «tragaba» su descontento. Tan sólo se daba cuenta de que algo no marchaba como debiera por ciertas anomalías: su subconsciente lanzaba señales de alarma, síntomas corporales que descubrían aquello que no osaba manifestar conscientemente: su enfado cristalizaba en dolor de cabeza; el «tener que tragarse» hechos desagradables en gastritis e hiperclorhidria. Dificultaba aún más la situación el hecho de imaginar, por ser medio judía, que su compañera podría pensar que se mostraba demasiado apegada al dinero. Siempre había tomado como algo negativo cuanto de judía había en ella. Cuando, pese a sus cavilaciones, decidió proponerle a su vecina el partir los gastos de gasolina y, para sorpresa suya, la otra aceptó, no sólo se vio liberada de los síntomas que cada semana le atacaban, sino que la relación existente entre ambas se convirtió en una auténtica amistad. El comportamiento respecto de la compañera era tan sólo un botón de muestra de otros muchos casos de la vida diaria.

Entre las personalidades depresivas, la vida está llena de modos semejantes de comportamiento, carentes del valor necesario para autoafirmarse, imponerse o decir que no, en una palabra, para «ser sujeto». Dado que, entre ellos, el ceder, renunciar, no defenderse, se ha convertido en una segunda naturaleza, no son conscientes de que sus depresiones, al parecer inmotivadas, se conectan con tales modos de comportamiento y se toman como una predisposición, como una especie de destino que no se puede cambiar. El médico suele recetarles medicamentos antidepresivos, ya que no ve motivos externos desencadenantes; así pasan a depender de ciertos productos farmacéuticos, los cuales, a lo sumo, les proporcionan un pasajero alivio, que, por lo demás, no hacen sino encubrir su auténtico problema.

Quiero exponer más ampliamente el sustrato biográfico de esta paciente:

Era hija única de un matrimonio muy difícil. La madre era judía. Desde muy niña, asistió a graves disputas entre sus padres. Con frecuencia, le parecía que la separación conyugal era inevitable. Ciertas escenas tomaron tal cariz, que llegó a temer se hiciesen daño físico. Los padres le manifestaron, en repetidas ocasiones, su intención de divorciarse. Se expresaban así: «Papá

y mamá buscan separarse; tienes, pues, que decidir con cuál de ellos deseas quedarte, a cuál de ellos quieres más.» Esto se lo decían a una niña de cuatro años, a la que colocaban ante una situación insoluble. Ella amaba tanto a su padre, como a su madre y no habría podido hacerlo, sin verse atosigada por sentimientos de culpabilidad respecto del otro, a quien tendría la impresión de haber traicionado. Optó, pues, desesperadamente por desempeñar el papel de mediadora; ésa fue la constante de su infancia. Le decía a la madre, en secreto, que el padre no había tenido intención de ofenderla, que en aquel momento estaba de mal humor y que no debía tomar a mal las cosas que había dicho; que él mismo se lo había contado hacía poco y que lamentaba su proceder. Al padre le explicaba, igualmente a escondidas, lo desgraciada que se sentía la madre ante la amenaza de divorcio; que sabía muy bien que su mujer le quería de veras, aun cuando no se lo podía demostrar, en muchas ocasiones. En parte por los esfuerzos de la niña y en parte por otros motivos, el divorcio se fue aplazando cada vez más; pero la paciente tenía la sensación de vivir sobre un volcán, cuya erupción podía darse en cualquier momento. Asumió así una importante función respecto del matrimonio de sus padres: era el fiel de la balanza o, según dijo en cierta ocasión, «tanto el cemento, como el lubricante» del mismo, es decir, alimentaba la convicción de que de ella dependía el que sus padres continuasen unidos o se separasen.

Cabe imaginar que, en tales condiciones, no se atreviera a acibarar la relación, ya de por sí bastante lábil y difícil, entre sus padres, con sus propios problemas y necesidades. Estaba persuadida de que entonces todo se habría venido abajo. No pudo, pues, manifestarse nunca espontáneamente como lo que era: como una niña, ni «ser ella misma». Poco a poco fue reprimiendo, con reflejos automáticos, sus propios deseos, impulsos, preocupaciones, emociones y temores; al parecer, dejó de darse cuenta de todo ello. En cambio, desarrolló ciertos síntomas: a una edad muy temprana, comenzó a caérsele el pelo, se le aflojaron los dientes y su piel sufrió la descamación. Experimentó, además, un síntoma muy molesto, que la acongojó especialmente: cuando estaba con otras personas, se le notaban unos intensos ruidos gastrointestinales. Llegó a percatarse de que se trataba de una protesta inconsciente contra situaciones que consideraba superiores a sus fuerzas y contra las que creía no poder defenderse ya. Puede tomarse este síntoma como precursor de los dolores de estómago que padeció más adelante, cuando convivió con la amiga a la cual nos hemos referido.

Así se convirtió en una persona que «funcionaba» excelentemente, cuando se le planteaba una determinada misión, que llevaba a cabo de un modo concienzudo y ejemplar, sin escatimar nada por su parte; pero se sentía apurada e impotente cuando tenía que imponerse, en la oficina, y exigir algo a los demás. Se angustiaba entonces y acababa por ejecutar las cosas por sí misma, de lo cual sus compañeros se aprovechaban.

Es similar el sustrato de ciertas «neurosis de domingo» y del tiempo libre. La insólita libertad le angustia a uno, puesto que saca a la superficie deseos secretos, reprimidos, vivenciados como algo prohibido y, para cuya satisfacción, la vida diaria ofrece pocas ocasiones. En el transcurso de la misma, la exigencia de cumplir deberes y obligaciones anula la ansiedad de ser uno mismo.

He aquí un ejemplo del «no saber decir que no»:

Cierta paciente, una joven americana, vivió, en la posguerra, como huésped de una familia alemana, por estar realizando unos cursos de aprendizaje de bailarina. Cuando volvía de clase e intentaba deslizarse sigilosamente hasta su cuarto, solía verse atrapada por su patrona, la cual se la llevaba a la cocina para charlar. Aun cuando estaba fatigada y deseaba descansar un poco, antes de la función de noche, era incapaz de negarse. Por el hecho de que a los alemanes les fuera aún mal, después de la guerra, se sentía obligada a invitar a café — por aquel entonces todavía un lujo desusado — a toda la familia: a la dueña de la casa, a la hija (ya de cierta edad), al hijo y a la nuera, la cual, al no estar bien vista en la familia, se vengaba adoptando un aire arrogante en la conversación. La hija admiraba, con clara envidia, el hermoso vestido de la paciente, que optó por regalárselo, pese a que aún le gustaba llevarlo. El hijo coqueteaba con la chica, la cual, aunque no experimentaba interés alguno por el muchacho, se sentía obligada a devolverle de vez en cuando una mirada, a fin de no decepcionarle; finalmente, hubo de ponerse también a charlar con la nuera, a fin de limar las asperezas que enturbiaban la paz familiar. Al cabo de 2 horas, aproximadamente, se retiraba extenuada a su habitación; una vez en ésta, comenzaba a engullir alimentos con un apetito devorador. Debido a este afán de comer, que la impulsaba incluso a hurtar golosinas del guardarropía de sus compañeras, había decidido someterse a la psicoterapia.

En la biografía de las personalidades depresivas se encuentran siempre influencias ambientales que han dificultado o impedido el desarrollo de la fase de niño hasta la conversación en un «sí mismo» maduro. La paciente del ejemplo anterior era hija única de un matrimonio desgraciado; muy pronto tuvo que aprender a mantenerse en un segundo plano y comprender los problemas de sus padres, antes de poder descubrir y desplegar su propio modo de ser.

He aquí el caso de un ambiente cargado de mimos y malcriadez.

El señor S. era también hijo único de un matrimonio que se llevaba bastante bien. La madre, que no demostraba interesarse por muchas cosas, no se sentía desdichada en el matrimonio, pero había algo vago en ella misma que la dejaba insatisfecha. Cuando nació el niño, al cabo de unos años, se aferró a él con todo el impulso de sus deseos no realizados y lo transformó en el contenido más importante de su vida. Le cuidaba como a las niñas de sus ojos, se afanaba en exceso por él e intentaba protegerlo de cuanto, según ella, era rudo y peligroso; por todas partes veía riesgo y asechanzas. Si soplaba un viento fresco, pensaba inmediatamente en la posibilidad de una pulmonía; le agobiaba entonces con tal cantidad de ropa, que lo convertía en blanco de las burlas de sus compañeros (para hechos de este tipo, tales madres suelen mostrar escasa comprensión). Si lo veía jugar con la arena, creía observar en ésta un foco de bacterias. Si lo descubría montando en bicicleta, se angustiaba pensando en lo fácil que le era caerse, fracturarse un miembro o ser atropellado. Si se trataba de excursiones, temía que le pudiese ocurrir algún percance, desde tener que pasar la noche en un pajar, comer cualquier cosa, en vez de los platos nutritivos, sabrosos y preparados por ella de acuerdo con las normas de la higiene; hasta posibles aventuras eróticas o ataque de homosexuales. Era ella misma la que lo bañaba hasta que llegó a la pubertad; le rascaba la espalda y le llevaba el desayuno a la cama. En resumen, el muchacho vivió en una especie de Jauja, pero a expensas de no tener voluntad propia ni de poder integrarse y formarse en un mundo viril.

Quando, al llegar a la adolescencia, tuvo un conato de rebeldía y quiso realizar, en contra de la opinión de la madre, una larga excursión en bicicleta, ésta se colocó, con los brazos abiertos, delante la puerta del sótano en que se guardaba dicha bicicleta, y gritó dramáticamente: «¡Antes tendrás que pasar sobre mi cadáver!» El muchacho renunció entonces a su capricho y fue premiado con su plato favorito y con un sinnúmero de caricias. Una vez dejó de ser púber, se vio acosado a advertencias acerca del proceder de las chicas; tales advertencias venían a girar en torno a los temas clásicos: «No buscan más que tu dinero»; «No te dejes pescar; ellas lo único que quieren es casarse, para que las mantengas, porque saben que llegará un día en que heredarás todo esto»; «Especulan con tu fortuna», etc. Como es lógico, en cuanto empezaba a interesarse por una muchacha, la madre la cubría en seguida de críticas. A todas tenía que reprocharles algo: la una «no procedía de buena familia»; la otra era «poco formal y había sido educada demasiado libremente»; ésta no se había mostrado bastante respetuosa y comedida, aquélla «no le llegaba a la suela del zapato». Así iba apartando a su hijo de cuantas chicas conocía; comoquiera que él estaba habituado a ver el mundo a través de los ojos de su madre, casi siempre admitía las razones de ésta y racionalizaba, a la vez, su miedo a conquistar a alguna mujer.

Para colmo de desgracias, el padre falleció, cuando nuestro paciente contaba 15 años de edad. Con ello quedó marcado su destino. A la madre ya sólo le quedaba su hijo, que no la podía abandonar, según aquélla le dio

a entender de mil y reiteradas formas. Se veía asaltado por sentimientos de culpabilidad, cuando llegaba alguna noche a casa un poco más tarde de lo acostumbrado, inquieto por el sufrimiento que ello le causaba a su madre. Se pasaba al lado de ésta todos los fines de semana e incluso todas las vacaciones. Cuando, para iniciar sus estudios en una ciudad cercana, hubo de despedirse de su madre, la escena fue desgarradora, como si se marchase a otro continente o como si no volvieran a verse en la vida. Estaba claro que todos los fines de semana tendría que regresar al hogar «materno».

La madre lo sabía todo acerca de su hijo, no porque él, espontáneamente, le comunicase cuanto hacía, sino porque ella sabía sonsacarle las cosas. Llegó a convertirse en un hábito el contárselo todo a mamá. Ésta solía exclamar con orgullo: «Mi hijo no tiene secretos para mí.» El muchacho se había acostumbrado de tal modo a las injerencias de esta mujer en sus asuntos, que encontraba absolutamente normal el que ella le abriese y leyese las cartas. Si, por circunstancias internas o externas, algún «peligro» le amenazaba a esta comunidad, la madre caía enferma en el momento justo, con lo que vinculaba al hijo más fuertemente a sí misma.

Así se fue formando nuestro paciente, como «hijo eterno». Sus pocas y fracasadas tentativas — a las que muy pronto renunció — por desprenderse de semejante «cordón umbilical», fueron seguidas de sentimientos de culpabilidad, que la madre se encargó de fomentar. En todos los órdenes de la vida, era también el «buen hijo», amable y dispuesto a ayudar, pero algo insípido y como asexual. Había ido desarrollando un miedo creciente a las mujeres, ante las cuales se mostraba tímido y torpe. Jamás pudo aprender cómo se conquista a una joven, ya que no había asimilado más que el papel de «buen hijo»; por ello se entendía mejor con mujeres mayores, maternales, a las que consideraba inofensivas, como representantes del sexo femenino. Éstas se quedaban encantadas de la educación y atenciones del muchacho. Si llegaba a interesar a alguna muchacha de una edad aproximada a la suya, él se escudaba entonces detrás de las advertencias maternas, advertencias que solía recordar a tiempo: «No viene más que por mi dinero.» El vacío de su vida, unido a su incapacidad, cada vez más dolorosa, con el correr de los años, para entablar amistad con hombres y mujeres, le vinculaba secundariamente una y otra vez a su madre, la cual, a costa suya se mantenía asombrosamente joven en este «matrimonio», para ella satisfactorio, con el hijo amante.

Por otra parte y debido a los mimos con que había sido criado, era extremadamente exigente, en un grado del cual no era él mismo consciente, ya que estaba muy habituado a ello, como una cosa natural. Una vez concluidos sus estudios, unos amigos de su padre le ofrecieron un puesto como representante de una importante firma. Dada la sobrevaloración de que había sido objeto, por parte de su madre, y, sin duda también, como compensación a sus debilidades, se consideraba como algo extraordinario, opinión que creía compartida por sus semejantes, pese a su escaso nivel de rendimiento. Era

muy sensible a las críticas; si se le hacían, llegaba a irritar a sus superiores, a causa de la actitud arrogante que entonces adoptaba. No obstante, gracias a su cortesía y buena educación, conquistaba en seguida clientes, pese a que sus conocimientos especializados y prácticos acerca de los «materiales» no eran muy destacados. Mostraba una cierta tendencia a adelantar trabajo para poder tener alguna tarde libre (lo cual le resultaba posible en el servicio exterior), que pasaba sentado en un café, en una piscina o el cine. Como es lógico, de este modo no hizo carrera tan rápidamente como esperaba, cosa que achacaba a que sus aptitudes no eran lo suficientemente reconocidas. En uno de sus viajes de negocios bebió más de la cuenta y fue seducido por una muchacha, pero se manifestó impotente, incluso después de varias tentativas. Esto fue lo que le decidió a someterse a un tratamiento psicoterapéutico, si bien en contra de la voluntad de su madre; esto fue de suma importancia para él y constituyó un signo favorable, desde el punto de vista del pronóstico.

Vamos a exponer otro ejemplo correspondiente a un sujeto cuyo modo de ser quedó troquelado por tempranas frustraciones.

El señor A. era el tercer hijo extraconyugal de una mujer, pero de padre distinto al de sus otros dos hermanos. Su nacimiento no fue deseado. De ahí que oyera constantemente la frase: «¡Ojalá no hubieses nacido!» En cierta ocasión, trajo a la sesión de terapia un dibujo en el que se había representado a sí mismo como un escolar. Se le veía caminar, con las manos atadas a la espalda, por una selva cuajada de carteles prohibitivos: «¡Cuidado con lo que haces!», «¡Deja eso inmediatamente!», «¡Ya verás, cuando vuelvas a casa!», «¿Adónde has ido esta vez a hacer el vago?», «¡Como lo repitas, vas a ver lo que es bueno!», etc. Muy pronto adquirió la impresión de que no tenía derecho a vivir, de que, en el mejor de los casos, sólo era tolerado, a lo que, encima, había de estar agradecido. La madre vivía en circunstancias de pobreza, cosa que imprimió en él la sensación de que no se le perdonaba ni un bocado de lo que comía. Había aprendido a pasar lo más inadvertido posible. Cuando estaba echado sobre el diván, durante el tratamiento, se mantenía con las manos pegadas a las costuras del pantalón. Al principio, apenas se atrevía a moverse; daba así a entender que, en él, se había convertido en una segunda naturaleza el no llamar la atención, el permanecer en la penumbra, el no irritar a nadie: cabe entonces una mínima probabilidad de que no sea uno expulsado por molesto. De modo parecido, se comporta en la vida diaria: intentaba reclamar para sí el menor espacio posible y era extraordinariamente modesto; ni siquiera había llegado a aprender a tener deseos o planes propios. Pasó muchos apuros y tuvo que encajar grandes renunciaciones, cerrado a toda esperanza para el futuro, hubo de recurrir muy pronto al reparto de periódicos para ganarse el sustento. El poco dinero que recibía debía entregarlo íntegro en casa.

Se hizo, pues, vendedor de diarios. Algunas de las pocas alegrías de su vida consistían en tomarse un ponche caliente, después de haber permanecido el día entero, helado de frío, en una esquina azotada por el viento, o bien en fumarse por la noche un cigarrillo, o en ir al cine. Vivía muy solitario. Sentía miedo a las mujeres, porque reflejaban a la madre dura, agria y exigente, a su juicio, nada bueno podía esperar de ellas.

No había conocido a su padre; pero la nostalgia de una figura paterna, rectora, permanecía despierta en él. Así, pues, cuando un hombre mayor le hizo proposiciones homosexuales las aceptó inmediatamente. Como se veía atezado por el temor constante a ser descubierto, llegó a establecer una relación de dependencia de tono masoquista, con ese amigo. Le dejaba hacer cuanto le venía en gana, dispuesto a soportarlo todo, a fin de que no perdiese interés por su persona. Pese al cúmulo de exigencias y humillaciones que tenía que aguantar, ya contaba, al fin, con un tanto de calor humano; ello le daba la sensación de significar algo para alguien y de poder darse también, a su vez. No obstante, en ciertas ocasiones, dejaba escapar, súbitamente, su odio, cuando se veía utilizado y convertido en objeto. Ahora bien, la angustia de soledad era aún más fuerte que su asco. En consecuencia, se apegaba más a su amigo e ideaba nuevos modos de atraerle. Mediante esta relación sadomasoquista satisfacía, en la identificación con el amigo, ambas vertientes, la sádica y la masoquista. Tan sólo mostraba una afición: estaba escribiendo en secreto una pieza teatral, de la cual esperaba grandes cosas, pero que nunca concluyó; quizás para bien suyo, pues la ilusión de una futura gloria, que embellecía sus solitarias noches, habría quedado destruida igualmente.

Una mujer, de poco más de 40 años, se dirigió a mí por carta, con vistas a un tratamiento psicoterapéutico. Habíamos mantenido una conversación previa, a raíz de la cual me escribió la siguiente carta (en dicha conversación primera le había interrogado, entre otras cosas, acerca lo que esperaba del tratamiento):

Mi niñez fue tan angustiada, que, con toda seguridad, me habría causado un efecto catastrófico, si hubiese sido plenamente consciente de ello. Por decirlo así, he procurado sumergirme bajo el agua. Espero que conjure usted mis fantasmas, me saque a tierra firme y me enseñe a tener orden en mi tiempo, en mis asuntos y con las personas que me rodean. Deseo que me acompañe usted en mi lucha contra los somníferos, la nicotina y el alcohol y me enseñe la forma de dialogar con mi prójimo, aun cuando discrepe de las opiniones de éste: no quiero acumular montañas de emociones reprimidas en lo profundo de mi ser, que tanto esfuerzo me suponen. He de combatir contra enormes resistencias, que no siempre se toman en serio, ya que exteriormente me muestran muy dócil y sumisa. En realidad, no me gusta

trabajar, yo soy sumamente perezosa. Las relaciones con mi padre han sido quizás las que más dificultades me crearon, durante mi infancia. Sin embargo, permanece oculto y no aparece en ningún sueño.

Detrás de esta sucinta autodescripción, se escondía una infancia auténticamente trágica:

El padre era un enfermo mental. Hasta su muerte — la paciente tenía entonces 12 años — vivió con la familia, pero era atendido por un enfermero. Era también alcoholómano y, bajo los efectos del alcohol, se desataba en explosiones de furia, muy violentas, a los ojos de la niña. La madre mostraba un temperamento muy débil; al dar a luz al hermano de la paciente — 3 años menor que ésta — cayó en una psicosis puerperal, a partir de la cual le quedaron marcadas, durante mucho tiempo, graves representaciones obsesivas; por ejemplo, que tenía que matar cruelmente a sus hijos, después de atravesarles el cráneo con una aguja. Dentro de este ambiente, le ocurrió, cuando contaba 5 años, el siguiente suceso: en uno de sus ataques de furor desencadenados por el alcohol, el padre se precipitó a la habitación donde la niña se encontraba en compañía de su madre, disparó con un revólver un poco por encima de su cabeza y volvió a salir del cuarto. La madre quiso llamar a la policía o a algún médico, pero la niña replicó: «Vamos a decírselo a papá, que él nos ayudará.»

Aquí, evidentemente, se había rebasado el límite de tolerancia de la niña; por eso, sólo pudo dominar su angustia escindiendo su percepción, respecto de su vida afectiva. Así comprendemos mejor la frase de la carta en que dice: «Con toda seguridad, le habría causado un efecto catastrófico, si hubiese sido plenamente consciente» de estas situaciones de su infancia. Comprendemos asimismo que el padre se mantuviera agazapado en sus recuerdos y no irrumpiera en ningún sueño. Habría sido intolerable, para ella, unir, con plena advertencia, a la figura de su padre una terrible amenaza y la consiguiente angustia. Ello la habría hundido por completo en la ansiedad y desamparo. Así, pues, dio una especie de salto y salvó la imagen de un padre bueno y protector, imagen de la cual escindió los aspectos insidiosos, como si se hubiese tratado de un extraño. Al intentar dirigirse a su padre, en busca de socorro, desechaba la idea de amenaza y destacaba, en su conciencia, el papel de un padre bueno, dispuesto a ayudarla, ya que tanto lo necesitaba. Pero ¡qué grado de angustia y desesperación se re-

quiere para que un niño llegue a realizar tal escisión! Está claro que dicha escena no fue más que un episodio especialmente traumático y doloroso. Cabe sospechar cuán desamparada, angustiada y desesperada debió de ser la realidad de una infancia así. ¿A dónde habría podido huir la niña, en dónde habría podido encontrar verdadero cobijo? De toda aquella época, le quedó, además de los vicios reseñados, como un estado de sueño, un estado onírico: propiamente, nunca «pisaba tierra»; como defensa contra los peligros, siempre posibles —ya no veía nada claro—, retiró del mundo su participación emocional, a fin de no volver a caer en ningún trauma; su afición a las drogas era, en definitiva, la expresión de su afán de escapar a la realidad de la vida, de su deseo de no haber nacido, de regresar a un estado vegetativo, fetal. Así se comprende su tendencia a dejarse hundir, con los ojos abiertos y las manos sobre las rodillas, en el agua de un lago, para mirar hacia el cielo a través del agua, lo cual le producía un intenso sentimiento de felicidad. De esta manera, se refugiaba en una especie de vida de sonámbulo, para poder sobrevivir a la realidad; se situaba entre la depresión y la psicosis, posición que había de protegerla contra otros choques intolerables con la realidad.

Cierto diplomático de 32 años se sometió a tratamiento, a causa de una impotencia, que venía padeciendo desde hacía tiempo. Al decirle que los trastornos de la potencia sexual —no presentaba signos de impotencia de origen orgánico— no sólo suponen un problema del propio individuo, sino que también están relacionados con la pareja, se puso de manifiesto el siguiente sustrato de sus conflictos: cuando volvía, por la noche, de su trabajo, se bañaba, se cambiaba de ropa y daba de comer a su hijo, que contaba unos 6 meses, mientras que la mujer, tumbada en el diván, fumaba y leía. Era el segundo de tres hermanos. El mayor había sido un muchacho activo, agresivo, rebelde y difícil de sujetar, por lo cual se había visto rechazado por la madre. El paciente intuía, con instinto infantil, cómo quería ésta que fuese: un buen hijo que hace cuanto le es posible para agradar a su progenitora. Renunció así a todas las cosas propias de un muchacho, a todo lo que es viril; la ayudaba, en cambio, en la cocina; era limpio y ordenado: se convirtió así en el favorito de la madre y desplazó a su hermano mayor, pero a costa de su virilidad. Esta actitud de «buen hijo» continuó durante su matrimonio, en el que se comportaba más bien como tal, que como marido. Prosiguió desempeñando el papel aprendido: abusaba de sí mismo y dejaba que su mujer abusase de él, sin poder manifestar el enfado que ello le cau-

saba, por temor a perder el amor de esta última, como en otro tiempo el de la madre, en el caso de que se hubiese rebelado. No había aprendido a exigir algo por su cuenta o a decir alguna vez que no. Su síntoma era una solución a todos los conflictos: era la venganza y el castigo contra su mujer, al no proporcionarle ya satisfacción, pero sin tener sentimientos de culpa, puesto que se trataba de un «síntoma corporal» contra el cual nada podía hacer. Al mismo tiempo, se trataba de una autopunición, por esa agresividad latente contra su cónyuge. Todo ello, naturalmente, de un modo inconsciente. Cuando llegó a comprender tales correlaciones, sufrió una verdadera crisis: se emborrachó por primera vez en su vida y fumó su primer cigarrillo; a su madre no le gustaba que bebiese, ni que fumase; por cariño, pues, a ella, había renunciado a ambas cosas. Por primera vez en su matrimonio, llegó a casa a las 4 de la madrugada, bastante ebrio, en lugar de volver en seguida, después de su trabajo, como hacía habitualmente. Su mujer estaba asustada, pero se alegró de que hubiese regresado. Dado que era una mujer razonable, que deseaba tener un marido en regla y no una especie de «buen hijo», le abrazó riéndose. Por vez primera, desde hacía mucho tiempo, mantuvieron unas felices relaciones sexuales.

Consideraciones complementarias

Los ejemplos anteriores han mostrado quizás el aspecto que asumen, en principio, la ansiedad y la defensa contra la angustia, en las personalidades depresivas. La segunda forma básica de angustia —la angustia ante la «rotación en torno al propio eje», ante el ser— sujeto, con la subsiguiente angustia de soledad, se diferencia claramente de la angustia del esquizoide, que es de signo contrario. Si se aparta uno del «devenir uno mismo», de la individuación, se vuelve deudor de algo esencial a su «ser hombre» y se convierte en objeto, que no en sujeto, de la vida. La predisposición de las personalidades depresivas a padecer sentimientos de culpa depende probablemente del rechazo de una de las grandes exigencias de la vida, puesto que no quieren ser plenamente adultos.

Vamos a intentar redondear el cuadro manifiesto de tales personalidades. Si se sobrevalora la vertiente de la autoentrega, si se intenta evitar la individuación, la consecuencia más corriente, como hemos visto, es la exaltación del «otro, a expensas de sí mismo. El hecho de relegar el propio yo a un segundo término muestra, en principio, de positivo todo cuanto se coloca en la línea de

empatía comprensiva, de participación en los sentimientos ajenos, de compasión. Se piensa siempre primero en los demás, en su estado e intereses, se siente uno partícipe con ellos hasta la identificación. Esto hace posible un profundo entendimiento, un «ponerse en el lugar» del otro, lo cual supone algo muy provechoso. El sujeto deprimido propiamente dicho permanece sin embargo fijado a la identificación y no se dirige nunca hacia sí mismo; con ello, desvirtúa sus propios puntos de vista y debilita sus propios fundamentos y se transforma entonces en eco de los demás. Podría afirmarse que tergiversa el mandamiento cristiano de «ama al prójimo como a ti mismo», al interpretarlo como «más que a ti mismo».

Con tal actitud — tal como son el mundo y los seres humanos —, no se va demasiado lejos. La idea, fundada en una expectativa propia, de que los demás despliegan el mismo comportamiento básico raras veces se refleja en la realidad; por ejemplo, el que sean tan cuidadosos, sensibles y dispuestos a adaptarse, como nosotros. Por el contrario, no tarda uno en adquirir la experiencia de que los otros son mucho más despreocupados y egoístas y que, pese a ello, alcanzan metas más elevadas. Aquí reside el punto crítico: ya hemos descrito cómo se hace «de la necesidad virtud», cómo se convierte el propio comportamiento en ideología a fin de suprimir la envidia y crear la conciencia de la propia superioridad moral, a guisa de consuelo. Se requiere una verdadera grandeza de ánimo para permitir a otros, sin dejarse arrastrar por los celos, cuanto uno se prohíbe a sí mismo o no puede lograr, aunque tales actitudes correspondan a ideales colectivos o religiosos, como en el caso de determinados mandamientos del cristianismo.

La ideología de las personas deprimidas es difícil de corregir, como sucede, en definitiva, con cualquier doctrina humana. No quieren renunciar a ella, puesto que les ha costado muchas renunciaciones y una penosa elaboración de la envidia; además, porque les devenga una notable satisfacción moral. Por último, no cabe empezar a practicar, de buenas a primeras, aquello que con tanto ahínco se ha rechazado y condenado en los demás. A esto hay que añadir el que no se han ejercitado cumplidamente; por ello, se ignoran muchas maneras de tratar con el mundo y con los hombres; de ahí que el individuo no se atreva a emplearlas. Desconoce una parte de la

técnica de la vida, por lo cual se resuelve a regresar a los viejos cauces. Se ve uno así cada vez más envuelto en los lazos de la propia ideología, la cual no supone una solución auténtica, ya que está destinada tan sólo a cubrir una debilidad, una angustia. La capacidad de auténtica sublimación, de acuerdo con la máxima de GOETHE ya citada, se da raramente; aquel que, por ideología, es modesto y humilde no podrá evitar la envidia, la amargura acerca de la «injusticia» de la vida.

La vida diaria contiene en sí multitud de situaciones triviales y poco importantes, en las que el comportamiento depresivo se manifiesta en sentido neurótico y se halla más arraigado, pero que pueden cambiar, cuando merecen la atención de uno. Si la personalidad depresiva invita a alguien a su casa o bien es invitado a la de otros tendrá siempre la sensación de ser el único responsable del éxito de la velada, de que ha de mantener constantemente vivo el interés de los demás. Acusará sentimientos de inferioridad o de culpa, cuando la invitación no sale del todo bien; ¡pero sus espasmódicos esfuerzos son precisamente los que enrarecen el ambiente! No se le ocurre siquiera pensar que sus contertulios también han de contribuir a la animación de la fiesta y que, en general, es necesario algo de suerte para que «la cosa resulte». Se siente responsable de demasiadas cosas. Cierta paciente se encontraba siempre en una situación que experimentaba como tirante, cuando debía presentar a sus amigos a un nuevo conocido. No podía hacerlo despreocupadamente, acuciado como estaba por el temor de que no se estableciera una mutua corriente de simpatía. Si iba a un concierto, no podía disfrutar de él con tranquilidad, ya que se identificaba tanto con el artista, como con el público; se sentía doblemente angustiado por el hecho de que el artista pudiera fracasar y defraudar al público, así como por la posible decepción del primero ante la escasa aprobación del segundo. Así, pues, propiamente nunca era «sí mismo», antes bien, adoptaba una extraña posición intermedia entre su persona y los demás; con ello, repetía, inconscientemente, cierta situación de su infancia, al tener que ponerse en el lugar de las personas que le rodeaban; intentaba comprenderlas y satisfacerlas; pero se colocaba siempre en segundo término, a fin de no jugarse la porción de amparo y cariño que le daban. Lo que aquí

puede semejar una autorreferencia, únicamente lo es en apariencia, ya que se trata de algo distinto a lo que hemos visto en los esquizoides. Entre éstos, podía llegarse hasta un delirio de referencia, a causa de la ausencia de contacto; en la persona deprimida, la aparente alusión a sí mismo es, en realidad, una referencia extrema al *tú*: si se siente responsable de todo, no se debe a la megalomanía, sino, por el contrario, a falta de fuerza por parte del *yo*, por lo que vive más en los demás que en sí mismo.

Se comprende así la aparición como última autodefensa posible — inconsciente y, por tanto, no experimentada con sentimientos de culpabilidad — contra los abusos del prójimo, la aparición de determinados síntomas corporales. Tales personas pueden disfrutar entonces profundamente de los «beneficios» de la enfermedad y de la estancia en una clínica, ya que entonces gozan, por una vez, del derecho a que otros cuiden de ellas, sin tener que preocuparse de nada; a no ser que lo tomen a mal, cosa que puede acontecer, y que experimenten como un pecado el hecho de haber caído enfermos y de haber «fallado».

El «ser sujeto», no vivido, conduce, pues, casi inevitablemente al odio, por envidia, por debilidad impotente y por amargura, ante el hecho de dejarse explotar. Surge, en ese preciso instante, como una posible salvación de estos sentimientos — inquietantes y torturadores, por otra parte — la ideología de la modestia, la humildad, la bondad y la ausencia de necesidades. Puede quizás entonces el sujeto esperar la paz; pero se trata siempre de una paz amenazada por las emociones que siguen vivas y palpitantes. Valdría la pena estudiar a fondo el fenómeno del cristianismo — la religión del «amor» — que ha despertado, en el transcurso de su historia, tanto odio, tanta crueldad y tantas guerras. ¿Es que tiene esto algo que ver con la ideología cristiana de la modestia, esgrimida por la política de poder de las iglesias, a fin de mantener a los creyentes en una minoría de edad, con la promesa de una recompensa en el más allá, a expensas de la humildad en el más acá? Se permiten los sentimientos de odio y de envidia, que continúan latentes, mediante una intransigencia «legítima» contra los infieles o los herejes; es el caso de la «caza de brujas» y los procesos de la inquisición, que desahogaba el sadismo más desenfrenado.

Toda ideología resulta peligrosa, cuando simplifica y eleva a valor absoluto cualquiera de los impulsos fundamentales o bien intenta excluir alguno. Con tanta mayor certeza, facilitará entonces la eclosión de los elementos reprimidos. Nuestra psique, nuestro inconsciente posee la facultad especial de atraer la atención sobre semejante tipo de parcialidades, que suponen un riesgo para la fructífera tensión de las fuerzas antinómicas que designamos con el nombre de vida, por mediación de sueños y actos fallidos, mediante ciertos encuentros con las respectivas parejas y, sobre todo, de la angustia. Lo único que tenemos que hacer es interpretarlos. Así, el sujeto exageradamente modesto y bondadoso tiene sueños en los que asiste a la liberación de acciones reprimidas, en formas extremas, que casi siempre desplaza a otras personas, si bien señala aquello que el sujeto en cuestión debería integrar en sí mismo. Una exigencia similar de complemento puede manifestarse también en la elección de pareja, ya que, con frecuencia, el sujeto se siente atraído e incluso fascinado por el tipo contrario al suyo; intuye, inconscientemente, que puede aprender, de tal pareja cuanto él mismo no se atreve a vivir. De este modo, cabe, al menos, la posibilidad de alcanzarlo. Sobre esto insistiremos más adelante.

Con respecto a los impulsos básicos, nos tropezamos a cada momento con el fenómeno que consiste en que el impulso no vivido, reprimido, es constelado interior o exteriormente. Nos hallamos asimismo con una situación o una pareja que se convierten en problema insoluble, si no se tiene el valor de «ser sujeto» o se llega al límite de tolerancia, por todo lo cual se vea uno obligado a desplegar otros modos de comportamiento. Cabe entonces un estallido de los elementos reprimidos, que se transforman así en factores destructivos, debido a la acumulación de su carga. Todos los sectores psíquicos no integrados en nuestra personalidad pueden pedir su autonomía y manifestarse luego en forma arcaica, como vimos en el ejemplo de la joven acosada por el impulso a comer vorazmente y a hurtar.

Por lo que se refiere a la estructura depresiva de la personalidad, existe una línea que va desde las que acusan ciertos rasgos depresivos, pero que se han de considerar completamente sanas desde el punto de vista psíquico, pasa por personalidades ligeramente depresi-

vas, hasta acabar con aquellas que son grave o gravísimamente depresivas. Podríamos establecer el siguiente esquema: tranquilos y contemplativos introvertidos; modestia, timidez; inhibición para exigir y autoafirmarse; comodidad, pasividad receptiva; actitudes pasivas de expectativa (como si la vida fuese una especie de Jauja); desesperanza; depresión; melancolía. No es raro que al final de esta línea se encuentren el suicidio, una completa apatía e indolencia o el refugio en las drogas, que, sin embargo, sólo transitoriamente refuerza el yo y calma la depresión. La enfermedad maniaco-depresiva del ánimo — obsérvese que hablamos aquí de enfermedad del ánimo y no, como en el caso del esquizoide, de enfermedad mental, lo cual indica que la génesis de ambas enfermedades arranca de distintos planos — suele reflejar, gráficamente en el curso cambiante de las fases maníacas de exaltación del estado de ánimo y las fases depresivas de abatimiento, el sustrato biográfico. Durante la fase maníaca, cesan por algún tiempo todas las inhibiciones y actitudes de renuncia: el enfermo se siente eufórico, hace compras desorbitadas, contrae deudas, se ve lleno de optimismo y de prodigalidad, hasta que se inicia la fase depresiva, en la que se retrae de nuevo y se hunde en las autoacusaciones, el desánimo, la resignación y la apatía. Si bien suele haber, en la vida, una cierta oscilación pendular entre la exaltación y el abatimiento, la biografía de estos enfermos muestra casi siempre una acentuada alternancia de momentos luminosos, colmados de esperanza, y de otros de sombría desesperación. En el caso de la melancolía, sólo existe la desesperanza.

Las personalidades depresivas suelen ser religiosas; lo que más les seduce de la religión es la idea de redención de los sufrimientos y del perdón de los pecados. Anhelan con frecuencia vivencias místicas de vinculación y unión con el Todopoderoso, vivencias que esperan atesorar por medio de la meditación. Aparte la religión cristiana, de la cual les atrae la doctrina de la humildad y del dolor que redime, muestran una notable tendencia hacia el budismo y la renuncia al mundo que éste preconiza. Les fascinan asimismo todas las formas de fe por las que el sujeto aspira a olvidarse de sí mismo y a liberarse del yo. Otros, que no pueden disfrutar en esta tierra de una existencia plena y satisfactoria, creen infantilmente en una vida mejor en el «más allá»: «el que se humilla (o se ve humillado

aquí abajo) allí será ensalzado». Desde que va en aumento el escepticismo respecto de esa justicia de compensación en la «vida eterna», aquellas profesiones que exigen grandes renunciaciones y sacrificios — gran número de entidades asistenciales — encuentran cada vez menos seguidores. Son quizás las personalidades depresivas las que con mayor dificultad soportan la cuestionabilidad de sus creencias, provocadas por los modernos conocimientos científicos. Su fe imprime sentido y sostiene sus vidas. Las ciencias, que suelen destacar con tanta parcialidad los aspectos relacionales, mensurables y demostrables de los hechos, desvalorizan la fe, al intentar «referir» los sentimientos religiosos a un estrecho y antimetafísico psicologismo o bien la consideran como un producto de la ingenuidad de la gente o una pura fantasmagoría basada en los deseos humanos. La personalidad depresiva no advierte, en muchas ocasiones, que tales ciencias, con sus métodos cuantitativo-causales, tan sólo pueden aprehender datos parciales y limitados de la vida y del mundo — el aspecto muerto de la naturaleza — y que al preocuparse, sobre todo, por lograr el dominio sobre esa misma naturaleza, acabarán más pronto o más tarde por caer en sus propias redes, de lo cual comienzan ya a percibirse claros signos.

Por otra parte, las personalidades depresivas tienden también a dejar demasiadas cosas en manos de Dios y del diablo. Llevamos el cielo y el infierno dentro de nosotros mismos, incluida la correspondiente responsabilidad. Así como hemos de aprender a reconocer, aceptar, combatir lo malo que hay en nosotros y no a proyectarlo sobre el diablo o sobre la imagen de un enemigo, del mismo modo deberíamos buscar e intentar practicar también lo bueno que alienta en nuestro interior — núcleo divino — y ello por el bien en sí, por nuestro propio bien, no por un premio eterno. Las personalidades depresivas someten demasiadas cosas a la «voluntad divina»; de esa manera, rehúyen la propia responsabilidad, envueltos en una capa de humildad mal entendida. En el caso de acentuarse la depresión hasta niveles patológicos puede surgir un delirio religioso, una identificación con el propio Cristo, un delirio de redención y otras manifestaciones similares.

El sujeto sano con rasgos depresivos puede alcanzar, en su religiosidad, niveles íntimos y profundos que no raramente facilitan

la aparición de vivencias místicas. Considera la muerte más bien como una liberación; frente a ella, adopta una actitud sumisa. El «hágase tu voluntad» conduce a una postura de entrega al destino, lo cual supone una gran fuerza. Así, la persona deprimida toma, con frecuencia, una actitud de aceptación de su suerte, que, en su forma más pura, viene a ser el *amor fuiti*. Tiende con facilidad a relacionar, con demasiada exclusividad, los golpes del destino con su propia culpa, está dispuesto a la expiación y puede convertirse fácilmente en víctima de aquellos que saben explotar tal disposición.

En el plano ético, suele encajar demasiado al pie de la letra y se siente abrumado por los mandamientos y las prohibiciones, con lo que refuerza su tendencia a los sentimientos de culpabilidad. Para él tienen gran importancia la renuncia, el sacrificio y la ascesis, que pueden convertirse, empero, en medios para huir del mundo y del enfrentamiento con él. Como sucede siempre, nuestra vida se desliza sobre un filo muy estrecho, aparte que sólo hay un paso de lo auténtico a lo no auténtico. Las personas con sectores depresivos en su estructura psíquica son, como padres y educadores, capaces de contacto y se esfuerzan por comprender y establecer empatía con el niño. El riesgo estriba en que vinculan demasiado a éste a sus personas, a causa de su ansiedad ante la vida y de su angustia de soledad. Se preocupan excesivamente por él; les resulta harto difícil concederle la libertad adecuada a su edad, a fin de que madure; no mantienen tampoco la debida distancia al respecto. Les cuesta mostrarse consecuentes y, en caso necesario, severos; protegen en exceso al muchacho, en cosas que no debieran, y evitan exigirle algo, dado que no quieren perder su cariño. No puede ser más claro lo dudoso de una vinculación demasiado estrecha. Las madres que han sufrido una niñez sometida a duras condiciones adoptan con frecuencia una actitud acorde con este lema: «Mi hijo lo tiene que pasar mejor que yo», lema con que justifican los mimos excesivos que prodigan a sus hijos,

Profesionalmente, las personalidades depresivas se inclinan, sobre todo, a actividades de servicio y asistencia a los demás, actividades que les permiten desplegar sus mejores facultades, dada su gran capacidad de sacrificio, paciencia y sensibilidad para con el prójimo. Les atraen las empresas sociales, médicas y psicotera-

péuticas, útiles a la comunidad. Saben esperar y atender. Como médicos, sacerdotes, pedagogos, etc., eligen su ocupación no tanto por motivos de prestigio o lucro, cuanto por vocación. Raras veces, la profesión es, para ellos, una pesada carga. Otros oficios a los que tienden son los de jardinero, guarda forestal, hostelería, ramo de alimentación y cuantos, de algún modo, se hallan relacionados con lo maternal.

Los sueños de las personas deprimidas — cuando aluden a la estructura específica de las mismas — muestran con cierta frecuencia una temática referida a la nutrición, unida en muchos casos a contenidos de frustración y renuncia, que ilustran la falta de atrevimiento a tomar o apoderarse de algo: se ven, por ejemplo, junto a una mesa bien surtida; pero no hay lugar para ellos, no hay cubierto o ya no queda comida, situaciones que podríamos designar como propias de Tántalo. La inhibición respecto de ciertos logros se expresa — en los sueños — en los anhelos e impulsos a los cuales se oponen multitud de obstáculos; el sujeto no alcanza sus objetivos ni siquiera dormido. Quien no debe tomar algo por su cuenta, se ve reducido a que sean los demás los que satisfagan sus deseos: éste es el sustrato de los sueños «de Jauja» en los que, sin esfuerzo alguno, halla uno cuanto apetece; el sueño destaca la tendencia del sujeto a la comodidad y pasividad. Puede tratarse igualmente de sueños de piratas, ladrones y criminales que le persiguen al durmiente; ello pone de manifiesto sus propias tendencias reprimidas a robar, como aspecto deformado de una incapacidad para tomar y conquistar algo, de un modo sano y maduro. El tema de exigirse demasiado a sí mismo o de dejar que los demás le pidan más de la cuenta a uno, fenómeno tan importante respecto de la aparición de la depresión, se refleja en algunos sueños de este tipo: «Hago con mi padre una excursión a la montaña; el camino es muy empinado. Yo llevo el morral y además su abrigo y un paquete con sus cosas.»

El sujeto con personalidad depresiva, pero sano, se caracteriza por su capacidad de empatía y por su disposición a cuidar del prójimo, a aproximarse a él y acogerlo. Se caracteriza por actitudes de auxilio y comprensión. Sabe perdonar, puede esperar pacientemente y dejar que maduren las cosas. Es poco egoísta, es cariñoso y ape-

Las personalidades depresivas

gado a sus relaciones afectivas; se muestra más bien sobrio y libre de exigencias en cuanto a sus necesidades; no le cuesta gran cosa sobrellevar las renunciaciones que son necesarias. En cambio, le resulta casi siempre pesada, dura y difícil la vida; pero, como contrapartida, sabe desarrollar un cierto sentido del humor. «Hay humor, cuando, a pesar de todo, se ríe uno.» Suele ejercitar una profunda piedad, que no tiene forzosamente un sentido eclesial; es más bien una actitud vital por la que, aunque conozca los propios riesgos y limitaciones acepta y ama la vida. A las personas deprimidas se les podría adjudicar la siguiente definición de SPITTELER, en su *Prometeo y Epimeteo*: «Tímido conocedor de su propia valía»; tienden más bien a ocultar sus propios méritos, cuyo descubrimiento requiere no poco esfuerzo. Parecen ser como un agua profunda, pero tranquila. Entre sus más bellas cualidades se cuentan la bondad de corazón, la hondura y calor de los sentimientos. Se sienten íntimamente agradecidos por lo que tienen; los éxitos que consiguen los atribuyen menos a sí mismos y sus facultades, que a una gracia del destino, cosa que les hace vivir en auténtica humildad.

CAPÍTULO TERCERO

LAS PERSONALIDADES OBSESIVAS

«Quedar grabado en piedra, de una vez por todas;
perdurar para siempre» (H. HESSE).

El ansia de permanencia es muy temprana y profunda en nosotros. Como hemos tenido ocasión de ver, el retorno fiable de lo que es habitual en nuestra niñez es transcendental para nuestro desarrollo. Es lo que nos posibilita el despliegue de cualidades específicamente humanas, de nuestra vertiente afectiva y anímica, de nuestra capacidad de amar; nos enseña a confiar y a esperar. Hemos visto cómo, en el esquizoide, el frecuente cambio de personas de referencia o la carencia de una figura firme a que remitirse, en el transcurso de las primeras fases de la vida, determinan que estos aspectos de la personalidad queden subdesarrollados o se atrofien. La duración y el retorno fiable de las mismas impresiones es igualmente importante para el desenvolvimiento de nuestra memoria, para el conocimiento y la experiencia; en general, para nuestra orientación en el mundo. Un mundo caótico, sin normas y ordenaciones reconocibles y fiables no nos permitiría desarrollar dichas facultades: al caos exterior correspondería un caos interior. Así, un saber seguro y la posibilidad de lograr conocimientos válidos aparecen como el reflejo o la correspondencia intrapsíquicos de las ordenaciones y normas de nuestro sistema cósmico. El alunizaje de los astronautas no habría sido posible, si la luna describiese una trayectoria arbitraria, imposible de prever, si no obedeciese, en una palabra, a leyes reconocibles.

La astrología es la ciencia que más claramente ha advertido la correlación existente entre el macrocosmos y el microcosmos; por ello, se experimenta un renacimiento de la misma en la actualidad. En su *Testamento de la astrología*, OSCAR ADLER interpreta la conocida frase de KANT de que hay dos cosas que me inundan del más profundo respeto: el firmamento estrellado que se extiende sobre nuestras cabezas y la ley moral que anida en nosotros; en el sentido de que esta ley moral es la imagen o la correspondencia, en nuestro interior, del orden cósmico, del «firmamento estrellado». Si fuésemos más conscientes de esta nuestra inclusión entre el paquete de reglas cósmicas, hallaríamos en nuestra intimidad un principio ordenador situado por encima de todas las ideologías, ya que no ha sido creado por los hombres y constituye al mismo tiempo la condición fundamental de nuestra existencia y nuestro espacio vital. El ejemplo anterior ilustra el aserto.

El afán de perdurar pertenece a nuestra esencia; aparte el deseo de no perder jamás a un ser que es amado y que nos ama, íntegra, seguramente, una de las raíces del sentimiento religioso. En las representaciones que responden al plano de lo intemporal, la eternidad y la omnipresencia del ser divino, el hombre ha satisfecho esta necesidad de persistencia. No siempre somos conscientes de lo profunda que es tal necesidad en nosotros; en seguida nos percatamos del momento en que comienza a cambiar, repentinamente, o corren el riesgo de fenecer el horizonte conocido y habitual, así como las zonas consideradas no modificables. Nos recorre entonces un escalofrío por todo el cuerpo, al advertir la transitoriedad de las cosas, y del mismo modo que nuestra dependencia y nuestra temporalidad.

Pasamos a describir, seguidamente, la tercera forma básica de la angustia, la angustia de la transitoriedad. Nos asalta con tanta mayor fuerza, cuanto más recursos buscamos para asegurar nuestra postura contra ella.

Consideremos, primeramente, las consecuencias que comporta el hecho de que una persona vivencie, sin medida, la angustia de la transitoriedad o, desde la vertiente de los impulsos, intente vivir exageradamente la aspiración a lo estable y duradero. En el len-

guaje de nuestro capítulo, equivale a lo centrípeto, supeditado a la fuerza de gravedad.

La consecuencia más general consistirá en una tendencia a dejarlo todo tal como estaba. Las modificaciones de cualquier clase recuerdan la transitoriedad, que el sujeto desea evitar a toda costa. Por ello, busca restablecerlo todo en su prístina posición, es decir, las cosas ya conocidas y familiares. Cuando algo cambia, el individuo se altera, se intranquiliza, incluso se angustia. De ahí que procure evitar detener o limitar las modificaciones y, dado el caso, impedir las y combatir las. Está en contra de cualquier innovación, doquiera la encuentre; esto se convierte para él en un trabajo de Sísifo, ya que la vida es un perpetuo devenir y está sujeta a una continua transformación; «todo fluye», de manera incesante e inevitable.

¿Qué aspecto práctico puede adoptar, en general, esta tentativa? Mantenerse, por ejemplo, adherido fuertemente a sus opiniones, experiencias, actitudes, sentencias y hábitos que, a ser posible, querrá convertir en principios inamovibles, en reglas inviolables en «leyes eternas». Se eludirán nuevas vivencias o, si esto no es viable, se esforzará por tergiversarlas y equipararlas al acervo ya conocido y trillado. Cabe llegar así hasta el fraude y la mala fe conscientes o inconscientes: se ignoran entonces detalles ilustrativos, que se alteran tendenciosamente o se rechazan sin más, de un modo emocional, con razonamientos lo bastante inconscientes como para dejar traslucir que no se busca la objetividad, sino sólo poner a salvo una actitud firmemente anclada, que no se piensa abandonar por ningún concepto. La historia de la ciencia está llena de ejemplos y de estériles disputas de este tipo acerca de quién tiene la razón.

Si se aferra uno de tal modo a los hechos conocidos y habituales, resulta inevitable abordar cualquier novedad con prejuicios destinados a precaverse contra la sorpresa, lo insólito y lo desconocido. No se corre así el peligro de adoptar cosas sin comprobarlas previamente, dentro de una fe ingenua en el progreso; pero se pasa uno fácilmente al otro extremo, la cerrazón y el oscurantismo, al frenar e incluso obstaculizar toda evolución positiva (incluso la propia).

Cabe centrar el problema fundamental de las personalidades

obsesivas en la sobrevaloración de su necesidad de seguridad. Relacionadas con esta última se hallan la prudencia, la previsión, la planificación de metas seguras a largo plazo, y en general la actitud de búsqueda de la perdurabilidad. Desde el punto de vista de la presencia de la angustia, podemos definir su problema como una cuestión de ansiedad frente a los riesgos, contingencia y transitoriedad de la vida. Se asemejan al hombre que relegó el momento de meterse en el agua, para cuando supiera nadar; son, por decirlo así, los que aprenden a luchar en el dique seco de la existencia. Se puede recorrer, al respecto, toda una gama de modos de comportamiento; caben todos los grados y formas, por extrañas que parezcan.

Un sujeto de unos 35 años poseía una amplia biblioteca. Sin embargo, sólo leía en préstamo libros de bibliotecas circulantes; no utilizaba los propios, porque pretextaba que podía ser trasladado a un sitio donde no hubiese este tipo de bibliotecas. ¿Qué haría entonces, si se veía obligado a devorar sus propios libros? El miedo a que algo pueda tocar a su fin alcanza a veces, como en este caso, cotas harto grotescas.

Algunas personas con rasgos obsesivos tienen armarios llenos de ropa, pero no se ponen más que las prendas viejas, a fin de tener «reservas»; sufren, cuando han de utilizar algo nuevo. Prefieren que sus trajes y vestidos pasen de moda o sean roídos por la polilla, antes que usarlos. Emplear algo nuevo significa exponerlo al tiempo, y con ello a la transitoriedad, desgaste y destrucción. En efecto, todo lo que se encamina hacia su fin recuerda dicha transitoriedad y, en último término, la muerte.

Todos albergamos en nuestro interior esa clase de angustia y el deseo de perdurabilidad e inmortalidad; todos buscamos algo que sea interminable o infinito. Sentimos, por tanto, una profunda satisfacción, cuando volvemos a hallar las cosas tal como las dejamos. Así se comprende también el impulso a coleccionar cosas, tratése de lo que se trate: sellos, monedas, porcelanas... Un motivo casi siempre inconsciente de ello es el de retener un pedazo de eternidad, una garantía de infinitud, ya que nunca se podrá completar la colección, siempre faltarán piezas. Otros buscan la duración en inventos destinados a prolongar la vida o se rompen la cabeza, al estudiar las leyes del movimiento continuo. Elevan asimismo los

propios puntos de vista y teorías a un plano universal e intemporal, con lo que, en aras de lo inmarcesible, logran algo que supera la erosión del tiempo. El mero hecho de aferrarnos a hábitos inveterados y la irritación consiguiente cuando nos vemos obligados a modificarlos o somos perturbados en la práctica de los mismos permiten reconocer este deseo de perdurabilidad.

Idéntica tendencia a evitar la angustia frente a cualquier cambio y transitoriedad, la hallamos en la adhesión inquebrantable a lo tradicional, en todos los sectores imaginables. Las tradiciones de índole familiar, social, moral, política, científica y religiosa conducen al dogmatismo, al conservadurismo, a prejuicios irreductibles y a las diversas modalidades de fanatismo. Cuanto más rígidamente se las secunda, tanto más intolerante se es frente a cualquiera que se atreva a vulnerarlas o ponerlas en duda. Detrás de esto, se agapaza siempre la angustia de que cuanto es habitual o se aprende, se cree y se reconoce —lo cual proporciona seguridad— pueda ser víctima del relativismo, por obra y gracia de modernos puntos de vista y la lógica evolución de los acontecimientos, que quizás descubran el lado erróneo o ilusorio de aquello y obliguen a uno a transformarse y cambiar. Cuanto más angostos son el propio horizonte y el propio espacio vital, con tanta mayor tenacidad querrá uno mantenerlos inalterables, tanto más temerá perder la propia seguridad, asediada por las novedades.

Así, pues, cuanto más nos esforcemos por afirmar lo viejo, tanto más acosados nos sentiremos por la angustia de la transitoriedad. Por otra parte, cuanto más nos oponamos a nuevas evoluciones, con tanta mayor testarudez desencadenaremos fuerzas de signo contrario; es lo que sucede con la «lucha de generaciones»: la terca fijación a los términos establecidos y el áspero rechazo de toda innovación, por parte de las viejas generaciones, suele empujar a las más jóvenes a adoptar posturas extremistas e irreconciliables.

Naturalmente, la tradición y la fidelidad a ciertos valores reconocidos poseen en principio un significado altamente positivo. No debemos despreciar lo que es principal y absoluto, provisto de solidez y consistencia, pues tan sólo así podemos encontrar leyes supratemporales. A lo que aludimos aquí es al exceso, a la falta de capacidad o de disposición para aceptar nuevas orientaciones, a la

oposición a todo desarrollo normal, a la negativa a rectificar experiencias trilladas y a aprender cosas nuevas, a lo cual la vida nos impele constantemente. El antiguo aforismo latino «Tempora mutantur et nos mutamur in illis» («los tiempos cambian y nosotros con ellos») no parece ser válida para la personalidad obsesiva, la cual ha de pagar con la angustia su tenaz intransigencia. Intenta encerrar la vida en un marco de esquemas y reglas; muestra un invariable repudio e intolerancia contra todo aquello que la inquieta por lo novedoso y desacostumbrado; pero lo que se quiere forzar, se convierte en una instancia, en una *obsesión*.

En efecto, detrás de cualquier hábito, dogma y fanatismo, anida siempre la angustia: la angustia de transformación y de transitoriedad; en definitiva, la angustia de la muerte. Por ello, las personalidades obsesivas toleran mal que algo o alguien escape a su poder y voluntad. Querrían someterlo todo y a todos a su estrecho patrón. Precisamente por eso, tropiezan siempre con los muros de la vida: lo que deseaban imponer, se vuelve entonces contra ellos mismos como un *boomerang*, en forma de obsesión. Cuando se quiere forzar la marcha de los hechos vivos, a imagen y semejanza de uno mismo, se advierte, a regañadientes, que tal actitud no modifica el curso de los acontecimientos, que burlan todo rígido cauce impuesto. Se repite la historia del «alguacil alguacilado» (v. *Sueños*, de QUEVEDO). Creemos poder reconocer de nuevo las energías de la vida, que compensa cualquier desequilibrio.

La personalidad obsesiva soporta con dificultad que, en el ámbito de los seres vivientes, no existan principios absolutos e inamovibles, que no se puedan fijar y canalizar los actos vivos. Se ilusiona con la posibilidad de encasillar todo en algún sistema, a fin de poderlo dominar sin fallos; con ello, violenta la naturaleza. NIETZSCHE afirma que todo sistema oculta siempre una cierta falsedad, justamente porque simplifica las cosas; lo que hace es retorcer la variedad y multiplicidad del mundo de los vivientes.

En la esfera de los seres humanos, el comportamiento obsesivo actúa de un modo similar. Consciente o inconscientemente, uno de-searía imponer al «otro» su propio esquema mental. Esto se manifiesta, sobre todo, respecto de la pareja, los subordinados y los niños. El «conflicto de generaciones» muestra, entre estas personas,

una tónica especialmente áspera, como ya hemos indicado. Al rechazar e intentar reprimir cuanto es novedoso e insólito, llevan fácilmente su actitud a extremos absurdos; con ello, provocan la eclosión de las temidas fuerzas de signo contrario, fuerzas rebeldes y revolucionarias, que, piensan, se han de combatir con medios «proporcionados»; arrojan así, como dice el proverbio alemán, «al niño junto con el agua de su baño». Aquí hay algo humanamente trágico e inevitable; inevitable, pero no insuperable, si se demuestra cierta disposición a aceptar y comprender las nuevas corrientes.

Estas personas tienen siempre miedo a que todo se vuelva inseguro e incluso caótico, si se muestran un poco más flexibles, si se abren a cuanto es «distinto», si ceden un ápice o aparecen espontáneas, sin control propio y ajeno. Opinan que lo que reprimen, en sí o en los demás, lo anegaría todo, si lo permitiesen siquiera fuera una vez. Son como Hércules, que creía saber de antemano que a la hidra le crecerían por lo menos dos cabezas, si se le cortaba una. Tienen, pues, miedo de dar el «primer paso»; a su juicio, esto comporta consecuencias irreparables. De ahí que se mantengan siempre atentas para que, con un acopio de poder, saber y práctica se conjuren los acontecimientos indeseables e imprevisibles. Se parecen al sujeto de marras que únicamente se avenía a meterse en el agua, cuando aprendiera a nadar. Así se pueden pasar la vida «en el dique seco», sin llegar a respirar a pleno pulmón, debido a tantas cautelas y preparativos.

Le pedí a un paciente que se echase sobre el diván, se relajase y manifestase cuanto le ocurría. Reaccionó indignado: «¡Entonces va a salir a flote toda la porquería!». Con ello descubría gráficamente el fondo de sus represiones, por las que mantenía a raya, mediante un permanente autocontrol, sus apetencias. Protegerse contra todo aquello que no debe ser, que se desea evitar, constituye para la personalidad obsesiva el principio más importante de su vida. Su inventiva, al respecto, es muy fecunda, veámoslo en ejemplos:

Una posibilidad de salirse del «continuo devenir» es la de la vacilación y las dudas. Reproducimos la carta de una persona de estructura obsesiva. El nudo de la cuestión estribaba en si iba a emprender conmigo un tratamiento psicoterapéutico o, por el contrario, pasar una temporada en cierto balneario:

Muchas gracias por su carta. Me ha puesto ante un dilema muy grave, ya que no sé si mi neurosis de indecisión salió ya a relucir en la primera conversación que sostuve con usted. Probablemente, se traslució de un modo muy superficial.

Había escrito precisamente al balneario X, desde donde me urgían a que les diese una contestación definitiva, en uno u otro sentido, para antes del día 15 de julio. Entre tanto, me llegó su carta en la que me comunicaba que podía someterme a tratamiento con usted. Desde entonces, estoy en una duda constante. ¡Es horrible! Al final, va a resultar que el balneario X estará ya completo, para cuando me vaya a decidir. La decisión, en realidad, es muy fácil: no tengo suficiente dinero para ir a Munich. He calculado al dedillo las sumas necesarias, pero no alcanzan. Así, pues, la cosa no va. No paro de pensar en que es necesario, incluso urgente. Imagino que quizás podrían mejorar mis eternas enfermedades, aparentemente orgánicas, lo cual contribuiría a aliviarme de mi estado general y de las dificultades por que atravieso.

Por otra parte, no tengo donde alojarme en Munich. Después del balneario X, ¿podría ir este año, con seguridad, a Munich? ¿No sería muy pesado ir todos los días a esa ciudad desde allí? En ningún caso, me gustaría repetir la aventura. Me da miedo pensar que tengo que viajar otra vez así, con tanta inseguridad.

Supongo que estará usted desesperado con mis incertidumbres. ¡Pero usted es psicoanalista! Ya sabe que no me casé con el hombre que me gustaba, porque no supe decidirme. Fue demasiado tarde. Ahora me sucederá lo mismo con esto del viaje. Al final no haré ni lo uno, ni lo otro. De todos modos y por lo que se refiere al dinero, ir a Munich me asusta un poco. Ésa es la realidad. ¿No es acaso normal que uno se preocupe primero del dinero y que luego emprenda el viaje tranquilamente? Quizás el próximo año, en mayo y junio, pueda ir. Hasta ahora, no hemos recibido más que dos veces la mitad del sueldo. A partir de ahora, la cosa vuelve a ser normal.

Creo que voy a optar por el balneario X, aun cuando luego me entren unas ganas locas de ir a Munich. Eso es lo que me permite el dinero, no tener preocupaciones. Si recibo la noticia de que no me pueden reservar plaza, me decidiré quizás por Munich. En ese caso, le agradecería me comunicase si le puedo abonar las horas del 15 de septiembre y si puedo someterme a psicoterapia con usted, desde el 7 de agosto hasta el 7 de septiembre.

¡Es un parto muy difícil! Mientras le estoy escribiendo, veo como algo imprescindible seguir mi psicoanálisis con usted. Así, pues, la cosa queda así.

P.D. No puedo decidirme, es muy molesto. Quiero ver si hay aún sitio en el balneario X. Si supiese que está usted ahí hasta el 7 de septiembre y le puedo abonar sus honorarios el 15 de septiembre... Quizás le mande un telegrama. (Esto último es lo que hizo por fin: decidirse por el psicoanálisis).

Cabe imaginar lo molestas que resultan estas dudas y vacilaciones, sobre todo cuando se trata de decisiones más importantes que la anterior. Puede observarse cómo una persona así hace depender sus determinaciones de cualquier género de circunstancias externas. Hay algunas personalidades obsesivas que toman una resolución, según sean pares o nones los botones de su chaqueta; a veces, echan los dados, etc. Más adelante, veremos cómo surge esta angustia de la propia responsabilidad.

Otro ejemplo de cómo las personalidades obsesivas se escabullen para conseguir despreocuparse de algo es el siguiente. Un paciente refiere un sueño, durante su análisis y, de pronto, exclama:

¿Es que tiene sentido interpretar los sueños? Todo es relativo; se les puede atribuir o deducir cuanto se le ocurra a uno. ¿Quién me asegura a mí que se ha dado en el clavo? Quizás haya alterado el sueño al contarlo o no me he acordado bien de todos sus detalles. ¿Acaso no resulta todo ello muy dudoso? Los sueños, sueños son; ocuparse de ellos es poco científico. FREUD y JUNG alimentan teorías muy diferentes acerca de los mismos. No parece esto muy sólido, ni digno de confianza. ¿Y las asociaciones? Todo lo que asocio... conduce a algo incontrolable... Se pierde uno, por completo, en lo incierto... Por otra parte, no se me ocurre asociar nada...

En el caso descrito, se advierte bien cómo el paciente fortifica su posición, mediante una racionalización bien lograda, antepuesta a las vivencias, contra las que se defiende. Está clara su angustia ante lo «incontrolable». No se trataba de discutir sobre los sueños, desde un punto de vista científico, sino de facilitar el que el paciente se abandonase a sus asociaciones. Alguien quizás pueda pensar que las dudas del paciente, respecto de los sueños, están completamente justificadas; pero, al actuar así, dejaría de percatarse de que el paciente tan sólo las utilizaba como pretexto de evasión. Por otra parte, sus dudas no se circunscribían, en modo alguno, a los sueños; se sentía angustiado por todo cuanto tenía un aspecto de «inseguridad»; lo que hacía, pues, era procurar evitar tal angustia.

Muchas personalidades obsesivas se quedan en los preparativos, sin conseguir avanzar, por los motivos reseñados. Muy gráficamente,

lo ilustra el siguiente chiste. Un sujeto llega al cielo y descubre allí dos puertas con sendos letreros: «puerta del cielo» y «puerta de conferencias sobre el reino de los cielos». ¿Cuál elige? La segunda.

Una ley psicológica afirma que cuanto se reprime se acumula. Con ello, aumenta la presión interior. La personalidad obsesiva necesita, pues, cada vez más tiempo y más energías para mantener oculto el paquete de represiones. Surge así el círculo vicioso de la obsesión, que únicamente se puede resolver, si uno admite y se enfrenta con «el otro lado», lo reprimido. Sólo entonces cabe integrar lo que se evita y se teme experimentar, quizás con asombro, que lo reprimido contiene energías positivas, que los sueños «absurdos» revelan cosas esenciales.

Fácil es comprender la estrechez de miras y la férrea intransigencia de una persona que muestra tal comportamiento, así como la deshumanización de su vida, cuando quiere imponerle tamaño absolutismo. Sólo es consciente de que lo que quiere es hallar el punto «justo», como el paciente descrito, que creía debía buscar la asociación exacta, con lo que imposibilitaba la aparición de asociaciones libres; pero no advierten la angustia del riesgo que late en su actitud.

Desde un plano tan rígido, el orden viviente se convierte en una pedante ordenación; la lógica, en una ciencia fría; un razonable sentido de la economía, en avaricia; un sano albedrío, en un terco y arbitrario egoísmo, que no tarda en transformarse en depotismo. Si todo ello no basta para dominar la angustia, ya que la múltiple variedad de la vida no se deja encadenar por reglas inflexibles, se desarrollan síntomas y actos obsesivos, cuya función, en su origen, estriba en fijar la angustia, pero que se van independizando paulatinamente y se convierten en imperativos internos. Fuerzan al sujeto, que ya no puede eludirlos, aunque le parezcan absurdos. La obsesión de la limpieza, de los recuerdos, etc., constituyen actos de este género. Siempre que se intenta renunciar o resolver una obsesión, se libera uno de la angustia inherente.

Por distintas que puedan ser las obsesiones, siempre nos tropezamos, en resumidas cuentas, con una falta de arrojo, de espontaneidad despreocupada. En el fondo, siempre se trató de evitar

algo, bien fuera lo novedoso, desconocido, inseguro, prohibido, bien fuera una tentación o el alejamiento de lo habitual. Si todo se queda tal como está; si los objetos permanecen sobre la mesa de trabajo dentro de un orden, que es sagrado; si la opinión sobre alguna cosa persiste con una validez intangible; si una teoría o un juicio moral queda fijado, con el lenguaje escueto y severo de un artículo del código, como afirmación inatacable, como una creencia en algo absoluto e inmovible, el tiempo parece detenerse. Todo resulta entonces previsible; el mundo ya no se modifica: la vida no acarrea más que olas siempre idénticas y conocidas. El ritmo vivo y renovado se ha convertido en un compás uniforme y estereotipado. En tales actitudes, puede haber, a veces, una cierta grandeza; pero se trata, en definitiva, de una grandeza trágica, ya que el terco deseo de forzar y amarrar las energías vitales, la ausencia de elasticidad y la imposibilidad de osadía llevan ya en sí el germen del fracaso. Y a lo trágico responde el estrellarse contra algo absoluto, que se experimenta como exigencia ineludible, auténtica o aparente, que se ha de satisfacer o cree uno que se debe satisfacer.

Un sencillo ejemplo nos puede demostrar claramente los puntos esenciales del comportamiento obsesivo, que, como tan frecuentemente pasa en la vida, une lo trágico y lo cómico: inténtese mantener una habitación absolutamente libre de suciedad. Se asistirá entonces a la tragicomedia de quien no quiere dejar circular libremente acontecimientos incontenibles, porque quiere detener el tiempo. Es como verter agua en el tonel de las Danaides. El polvo constituye aquí el sustitutivo de alguna otra cosa, que es la que se desea limpiar, en realidad. Por ello, el hecho de limpiar los muebles se mantiene como una forma de obsesión, hasta que no se resuelva el problema propiamente dicho, que se desplaza a la acción de «quitar el polvo». La absoluta supresión del polvo, a la que se aspira, apunta, en efecto, a algo más esencial, por ejemplo, a la pureza moral, fortaleza que se experimenta como asediada por las tentaciones. La proyección del auténtico problema sobre algo trivial se convierte, por eso mismo, en obsesión. No hay peligro, en cambio, de que el verdadero enfrentamiento con nuestro conflicto se transforme en obsesión. Siempre que tengamos una sensación irracional de instancia, en actividades que en sí carecen de impor-

tancia, hemos de preguntarnos qué afrontamiento o decisión fundamentales deseamos eludir con ello.

En tono humorístico, F.T.H. VISCHER ha descrito, en su novela *Otro más*, la problemática obsesiva. El héroe de la novela está en lucha permanente con «las mañas del objeto», como se dice en la misma. Se suceden constantemente actos fallidos, procedentes de emociones e impulsos reprimidos, sobre todo de índole agresiva, que el sujeto atribuye a «mañas» de los propios objetos. Cuando tira, «por descuido» la salsa sobre el vestido de su compañera de mesa, que le resulta antipática, se trata de una «mala pasada» del objeto — en este caso, la salsera —, no de la expresión de su animadversión y agresividad contra dicha señora. Son precisamente las personalidades obsesivas las que sufren con más frecuencia los llamados por FREUD «actos fallidos», ya que reprimen con exceso sus impulsos. En tales actos fallidos (equivocaciones verbales, olvidos, omisiones, etc.), se descubre el fondo de sus represiones, por «casualidad», es decir, sin intención ni conciencia de los mismos; les «sucede», simplemente, algo que escapa al control consciente, pero que denuncia aquello que querrían ocultar.

Cuando se acentúan mucho, las obsesiones pueden adoptar, entre los enfermos propiamente dichos, un aspecto terrible y macabro, ya que van invadiendo progresivamente su vida entera y, con un poderío calificable de demoníaco, subsisten como un ente *a se*. Es comprensible que en tiempos pasados, cuando aún no se conocían sus correlaciones psicológicas, tales obsesiones siniestras, que se han de ejecutar aun cuando se reconozca lo absurdo de sus exigencias, fuesen interpretadas como posesión diabólica. La propia víctima vivencia la realización forzosa de sus actos obsesivos como impuesta por una potencia extraña, ya que los experimenta como ajenos a su yo.

Toda obsesión muestra en sí una tendencia a la metástasis (empleamos esta comparación tomada de los hechos patológicos somáticos), es decir, a proliferar y extenderse a otros sectores hasta entonces respetados por ella. La vida se va estrangulando cada vez más, al irse llenando de obsesiones, como veremos en sucesivos ejemplos.

Los procesos descritos pueden tener asimismo lugar de un modo

exclusivamente intrapsíquico, por ejemplo, en la defensa contra pensamientos inquietantes, «malos», contra deseos e impulsos que el enfermo se cree en la obligación de reprimir. Se emplean entonces gran parte del propio tiempo y energías en combatirlos. Se intenta lograr este objetivo, por ejemplo, utilizando contra ellos una especie de conjuros. Si el sujeto desea protegerse contra pensamientos y deseos pecaminosos, sucios o rastreros ha de adoptar inmediatamente, de un modo obsesivo, una contramedida para cuando amenacen con aparecer. Puede pronunciarse entonces una fórmula mágica — jaculatorias tales como «Jesús, María, José» — o se ha de hacer *algo* que aleje de la conciencia aquello que se desea soslayar. En una forma más grave, ello puede conducir al uso del cilicio, como en determinados aspectos del fanatismo religioso; recuérdese el caso de los flagelantes. Las «metástasis», las crecientes proliferaciones de tales obsesiones, pueden irse extendiendo cada vez más, cosa que se debe impedir: se perciben entonces como sospechosos vocablos o conceptos que, por su sonido u otros detalles asociados inocentemente, se unen a lo que se desea evitar y tienen que ser evitados, a su vez. Así se incurre en la situación de esas personalidades obsesivas que quieren tener su habitación absolutamente libre de polvo. Ello recuerda el proverbio latino que dice: «Naturam expellas furca, tamen usque recurret», es decir, la naturaleza, la vida, no se puede excluir o reprimir por la fuerza, ya que siempre regresa, de uno u otro modo.

Se puede adoptar en ocasiones una forma refinada, como en el ejemplo siguiente, en el que bajo el aspecto consciente de defensa, se vuelve a introducir lo reprimido. Una paciente neurótica de personalidad obsesiva padecía una obsesión de limpieza personal, que se refería, inconscientemente, de un modo simbólico, a sus «sucios» impulsos sexuales, es decir, a la masturbación, que había llegado a considerar pecado, y tenía que lavar, de manera frecuente y asidua, su región genital, zona especialmente «pecaminosa», operación que intensificaba sus sensaciones placenteras, hasta el orgasmo, pero de un modo «involuntario» y sin provocar sentimiento alguno de culpa, ya que lo único que deseaba conscientemente era mantenerse pura.

Las iglesias cristianas, tanto la católica como las protestantes,

con su condenación de la sexualidad y los subsiguientes sentimientos de culpa que despiertan y siguen despertando en la actualidad, han dado lugar a ciertas neurosis eclesiógenas. Su hostilidad contra el cuerpo, «la carne», ha provocado, en muchos jóvenes, la angustia y los sentimientos de culpabilidad, que eran evitables, sobre todo en la pubertad. En lugar de guiar a los adolescentes durante una fase tan importante del desarrollo, como hacen los llamados «primitivos» con sus ritos de iniciación, mediante cursillos, diálogos, mesas redondas e información sobre temas sexuales, se ha practicado la «conspiración del silencio». En el caso de los protestantes, todo se ha reducido a unas reuniones en las que se aprendía de memoria salmos y el catecismo, y en las que se sorteaban ciertas preguntas «penosas». En la actualidad, por fortuna, todo ha cambiado bastante: los jóvenes han conquistado, por sí mismos, mucho de lo que antes les estaba vedado. Quien haya desarrollado actividades psicoterapéuticas durante algunos decenios, sabe qué devastadoras consecuencias ha tenido la enemiga contra el cuerpo, de raíz presuntamente religiosa. Se comenzó casi siempre por la lucha contra el onanismo, del que se decía que iba seguido de terribles efectos físicos y mentales, cosa que provocaba, entre los fieles, una intensísima angustia y sentimientos de culpa, hasta no raras veces conatos de suicidio, cuando a los sujetos les era imposible mantener la lucha contra el «pecado».

La personalidad obsesiva y el amor

El amor, esa experiencia anímica irracional, trascendente, que borra los límites, que puede crecer hasta convertirse en una peligrosa pasión, de suyo inquieta profundamente a tales personas. Se trata de algo que parece tener leyes propias, que acapa a la voluntad del hombre y le puede asaltar, como si fuera una enfermedad, de algo que nos empuja a obrar en contra de la razón. Resulta difícil de compaginar con la tendencia a la seguridad y la voluntad de poder de las personalidades obsesivas.

Las personas de estructura obsesiva intentan controlar y «no perder las riendas» de sus sentimientos, que no son dignos de fiar,

por ser demasiado subjetivos, cambiantes y transitorios. La pasión les resulta aún más sospechosa, dado que es totalmente imprevisible e irracional y constituye, para ellos, un signo de debilidad. Por ello, economizan y dosifican sus afectos; se abandonan difícilmente a ellos y demuestran escasa comprensión para con los de su pareja. A causa de su firme actitud «práctica», en los momentos menos adecuados, pueden ejercer un rudo efecto de decepción.

No obstante, en todas sus relaciones, manifiestan un alto sentido de responsabilidad y mantienen sus decisiones, una vez las han tomado. No les resulta fácil considerar a su pareja en pie de igualdad; tienden más bien a una ordenación vertical; estar por encima o por debajo, ser martillo o yunque les parece inevitable: «o lo uno, o lo otro» (¿a quién le gusta ser yunque?). Una vinculación amorosa a otra persona se transforma fácilmente en ellos en una lucha por la supremacía. Si las personalidades depresivas, por angustia de soledad, desean que su pareja dependa de ellas, la personalidad obsesiva busca esto mismo por necesidad de poder; pretende formar a su pareja con arreglo a su propia voluntad. Por ello les resulta arduo admitir el modo de ser distinto de la pareja a la que someten a su arbitrio y consideran de su exclusiva propiedad. Así, pues, no es raro que la personalidad obsesiva viva a expensas del otro, al que exige demasiada adaptación y sumisión. Por otra parte, ese tipo de vinculación tiene para la personalidad obsesiva un sello fatal. Posee una gran capacidad de aguante; la finalidad le resulta entonces de por sí algo lógico, por motivos económicos. No pocas veces contraen matrimonio por motivos de razón; los puntos de vista materiales y de seguridad suelen desempeñar un papel nada despreciable. Antes de contraer vínculo alguno, pueden sentir grandes dudas; de ahí derivan noviazgos demasiado largos y repetidos aplazamientos de la fecha de la boda; pero en cuanto se decida, considera el vínculo como algo indisoluble, ya por una motivación religiosa o ética, ya por un sentido de permanencia, aun cuando uno mismo o el propio cónyuge sufra y desee la separación o anulación matrimonial.

Cuando una mujer le preguntaba a su marido por qué no quería aceptar el divorcio, que ella le estaba proponiendo desde hacía tiempo, ya que el matrimonio, a juicio de ambos, se hacía insopor-

table, recibía invariablemente esta respuesta: «Pues porque estamos casados», como si se tratase de algo absoluta y definitivamente válido. Aparte el afán de dominio, el hábito desempeñaba asimismo un papel preponderante en tal actitud: le parecía mejor al esposo continuar ligado «a lo malo conocido», que embarcarse en una nueva aventura. Hay matrimonios de éstos en los que el «vínculo» no consiste más que en un odio siempre latente; en resumidas cuentas, cada cónyuge no espera sino la muerte del otro.

Cuanto más intensos son los rasgos obsesivos, tanto más se toma el matrimonio como un contrato jurídico, con derechos y deberes estrictos. Se sobrevalora y se convierte lo meramente formal en firme pilar. Mientras todo se mantenga en un marco razonable de legalidad — *clara pacta, boni amici* («siempre amigos, pero los papeles bien claros») —, no hay nada que objetar. Pero cuando lo formal sustituye a la relación afectiva, puede darse una verdadera pugna, en torno a presuntos derechos y principios; se llega hasta niveles auténticamente sádicos; bajo una capa de corrección, se descargan amargos sentimientos de hostilidad y exigencias de poder.

En el transcurso de una crisis conyugal, cierta mujer acude a un abogado y le hace confeccionar un contrato que especifica la frecuencia de las relaciones sexuales, la deseada temperatura ambiente, durante dichas relaciones, la prohibición de que el marido fume en la alcoba, así como las multas pecuniarias, para el caso de incumplimiento o transgresión de los pactos estipulados. Si el marido está dispuesto a firmar este contrato, ella continuará a su lado. Estaba seriamente convencida de que se trataba de una propuesta práctica, dictada por la buena fe y destinada a posibilitar la continuidad del matrimonio. Había establecido así una especie de reglamento, en vez de «poner el dedo en la llaga»: una enorme falta de comprensión emocional y el deseo constante de querer imponer, a toda costa, su voluntad.

La personalidad obsesiva se muestra poco asequible, en crisis y disputas; le cuesta trabajo ceder, aun cuando vea que no tiene razón. Está fijada en el pasado y le echa en cara a su pareja, de un modo pedante y con pruebas matemáticas de lugar y tiempo, sus errores pretéritos y actuales. Durante las crisis conyugales, le asaltan ideas extrañas sobre cómo resolverlas — el ejemplo ante-

rior es sumamente ilustrativo —. Comoquiera que los sentimientos no cuentan mucho para ella, le propone a su pareja programas que le parecen razonables, intenta establecer reglas a las que ambos han de ajustarse. Si la mujer se queja, por ejemplo, de que el marido se pasa los domingos entregado a su colección de sellos o a sus trabajos manuales, mientras ella se aburre y desearía tener mayor comunicación, él propone una solución de compromiso. Establecerá un plan según el cual dedicará, de cada dos domingos, uno a sus aficiones y el otro a su esposa. Promete cumplir este plan a rajatabla, por el deseo de mantener el cariño de la pareja; pero todo ello es demasiado deliberado y falla desde un principio: el marido se limita a llenar una obligación que se ha impuesto, con lo que cree satisfacer la misión que le corresponde. Se asombra y se irrita, cuando, a pesar de ello, su mujer no queda contenta, porque advierte la mala gana con que éste ha establecido el plan en cuestión; en último término, lo que ella busca es cariño y atenciones y no una excursión obligada de fin de semana.

Este ejemplo es válido para multitud de actitudes similares, con las que la personalidad obsesiva intenta resolver sus problemas en el trato con su pareja; pero la pareja no recibe jamás, de este modo, lo que realmente anhela: más alegría, más espontaneidad en las manifestaciones de cariño, más variaciones y animación en la vida cotidiana. Ante tales «exigencias» (ya que como tales las siente la personalidad obsesiva, dada su sequedad y reserva), tiene la sensación de que la pareja es insaciable. Por eso ambos, aunque vivan juntos, se encuentran de hecho separados; los problemas se van acrecentando cada vez más.

Para la personalidad obsesiva el tiempo y el dinero, la puntualidad y la economía común desempeñan un papel primordial, en el seno del matrimonio. Es aquí donde se revelan, con claridad meridiana, el ansia de poder, la pedantería y la rigidez. La comida debe estar, en la mesa, a la hora exacta, ni un minuto más ni un minuto menos; se entrega el dinero destinado a la economía doméstica con la condición de que se presente la correspondiente cuenta «al céntimo». Si se trata del marido, ha de aportar todas sus ganancias, de las que recibe una determinada cantidad para sus gastos personales. Los gastos extraordinarios se convierten en una

tragedia: su necesidad es largamente discutida; no es raro que se consideren como señal de la prodigalidad del otro cónyuge, al que se acusa de no tener cuidado con las cosas» para obligar a la pareja a nuevos desembolsos. En tales matrimonios, los problemas monetarios son los que, con mayor frecuencia, provocan las crisis.

En la época del patriarcado, que volcaba sus privilegios en el varón, solía haber uniones en las que la mujer llevaba la peor parte. Un ejemplo de ello lo constituyen los llamados «deberes conyugales», que rebajaban la sexualidad de la mujer. En el próximo capítulo, acerca de la histeria, veremos cómo ésta se vengaba. En dicha época, estaban a la orden del día los matrimonios en los que todo el poder se acumulaba en manos del hombre y se inhabilitaba o al menos se consideraba a la mujer como a un menor de edad; se la trataba en consecuencia y se la mantenía en un estado de completa dependencia.

Para los sujetos con rasgos obsesivos muy acentuados, lo más importante es que la pareja «funcione»; que sea puntual, exacta, digna de confianza y evite los razonamientos, como una máquina bien engrasada; en una palabra, que no transparente deseos, ni exigencias sentimentales. En lugar de un sano intercambio, sólo privan las condiciones y los reglamentos. Cabe imaginar el aspecto frío y calculador que un matrimonio de este tipo ha de asumir: se practica la sexualidad de acuerdo con una especie de horario o calendario preestablecido; se ejercita un deber, no se secundan apetencias legítimas o el estado de ánimo. Se realiza el acto sexual sólo cuando o porque «toca».

La actitud, respecto de la sexualidad, al igual que respecto de todos los demás goces de la vida, se hace cada vez más problemática, al ir en aumento los síntomas obsesivos. Ya hemos indicado que se suele «planificar» la sexualidad. La vida amorosa toma así un cariz hostil contra cuanto sabe a erótico y queda envuelta en una atmósfera de desencanto; es absolutamente antidionisiaca. El primer encuentro con el otro sexo puede iniciar el fracaso; recuérdese el desastre en que desembocan ciertas noches de bodas. La ausencia de sensibilidad con respecto a la pareja, la falta de fantasía erótica, despeñan la vida amorosa por una sima catastrófica. No es raro que la sexualidad de las personalidades obsesivas ofrez-

ca un matiz sádico, cuando intentan violentar a la pareja, en una mezcla de relaciones íntimas y voluntad de dominio.

La persistencia de sentimientos de culpa y de vergüenza adquiridos tempranamente, en relación con la sexualidad, puede convertir el acto matrimonial en algo torturador, privado de toda ensoñación y alegría, al introducirse en un frío marco y supeditarse a rígidas condiciones. Se puede llegar tan lejos, que hasta se levante, como defensa contra los impulsos «prohibidos», una barrera de dudas, náuseas, escrúpulos y racionalizaciones. Una muestra de ello es el siguiente ejemplo:

Cierto joven conoció por vez primera, a una muchacha, de la cual quedó prendado. Una vez hubo llegado a su casa, comenzó a cavilar: «¿Qué consecuencias me pueden acarrear estas relaciones? (relaciones que aún no existían). ¿De qué familia procede? ¿Habrá sostenido relaciones con muchos hombres? ¿Estará sana? ¿Qué ideas tendrá acerca del amor? ¿Y si queda embarazada? ¿No me contagiará? Tiene una boca muy sensual: ¡vete a saber con cuántos se acuesta! Después de todo, ¿por qué tengo que enredarme? ¿Quién me asegura que no me llevaré un chasco? En realidad, soy aún muy joven para comprometerme» (compromiso que aún estaba fuera de lugar).

Puede observarse aquí la insólita prudencia y la multitud de precauciones que se adoptan; se previenen todas las posibilidades de signo negativo, con racionalizaciones absurdas, únicamente para no tener que decidirse a actuar, para no incurrir en ningún riesgo. El muchacho en cuestión acusaba asimismo otros rasgos obsesivos; por ejemplo, durante los últimos cursos de bachillerato, se preocupaba por la corbata que iba a llevar, con ocasión del examen de reválida; por esta causa, fue posponiendo la convocatoria a que presentarse. Era víctima, además, de una obsesión de recuerdo: después de haber estado con alguien, se creía obligado a recordar exactamente los temas y palabras que se habían dicho: posibles expresiones de doble sentido, frases inconvenientes, ironías, etc. Se pasaba las horas muertas reconstruyendo las conversaciones. Este síntoma iba destinado a darle seguridad, sobre todo, contra la espontaneidad.

Es frecuente que el sujeto con rasgos obsesivos haga intervenir su voluntad de rendimiento incluso en el terreno de la sexualidad.

Las relaciones sexuales le sirven entonces para demostrar dicha capacidad, su potencia; la pareja se convierte en mero instrumento de comprobación. En tales sujetos se advierte, respecto de la potencia sexual, la misma actitud que respecto del dinero: bien exhiben su riqueza de recursos, bien se vuelven precavidos y ahorrativos, por miedo a despilfarrar su potencia sexual. Las relaciones eroticosexuales son fácilmente vulnerables, al depender, con frecuencia, de determinadas condiciones: los ruidos, olores, iluminación, puertas mal cerradas y otras circunstancias por el estilo pueden alterarlas de tal modo, que den al traste con la concupiscencia o disminuyan la potencia. Algunos de ellos necesitan largos preparativos higiénicos, con lo que despojan las relaciones íntimas de todo su excitante atractivo o les subordinan a ciertas «obligaciones» ineludibles: «primero, hay que terminar tal o cual trabajo». Existen, naturalmente, un gran número de especiosos pretextos para evitar los contactos amorosos. Difícilmente encuentran el camino expedito hacia un placer sin trabas. Si no se pueden liberar de la idea de considerar a la pareja como «propiedad privada», caen en los celos, que constituyen más bien un problema de supremacía: la pareja no debe escapar a su esfera de poder. Si lo intenta, reducirán el cerco en torno a ella, con lo que la situación se agudizará aún más. El cinturón de castidad fue inventado probablemente por una personalidad obsesiva.

Es frecuente el que las personalidades obsesivas establezcan una clara diferenciación entre amor y sexualidad, entre ternura y sensualidad, de modo que si aman, no sienten el ardor de la concupiscencia; únicamente experimentan el fuego de la pasión carnal, cuando no aman. No pueden aplicar una sexualidad que consideran sucia a la mujer a la que quieren. Sería como rebajarla. Por eso, no es raro encontrar entre las personalidades obsesivas quienes aman a una mujer castamente, pero satisfacen su libídine con prostitutas.

Las personas que presentan leves rasgos obsesivos no son, en general, amantes apasionados; pero, en cambio, son constantes y dignos de confianza, respecto del cariño. Son capaces de proporcionar a su pareja un afecto permanente y, con ello, un sentimiento de seguridad, de apoyo, defensa y protección. Son cónyuges previsores y atentos. Su familia suele dar la impresión de una comu-

nidad «sana», en sentido absolutamente positivo, bien cimentada sobre una base de mutuo respeto, cariño y responsabilidad.

La personalidad obsesiva y la agresividad

El individuo con rasgos obsesivos también sufre dificultades, en cuanto a su agresividad y sus emociones. Ha tenido que aprender muy pronto a controlarse y dominarse. Como veremos, al estudiar su biografía, sus reacciones espontáneas aparecen cargadas de angustia. Desde su infancia, ha tenido que reprimir manifestaciones de ira, odio, terquedad, hostilidad, etc., ya que eran objeto de castigo físico o moral — por ejemplo, privación de amor —. Ahora bien, si resultan imprescindibles en la vida, ¿qué hacer con ellas, entonces? Dado que tales sujetos muestran un yo desarrollado de un modo algo más vigoroso, que en el caso del depresivo, descubrimos que cuando niños, no renunciaban a sus emociones por la angustia de soledad, sino por miedo al castigo. Vamos a considerar las posibilidades que les restan, en esta situación.

Lo más frecuente es que sepan manejar con suma prudencia y cuidado sus pasiones y agresiones. Vacilarán y dudarán, antes de mostrarse agresivos, en una circunstancia determinada. Cuando, a pesar de todo, se disparan, tienden a atenuar o retirar lo manifestado, como en el caso siguiente: Cierta paciente, durante una sesión de psicoterapia, hizo una observación algo agresiva respecto de su mujer, con la cual se había enfadado con razón; pero, al punto, rectificó su exabrupto: «He de reconocer que he exagerado al decir esto. No es que lo haya pensado así; ha sido tan sólo un ejemplo. Le ruego que no me interprete mal, ya que de lo contrario tendría usted una impresión falsa del hecho. Por lo general, nos entendemos muy bien.» Puede observarse aquí el temor y los subsiguientes sentimientos de culpabilidad con que se vivencia cualquier manifestación agresiva. Esta tendencia a la atenuación puede llegar hasta la reparación y el autocastigo.

El sujeto de rasgos obsesivos puede asistir a la formación de una ideología, como una tentativa más de solución del conflicto que consiste en sentir emociones y no poder expresarlas. La renuncia

a las emociones cristaliza casi siempre en la consagración del auto-dominio y del autocontrol. El hecho de manifestar emociones constituye entonces un signo de pérdida de autocontrol, un comportamiento, en definitiva, que no está a la altura de la propia dignidad. Por sano que ello sea, dentro de ciertos límites, el individuo corre el riesgo de exigirse demasiado a sí mismo, de ahogar las emociones, cuya carga se va acumulando, cosa que obliga a extremar la vigilancia para no dejar transparentar nada. A partir de ahí, se pueden desarrollar síntomas obsesivos, como en el caso de una mujer que no exteriorizó jamás sus sentimientos hostiles contra el marido, pero que, en cambio, desarrolló su ansiedad ante los cuchillos y objetos punzantes, que debía retirar inmediatamente en cuanto los veía, por temor a desencadenar sus agresiones inhibidas. Si hubiese disputado con su marido, su agresividad no habría llegado a ser tan peligrosa, como por el hecho de ser reprimida.

Otra posibilidad de que disponen las personalidades obsesivas que se encuentran frente al dilema en cuestión es la de buscar descargas admisibles, legítimas, para su agresividad, pretextos y ocasiones que no sólo les permitan el desahogo de sus pasiones, sino que también las doten de un cierto valor, lo cual es posible en determinadas profesiones. Combaten entonces cuanto han de prohibirse a sí mismos, en las oportunidades que se les ofrecen. Ahí tenemos los fanáticos en todos los campos posibles, que luchan implacablemente, sin compromiso, ni miramiento alguno contra quien sea, en cuestiones higiénicas, éticas, morales y religiosas. No dirigen ya su agresividad contra sí mismos, como las personalidades depresivas, sino contra algo o alguien exterior, pero con la conciencia muy tranquila, puesto que están persuadidos de que se trata de una cosa necesaria. Cabe imaginar lo peligroso que puede resultar esto, pues cuando se busca, a toda costa, una válvula de escape para la propia agresividad, siempre se hallan hechos contra los cuales cabe combatir «por convicción». Ello les consiente desatar incluso agresiones masivas, que pueden justificarse por el fin que persiguen. Algo se ha dicho, al hablar de las ideologías cristianas.

También aquí es muy estrecho el límite que separa lo sano de lo patológico, toda vez que la agresividad se une a normas que, en sí, suponen un valor. Las catastróficas consecuencias que puede

acarrear poner la agresividad de una colectividad al servicio de una ideología se ha podido ver en la persecución desencadenada contra los judíos en la Alemania nazi. Dígase otro tanto de las guerras, en las que la aniquilación del enemigo se eleva a la categoría de virtud y, en ocasiones, es incluso sancionada por la Iglesia.

Una variante algo más atenuada de esa agresividad «legitimada» que hemos descrito es la corrección exagerada que, al lado de la represión de la agresividad, constituye quizás la forma más frecuente de manifestación obsesiva de la misma y pasa inadvertida para el propio sujeto. Las posibilidades de exteriorizar las propias emociones, mediante tal corrección y actitudes que lindan con lo sádico son muy numerosas: el empleado que cierra la ventanilla a su hora, con una puntualidad de segundos, aunque pueda fácilmente atender a alguien más; el profesor inexorable con la menor falta de atención; al examinador que sólo considera acertada la respuesta que coincide exactamente con la que él espera; el juez que se atiene literalmente a la ley, porque para él «los hechos son los hechos», sin tener en cuenta la motivación. Podrían citarse multitud de ejemplos de tales equivalentes agresivos. Todos estos sujetos canalizan sus agresiones en un exceso de corrección, aparentemente legítimo; abusan de su poder y camuflan su propio comportamiento como representantes consecuentes de algo justo y noble. Esto es precisamente lo peligroso de la agresividad de las personalidades obsesivas: el hecho de que recurran tan frecuentemente a los valores establecidos, dado que es difícil separar lo que es necesario para la causa de lo que está destinado al propio provecho. Debe existir un orden vivo, no una planificación pedante. La moralidad es un valor, pero una moral hostil a la vida deja de serlo.

Hay una línea directa que desde aquí conduce a lo que podemos designar como «doma» o instrucción rígida, tal como se practica en el servicio militar. Como hemos visto, respecto de la agresividad de las personalidades obsesivas, resulta característico, en general, el mantenerse firmemente adherido a normas, reglas y principios. La fórmula preferida es «en nombre de...» y suele ir íntimamente ligada al instinto de poder. Ello impide destacar la presencia de la agresividad, que adopta un cariz suprapersonal, anónimo, detrás del cual se oculta el placer de la agresión.

Otra característica de la agresividad de las personalidades obsesivas es su alianza con la voluntad de poder. No se trata tan sólo de una defensa, autoprotección y abreacción de la angustia, como en el caso del esquizoide, sino de un verdadero afán de mandar. La agresividad de estos sujetos está al servicio del poder y el poder, a su vez, se pone a las órdenes de la agresividad. Encontramos este tipo de sujetos en profesiones que ofrecen preponderancia y predominio sobre los demás, así como la posibilidad de manifestar legalmente las propias agresiones, en nombre del orden, de las buenas costumbres, de la ley, de la autoridad, etc. No es, pues, de extrañar que muchos políticos pertenezcan, de una u otra manera, a este grupo, así como los militares, policías, funcionarios, jueces, sacerdotes, pedagogos, etc. Depende de la madurez y de la integridad de la persona el modo de manejar el poder y las agresiones. Como toda sociedad, la nuestra, con sus ordenaciones y jerarquías, ofrece a la personalidad obsesiva un abanico de posibilidades para expresar legalmente su agresividad, que se cubre con la máscara de los buenos principios. El hogar paterno, la escuela y la iglesia son los primeros ambientes educativos; tales instituciones, mediante una disciplina, métodos carentes de amor, la provocación de los sentimientos de culpa y el empleo de los castigos, preparan un terreno abonado para la formación de personalidades obsesivas en los niños. En el próximo capítulo insistiremos sobre ello.

Cierta forma obsesiva de agresividad es la que recurre a procedimientos astutos y cobardes («tiran la piedra y esconden la mano»). Se da en personas cuyas manifestaciones agresivas fueron severamente castigadas en la niñez. No pudieron expresar su rebeldía, sus emociones, etc. más que *a escondidas*, por temor al castigo. De aquí a la hipocresía, al disimulo, a la malicia encubierta, al «lobo con piel de cordero» sólo hay un paso.

Otra consecuencia de la severidad, en relación, sobre todo, con el comportamiento motorexpansivo y agresivoemocional del niño, es la imposibilidad de que éste desarrolle un sano sentimiento acerca del propio cuerpo. No aprende a manejarlo bien, no se encuentra a gusto en él. Para estar satisfecho con el propio cuerpo es preciso realizar con espontaneidad ciertas actividades físicas, tener libertad y experimentar con placer los movimientos del mismo.

Si, en cambio, se ha de estar siempre quieto y formal, no sólo se sufre una inhibición duradera de la motricidad y de la agresividad, sino también una gran inseguridad en los movimientos, que designamos con el nombre de torpeza, falta de habilidad y, en los casos más acentuados, estupidez. La agresividad sólo puede reflejarse en los actos fallidos ya mencionados. El individuo torpe y desmañado despliega una agresividad «no intencionada», al parecer. Sus agresiones reprimidas se resuelven en acciones como la de dejar caer un jarrón de las manos, la de tropezar y tirar al suelo una lámpara, etc. Cabe enfadarse con él, pero no hacerle responsable de lo sucedido. Dispone entonces de una cierta libertad, debido a su fama de torpe; se hace acreedor incluso a un cierto sentimiento de benevolencia y, al mismo tiempo, de superioridad. Sus actitudes de venganza contra los que le rodean apuntan, en realidad, certeramente contra un ambiente que fue el principal culpable de su desmaña. Esto tiene para él una ventaja: no se le deja hacer nada, porque lo haría mal; así se libera de muchas cosas que le resultan enojosas.

Digamos de paso que tan constante necesidad de represión y autocontrol constituyen la base de la hipocondría, la cual puede utilizarse, a su vez, como equivalente agresivo; se molesta a los circunstancias con temores y síntomas hipocondríacos, con lo que se paraliza la expansión de todos los ánimos alegres. El mal funcionamiento del tubo digestivo — real o imaginario — puede determinar una auténtica catástrofe familiar.

Como equivalente agresivo, en las personalidades obsesivas, podemos citar otros dos modos de comportamiento, con los que, de modo inconsciente y sin sentimientos de culpa, exteriorizan agresiones y emociones reprimidas: los chismes, la murmuración, las dilaciones y las indecisiones, con que mortifican a sus semejantes; es una modalidad de agresión muy solapada y refinada. Aquí se incluye a esas mujeres que se eternizan en su tocador, antes de ir al teatro o a un concierto, con lo que exasperan a sus maridos; tenemos asimismo esa clase de sujetos que para explicar el hecho más sencillo se remontan, por decirlo así, hasta Adán y Eva. Oigamos un ejemplo, al respecto: uno de estos pacientes quería aclararme por qué se había retrasado 2 minutos para llegar a la sesión

de psicoterapia: «He salido de mi oficina, puntualmente como siempre, a las 6 y cuarto; he ido caminando, a mi paso, hasta la parada del autobús que ha venido 3 minutos más tarde de lo acostumbrado; pero, luego, ha recuperado 1 minuto. Me he apeado en la parada de costumbre; quería recuperar algo del tiempo perdido andando más deprisa, pero me ha detenido una señora para informarse sobre una calle; he tenido que explicárselo, como es lógico, cosa que no ha resultado nada fácil. Los últimos metros hasta la consulta los he recorrido a paso gimnástico.» Todo ello lo habría podido resumir, en el caso de que los 2 minutos de retardo hubiesen sido, en realidad, dignos de ser tenidos en cuenta, con esta breve frase: «Le ruego me perdone este retraso.» Era uno de los pacientes que tocaba el timbre a la hora en punto; con ello, intentaba demostrar una neutralidad intachable: no acudía demasiado temprano, lo cual podría interpretarse como un exceso de interés por la psicoterapia, que no podía esperar; ni tampoco demasiado tarde, lo cual hubiera significado falta de educación o mala intención. Hay una variante que consiste en reservarse, en no dar el brazo a torcer, siempre que no haya de por medio reflexiones razonables. Las personalidades obsesivas lo utilizan también como válvula de escape de su agresividad, como agresión indirecta: el marido a quien hay que rogar insistentemente para que ceda hasta en lo más mínimo; el mutismo terco e inflexible contra el cual se estrella el otro, constituyen ejemplos de este tipo de comportamiento. No se manifiesta entonces el sujeto con una actitud abiertamente agresiva, por la que merezca reproche alguno; sin embargo, logra afectar y herir con mucha mayor eficacia al prójimo. Puede afirmarse, en líneas generales, que las personalidades obsesivas tienden más a cometer pecados de omisión, que de obra. Los primeros son más difíciles de demostrar.

Como contrapartida, tendríamos la pesadez, la impertinencia, la inoportunidad, la cháchara insulsa. Hemos de mencionar también las críticas y el sermoneo, que constituyen una característica forma de agresión de tales individuos.

Si la angustia del castigo y los sentimientos de culpa relacionados con los propios impulsos agresivos se vuelven demasiado intensos, hasta el punto de invalidar todas las posibilidades y equi-

valentes agresivos descritos, puede producirse, en dichos individuos, una somatización. Los trastornos cardíacos y circulatorios, las oscilaciones de la tensión arterial; sobre todo, la hipertensión, que, no raras veces, es precursora de ataques apopléticos; las cefaleas, las jaquecas, las alteraciones del sueño y las afecciones intestinales (cólicos, etc.) pueden ser la consecuencia o la traducción de emociones y agresiones reprimidas durante demasiado tiempo. Ello refleja el insoluble conflicto desencadenado por el deseo de ser agresivo y el no deber serlo, por el afán de imponer su dominio y el tener que contemporizar. Ahora bien, debido a la inhibición afectiva y a la creciente presión interior que ello comporta, puede haber erupciones de lo reprimido, que alcanzan, a veces, un auténtico *amok* — explosión de furia incontenible, acompañada de un ciego deseo de destrucción —. En su novela *Malte Laurids Brigge*, RILKE describe, con vivo realismo, una enajenación mental de este tipo. He aquí un ejemplo de somatización de afectos y agresiones:

Un individuo muy correcto y controlado, que ocupaba una posición elevada y de responsabilidad, había neutralizado de tal modo sus relaciones interpersonales, que apenas contenían elementos emocionales y afectivos. Había llegado al punto de no demostrar tristeza, ni alegría, ni enfado, ni impaciencia. Con tal actitud de estoicismo, ya no se dejaba conmover por nada. Se sentía orgulloso de haber logrado tal dominio de sí mismo, de ser, en una palabra, psíquicamente superior e invulnerable; pero tenía su punto flaco: en ciertas situaciones, en las que hubiese querido mostrarse enérgico y enojado — cosa que no se permitía por motivos de prestigio e idealización personal —, se veía atacado por taquicardias y dolores en la región precordial, perturbaciones cada vez más frecuentes. No había conseguido aún, evidentemente, un perfecto acorazamiento. Cuando estos síntomas empeoraron, en el transcurso de una crisis profesional, que le obligó a soportar múltiples ataques y rivalidades, consultó al médico: se le diagnosticó una amenaza de infarto de miocardio, para el caso de que no optara por relajarse o descargarse. En moneda corriente que lo decisivo no sea la sobrecarga profesional, sino el insólito y antinatural autodomínio, por el que el sujeto no se concede a sí mismo válvula alguna de escape para sus emociones.

Sabemos de Bismarck que, a causa de su represión emocional, padecía crisis de llanto convulsivo y mordía las alfombras. Es especialmente trágico el hecho de que personas con una intensa vida interior ocupen puestos clave, en los que crean no deben permi-

tirse expansión alguna, debido a la imagen que los demás o ellos mismos se han forjado del cargo.

Aún existe otra forma de defensa contra la agresividad, característica sobre todo de la personalidad obsesiva; la idealización de la persona contra la cual va dirigida, a la que hacen así inatacable. Encontramos ese tipo de defensa, principalmente, en la relación «discípulo-maestro». En definitiva, se sigue siendo hijo o hija. Esto es válido asimismo para la esfera religiosa.

El sustrato biográfico

Vamos a interrogarnos, nuevamente, sobre los factores constitucionales e influencias ambientales que favorecen la formación de la estructura obsesiva de la personalidad. Desde el punto de vista constitucional, parece desempeñar cierto papel la disposición motor-agresiva, sexual y, en general, expansiva; del mismo modo los caracteres particularmente obstinados, porfiados, tenaces. Se trata de inclinaciones por las que un niño resulta tan molesto a sus padres, que se ve obligado a frenarse e inhibirse, hasta convertirse en un muchacho más tranquilo, más «bueno». Contribuyen asimismo al afinamiento de la personalidad obsesiva la dulzura de carácter, la docilidad y la capacidad de adaptación, ya que el niño se permite entonces muy pocas reacciones espontáneas y se conforma más de lo que le conviene. Por otra parte, es digna de consideración, al respecto, la tendencia congénita a las cavilaciones, a las preocupaciones por la exactitud, así como una fuerte fijación sentimental al pasado, que facilita el que las impresiones se graben más profundamente y persistan durante más tiempo. Tampoco aquí nos es posible decidir hasta qué punto tales rasgos suponen una disposición o son una reacción a las influencias del medio ambiente y de la educación. Esta cuestión no se podrá resolver jamás satisfactoriamente, puesto que para ello sería preciso que un mismo niño pudiese desarrollarse en distintos ambientes. Lo cierto es que existe un factor dispositivo, que se descuida fácilmente, a causa del interés predominante por la investigación del medio (antes debido a una atención dirigida preferentemente a los factores here-

ditarios, se subvaloraba el entorno). Pero, ¿cómo son las influencias ambientales que hinchán, desmesuradamente, la necesidad de seguridad y duración, por una parte, y la angustia de la transitoriedad y el cambio, por otra?

A fin de comprenderlo, hemos de estudiar más de cerca la fase del desarrollo que sigue a las otras dos, descritas anteriormente. Se trata de la época comprendida entre los 2 y los 4 años, en la que el niño tropieza, por primera vez, con mandamientos y prohibiciones a cargo de su entorno. Acaba de salir del breve período paradisiaco de la «inocente» primera infancia, en la que nada se le exigía aún, en que nada se le prohibía todavía, en que se satisfacían todas sus necesidades, sin ningún esfuerzo por su parte. Ha entrado, al fin, en una situación de conflicto con su entorno, de choque entre sus propios deseos e impulsos y la voluntad y exigencias de sus educadores. Ha alcanzado una edad en la que ya se le puede pedir algo; pero también ha desarrollado tanto su *yo*, su ser propio, sus impulsos de movimiento, su capacidad de expresión, que busca enfrentarse y colaborar con el mundo; en las fases anteriores había que aportárselo aún todo. Puede manifestar cada vez más, incluso verbalmente, sus apetencias y emociones; conquista el espacio y prueba sus fuerzas, intenta imponer su voluntad, pese a las resistencias que se le oponen.

Después de la época de completa sumisión a la madre, vive una fase de desvinculación, con una creciente tendencia a la independencia. Es la época en la que dice por primera vez «yo», como expresión de la diferencia que le separa de su progenitor, diferencia que reconoce y experimenta, en relación con la simbiosis «madre-hijo», por la que todavía no distinguía entre *yo* y *tú*. Además de la facultad, cada vez más acentuada, de manejar el propio cuerpo, su motricidad, afán de ataque, ganas de expansión y tenacidad se orientan progresivamente hacia el entorno. Aprende así tanto la resistencia de la «materia», al tropezar con ella o manipularla, como las reacciones del ambiente respecto de su comportamiento. Descubre entonces tanto su capacidad y su poder, como los límites de éstos; va adquiriendo, entre otras cosas, dentro de esta fase del desarrollo, una orientación esencial respecto de lo permitido y lo prohibido, así como de las categorías fundamentales de lo bueno

y lo malo. Cada niño ha de encontrar la solución individual que concilie su voluntad propia y la necesidad de obedecer, el afán de imponerse y la obligación de adaptarse. El resultado dependerá siempre de la propia predisposición y del medio ambiente.

Los primeros modos de comportamiento más importantes, las primeras vivencias relativas a los escarceos de su voluntad y a la obligación de obedecer, vivencias que dejan ya honda huella en su psique, giran en torno a la educación para el aseo personal y la limpieza. Se sientan ahora, para el niño, las bases tanto de una sana autodeterminación, como de las actitudes de terquedad y rebeldía o de docilidad y obediencia, según se le trate en el transcurso de esa educación para la limpieza, según el tiempo y las posibilidades que se le brinden para realizar este avance en su desarrollo o los obstáculos que se levanten en su camino, obstáculos que configuran su terquedad y su rebeldía, a causa de una educación demasiado forzada, esmaltada de violencias y castigos. Ahora bien, debido a la capacidad antes descrita y a la necesidad de hacer algo, se ve el niño sometido a situaciones de conflicto con su entorno, situaciones que le perturban y hacen que se vivencie a sí mismo como «malo», «travieso», etc., a tenor de las reacciones del entorno a sus actos. Esta fase, que abarca el período comprendido entre los 2 y los 4 años, decide, en principio, el destino de sus impulsos motoroexpansivos y agresivos, así como la formación de su voluntad. Los modos de elaboración que ejercita, en el transcurso de la misma, se convierten en modelos de comportamiento respecto del despliegue de su personalidad.

Es de suma importancia el cuándo y cómo se inculcan al niño estas primeras reglas y prohibiciones. Con las nuevas experiencias de «ser malo» o «ser bueno», cabe ya una «caída», un «pecado original». Por primera vez, se le dice «Tienes que hacer esto» o «No debes hacer esto otro» o «No debes hacerlo ahora», etc. Según esto, el niño se experimenta a sí mismo como bueno, cuando obedece, y como malo, cuando actúa de manera rebelde. Tanto si se le enfrenta demasiado pronto, como demasiado tarde con estas exigencias; tanto si se le trata de un modo desmesuradamente rígido y reglamentado, como de una forma excesivamente blanda e inconsecuente; tanto si se reprimen con severidad los primeros bro-

tes de terquedad y desobediencia, como si se le guía cariñosamente hacia una aceptación voluntaria de lo que se le manda, todo ello repercutirá siempre en la formación fundamental de su voluntad y de su espontaneidad; se grabará en su mente como un concepto supraordenado y amplio de los impulsos en cuestión. Se sientan así las bases de una sana conciencia de sí mismo, de una firme voluntad y de un claro valor cívico o, por el contrario, de una terca rebeldía o de una insólita docilidad, caldo de cultivo de la futura estructura obsesiva de la personalidad.

En efecto, por mediación de las vivencias de los primeros choques de su voluntad con el concepto de deber y con la capacidad o no de acción, se establecen en el niño los cimientos de la libertad o del retraimiento de sus impulsos volitivos, de la templanza o la laxitud de su conciencia moral, de su *super yo* tal como el psicoanálisis denomina esta instancia adquirida en la niñez, esa porción de la conciencia superior determinada por el entorno social, así como del grado de espontaneidad o de inhibición provocada por una sobrevaloración del autocontrol. El *super yo* introyecta también las reacciones del entorno, respecto del comportamiento personal, pero ahora como un juez representado por los mandamientos y las prohibiciones que, en principio, le fueron impuestos al sujeto desde fuera, juez que prosigue elaborando lo aprendido e inculcado.

La biografía de las personalidades obsesivas muestra, con una constante regularidad, una infancia en que se ahogaron, inhibieron, castigaron o reprimieron, demasiado pronto y rígidamente, normales impulsos agresivos y afectivos, impulsos encaminados a configurar, animados por un noble deseo de cambio; todo acto espontáneo, toda manifestación de sana voluntad precisamente en la fase del desarrollo en la que el despliegue de las facultades y actitudes propias de esta edad está destinado a conducir al niño a una mayor autonomía e independencia. Como podemos observar en el mundo de los seres vivientes (baste pensar en los resultados de la investigación del comportamiento), las primeras impresiones, las primeras experiencias ejercen un efecto especial y permanente, cuando se refieren a nuevos conocimientos, a ciertas etapas del desarrollo. Entonces es cuando asumen una importancia capital y graban un

signo indeleble las diversas categorías de comportamiento, en el terreno del aprendizaje.

Todo arranca de la postura intransigente en el entorno del que le marca al niño todo cuanto ha de realizar y le hace experimentar como peligrosas o propias de «hombre malo» cualquier desviación respecto de esta norma. Las reacciones de los asistentes ante su «mal comportamiento» reacciones que cristalizan en reproches, advertencias, amenazas, pérdida de cariño y castigos, se asocian a los impulsos que desagradan a los demás. El niño vivencia, por ejemplo, las miradas de reproche o los castigos que la madre le inflige, cuando hace mucho ruido, tira algo o rompe alguna cosa. Por mor de estas experiencias, que se repiten, se vuelve uno prudente y se controla más, para caer quizás en la inseguridad e inhibición. Cuando el miedo se hace intenso, sucede entonces que se crea un reflejo, el cual frena o reprime inmediatamente cualquier impulso que toma una dirección peligrosa.

Cabe así comprender la relación que existe entre el entorno y el individuo predispuesto constitucionalmente a asumir estructuras obsesivas de la personalidad: los niños impulsivos, de gran vitalidad motora o expansivoagresivos, se ven reprendidos y tratados con mayor severidad, que los niños tranquilos. Si la cosa pasa a mayores y se ven amenazados de pérdida de cariño o de duros castigos, las consecuencias son aún más graves.

Exigencias excesivas para la edad del sujeto: ser «limpio» demasiado pronto, sentarse bien a la mesa y comer con corrección, respetar los objetos que vea y no manifestar sus emociones, por muy justificadas que estén. He aquí uno de los casos más grotescos que conocemos: en una familia, los niños tenían que mantener sendas monedas en las axilas, a fin de evitar que abrieran mucho los brazos cuando manejaban los cubiertos, en aras de los «buenos modales»; las monedas no tenían que caer. Un niño «bien educado», que «funciona» bien, resulta, como es lógico, más cómodo para los que le rodean; es un «niño modelo», que demuestra el éxito de los métodos educativos de sus orondos padres, interesados en no tener que avergonzarse nunca de él. Si tenemos en cuenta las condiciones de las viviendas de las grandes ciudades, condiciones bastante generales, que constituyen una auténtica cárcel para los

niños, por falta de espacio para desahogarse comprendemos que éstos no sepan, literalmente, qué curso dar a sus necesidades vitales. Cuando aprenden demasiado precozmente a autocontrolarse, a «ser formales», ello se produce a expensas de su natural espontaneidad; por otra parte, el miedo al castigo y la inclinación a dejarse arrastrar por sentimientos de culpa se recrudecen.

Suelen tolerar mal el nacimiento de sus hermanos durante estos años, ya que la problemática «Caín-Abel» se encuentra muy agudizada a esa edad en cuyo transcurso están desarrollando su voluntad de autoafirmación y su agresividad, por lo cual vivencian a sus hermanos como a unos rivales. Si los padres no comprenden y suavizan esta situación pueden crear circunstancias que supongan una grave sobrecarga para el muchacho, el cual, debido a su hostilidad y agresividad contra el hermano, reacciona con sentimientos de culpa, que refuerzan tempranamente una defensa de tipo obsesivo.

El hijo único de un madre que, por sufrir crisis de jaqueca, era especialmente susceptible e irritable, tenía que quitarse los zapatos, a la puerta de su casa, cuando llegaba del jardín o de la calle, a fin de no hacer ruido, ni ensuciar el piso. Cuando en el ardor del juego, corría al cuarto de su madre, movido por el impulso de mostrarle algo y desordenaba los flecos de las alfombras, el hecho de desbaratar dichos flecos era lo único importante. La madre le regañaba, entre suspiros, y le conminaba a que tuviera más cuidado, mientras cogía un peine y alisaba tales alfombras con sumo *esmero*. Utilizaba esta última palabra con mucha frecuencia: era uno de sus vocablos favoritos. Lo que realmente interesaba al niño era completamente olvidado. El pequeño tenía que oír a menudo quejas y excusas de esta especie: «No me molestes. ¿No ves que tengo dolor de cabeza?» «Mira, que estoy leyendo», «Estoy ocupada» o «No tengo tiempo»... Fácil es comprender el efecto que tales experiencias pueden ejercer con el paso del tiempo.

Todo ello puede empezar, empero, precozmente. El diario de una madre dedicaba un enjundioso párrafo al primer hijo. Los primogénitos suelen estar más expuestos a tales medidas, ya que se quiere aplicar muy bien, a ellos, cuanto se ha leído, al respecto. Los datos se refieren al primer año de vida del mismo:

Cuando tenías 3 meses, empecé a acostumbarte al orinal: tenías que ser limpio lo más pronto posible. Eras un niño inquieto y vivaracho. Cuando no te estabas quieto, al darte de mamar, te daba un azotito, hasta que apren-

diste a sosegarlo. Más adelante, bastaba mirarte con gesto de enfado para que te portases bien. Me impuse en seguida la tarea de doblar tu terquedad. Lo he leído en un libro: «Hay que dominar la testarudez de los niños, en cuanto se inicia». Si te ponías a berrear, cuando yo me marchaba de la habitación, te daba unos buenos azotes; tu llanto aumentaba entonces; pero yo te dejaba solo, hasta que te cansabas de gritar. Estaba claro que lo que querías era enojarme. Por lo demás, ¡eras tan rico, tan cariñoso...! Todo el mundo llegó a admirarse de lo obediente que te habías vuelto y de que se te pudiese dominar únicamente con la mirada. A veces, me costaba trabajo ser dura contigo, pero veía que era lo que más te convenía. Estaba convencida de que, más adelante, comprenderías que mi severidad corría parejas con mi cariño. Papá estaba por aquellos años en la guerra y era yo la única responsable de ti. En realidad, deseaba que, a su regreso, se encontrase con un hijo bien educado.

Baste lo dicho para captar que un niño así ha de aprender muy pronto a frenar y reprimir sus impulsos, si no quiere estorbar, ni ser rechazado. Esto va cavando, con el transcurso del tiempo y se convierte, en el niño, en una segunda naturaleza, en unos reflejos que acaban siendo automáticos. Más adelante, entre cada impulso y su realización se establece una pausa o interrupción, que uno dedica a considerar si vale la pena arriesgarse a ceder al impulso o es preferible renunciar al mismo. Poco a poco, estos cortes lo que consiguen es debilitar de tal forma el impulso, que, de hecho, lo neutralizan. Las dudas van ganando terreno, hasta independizarse y transformarse en una verdadera obsesión; si al sujeto le asalta la menor sospecha de que tal impulso encierra algún peligro, lo anula.

Cabe, pues, comprender que, entre las personalidades obsesivas, la duda, con todas sus variantes, desempeña un papel primordial. Constituye una defensa contra la peligrosa espontaneidad, contra algo que, de ser secundado, ha de despertar un amargo arrepentimiento. La duda puede volverse autónoma y convertirse en fin ella misma, como un sucedáneo de la auténtica acción vital. Cualquier vacilación tiene una referencia biográfica; apunta, de hecho, a la duda original o primaria: «¿Puedo ser *yo mismo* y hacer lo que quiera o he de obedecer y renunciar a mis impulsos? ¿He de ser "bueno" necesariamente, o puedo ser "malo"? ¿Es bueno o es malo aquello que quiero realizar?» Estas dudas van modelando, en

las personas obsesivas, la tendencia, tan característica, a vacilar, a dejarse arrastrar por las indecisiones, a demorar y aplazar una obra. Caen en una situación similar a la del asno de Buridán, que se murió de hambre, entre dos haces de heno, al no ser capaz de determinar cuál iba a devorar primero. La personalidad obsesiva recurre a la duda, como refugio contra el miedo a la acción y al castigo. Así, en ellos, la decisión queda bloqueada, debido al conflicto que surge entre la tendencia original y el temor condicionado. Se puede afirmar, de un modo esquemático, que la intensidad de sus obsesiones depende de la relación entre el impulso instintivo y el miedo a la sanción, durante la infancia.

La vacilación, la tortura de «no poder decidirse» son más comprensibles, cuando se sabe que las determinaciones, una vez adoptadas, son, para estas personas, algo definitivo e irrevocable. Han de estar, de modo «absoluto», en lo cierto; de lo contrario, se ven asediadas por el castigo. Por eso, ciertas decisiones en sí triviales pueden convertirse, para ellos, en auténticos problemas. Han de encontrar siempre la solución exacta, porque si no se ven acometidos por la angustia.

Cuanto más obsesiva sea una personalidad, tanto más desplazan tales dudas las ocupaciones ricas de sentido. Pueden llegar hasta el nivel de una auténtica «afición» y arraigarse de tal manera, como reflejos, que cualquier pensamiento ha de tener una respuesta de signo contrario. Cuanto más rápida es la serie de impulsos y contra-impulsos, con tanta mayor simultaneidad irrumpen. Al principio, las pausas son más amplias; luego se van estrechando en una velocísima sucesión de «sí-no», «sí-no», que, traducida al lenguaje corporal, da lugar al temblor o al tartamudeo, según que se trate del conflicto entre el deseo de hacer algo y no deber hacerlo o el deseo de querer decir algo y deber decirlo. Ambos impulsos contradictorios pueden coincidir en la práctica y neutralizarse, con un bloqueo total y una rigidez catatónica. Cuando se intenta, a la vez, hablar y no hablar, intervenir y retraerse, ello conduce forzosamente, a una paralización completa. Al final, ya no se perciben siquiera los estímulos y los impulsos; no pasan a la conciencia, ya que la defensa entra en juego de modo tan reflejo, que ahoga al impulso, cuando aún se está formando.

El individuo con rasgos obsesivos tuvo, muy tempranamente, la experiencia de que hay muchas cosas en el mundo que sólo se pueden realizar de un modo estricto, y que gran parte de lo que hubiera hecho con gusto estaba prohibido. Así se fue formando en él la idea de que ha de haber algo absolutamente exacto. Esto robusteció su tendencia al perfeccionismo, que elevó a la categoría de principio. Desea imponer a todo ser viviente ciertas condiciones relativas a cómo ha de ser, a su juicio, «ya que — como MORGENSTERN hace decir a su *Palmström* — no puede ser aquello que no debe ser.»

También el niño que crezca en un ambiente caótico puede desplegar rasgos obsesivos, si bien en forma de reacción y compensación. No encuentra en su entorno ningún tipo de orientación, ningún punto de apoyo; experimenta una libertad que le angustia, ya que dispone de todas las posibilidades de libre albedrío. Busca entonces una base interior, ya que fuera no halla ninguna. Intenta, pues, desarrollar, a partir de sí mismo, ordenaciones y principios firmes en los cuales cimentarse que le ofrezcan seguridad. Estos últimos adoptan entonces formas obsesivas, puesto que se ven atacados, constantemente, por el entorno; de aquí que el sujeto se aferre a ellos con tenacidad.

Ejemplos de vivencias obsesivas

El ejemplo siguiente señala el comienzo de la formación de síntomas obsesivos, a partir de una estructura obsesiva de la personalidad, ya existente, pero que aún no llama la atención.

Un joven, educado escrupulosamente en ciertos principios burgueses, acompaña a casa a su profesora de baile. La muchacha le gusta mucho; por el camino, siente ganas de abrazarla y besarla. Se asusta tanto del atrevimiento de su fantasía y de la posibilidad de comportarse de un modo inconveniente y de ser rechazado por ella, que se pone a contar los árboles de la calle. Esto le distrae de sus peligrosos impulsos, al sustituirlos por algo neutro. En situaciones que le producían miedo o sentimientos de culpa, debido a sus deseos impulsivos, actuaba de manera parecida: comenzaba a contar, obsesivamente, lo primero que se le ocurría. Así se libraba del asedio de cir-

cunstancias que experimentaba como peligrosas, así como de tomar decisiones y de intervenir activamente. Esta obsesión de contar se mantenía, hasta que la tentación amainaba. No se daba cuenta de la relación que existía, pero se dejaba dominar por tan inexplicable obsesión, que se le imponía y que vivenciaba como molesta.

Aquí se pueden reconocer perfectamente el principio, la formación, la implantación y la función de cada síntoma obsesivo. El principio viene representado por la «tentación», que está cargada de angustia. Para no tener que decidirse a renunciar o a actuar introduce, como distracción o derivación, una actividad neutra que le resguarda, hasta que el peligro cede. Había unos antecedentes. Helos aquí:

Su madre había quedado viuda muy pronto y presentaba claros rasgos obsesivos. Después del fallecimiento de su marido, se esforzó por mantener la casa tal como estaba cuando él vivía. Llegaba al extremo de poner cada día, en la mesa, los cubiertos que él utilizaba en vida. Conservaba, minuciosamente, la mesa de escritorio y los libros del difunto, con el pretexto de que si regresaba, debería encontrarlo todo tal como lo había dejado. La atmósfera de la casa parecía la de un museo; estaba empapada en una sagrada tradición, que se extendía incluso al uso de dichos y opiniones que había defendido, opiniones que se exponían como verdades incontrovertibles. Con todo ello, aparecía a los ojos del hijo como algo inalcanzable, como un espejo de virtudes; pero esto entorpecía precisamente sus contactos con el bello sexo, ya que tenía la impresión, probada en el crisol de la madre, de que las mujeres son algo sumamente fino y delicado y de que los hombres, comparados con ellas, se muestran rudos, groseros y desconsiderados. Su padre era la excepción: había pretendido los favores de su madre, sin mostrarse nunca impertinente, antes bien la trató siempre con delicadeza; la «llevó en palmitas». Estaba claro que él tendría que ser así para gustar a las mujeres, en caso de que quisiera aproximarse a la inasequible imagen ideal que su progenitora se había forjado acerca de los hombres.

Si su sintomatología obsesiva no le hubiese bastado para acozarse contra sus impulsos, habría tenido que recurrir a bases más firmes. Nada más pensar en un tema sexual, habría echado mano de las medidas habituales en él o habría sufrido, en ciertas situaciones críticas, una «alteración de la conciencia», una breve y súbita ausencia — salida efectiva del peligro en cuestión — o habría sentido un repentino cansancio. En resumen, existe un amplio abanico

de posibilidades para huir, de un modo obsesivo, de la tentación y evitar los conflictos.

El señor B. padecía una neurosis «de fin de semana». En cuanto llegaba el sábado, se sentía presa de vagos temores; su estado de ánimo se veía cargado de sentimientos de culpa; le atacaba asimismo cierto malestar, que cristalizaba en síntomas corporales tales como cansancio, cefaleas y abatimiento, los cuales podían recrudescer hasta desembocar en un estado de agotamiento general. Tal estado persistía durante todo el domingo y sólo desaparecía hacia la tarde del lunes, con una constancia que se le antojó enigmática.

A raíz de una prolongada labor psicoterapéutica, sus molestias pusieron de manifiesto el siguiente sustrato:

Los padres del señor B. constituían un matrimonio que se llevaba francamente mal. Con bastante regularidad, los fines de semana, en que solían emborracharse juntos, eran los más dramáticos. Se originaban disputas y escándalos; hasta llegaban a las manos. El niño lo presenciaba todo con una intensa angustia acompañada de sentimientos contradictorios. Temía que el colérico padre le hiciese algún daño físico a la madre, e incluso matarla, como había amenazado hacer en muchas ocasiones cuando estaba ebrio. A la angustia se asociaba el odio, sobre todo contra su progenitor, odio que se acentuaba por el hecho de que éste, cuando estaba borracho, lo ridiculizaba y criticaba despiadadamente para, luego, en un súbito arranque de sentimentalismo, pedirle un beso, a lo cual el pequeño accedía por miedo, pero también con repugnancia.

Cuando los hijos ya estaban acostados, la noche del domingo, solían escuchar violentas disputas conyugales, en el transcurso de las cuales se acusaban mutuamente, se amenazaban con el divorcio, etc. El padre se iba a trabajar, el lunes por la mañana temprano, mientras que la madre seguía en la cama, todavía con la resaca. Los niños tenían que calentarse solos el desayuno, de modo que, cuando salían a la calle, aún no habían visto a sus padres. El niño en cuestión se encontraba aún mal, en la escuela, la mañana de ese día. Por una parte, se sentía invadido de negros temores, ya que no había vuelto a ver a aquéllos desde el domingo por la noche, antes de irse a dormir; imaginaba lo que podía haber sucedido en su casa, en todo ese tiempo; se amargaba mucho al pensar si encontraría su hogar como antes o bien sin su madre, la cual les había amenazado, en repetidas ocasiones, con fugarse y abandonarlos. Se sentía víctima, a la vez, de un profundo sentimiento de vergüenza y de pena por las cosas que pasaban en su familia y por no poder referir, como sus camaradas, las incidencias de un fin de semana realmente agradable. Intentaba, por tanto, eludir las conversaciones al respecto, a fin de no verse interpelado, cosa que habría puesto al descu-

bierto su inmensa desgracia. Todo ello reforzaba, como se comprende, el odio contra sus padres. Su situación afectiva se complicaba todavía más, por experimentar, al mismo tiempo, lástima de ambos, dado que advertía la crudeza con que se torturaban mutuamente y la desdicha que les atenazaba.

Cuando el lunes por la tarde volvía a casa y encontraba el ambiente en calma no enrarecido por catástrofe alguna, sus temores desaparecían y se tranquilizaba, confiando en que todo iría mejor en adelante, es decir, hasta el otro problemático fin de semana. En realidad, no podía jamás serenarse, respecto de los fines de semana, ni alegrarse con su tiempo libre, puesto que lo que sucedía entre sus padres no sólo lo ensombrecía todo, sino que lo empujaba hacia una vida de renunciaciones, sacrificios y silencio, fruto de sus deseos de conjurar los males familiares.

Todo ello se había grabado de tal modo en él con el transcurso de los años, que continuó viviendo los fines de semana con los habituales temores y sentimientos de culpa, aun cuando ya no correspondiesen a la realidad; seguía «conjurando» sus desgracias con todo género de privaciones, como si tuviese que continuar protegiéndose contra amenazas que podían materializarse en cualquier momento. Se alegraba, por tanto, cuando había pasado el domingo y podía regresar a su trabajo, con tanto mayor motivo, cuanto que no sabía qué hacer con su libertad, con sus horas de asueto.

Si de niño hubiera secundado sus impulsos, si le hubiese manifestado de veras a su padre lo que pensaba, si le hubiese arrojado a la cara todo su odio y amargura, ¿habría solucionado el conflicto? Lo más probable, según él, es que éste le hubiese propinado una soberana paliza y hubiese empeorado la situación del hogar. Si la madre hubiera salido entonces en su defensa, la ira de aquél no habría conocido límites. Su neurosis se ajustaba a todos estos problemas agudos y complejos: le protegía contra toda clase de acciones peligrosas, ejercía la función de un conjuro mágico y aunaba en sí arrepentimiento, penitencia, sacrificio y autocastigo. Como quiera que no pudo nunca exteriorizar su odio, amargura, frustraciones, nostalgia y tristeza, así como sus sentimientos de vergüenza y de culpa, la represión de todo esto fue lo que sentó las bases de los ulteriores síntomas obsesivos. Si hubiese podido discutir con sus padres, si hubiese podido manifestar, en el seno de la familia o en otro cualquier medio lo que sucedía en su interior, lo que sufría, los sentimientos contradictorios que le desgarraban, habría en-

contrado la posibilidad de abrirse y de evitar la formación de dichos síntomas.

Existen ambientes que favorecen el desarrollo de actitudes obsesivas. Es el caso de esos ambientes en los que a la influencia ejercida por la personalidad de los padres se añaden los roles sociales y las exigencias de prestigio: familias de militares, profesores y pastores protestantes, con toda una carga de apariencias externas. Por ejemplo, entre los antiguos oficiales del ejército prusiano, el control y dominio de sí mismos, que les impedía dejarse arrastrar por los estados de ánimo, constituía una ideología profesional, basada en un ideal viril. Los elevados cuellos de los uniformes contribuían, sin duda, a endurecer tal actitud.

Un militar de elevada graduación tenía dos hijos. Era muy ambicioso respecto de su prole; esperaba que satisficieran sus expectativas, que eran muy claras y determinadas. La educación era prusiana, en el sentido indicado, es decir, prohibía cualquier manifestación emocional, incluso el llanto («Un chico alemán no debe llorar nunca»). En la casa, todo tenía que ir sobre ruedas; la familia tenía que moverse como un grupo de reclutas bien instruidos. Para irse a dormir, los hijos tenían que pedirle permiso, en posición de firmes; el mayor se iba a la cama una hora después que el más joven, al cual llevaba un año, como si gozase de rango superior; también se le concedía una mayor libertad.

El hermano menor, un niño de temperamento más bien artístico y sensible, al padre le parecía demasiado blando: «No eres un muchacho de verdad» le decía, si lo veía mostrarse cariñoso o con el rostro inundado de lágrimas. Esto solía suceder cuando, a causa de los métodos severos que se empleaban, en invierno las manos se le amorataban de frío y le dolían horriblemente, ya que el «usar guantes no es cosa de hombres». El oficial en cuestión daba suma importancia al endurecimiento de sus hijos, en todos los terrenos. Decidió enviar a su hijo a una de las academias más famosas del país, que educaban a la juventud nacionalsocialista. Naturalmente, no le pidió al hijo su opinión; los hijos se tienen que limitar a obedecer; los padres saben exactamente lo que les conviene. A los 15 ó 16 años, ingresó en una de esas escuelas de rígida disciplina militar, en la que se sintió terriblemente desgraciado y no hizo en absoluto ningún buen papel. A poco de iniciar el curso fue severamente reprendido en una formación y comenzó a tartamudear. Este trastorno se acentuó de tal modo, que fue motivo suficiente de expulsión; se realizaba una escrupulosa selección de alumnos. Eso puso fin a las esperanzas de su padre, pero no le hizo sentirse responsable. Se trataba de la única salida, de la única solución, ante la cual aquél tenía que ceder. Una rebelión consciente contra su progenitor habría sido inimaginable, antes bien,

hubiera conducido, seguramente, a medidas aún más drásticas; pero no era siquiera capaz de acariciar una idea semejante. El inconsciente encontró en dicho síntoma el medio de lograr aquello que deseaba: librarse de la odiosa escuela de mandos, sin ser víctima de sentimiento alguno de culpa; no rebelarse abiertamente contra su padre, pero, al mismo tiempo, satisfacer sus deseos de venganza contra éste, ya que era impotente contra su trastorno. Ahora bien, el hecho de que el síntoma fuera, para el muchacho, algo molesto y penoso, ya suponía un autocastigo inconsciente por su rebeldía.

Por muy necesaria que al niño le resulte la experiencia de una convincente autoridad paterna, toda educación dictatorial que le exija obediencia incondicional, que le impida inquirir los motivos y el sentido de las prohibiciones se vuelve peligrosa. Una sumisión tipo autómatas, como forma extrema de «educación», crea hombres-masa; con una subordinación ciega para la que han sido formados desde muy temprana edad, son capaces de realizar cuanto se les mande. La educación antiautoritaria — lo de «anti» nos pone escépticos, puesto que con aludir a una educación «no autoritaria» sería más que suficiente — cae en el extremo opuesto: el de una total independencia, que resultaría arriesgado considerar como libertad.

En los casos más graves puede adoptarse, de por vida, una actitud de plena rebeldía. El sujeto está siempre en pie de guerra contra los autoritarismos auténticos o supuestos; experimenta y ataca como tales incluso disposiciones completamente naturales. Se trata de personas de carácter difícil, que sólo se sienten a gusto cuando se muestran testarudos; a todo dicen que «no»; siempre tienen algo que reclamar. De un modo neurótico, se resarcen entonces de cuanto no pudieron lograr de niños.

Aquellas familias que toman demasiado en serio y sobrestiman el concepto de «persona» — así denomina JUNG la instancia psíquica que encarna los papeles que uno desempeña o cree desempeñar en la vida —, suelen forzar a los hijos a convertirse en «modelos» de buenas maneras. Esta actitud, que los padres se creen obligados a adoptar por motivos de «posición» de prestigio, compartida por los miembros de la propia clase social, empuja, en efecto, a los niños a demostrar, en toda ocasión, lo bien educados que están, a destacar de los demás por sus resultados, su conducta, a impedir, en definitiva, que sus padres «se avergüencen» de ellos, en

algún momento. Eso se advierte más, cuando el padre es maestro y tiene a su hijo en clase. Por mediación de los niños que proceden de familias así, ha de dejar traslucir siempre la relevante personalidad del progenitor o el rango de la familia. Sería inimaginable pues, al respecto, el fracaso o el desdoro. Esto puede sentar, en la psique de los hijos, las bases de desarrollo obsesivo, si no son lo bastante enérgicos como para rebelarse y «renegar de su sangre», como suele decirse. Esto último es en sí lo más sano, pero los padres no lo perdonan, pues no es, a su juicio, más que la demostración del «mal carácter» del muchacho y no el fruto de la errónea educación a que le han sometido. Tampoco los «vecinos» y conocidos, sobre todo en pueblos y pequeñas ciudades, en las que todo el mundo se conoce, lo toleran. Cosa curiosa: detrás de su desaprobación moral ocultan su turbia alegría por el daño ajeno.

Así es como se sacrifica a un gran número de niños en aras del prestigio social o profesional. Es evidente que hay que poseer dotes de auténtica humanidad para colocar el bien de los hijos por encima de las ambiciones sociales.

Nos tropezamos ahora con algo característico de las personalidades obsesivas. A fin de conseguir seguridad, se vuelven demasiado dependientes de la opinión pública, de lo que dice «la gente», de lo que se debe decir y hacer o no decir y no hacer, en una palabra, de los convencionalismos. Reflejan el modo en que fueron educados; se les advertía constantemente: «Eso no se hace», etc., sin darles unas explicaciones bien razonadas acerca del porqué de las prohibiciones. Cuando se le exige al niño que obedezca sin más a ciertas prohibiciones y mandamientos, sin enseñarle unos motivos que él pueda comprender, se mostrará poco dispuesto a cumplir lo que se le impone. En la época del patriarcado, que está expirando actualmente, era habitual el que los padres siempre tuviesen razón y que su autoridad fuera incontrovertible. Según el mito del paraíso terrenal, se le prohibió a la primera pareja humana comer del fruto de un árbol, sin aclararle los motivos, lo cual, tal como es la naturaleza humana, avivó su curiosidad y les hizo cometer el pecado original.

Hemos podido poner quizás en claro, en los ejemplos citados, lo múltiple y complicados que pueden ser las causas del desarrollo

obsesivo de la personalidad, si bien tan sólo lo hemos podido exponer aquí de una manera muy sucinta y premiosa. Cualquier tipo de vida se desenvuelve sobre un sustrato dotado de muchas capas; habría que poseer unas dotes literarias excepcionales para poder captar y exponer todo aquello que da como resultado la persona que realmente somos.

Cierta mujer con graves rasgos obsesivos, de unos 35 años, necesitaba hasta hora y media para vestirse o desnudarse y dos horas para bañarse. Cuando vino a la consulta médica, ya dedicaba 6 horas diarias a lavarse y había renunciado, por completo, a mantener relaciones sexuales con su marido. No les dejaba a sus hijos que la besasen; permanecía acostada casi todo el día y era casi incapaz de manipular nada sin verse asediada por el temor a ensuciarse o quedar embarazada. Le tenían que dar de comer, ya que creía que alteraba cualquier cosa que tocaba. Había desarrollado así, como auténtica «metástasis» obsesiva, la angustia del contacto, llegaba hasta el extremo de imaginar que se contaminaba por el solo hecho de ver algo «sucio», por ejemplo, el manillar de una puerta que muchas personas habían manoseado. El rey Midas convertía en oro cuanto tocaba. Para esta mujer, se volvía impuro todo lo que entraba en contacto con ella.

Durante el diálogo previo al tratamiento, se mantuvo sentada, con las piernas juntas; se sujetó con tanta fuerza las rodillas, que, al final de la sesión, por habersele dormido las extremidades inferiores, fue apenas capaz de moverse. Cuando penetró en la sala donde se iba a realizar el tratamiento, murmuró, varios minutos esta frase: «No estoy sucia». Únicamente después, pudo dirigirme la palabra. Cuando tocaba cualquier objeto, aparte lavarse, tenía que repetir esa frase, a modo de conjuro.

Esta mujer, que se hallaba ya al borde de la psicosis, procedía del ambiente puritano de una pequeña ciudad de los Estados del Sur de Norteamérica. La madre se mostraba severa y muy exigente, desde el punto de vista moral; el padre era de carácter blando; se ofendía fácilmente y era poco decidido. El día de la boda de su hija se sintió tan mal, que tuvo que acostarse, por lo que no pudo participar en la fiesta. Fue educada en una absoluta dependencia respecto de sus progenitores, a los que no tenía que ocasionar pena alguna. Los padres estaban orgullosos de que tanto la muchacha, como su hermano fuesen considerados los niños mejor educados del lugar. Debían ser modelos en todos los aspectos; les estaba prohibido fumar, beber, bailar, jugar a los naipes. Hasta su boda — a los 30 años —, asistió, regularmente, a la escuela dominical, que establecía una estricta separación entre los dos sexos. Los padres eran «muy buenos», nunca pegaron o regañaron con aspereza a sus hijos. «Nos destrozábamos los unos a los otros con toda la bondad del mundo» («We killed each other with kindness»), dijo en cierta ocasión, de modo muy significativo. Sólo a los 9 años empezó a

controlar sus esfínteres. Cuando tenía 14 años, un sujeto que estaba sentado junto a ella en el cine le cogió la mano y se la llevó al miembro viril; ella le dejó hacer, pero de pronto salió huyendo, presa de graves sentimientos de culpa. De este episodio no habló nunca con nadie. A los 16 años, mientras practicaba el *petting* con cierto muchacho en el interior de un coche, se manchó la mano y el vestido de semen: de ahí arrancó su obsesión por la limpieza que, al principio, consistió en lavarse con alguna mayor frecuencia y más a fondo de lo habitual. Se consideraba pecadora y, dada su ignorancia de los temas sexuales, sentía un miedo irracional a quedar encinta, por lo que llegó incluso a desarrollar síntomas de embarazo, con vómitos y desaparición de las menstruaciones. Tampoco habló de esto con nadie, pues ¡cómo iba a causar a sus padres tamaño disgusto!

Durante el tratamiento, se puso de manifiesto, entre otras cosas, que el hermano, 3 años más joven que ella, había sido el favorito de la madre; se le consideraba como un chico genial y mucho más inteligente que aquélla. La muchacha se creía, a lo sumo, un término medio, pero pensaba que quizás con un mayor esfuerzo podría perfeccionarse y volverse más digna de cariño. Con tales antecedentes, era naturalmente imposible «comportarse mal»; reprimía sus celos, su envidia y su odio contra el hermano preferido, al que idealizaba, como a sus padres. El temor al contagio le obligaba a manejar el tirador de las puertas, aun en su casa, únicamente con el codo. En su casa, desde luego, acabaron por advertirlo, pero, «por delicadeza», hicieron como si no se hubiesen percatado, ya que creían que le habría resultado violento dar alguna explicación al respecto. No halló, pues, ninguna ayuda externa y sus síntomas obsesivos se fueron recrudeciendo. Por lo demás, como suele suceder, antes de iniciarse su enfermedad obsesiva propiamente dicha, ya acusaba ciertos rasgos específicos: a los 7 u 8 años, no sabía ir al colegio sin antes conseguir que sus calcetines estuviesen exactamente a la misma altura, en ambas piernas. Se trataba de una señal de alarma que, sin embargo, nadie comprendió. Más grave hubiera sido, como pasa en muchos casos, que la hubiesen castigado o la hubieran ridiculizado por ello. Habría tenido que adoptar entonces medidas defensivas más serias y secretas; pero su familia actuó con excesivos miramientos a la hora de aludir al asunto, lo cual significó, en definitiva, dejarla a solas con su problema.

Cuando al cabo de cierto tiempo, le indiqué que quizás había idealizado a los suyos, ya que, si hubiera sido un ambiente tan «sano» como el que ella creía haber tenido, no hubiera necesitado desarrollar sus síntomas y que, además a mi juicio, las emociones y las agresiones que no se había podido permitir, ni mucho menos exteriorizar, las había dirigido contra sí misma, me miró con odio y replicó que sus padres habían sido «buenos». Sin embargo, su primer sueño señalaba una clara contradicción con lo que sostenía: «Veo la tumba de mi madre con una fecha que he olvidado» (la madre vive aún). Los padres no saben aún nada acerca de su enfermedad: «Si les escribiese que he tenido relaciones prematrimoniales, les entristecería de tal modo que no sobrevivirían al disgusto; prefiero seguir enferma.» Cuando vivía en el hogar paterno, no acudió a ningún médico, ya que hubiera tenido que hablar de su sexualidad y de sus relaciones prematrimoniales. Pensó, por tanto, que tenía que seguir viviendo ligada a sus obsesiones. El factor desencadenante que, una vez casada, contribuyó al empeoramiento de la sintomatología, consistió en que su marido, hombre de vitalidad, la acosaba con sus exigencias sexuales, cuando para ella, la sexualidad sólo era lícita si apuntaba a la procreación.

Consideraciones complementarias

Puede afirmarse que los hábitos constituyen, de alguna manera, un esbozo de obsesión. Hay ciertos ritos que engloban, por ejemplo, los actos de levantarse, asearse y vestirse o determinadas «costumbres inveteradas», los cuales nos dan satisfacciones y provocan, fácilmente, empero, nuestro mal humor, cuando no se pueden practicar del modo habitual. Ahora bien, no experimentamos tales costumbres como molestas y torturadoras o como verdaderas obsesiones. Han surgido por mor de una economía de tiempo y energías; podemos modificarlos, cuando queramos, cuando nos parezca oportuno. Dichos ritos están muy extendidos en nuestra vida social y religiosa; pero es propio asimismo de nuestra existencia el cultivar, para nuestro propio consumo, ordenaciones y normas de comportamiento a que atenernos con regularidad. Únicamente cuando uno

se ve empujado a realizar con exclusividad y fijeza, ciertas cosas, por absurdo ello sea, cabe hablar de obsesiones.

Hemos visto que los métodos educativos demasiado rígidos, demasiado autoritarios, así como las correspondientes actitudes de padres y educadores pueden convertirse en factores desencadenantes de algún desarrollo obsesivo, sobre todo cuando se imponen prematuramente. El hecho de tener que evitar muy pronto cualquier tipo de comportamiento indeseable para los padres abre la vía al perfeccionismo, a la intolerancia consigo mismo y con los demás, al agravamiento de los rasgos de despotismo y dogmatismo. Este perfeccionismo se pone siempre de manifiesto, de algún modo, en las personalidades obsesivas, y puede conducir a posturas hostiles o alejadas de la realidad. Tales personalidades quisieran imponerle a la vida su propio punto de vista; pero ese afán intransigente por modelarla a su aire, ese esfuerzo titánico que despliegan para lograrlo se transforman en obsesión. Únicamente el control siempre atento de cuanto puede desembocar en el «caos» y la fijación a ciertas reglas pueden ofrecer garantías de que no sucederá aquello que no tiene que suceder. Un cuadro torcido puede irritarles extraordinariamente, no sólo por motivos de estética, sino también porque ello perturba el orden, la regla que rige para los cuadros. Cualquier desviación de la «norma», por insignificante que sea, les trae a las mentes posibles riesgos, por ejemplo, que si los cuadros comienzan a estar torcidos, en las paredes, ¡quién sabe cuántas otras cosas caerán víctimas del desorden y escaparán al propio control! Desde este punto de vista, pueden resultar comprensibles ciertas actitudes de las personalidades obsesivas: la enorme susceptibilidad con que reaccionan a las minucias. Para ellos, cualquier cosa, por mínima que sea, puede constituir el «principio del fin»; una ligera irregularidad, un breve descuido de la atención, supone, no raras veces, la eclosión de lo reprimido, la partícula de nieve que pone en movimiento el incontenible alud de las inhibiciones.

Los geólogos tienen una máxima que puede ser altamente ilustrativa para nuestro cometido. Al descubrir algún fósil, cabe excederse por atacar demasiado la roca que lo rodea. Para evitar, pues, dañar el fósil en cuestión, aconsejan «no dar nunca el último golpe». Esto es precisamente lo que le resulta más difícil a una personalidad

obsesiva, su perfeccionismo le impulsa constantemente a la precisión más extremada. Por necesario que ello sea en ciertos sectores que exigen la exactitud como condición esencial — por ejemplo, para el funcionamiento de una máquina, para la estabilidad y solidez de una construcción, etc. —, puede dar lugar a determinados efectos sumamente restrictivos, respecto de la esfera de los seres vivos y de todo pensamiento vital. Tan sólo a las mentes obsesivas se les puede ocurrir cavilar seriamente acerca del número de ángeles que tienen cabida en la punta de una aguja. El pensamiento obsesivo se extravía con facilidad por sendas estériles y puede constituir una barrera que cohíba la libre energía creadora. La necesidad de asegurarse contra probables faltas y errores alcanza en ellos cotas tan elevadas, que les obliga a una agobiante e interminable labor de pulimento, ya que consideran que no se acaba nunca de llegar a la perfección. Por esta razón, las personalidades obsesivas se enfrentan constantemente al riesgo de conducir *ad absurdum* conocimientos y puntos de vista correctos en sí, al quererlos elevar a un plano de validez constante y absoluta. Visto quizás con una perspectiva más amplia, tales individuos cumplen una ley de vida, puesto que con sus opiniones, animadas por su férrea voluntad de fijación, provocan un movimiento de signo contrario, que endereza y aproxima a la realidad lo que ellos sostienen. Ello demuestra lo relativo de sus ideas e imprime el impulso sano que favorezca la evolución capaz de sacarlas de la esterilidad. El obsesivo «quod dixi, dixi» («lo que he dicho, dicho está y no hay quien lo cambie») no permite un desarrollo vivo y positivo. Para la actitud obsesiva, cabría admitir como lenta la frase de un psicólogo experimental que examinaba la inteligencia: «No sabemos exactamente lo que medimos; pero aquello que medimos, lo medimos con precisión.»

En la vida diaria, la idea fija de «tener que volver a mirar o comprobar» si la llave del gas está bien cerrada, si la puerta de la calle no se queda abierta, etc. puede arrastrar al sujeto a obsesiones cada vez más graves y acaparar de tal manera su tiempo, que dé la impresión de que éstas llevan una existencia propia. La persona afectada suele experimentar dicha idea como una actividad extraña a su yo: se le impone desde fuera y no tiene más remedio que se-

cundarla. Si intenta sustraerse a la acción de cualquier obsesión, le asaltan vagos temores e inquietudes. Es algo típico de tales sujetos el racionalizar las obsesiones, ante sí mismo y ante los demás, el justificarlas como una cosa lógica, quizás por darse cuenta de que es antinatural «no poder hacer otra cosa» y no querer aceptarlo. Cuando alguien entra en un cuarto de baño que no es el suyo, cubre la tapa del inodoro con papel higiénico y maneja el tirador de la puerta con el codo, hechos que justifica con el peligro de infección, demuestra que es un exagerado; pero esto puede acentuarse hasta hacerle desembocar en un miedo cerval al contagio, por el que se ven por doquier, riesgos sin cuento, a cargo de las bacterias; así se va reduciendo el propio espacio vital.

La ayuda puede provenir del hecho de concienciar la auténtica motivación de las obsesiones y de admitir e integrar aquello que nos espanta, es decir, los impulsos que se temen y evitan. Se trata casi siempre de impulsos agresivos, afectivos y sexuales. Ya he señalado anteriormente que por tener que rechazar y reprimir a cada momento cosas prohibidas y condenadas, el individuo se ha de dedicar a ello sin descanso. Comprendemos entonces el desasosiego de esos exaltados que combaten sañudamente contra algo: el fanático de la castidad ve lujuria en todas partes; la cruzada en pro de la virtud le absorbe de tal manera, que sólo se ocupa de la «suciedad sexual», si bien lo hace «por motivos morales». Puede afirmarse, en general, que las personalidades obsesivas luchan más contra el mal, que a favor del bien.

Un paciente de estructura obsesiva podía permanecer sentado, horas enteras, ante una cascada, fascinado por aquello que él mismo no era capaz de hacer: dejarse caer, fluir, sin temor a tocar «fondo», de llegar al fin. Se comprende, pues, que la actitud defensiva de tales sujetos contra la fugacidad de las cosas se extienda sobre todo, a cuanto concierne al tiempo y al dinero. Aquí es donde vivenciamos con mayor fuerza la contingencia de los seres y, al mismo tiempo, la posibilidad de tener a nuestro alcance la ilusión de permanencia, duración y seguridad: sólo depende de nuestra voluntad el modo de gastar nuestro tiempo y nuestro dinero. En su novela *La señorita*, IVO ANDRIC describe magníficamente las características de una personalidad obsesiva, con toda su trágica falta de perspectiva.

Se rozan los límites de lo macabro — al no querer reconocer el aspecto transitorio de la vida y la realidad de la muerte — con la costumbre de ciertas empresas americanas de pompas fúnebres de maquillar y componer los cadáveres para que parezca que aún están vivos. Esto ya ha sido superado: algunos negociantes más avisados han hecho su agosto al congelar los cuerpos y, fomentar la esperanza de que un día la ciencia consiga descongelarlos y resucitarlos. Sólo son inmortales aquellos que no saben nada de la muerte. La aceptación de este fenómeno universal es exclusivo del hombre y es lo que le hace, en realidad, propiamente humano.

Intentaremos interpretar a continuación el comportamiento de las personalidades obsesivas, en las esferas fundamentales de la vida. En religión, tienden al dogmatismo y la ortodoxia, con una clara intolerancia respecto de las demás confesiones. La idea que tienen de Dios es la de un ser severo y vengativo, dotado de todas las propiedades del patriarca, que exige fe y obediencia incondicionales. Es frecuente, empero, que alimenten supersticiones y creencias mágicas. Conceden gran importancia a los ritos y ceremonias, cuya celebración y observancia pueden ser para ellos más relevantes que la fe misma. La idea del comercio de bulas e indulgencias debió de brotar del cerebro de alguna personalidad obsesiva. Las plegarias, letanías, jaculatorias, en suma, cualquier manifestación piadosa si no fueran en sí medios de interiorización y meditación, se convertirían fácilmente, en manos de las personalidades obsesivas, en meras fórmulas mecánicas. En su obra *Pamphalon, el juglar*, NICOLÁS LJESSKOW describe magistralmente este tipo de piedad perfeccionistobsesiva, a la que contraponen la sencilla figura llena de humanidad del juglar.

Las personalidades obsesivas están muy apegadas a instituciones, reglas y principios, a los que se ajustan «ad pedem litterae» y que transforman en algo huero y absurdo. Cuanto mayor defensa inconsciente suponen para ellas contra la angustia, tanto más intolerantes les vuelven contra cualquier modificación, ya que ello iría en detrimento de dicha defensa. Precisamente por esa tendencia a lo absoluto, su fe se halla siempre en peligro de ser atacada por las dudas, ya que no se permiten preguntas, ni vacilaciones. Caben, pues, en tales personalidades, los más graves conflictos de fe

y los consiguientes esfuerzos para reprimir o contrarrestar escollos. Como en otros terrenos, las represiones pueden manifestarse de improviso, en forma de pensamientos blasfemos o sacrílegos. Mientras las iglesias, con su política de predominio, se aprovechen de la religión para mantener a los fieles encadenados a sentimientos de temor y de culpa, seguirán fomentándose los rasgos obsesivos; testimonio de ello son la multitud de neurosis eclesiógenas que hay. En la actualidad, observamos ciertas tentativas de liberación contra semejante opresión.

Las personalidades obsesivas caen fácilmente en crisis, cuando sus principios, opiniones, teorías, etc. mantenidas tan rígidamente colisionan con los nuevos conocimientos y avances, que amenazan la orientación seguida y les obligan a renunciar a sus sistemas o cuando se pone en tela de juicio su seguridad y sus logros.

Como padres, las personalidades obsesivas son dignas de confianza, consecuentes y responsables. Defienden, con convicción, los valores establecidos y saben ofrecer apoyo y guía. Al acentuarse la estructura obsesiva, tales actitudes se van endureciendo y haciéndose absolutas: «Mientras yo viva, nada va a cambiar aquí»; «Cuando yo era niño tampoco me lo permitían». «Si vuelve a pasar esto, ya no habrá perdón que valga». Tienen apenas en cuenta la edad y la mentalidad del niño; no le dejan, pues, expansionarse en ningún sentido. Alimentan pensamientos demasiado estrechos acerca de cómo debe ser la infancia y se atienen literalmente a la máxima de que «el que miente una vez ya no merece crédito alguno». Suelen ser del tipo «¡Basta!», es decir, en cuanto dicen «no», mantienen su negativa, por el mero hecho de haberla mentado una vez: no admiten excusa o réplica alguna y exigen del niño una obediencia ciega, que le desmoraliza. Inculcan en éste la idea de que las faltas son difíciles de reparar; son, con frecuencia, personas rencorosas: hasta los menores descuidos u omisiones adquieren para ellas proporciones desmesuradas: refuerzan, pues, innecesariamente la angustia de culpa y castigo, así como los remordimientos de conciencia. Se reconcilian y perdonan con dificultad. Le marcan casi siempre demasiado pronto al niño límites estrictos, por el temor de que si le dejan algo más de libertad, pueda desviarse peligrosamente. Es desconfiado respecto de cualquier evolución natural, ya que ellos

mismos la desconocen por experiencia. Consideran la actividad espontánea que aquél despliega, a tenor de su edad, como expresión de rasgos peligrosos de carácter; de ahí que le exijan en exceso, que le obliguen a madurar demasiado pronto. Le piden, por ejemplo, un orden ridículo, una puntualidad absurda, sin otro objetivo que ella misma; el niño tiene que comer cuanto se le sirve y no puede determinar por su cuenta la cantidad que le apetece, etc. Si muestra una actitud de terquedad, propia de sus cortos años, ven ya en él a un futuro rebelde, al que a tiempo hay que meter en cintura. Debido a este tipo de imposiciones se despiertan en el niño sentimientos de incertidumbre y culpabilidad. Se le dosifica el cariño, de acuerdo con su rendimiento. Así es como se crean caracteres arribistas o fracasados, a causa de la angustia y el exceso de exigencias. La educación ahoga los impulsos de expansión y agresividad, sobre todo los del instinto sexual. Cuando aún no es capaz de controlar su motricidad y tira algo, inadvertidamente, le regañan como si se hubiera dejado llevar por un afán *intencionado* de destrucción. Ello puede volverle inseguro respecto del control de los propios movimientos. Así se matan en raíz las primeras tentativas del niño, por ejercitar sus aptitudes constructivas y configurativas. Esa categoría de padres cultivan, a lo sumo, por decirlo así, plantas de invernadero y no árboles robustos que sepan soportar plenamente la intemperie; más bien *domesticar* y convierten a sus hijos en marionetas. Entre sus métodos educativos, dan mucha importancia a los castigos, cuya dureza refleja a menudo su faceta sádica, por el deseo de forzar la docilidad de los niños, mediante sanciones que refuerzan su poder, pero que suelen resultar humillantes para éstos. A principios de siglo era aún norma común, en las escuelas, el «poner de rodillas» o «de cara a la pared». El «tener que pedir perdón» («No lo volveré a hacer más», etc.), constituye una de las medidas más eficaces para anular el sentimiento de dignidad personal de los muchachos, al exigirles, en muchas ocasiones, algo que no van a poder cumplir.

Dado que han sido educados de un modo restrictivo y obsesivo, les resulta difícil reconocer y otorgar a sus hijos una libertad de que ellos mismos carecieron; así les transmiten, sin modificaciones apreciables, el régimen de vida en que han crecido, aun

cuando haya supuesto dolor y sufrimiento. Por eso, los padres obsesivos son los que con mayor crudeza chocan con las generaciones jóvenes, cuyos derechos se resisten a aceptar. Continúan sintiéndose representantes de los métodos educativos «acreditados», pero no se dan cuenta de que el mundo está en continuo cambio y de que la juventud ha de crecer en un ambiente transformado. Es frecuente, pues, que tales padres sean protagonistas de las más violentas disputas generacionales. Se creen en la obligación de tener que seguir demostrando su predominio y superioridad. Les resulta difícil entonces admitir sus propios errores, como si con ello renunciaren a sus derechos. Se consideran la autoridad absoluta, que debe dar a los muchachos una impresión de infalibilidad.

Los sueños de las personas obsesivas se suelen caracterizar por un contenido pobre e insípido. En general, sueñan «poco», es decir, les cuesta recordar y encontrar el verdadero camino hacia las zonas profundas del inconsciente. Por su parte, opinan que los sueños no significan nada, que son meras fantasmagorías que no merecen tomarse en serio. En sus sueños aparecen, a menudo, imágenes relativas a la técnica o la mecánica para representar procesos vivientes, como expresión de su alejamiento de lo corpóreo y natural. Son frecuentes los temas de aspecto minucioso y detallista, así como los temas anales, que ponen de manifiesto el origen de sus obsesiones, en la educación de los hábitos de limpieza. La agresividad inhibida se plasma en catástrofes elementales (erupciones volcánicas, terremotos, rotura de diques, etc.). Es también bastante asidua la temática de impulso y contraimpulso, es decir, de acciones que se rectifican en el mismo sueño.

Las personas de estructura psíquica obsesiva prefieren, además de las profesiones de predominio, aquellas otras que piden exactitud, solidez, precisión, cuidado, responsabilidad y previsión; son las que exigen constancia, perfección y paciencia, más que iniciativa, flexibilidad y libertad creadora. Casi siempre llegan a adquirir notables conocimientos dentro de su especialidad, son dignos de crédito y trabajan con regularidad. Según el grado de sus rasgos obsesivos, pueden lograr grandes realizaciones o dedicarse a actividades cuyas normas exactas hacen que no tengan necesidad de adoptar decisiones propias. La improvisación no les cuadra.

Así se encuentran, entre ellos, tanto los empleados conscientes de su deber, responsables, como esos otros, detallistas extravagantes. Los hay que son artesanos en cuyo oficio priva la precisión; licenciados en ciencias exactas, juristas, cirujanos, empleados de banca, financieros, pedagogos, sacerdotes, programadores, etc. En realidad, es muy estrecho el límite que separa las cualidades positivas de estas personas de las negativas. Un juez con personalidad obsesiva puede esforzarse tanto por ser objetivo y consciente de su responsabilidad, como por aplicar inhumanamente los artículos del código: es que no cuenta más que con los hechos y desprecia las motivaciones y el sustrato psicosocial; en caso contrario minaría su sistema, que juzga las cosas con arreglo a la letra escrita y que no sólo le proporciona poder, sino que le ahorra tomar decisiones y quizás también escrúpulos. El sacerdote con rasgos obsesivos puede ser tanto modelo para la comunidad, que le considera como a un padre, como implacable moralista, que apela a los castigos eternos y provoca sentimientos de angustia y de culpa, en beneficio de un poder que linda con lo sádico.

Las personalidades obsesivas se interesan por la historia general y el arte, la medicina, la filosofía, etc. El pasado ya es imperecedero y así, el ocuparse de ello tiene algo de intemporal. Se sienten atraídos por la arqueología, así como por las ciencias de la antigüedad. Si son filólogos, se consagran a las lenguas clásicas; si historiadores, a la prehistoria, etc. También la política les seduce por el aliciente de poder que entraña. Con ella, pueden animar, del modo más legítimo, sus deseos de preponderancia, si bien de su calidad humana dependerá la manera como actúen. En general, tienden al conservadurismo; se suelen mantener fieles al propio partido o al régimen que abrazaron, principalmente porque piensan que lo viejo es ya bien conocido y sobradamente comprobado. Rechazan como ajeno a su carácter todo lo novedoso y en vías de experimentación.

Se comprende, pues, que los rasgos obsesivos se acentúen, sobre todo, en la vejez, cuando, por mor de un profundo instinto vital, el hombre se inclina a custodiar aquello que aún posee y busca detener la marcha del tiempo. Las actitudes obsesivas descritas, como decíamos, pueden agravarse en la ancianidad. Tales personas de-

sean conservar, a todo trance, su posición y su categoría, en la escala de poder; no quieren ceder su puesto, aun cuando ya sean demasiado viejos para desempeñarlo bien, por lo que no es raro lleguen al odio contra todo lo que es nuevo y joven. Les resulta especialmente arduo adaptarse a la vejez, por cuanto se hallan ligados estrechamente al rendimiento y a la sensación de predominio, y ahora han de aprender a dejar que las cosas sigan su curso, sin que ellos intervengan. Les gusta considerarse insustituibles. La disminución de las propias energías graba en ellos signos hipocondríacos y da lugar a una introspección angustiosa y a ciertas actitudes intransigentes respecto de la salud y la higiene. Como no tienen en cuenta más que la pérdida de energías y del rendimiento habitual, no admiten que la vejez tenga otras posibilidades, basadas en la liberación de obligaciones y en no interferir en la marcha de los acontecimientos. Cuando los rasgos obsesivos están muy acentuados, el inveterado afán de imponerse vuelve especialmente dolorosa la perspectiva de la muerte, ya que consideran cualquier aceptación como una debilidad; de ahí que la agonía de estas personas sea más dura.

Ahora bien, en algunas ocasiones, demuestran una grandeza y respetabilidad patriarcales y logran convertirse en el símbolo de los valores defendidos por ellas. La muerte es entonces para ellas una necesidad impuesta por la naturaleza, contra la que nada vale rebelarse. Es la realidad última, que hay que aceptar con dignidad y dominio de sí mismo, cuando llegue el momento. Ponen en orden, con tiempo, sus asuntos y hacen su testamento. Algunas intentan prolongar su poder más allá de la muerte, mediante ciertas disposiciones testamentarias.

Si la personalidad obsesiva no alcanza esta madurez, elige como meta exclusiva de su existencia el continuar viviendo, a cualquier precio, lo cual da lugar a actitudes macabras y extravagantes. La angustia reprimida ante la muerte se desplaza a retener y acumular en torno a sí cosas superfluas y a evitar cuanto recuerde la contingencia y el fin.

Si intentamos repasar la línea que arranca del hombre sano, pero con algunos rasgos obsesivos, pasa por los sujetos de estructura obsesiva más acusada y llega hasta el enfermo propiamente di-

cho, podemos admitir dos grupos: personalidades que por temperamento gozan de una gran vitalidad. Abarca toda una gama: desde la persona práctica, fiel a sus obligaciones, digna de confianza y aquella otra sobria y austera, hasta el arribista ambicioso, testarudo y quisquilloso, el tirano prepotente, el déspota, el autócrata y, por último, el enfermo propiamente tal. Cerraría la marcha el cuadro clínico de la catatonía psicótica. Con respecto a los sujetos de vitalidad más débil, la línea en cuestión adopta las siguientes facetas: los conformistas que pasan inadvertidos, los individuos con angustia vital, que buscan, sobre todo, la seguridad, los hombres dubitativos y vacilantes, los que cultivan una minuciosidad extravagante, los tipos serviles y «pelotilleros» y los ascetas hipocondríacos. Al final de esta línea, se sitúan los enfermos en sentido estricto.

El sujeto sano con ciertas zonas obsesivas en su estructura psíquica se caracteriza por estabilidad, solidez de carácter, productividad, constancia y sentimiento del deber. Es trabajador y aplicado; planifica cuidadosamente sus actividades y persigue sin tregua sus fines. Comoquiera que casi siempre se encauza hacia metas lejanas, se interesa más por aquello que quiere alcanzar, que por lo que ya tiene, lo cual hace que en muchas ocasiones no sepa gozar del presente. Gracias a su constancia, eficacia, tenacidad, acentuado sentido de la responsabilidad y de la realidad, puede lograr grandes objetivos. Entre sus virtudes se incluyen la seriedad, la corrección, la credibilidad, la persistencia y la limpieza, incluso de signo moral. Por lo que se refiere a sus afectos, es más bien reservado, pero constante, puesto que, en él, todo se orienta hacia la duración; no se aparta fácilmente de aquello que proyectó en su momento. Su estado fundamental de ánimo es más bien serio; se aferra a sus opiniones, es concienzudo y se esfuerza por ser objetivo. En su obra *Felipe II*, REINHOLD SCHNEIDER describe a un gran personaje histórico adscrito a este círculo estructural.

El riesgo para estas personas reside siempre en que cargan demasiado las tintas sobre su necesidad de permanencia y seguridad. Resulta, pues, para ellos sumamente importante el que reconozcan que así es como se pueden volver excesivamente rígidos. Han de integrar en sí mismos el impulso, contrario a tal tendencia, que

Las personalidades obsesivas

consiste en una buena disposición hacia los cambios y transformaciones auténticamente vivos, así como aceptar aquello contra lo que creen han de pertrecharse: la aceptación del aspecto transitorio de las cosas. Deben aprender a no pasarlo todo por el tamiz de su voluntad, antes bien a permitir que los acontecimientos circulen sin presiones. Dentro del conjunto social les corresponde la importante función de conservar y elaborar la tradición, ya que, en cierto modo, son «los pilares de la sociedad». Cuando no son superados por fuerzas contrarias, más vivas, se convierten al acentuar su vertiente de seguridad o de ambición de poder, en factores inhibidores del desarrollo y de la evolución.

CAPÍTULO CUARTO

LAS PERSONALIDADES HISTÉRICAS

«En todo comienzo anida un encanto...» (HESSE)

El hechizo de lo novedoso, el encanto de lo desconocido, el placer de la osadía: todo ello pertenece a nuestra esencia, tanto como el anhelo de duración y seguridad. La aventura nos atrae; los países exóticos ejercen una gran fascinación sobre nosotros. Conocemos tanto la nostalgia, como el gusto por la lejanía, el entrañable deseo de un cobijo familiar y la apetencia de impresiones y vivencias que se salgan de los límites habituales, que nos enriquezcan íntimamente, que afecten a nuevas facetas de nuestro ser y nos transformen. Buscamos gentes nuevas, nos urge conocer y desplegar todas las posibilidades de nuestro ser, ensanchar nuestros horizontes en el encuentro con los demás; en una palabra, madurar y volvernos más completos.

Llegamos aquí a la cuarta y última forma básica de la angustia, la angustia de lo definitivo e ineludible, la angustia de la necesidad y de la limitación de nuestro impulso hacia la libertad. Esta angustia es la antiimagen de la que le ronda a la personalidad obsesiva. A ésta le atemoriza la transformación y el riesgo. En cambio, a las personalidades histéricas, cuyas características vamos a describir a continuación, les asusta todo lo contrario. Aspiran a cuanto huele a cambio y libertad, afirman todo lo que sabe a novedad, aman el peligro. Para ellas, la gran posibilidad la constituye el futuro, que se abre colmado de promesas. En consecuencia, temen cualquier limitación, tradición y norma fija, que eran precisamente,

valores fundamentales para los obsesivos. Viven con arreglo al dicho «Agua pasada no mueve molino», es decir, nada hay que comprometa y obligue, nada que pueda exigir una validez eterna. Para ellas, todo ha de aparecer relativo, vivo, lleno de colorido. Tan sólo importa el presente, el momento actual. «Carpe diem», «aprovecha la ocasión», que quizás no se repita. El pasado, pasado está y ya no interesa; el futuro es un amplio abanico de posibilidades. No se trata de un futuro planificado; lo cual supondría fijarlo, determinararlo. Lo importante es mantenerse siempre abierto a sus incentivos, dispuesto a desprenderse de las cosas trilladas.

Volvamos a nuestro primer ejemplo: ¿qué puede suceder, cuando se abandone la «fuerza de gravedad» — que reúne y concentra energías — para entregarse al impulso, de signo contrario, de la fuerza centrífuga? Equivale a vivir «a salto de mata», sin un plan fijo, ni objetivos claros, siempre a la espera de lo moderno, siempre a la caza de nuevos estímulos, impresiones y aventuras. Uno se distrae y se deja tentar por el acicate o el deseo, que son los que prevalecen en el momento y son de índole interna y externa. Es necesaria, sobre todo, la sensación de libertad, ya que las ordenaciones y las reglas evocan la angustia de fijación, de sujeción, de «no poder escapar». Se experimentan las leyes universales como una limitación de la libertad; por ello, se rechazan o evitan, en cuanto es posible. La libertad a la cual se aspira es una libertad *de* algo, más que *para* algo.

¿Qué pasa, cuando, uno no está dispuesto a admitir las reglas del juego destinadas a la convivencia humana, así como la ley natural y la «ley de vida»? Que se vive como en un mundo de goma, el cual aparentemente se estira y encoge a capricho, y cuyas orientaciones no vale la pena tomar en serio, ya que, en resumidas cuentas, se están modificando constantemente. En un mundo así, se halla siempre una puertecita trasera que permite burlar las consecuencias de los propios actos. «La ley de causalidad — relación entre causa y efecto — puede regir en el campo de la física; pero yo no estoy dispuesto a aceptarla, en lo que a mí respecta; pero a lo mejor, no tiene vigencia ni para el momento presente.»

Desde este punto de vista, hay que temer y soslayar, en lo posible, cuanto nos ata y circunscribe: los hechos biológicos, tales

como los roles sexuales del hombre y la mujer, el envejecimiento y la muerte, así como las leyes, convencionalismos y reglas de juego de toda índole, que la colectividad ha inventado para su propio consumo. En resumen, se rehúyen aquellos aspectos de la vida y del universo — solemos denominarlos «realidad» — que nos limitan. Es un mundo de acontecimientos, al cual nos adaptamos y que hemos de aceptar, a expensas del conocimiento de nuestra dependencia respecto de las leyes de la vida.

Con esta realidad, se procede de un modo hartamente liberal: se pone en tela de juicio, se le da un valor relativo y se ridiculiza o bien se intenta forzarla, ignorarla y anularla. Así se alcanza una libertad aparente, que, con el tiempo, se vuelve más peligrosa, al fabricarse el sujeto un mundo falso e ilusorio, lleno de fantasías, sueños, deseos y vacío de realidades que puedan meterle en cintura. Cae, más tarde o más temprano, en una seudorealidad, en una «realidad irreal». Ahora bien, cuanto más se aleja de la auténtica realidad, tanto más cara paga esa libertad aparente — desconocimiento de la «realidad auténtica» — y tanto menos sabe qué hacer al respecto. Ello determina que toda tentativa de adaptación se malogra y produce ciertas frustraciones, cosa que empuja al sujeto en cuestión a recluirse en su mundo imaginario; con ello, se hace mayor la sima que separa a aquél de la realidad. He aquí el círculo vicioso en que las personalidades histéricas se encierran.

Vamos a examinar algo más de cerca el aspecto relativo a la seudorealidad. Una de las realidades de nuestra existencia es la susodicha ley de causalidad, que rige la relación causa-efecto; nos impone unas normas que no podemos minimizar impunemente. Como sabe el histérico que esta ley es la que coarta y obliga a obrar en consecuencia, intenta eludirla, mediante la política del avestruz. Vive como si el principio de causalidad no existiese. Poseído por el deseo que, de momento, le domina y cuyas derivaciones no quiere ver, se conduce con arreglo a la máxima «Después de mí, el diluvio». Tiende ingenuamente a esperar que el principio en cuestión y la lógica de los acontecimientos hagan con él una excepción, siempre o en el momento que a él le interesa. Está tan embebido en el afán de poseer aquello que le apetece, que pierde de vista los posibles resultados. Piensa únicamente en metas inme-

diatas y se salta a la torera dicho principio de causalidad, lo cual puede resultar sumamente sugestivo.

He aquí un ejemplo que ayudará a poner en claro los conceptos expuestos:

Una de las clases de la escuela tenía que vender insignias, con fines benéficos. Cada alumna recibió una lista en la que debía anotar los donativos que recibía y las insignias que entregaba. Inge, de 13 años de edad, supo abordar a la gente con la simpatía y la sonrisa seductora que le adornaban, con lo que logró que nadie se le negara. En poco tiempo, vendió todas sus insignias; pero sintió, de pronto, unos deseos vehementes de comprarse unos dulces. Creyó que había cumplido tan bien su misión, que bien se merecía este premio. Además, el dinero que había recogido constituía una tentación con múltiples posibilidades. Ya no pensó en la procedencia, ni en la finalidad de ese dinero, porque, al menos, de momento, era suyo. No pudo resistir, tomó unas cuantas monedas y se compró su golosina favorita, con la vaga idea — característica de estas personas — «de arreglarlo» de algún modo, una vez colmada esta necesidad, que exigía una pronta satisfacción.

En este caso, aparece, como rasgo típico de las personalidades histéricas, la breve «tensión del arco», o sea, la incapacidad de aguantar, mucho rato, la atracción producida por caprichos o necesidades: todo impulso, toda apetencia ha de ser satisfecha lo más rápidamente posible, ya que la espera se hace insoportable. En efecto, tales personas son muy propensas a dejarse seducir, ya que se les hace muy cuesta arriba resistir a las tentaciones.

En el mismo día, tenían que entregarse en el colegio las listas y el dinero. ¿Qué hacer? Se dirigió a la profesora y le pidió más insignias; arguyó que estaba segura de poder vender más y que, luego, lo entregaría todo. Las cantidades que había cobrado ya las había dejado en su casa; dio, para ello demasiados pretextos, lo cual es característico también, puesto que una excusa o una mentira requieren tantas más «justificaciones», cuanto más débiles son los fundamentos en que se apoyan. Le entregaron más insignias; eso le permitió ganar tiempo; además, es posible que se produjera algún «milagro» que resolviese la situación; el «ganar tiempo» y el retener a otros con promesas son fenómenos asimismo sintomáticos. Mientras tanto, se había hecho de noche y espiraba el último plazo para la entrega del dinero. De repente, se la ocurrió una brillante idea; al menos, así le pareció a ella. Llamó a la casa de una vecina y le pidió un préstamo, hasta el día siguiente, justo la cantidad que le faltaba; pretextó que debía comprarse un par de cuadernos

y que su madre estaba de visita en casa de una amiga. La vecina en cuestión le dio la cantidad solicitada, cosa que le consintió ganar tiempo otra vez y abrir una nueva vía al «milagro». En todo caso, se hallaba ahora en situación de poder entregar todo el producto de la colecta. Se olvidó de la vecina y del préstamo, con la secreta esperanza de que si ella misma cesaba de pensar en la deuda, quizás la mujer se olvidase también de esa cantidad «sin importancia».

Estas personas realizan verdaderas piruetas, respecto de las vagas expectativas de «milagros» y soluciones *ad hoc*. Demuestran una curiosa ingenuidad, a la hora de escapar a las exigencias de la realidad, de acuerdo con el refrán «Ojos que no ven, corazón que no siente». Sea como fuere, cualquiera puede olvidarse de algo... Aquí se advierte claramente esa tendencia al desplazamiento de lo auténtico. En este caso, el dinero malversado, que fue relegado al olvido. Tan sólo quedó en la memoria el hecho de haber recibido un préstamo, de manera completamente legítima, préstamo que, como es natural, sería devuelto; el «cómo» y el «cuándo» no interesaban de momento. Si la vecina en cuestión se decidía a pedírselo, antes de poderlo devolver, podría argüir que, verdaderamente, no se había acordado y que disculpase. Hasta es posible que la mujer se olvidara, pues la cantidad era muy pequeña. Inge confiaba en los favores que le había hecho. En último término, bien podía recibir dinero procedente de algún regalo o ganárselo mediante algún servicio. El tiempo resuelve muchas cosas.

Al cabo de unos días, la vecina pidió a la madre de Inge el dinero prestado; entonces salió a relucir todo el asunto, de forma mucho más desagradable que si se hubiese hecho la devolución a tiempo. El no saber renunciar a la satisfacción inmediata de su capricho constituyó el factor desencadenante de una serie de consecuencias nada gratas, por las que pagó la niña demasiado caro el corto placer que había disfrutado.

Este ejemplo es demostrativo y característico, en muchos aspectos. Destaca una serie de actitudes típicamente histéricas: el hecho de verse dominada por el deseo y el impulso a una pronta satisfacción, hecho que no permite pensar de momento en otra cosa; una postura irreal, al no tomar en cuenta las consecuencias de los propios actos; el intentar ganar tiempo y esperar «un milagro»;

la ocurrente habilidad para hurtar el cuerpo a dichas consecuencias, con lo cual, por decirlo así, se abre un agujero para tapar otro; el desfigurar y falsear los incidentes, con arreglo al propio deseo; la facilidad para olvidar las cosas desagradables y, sobre todo, los propios sentimientos de culpa; finalmente, el rehuir las obligaciones tales como las de renunciar, esperar y tener que responder de los propios actos. A estas personas les vienen como anillo al dedo las palabras de NIETZSCHE: «“Esto lo he hecho yo”, dice mi memoria; “Yo no he podido hacerlo”, dice mi orgullo, con gesto inflexible. En definitiva, es la memoria la que cede.»

Con idéntica informalidad procede el histérico en relación con otra realidad: el tiempo. Le resultan molestas la puntualidad así como la planificación y la ordenación horaria del trabajo, porque le parecen cosas mezquinas y extravagantes. Quienes, de hecho, sufren por ello son los demás.

Vamos a considerar la realidad biológica, nuestra dependencia respecto de los hechos determinados por el sexo, así como los procesos de maduración y la vejez. Tampoco en esto se quiere someter uno a las leyes de la vida: se desearía seguir siendo un niño irresponsable todo el tiempo que fuese posible, o al menos permanecer joven, ya que con los de esta época el mundo es benévolo y no exige grandes cosas. Es que la responsabilidad constituye uno de esos incómodos conceptos que le supeditan a uno a la ley de la causalidad y a situaciones poco halagüeñas. En cuanto al envejecimiento, dicen, es algo que se puede detener con determinados medios adecuados; es viejo el que se siente tal; además, no hay por qué decirle a cualquiera que se presente la verdadera edad que se tiene. Si se evita todo aquello que le hace aparecer a uno decrepito y acabado, se puede mantener la ilusión de una juventud eterna. Para ello, hay que cuidar el modo de vestir, el uso de cosméticos apropiados, la cirugía estética, etc. Hay que descartar asimismo los disgustos y las preocupaciones: cabe defenderse contra los mismos manifestando que uno, precisamente ahora, no los puede tolerar; cuando son inevitables, se puede recurrir a caer enfermo.

Lo mismo sucede respecto de la ética y la moral. ¿Dónde iríamos a parar si se tomasen al pie de la letra? Además, ¿quién es,

en realidad, el guapo que cumple? Transgredir alguna vez los mandamientos no tiene importancia, ni produce efectos nefastos. ¿Quién sabe, a ciencia cierta, lo que es bueno y lo que es malo? En último término, todo es relativo y depende del «cristal con que se mira». El mundo resulta así suave, flexible y moldeable, a gusto de cada cuál; por otro lado, las faltas cometidas siempre se pueden justificar de algún modo. Sobre todo, ¿quién sabe lo que sucede o ha sucedido en el interior de cada sujeto? Por suerte, nadie ve los pensamientos ajenos. Entonces, si se asegura de forma convincente, que todo ha sido tal como uno sostiene, es decir, tal como uno *quiere que sea*, ¿quién puede demostrar lo contrario?

La lógica constituye asimismo una de estas realidades molestas; pero no es difícil sortear sus insidiosos silogismos. La propia lógica tiene sus variantes, pero no es por ello menos lógica. Si el pensamiento de alguien efectúa determinados saltos, que el vecino no puede seguir, por lo cual se permite calificar al primero de ilógico, allá él con *su* problema, ya que cada cual conoce sus recovecos y encuentra correctas las propias ideas. ¡Qué fantástica gama de posibilidades ofrece el lenguaje, en manos de una persona avispada, y cómo ayuda a trastornar al contrario! Se desarrolla así un sistema de sofismas, que puede llegar hasta la mentira organizada consciente o inconsciente, y apenas deja comprender nada.

Tales personas no advierten tampoco su auténtica angustia, que aquí se refiere al campo de lo necesario y de lo definitivo. Las formas específicas de la misma pertenecen a la ansiedad que se produce al atravesar plazas o calles (agorafobia), al permanecer en espacios cerrados, como ascensores, vagones de metro y ferrocarril, etc. (clustrofobia). Son también frecuentes las fobias a animales. Todas estas modalidades de ansiedad vienen a ser el desplazamiento de la angustia propiamente dicha a elementos secundarios, inofensivos y fácilmente evitables. Si se padece, por ejemplo, una fobia a los ascensores o a los puentes, basta, en general, con renunciar a utilizarlos para neutralizar la correspondiente ansiedad. La angustia propiamente dicha, provocada, por ejemplo, por la limitación de libertad o por una tentación que no se puede controlar, porque, de hecho, *no se quiere* renunciar a ella, aunque tampoco hay un pleno consentimiento, da lugar a un conflicto interno, que se desplaza hacia objetos exter-

nos, los cuales se constituyen entonces en portadores de ansiedad y «resuelven» el conflicto, ya que, al atraer toda la carga del problema, conjuran el riesgo de que uno quede expuesto a dicha tentación. Si no se puede salir a la calle — al menos solo — tampoco se corre el peligro de caer. Como es natural, tal solución no es auténtica, ni supone una defensa eficaz contra la angustia, ya que de algún modo se enfrenta constantemente y se ve obligado a soportar la propia angustia. Cuando uno se ve empujado hacia un callejón sin salida, tienen lugar reacciones de pánico, una «huida hacia adelante», que no consiente abordar racionalmente la situación.

Vamos a explicar ahora cómo las actitudes anómalas de las personalidades histéricas, se van sumando, paulatinamente, hasta hundirles en situaciones realmente insolubles.

¿Qué puede hacerse para rehuir con éxito obligaciones y hechos definitivos? El procedimiento más seguro radica, al parecer, en vivir exclusivamente el momento presente, como si no hubiera un *antes*, ni un *después*. Si, por ejemplo, cometí ayer un error, una tontería y me han cogido *in fraganti*, lo mejor es olvidarse de que hubo un *ayer* y considerar que la vida comienza precisamente *hoy*. Gracias a la ruptura con las conexiones temporales y causales, las personalidades histéricas consiguen una extraordinaria plasticidad; viven como si no tuviesen historia, ni pasado. Así se desprenden de un pesado lastre; pero, por otra parte, convierten su existencia en algo fragmentario y cambiante, por falta de continuidad. Pueden adaptarse, como el camaleón, a toda nueva situación, pero desarrollan poco esa estabilidad del *yo*, que solemos denominar carácter. Tienen salidas imprevisibles, respecto de su comportamiento, y son difíciles de comprender. Comoquiera que siempre están desempeñando algún papel, enfocado, desde luego, hacia el momento presente y sus necesidades, así como hacia la persona de referencia que les ocupa, no llegan a saber con certeza quiénes son ellos mismos, debido a su continua representación de roles. Así llegan a desplegar una seudopersonalidad carente de continuidad, de contornos claros y de sello característico.

La segunda posibilidad que existe, cuando está uno angustiado, es, al verse acorralado en un callejón sin salida, «volver la oración por pasiva», es decir, echar la culpa a los demás. Los autorrepro-

ches se transforman aquí en reproches contra el prójimo, cosa que sucede, de modo reflejo, como en el caso de los niños: uno de ellos insulta a otro «Eres un tonto», y el segundo le contesta «El tonto lo serás tú». El que es criticado o reprendido transforma inmediatamente el hecho en contracrítica y contrarreprensión, que, en ocasiones, apuntan a motivos ajenos a la discusión; pero de momento alivian y desvían la atención de la propia persona. Esta proyección *ad extra* de los propios sentimientos de culpabilidad puede acentuarse, hasta el punto de persuadirle a uno de que el «otro» es el que ha tenido la culpa. Como es lógico, ello conduce, a la corta o a la larga, a un juicio erróneo acerca de sí mismo. Hasta puede convertir en una pura mentira la vida entera. En consecuencia, se forma un sentimiento de inseguridad y se despiertan vagos temores. En caso de necesidad extrema, siempre cabe recurrir a un papel o rol que le proteja a uno contra la posible aceptación de la realidad. Se trata del «refugio en la enfermedad», que, por lo menos, deja ganar tiempo.

La personalidad histérica y el amor

La persona histérica *ama* el amor. Lo ama como todo aquello que le permite aumentar su propio sentimiento de autoestima: la embriaguez, el éxtasis, la pasión. Le gusta encumbrarse hasta las más altas cotas vivenciales. Si lo apolíneo puede considerarse como el anhelo de la personalidad obsesiva, lo dionisíaco es la aspiración suprema de las personalidades histéricas. Se sienten atraídos por las vivencias que desbordan todo límite; pero no al estilo de la personalidad depresiva, como misión o tarea del *yo*, sino como exaltación, como apoteosis del *yo*. Si la persona con rasgos depresivos intenta trascenderse a sí misma, mediante una entrega que disuelva los contornos del *yo* a fin de realizar una fusión simbiótica, la persona histérica busca las vivencias que la aúpan por encima de sí misma.

Por eso, el sujeto con rasgos histéricos es intensivo, apasionado y exigente, respecto de sus relaciones amorosas. Busca, sobre todo, una confirmación de sí mismo. Desearía embriagarse, de por vida,

con su propio amor y el de su pareja en un éxtasis sublime. Sabe crear, de mil maneras, una atmósfera erótica y encantadora. Suele ser un maestro en cuestiones de erotismo. Es el instrumento que mejor domina: desde el flirteo y la coquetería, hasta la seducción con todos sus matices. Sabe inculcar maravillosamente en su pareja el sentimiento de que es digna de ser amada, lo cual realza su atractivo y su *sex appeal*. Posee grandes dotes de sugestión, a las que es difícil escapar. Muestra una conciencia tan convincente de sus prerrogativas y encantos, que hay que creerle.

El individuo histérico aplica especialmente al amor la fuerte energía del deseo, a la que ya hemos aludido. Es el reflejo permanente del «veni, vidi, vici»: conquista al asalto la fortaleza, sin someterla a un prolongado sitio. Conoce los secretos del trato con el sexo contrario; sus relaciones no resultan jamás aburridas. *Ama el amor* más que a la pareja en sí y desearía profundizar sus diversas formas y configuraciones, con un impulso lleno de curiosidad y ansia de vida. Adora la pompa, el lujo y las fiestas, que sabe celebrar y animar, hasta el punto de convertirse casi siempre en el centro de las mismas, gracias a su atractivo, temperamento, habilidad y soltura. Lo peor que puede sucederle es que no se le encuentre simpático, cosa que tolera con dificultad y apenas perdona. Se puede contar con él para todo lo que se salga de lo corriente; cuanto más sensacional sea, tanto mejor. Considera el aburrimiento como algo mortal; se hastía fácilmente, cuando está solo. Son, por tanto — como compañeros eróticos — vivaces, animados, solícitos, espontáneos respecto de sus manifestaciones afectivas, capaces de vivir con intensidad el momento presente. Gozan a pleno pulmón, son ingeniosos, llenos de fantasía y se sumergen totalmente en su juego. No dan mucha importancia a la fidelidad, al menos a la propia. Los amoríos ocultos ejercen una especial atracción sobre ellos y acarician su fantasía romántica.

En el terreno de lo sexual, las cosas ya son más difíciles. El juego erótico, los delicados escarceos previos son para ellos más importantes, que la satisfacción de los deseos sexuales en sí. Quieren decirle, como el poeta, al momento que pasa: «¡Quédate! Eres tan bello...», para disfrutar de él tan profundamente, como les fuera posible y demorar el final. Desearían que la luna de miel

fuese eterna; toleran mal, pues, que derive hacia una gris monotonía. Aman el cambio, las variaciones. Cuando no han logrado una actitud sana respecto de la propia sexualidad y del sexo contrario, asisten a alteraciones de la capacidad de amar; así pueden llegar hasta la frigidez y los trastornos de la potencia. Tanto los varones, como las mujeres, toman el sexo más como un medio para lograr una afirmación del sentimiento de autoestima y del afán de predominio sobre la pareja, que para obligarla, como sucede con las personalidades obsesivas; buscan experimentar la embriaguez de la irradiación del poderío de su persona. Las mujeres utilizan, sobre todo, su sexualidad, al entregarse o negarse a un hombre, por fines calificables de chantaje.

Cuanto más profunda sea la estructura histérica de la personalidad, tanto más acentuadas se verán la actitud de exigencia y la necesidad de destacar y sobrevalorarse. Las relaciones amorosas se convierten entonces en un dispositivo necesario para la autoafirmación, dispositivo que el sujeto ha de renovar constantemente para comprobar que sigue siendo irresistible. En efecto, el sentimiento de la propia valía se basa, en tales individuos, principalmente en tales éxitos, en la admiración y el deseo que despierta. Se comprende que esto resulte cada vez más problemático, al envejecer y al ceder ese atractivo, fundado en las apariencias externas. De ahí que sean las personas más acosadas por graves crisis involutivas.

El sujeto histérico necesita a su pareja, no porque crea que sin ella es incapaz de vivir, como sucede con la personalidad depresiva, sino porque la considera un espejo en el que quiere verse reflejado como digno de amor, para realzar su lábil sentimiento de autoestima. Su narcisismo, el fuerte apego a su persona, pide una continua confirmación. Por ello, sucumbe, con facilidad a las adulaciones, a las que presta oídos gustosamente. No puede prescindir, pues, de la pareja, porque quiere asegurar su encanto, belleza, relevancia y otras ventajas por el estilo. De ahí que realice una elección narcisista, no porque tema hallar algo «completamente distinto» en el sexo contrario, como el esquizoide, sino porque busca a una persona que sea lo más parecida a él; en realidad, lo que quiere es encontrarse de nuevo y amarse a sí mismo en la pareja.

No es raro, empero, que las personalidades histéricas de ambos

sexos elijan parejas insignificantes, a las que poder deslumbrar y cuya admiración incondicional consigan atraer. Esto recuerda la fábula del pavo real, que desea casarse con una simple gallina. En el registro civil, el funcionario, que es un grajo, expresa su asombro, al comprobar que es un magnífico pavo real el que quiere contraer matrimonio con la insignificante gallina. Aquél replica con gesto mayestático: «Yo y mi mujer me aman con locura.»

Unas relaciones ancladas tan firmemente en el deseo de gratificación no son inmunes en modo alguno a las crisis, ya que la pareja elegida apenas puede satisfacer tal necesidad. Esto le empuja al histérico a buscar una nueva pareja, con la cual sucede lo mismo. Aquí caben los «donjuanes» y «vampiresas», que coleccionan conquistas, como el piel roja cabelleras: el sentimiento de la propia valía dependerá entonces del número de víctimas. Para tales personas, el amor es un juego, en el que han de ganar a toda costa. Dado que sus exigencias respecto del amor son demasiado grandes, su vida se ve salpicada de desengaños, descontento, cambios de humor, así como de insistentes y renovadas demandas de cariño. Aquí desempeñan un papel nada despreciable las finanzas y el éxito público de la pareja, como medio para alcanzar notoriedad y brillo; como la luz que la luna recibe del sol. Comoquiera que el sentimiento de la propia valía se nutre casi exclusivamente de las pruebas de amor, el sujeto se vuelve insaciable al respecto. Son incontables los medios que emplea para obtener dichas pruebas: comparaciones entre la propia pareja y las que «aman de veras»; alusiones a lo que cualquier otra llegaría a hacer por uno; escenas violentas y reproches apasionados por la presunta «falta de cariño»; reacciones catastróficas cuando el otro se distancia. En todo ello, se descubre una mescolanza, difícilmente apreciable, de sentimientos y cálculo que desconcierta a los demás, los cuales no saben nunca a qué atenerse.

Cuando antes de iniciar unas relaciones amorosas o de contraer matrimonio, se albergan ilusorias expectativas y se exige más de lo que uno mismo está dispuesto a dar, es natural que se experimente un cúmulo de frustraciones; pero, por lo general, uno no advierte tales conexiones y prosigue buscando el «gran amor». De ahí que las relaciones amorosas de las personalidades histéricas acusen un mayor número de separaciones e infidelidades. Se carga entonces

sobre los hombros de la segunda pareja la función de compensar los fallos habidos con la primera. Consecuencia: al exigirle demasiado, desde un principio, a aquélla, se echa en terreno abonado el germen del fracaso.

Todos nosotros realizamos nuestras primeras experiencias, respecto del otro sexo, con nuestros padres y hermanos. El modo de vida en común de nuestros padres y el trato de nuestros hermanos van modelando nuestras futuras relaciones con el sexo contrario, en lo que concierne al amor y la sexualidad. Si hemos tenido la suerte de querer también a nuestros progenitores como integrantes de un matrimonio sano, sin tener que recurrir a idealizarlos por otros conceptos o compadecerlos, despreciarlos, incluso odiarles; si hemos podido participar en sus limitaciones, preocupaciones, problemas y esfuerzos; si nos ha sido dado presenciar sus alegrías y mutuo apoyo, así como su comprensión y confianza recíproca, contaremos entonces con más probabilidades de encontrar una pareja que responda a tales expectativas, gracias a la imagen positiva que nuestra mente se ha forjado. Los padres que sostienen ante el hijo una fachada de superioridad e infalibilidad, que fingen formar una unión ejemplar, cuando la realidad es muy distinta, acaban por crear en él la representación de un matrimonio ideal, que un día creará hallar. Aquellos otros que no satisfacen la necesidad que tiene el hijo de modelos específicamente sexuales, antes bien, le ofrecen algo que le frustra o aterra, ensombrecen, de manera negativa, las expectativas que alimenta, en torno a la comunicación sexual con otra persona.

La vida amorosa de las personalidades histéricas se ve además dificultada por el hecho de que se mantienen más tiempo fijas a las primeras personas de referencia del sexo contrario, con cuya identificación les resulta tan arduo desvincularse. La histeria se inicia en la última de las fases del desarrollo infantil, entre los 4 y los 6 años, aproximadamente. El niño, como veremos más adelante, se identifica entonces con las imágenes familiares y adopta las primeras formas de su futuro comportamiento respecto del propio sexo y del sexo contrario. Veamos lo que sucede: el sujeto repite la antigua actitud de infantil adoración para con el progenitor del sexo contrario o un hermano y espera que su pareja sea el hombre o la

mujer soñados; o bien transfiere a ésta las pasadas frustraciones, el miedo o el odio que las personas de referencia de su infancia; vivencias negativas que no fueron elaboradas y asimiladas. Con ello, las relaciones que se establecen cargan con el prejuicio de que los hombres o las mujeres son tal como han sido vivenciados en la niñez. Se proyecta entonces dicha imagen paterna o materna sobre la pareja y se adopta ante tal proyección una actitud análoga a la que se toma frente a esas imágenes primarias, pero desfasada, tanto en lo que concierne a la pareja, como a uno mismo, en el aspecto sexual, ya que se ha estado demasiado ligado al antiguo rol de hijo o hija.

El hijo frustrado por la madre puede desarrollar tal odio contra las mujeres, que apela a vengarse en las que elija como pareja. Las pasadas frustraciones le empujan a seducirlas y abandonarlas en seguida, igual que Don Juan. Repite con ellas lo mismo que él experimentó al lado de su madre. La hija frustrada por el padre se ensaña, a su modo, con los hombres: puede volcar su rencor en éstos o convertirse en una sediciosa «mujer emancipada» o liberada, que aspira no a la igualdad entre los sexos por un sentido de justicia y de dignidad femenina, sino a «dar la vuelta a la tortilla»; lo que verdaderamente quiere, al exigir sus derechos, es el predominio de las damas. Cabe también que se entregue a muchos hombres, a fin de herir en ellos a su padre. «Si no me quieres, será porque no valgo nada. Entonces cualquiera puede poseerme.» Éste es el sustrato psicodinámico de ciertas prostitutas. Puede transformarse asimismo en una especie de Circe, que de los hombres sólo tiene en cuenta el sexo. «Los convierte en cerdos», como se narra en la *Odisea*, es decir, los utiliza, los rebaja e intenta avasallarlos sexualmente. Afines a este tipo de mujeres son las que le exigen demasiado al varón, desde el punto de vista físico, psíquico y material, lo explotan, le «chupan la sangre», lo despojan de su poderío, lo «castran», o anulan su virilidad. STRINDBERG suele reflejar, en sus novelas y piezas teatrales, esta clase de mujeres verdaderamente diabólicas. En el peor de los casos, dicha frustración puede arrastrar a los individuos de ambos sexos a la homosexualidad. Un hermano o una hermana pueden asumir y representar el papel del padre o de la madre, con todas las consecuencias descritas.

La vinculación a nuestras primeras personas de referencia del sexo contrario constituye un fenómeno general, que los franceses sintetizan en esta frase: «On revient toujours à ses premiers amours» («uno vuelve siempre a sus primeros amores»).

Otro ejemplo de dependencia respecto de las primeras personas de referencia — «novela de familia» — es el de las personalidades histéricas, pues no es raro que se enreden en relaciones triangulares, por las que repiten, inconscientemente, la posición que ocupaban entre ambos progenitores; eso es moneda corriente entre los hijos únicos adscritos a la estructura en cuestión. Incurren en tales relaciones triangulares, al parecer involuntariamente y como atraídos por la fatalidad. Pretextan que es su destino el que todas las mujeres, o todos los hombres, que les gustan, se hallen ya comprometidos. En realidad, lo que buscan son parejas que estén ya vinculadas a alguien; establecen con ellas un trato íntimo, a sabiendas de que no son libres; renuevan así la antigua rivalidad que como hijo o como hija mantenían frente al padre o a la madre. Se ven condenados a interferir en los amores de un hombre y una mujer para intentar hacerse con el cónyuge del sexo contrario y expulsar al del propio sexo. En cambio, rehúyen todo tipo de relaciones en las que la pareja sea libre, ya que entonces se comprometerían de un modo más serio.

Hay que conocer la biografía de estas personas para poder comprender su comportamiento. La mayoría de las veces, no hacen sino reproducir los errores cometidos con ellos: en el seno de su familia, no contaron con la posibilidad de desenvolverse, de un modo sano, su femineidad o su virilidad; quedaron, pues, excesivamente ligados al hogar paterno, al no disponer de modelos que facilitaran el desarrollo de su rol sexual, bien por haber sido rechazados por los suyos, bien por haber asistido demasiado pronto y de forma inadecuada al despertar de lo sexual: se constató, en ellos, los aspectos viril o femenino, antes de que hubieran adquirido la necesaria identidad consigo mismos y el debido sentimiento de autoestima, antes de que se hubieran formado como *hombre* o *mujer*, en una palabra, antes de estar psíquicamente maduros para lo sexual.

El principal problema de las personalidades histéricas, respecto del amor y de las relaciones sexuales, estriba en las ilusiones que

alimentan acerca de la vida, el amor, el matrimonio y el sexo contrario. La actitud de exigencia y la voluntad de donación no suelen corresponderse en tales sujetos; ello provoca constantes y nuevas frustraciones, las cuales deberían enseñarles que su postura fundamental se basa en un error, en un engaño, que hace necesario el *desengaño*. Su lado más problemático consiste en que disponen de un anhelo y una nostalgia siempre despiertos y de unas exigencias siempre a punto; pero no se ocupan de lo que tienen que dar.

Esto se advierte en la elección de pareja: destacan los puntos de vista materiales y de prestigio — posición, fortuna, títulos, dotes exteriores — a expensas de los verdaderos valores. También aquí siguen ellos manifestándose como «niños grandes»; se dejan influir fácilmente por las apariencias externas, por las perspectivas de una vida regalada. De las decepciones le echan la culpa — claro está — a la pareja. La angustia ante la experiencia de la falta de categoría puede convertirse para ellos en una auténtica ansia de confirmación, que llega a alcanzar el grado de la adicción. Ahora bien, igual que sucede con otras anomalías similares, no puede quedar «fuera» algo que, en realidad, debería rastrearse «dentro». En lo que estas personas deberían esforzarse es en poseer una sólida capacidad de amar; de rechazo, conseguirían un verdadero sentimiento de la propia valía.

La tendencia a proyectar en otros las propias deficiencias crea, como es lógico, problemas de contacto con la pareja. Puede adoptar toda una serie de facetas, desde las constantes disputas acerca de quién es el que tiene la culpa, las acusaciones, reproches y una «lógica» deformación de los hechos, hasta la calumnia y la intriga. Suelen ser especialmente difíciles las uniones entre un cónyuge con rasgos histéricos y otro de estructura obsesiva, ya que se trata de caracteres contrapuestos. Por más que el segundo insista en discutir, de manera consecuente y pormenorizada, la conflictiva situación, por más que intente demostrar que tiene razón, no logrará que el primero ceda. En efecto, el histérico se escabulle con su «lógica» de circunstancias; su pensamiento efectúa «saltos de caballo de ajedrez» — así califica certeramente SCHULTZ - HENCKE esta manera de discurrir — se da perfecta cuenta de que el otro tiende a vencerle de que ha cometido algunos errores y se resiste con todas

sus fuerzas a admitirlo. Si el segundo se comporta de un modo más flexible y no cierra el tubo de escape, la cosa marcha mucho mejor. En vez, pues, de acorralar a su media naranja en un callejón sin salida, el cónyuge de estructura obsesiva debe recurrir a la empatía y ponerse en el lugar de su pareja.

La persona histérica rechaza por instinto a los esquizoides. Con efecto, el esquizoide descubre fácilmente las características del histérico y se muestra muy poco dispuesto a satisfacer su necesidad de confirmación y admiración. Los histéricos prefieren a las personalidades depresivas que se prestan a ello y permiten incluso ciertos abusos; pero a la larga, una vinculación de esta índole suele afianzarse a costa del cónyuge de estructura depresiva. La unión de personas pertenecientes al grupo de los histéricos tan sólo rueda bien, cuando los componentes específicos no están muy acentuados, ya que de lo contrario, la rivalidad y el deseo de suplantar al contrario levantarían escollos insalvables.

Encontramos en la literatura un gran número de descripciones de bella factura sobre mujeres histéricas, como *Luisa*, de S. MAUGHAM, o Escarlata de la novela *Lo que el viento se llevó* de Margaret MITCHELL. La correspondencia epistolar de Puschkin y de Fontane revela las dificultades a que dan lugar las relaciones con una mujer de rasgos marcadamente histéricos. Recordemos también el cuento de *El pescador y su mujer*.

La personalidad histérica y la agresividad

La forma específica de agresividad que el niño adquiere entre los 4 y los 6 años de edad es la relativa a la rivalidad. En dicha etapa, como acontece con todo nuevo paso adelante en el desarrollo, persisten las formas anteriores de agresividad. De lo que se trata ahora es de la agresividad específicamente sexual, en sus formas fundamentales de pretensión y conquista; consiste, en general, en la lucha por todo aquello que ayuda a confirmar la propia valía y contra todo aquello que parece amenazarla. La agresividad se manifiesta, sobre todo, en competencia con los demás, mediante una voluntad de afirmación al servicio del afán de figurar.

En contraste con la de la personalidad obsesiva, la agresividad de la personalidad histérica es elástica, espontánea, despreocupada y a menudo irreflexiva, fugaz y poco rencorosa. Alcanza todos los niveles de exteriorización, hasta el capricho y la arbitrariedad; apunta menos a las cosas, que a las personas.

Cuanto más graves son los signos histéricos, con tanto mayor empeño se pone la agresividad a las órdenes del deseo de llamar la atención. Las formas extremas están representadas por una híbrida autoglorificación, que puede llegar a la auténtica estafa y una extraordinaria susceptibilidad frente a cualquier ofensa contra su narcisismo. Surgen entonces las intrigas, por el ansia insaciable de destacar. Se busca, constantemente, situarse en primer plano, ser «el primer actor» o la «primera actriz», llevar la voz cantante; cualquier persona del mismo sexo es un rival en potencia, al cual hay que liquidar para dar lustre al propio ego.

Tales sujetos suelen mostrar un afán desmedido de imponerse, de causar buena impresión, de polarizar la atención ajena. Caben aquí matices, tanto más cargados, cuanto más intensa sea la inseguridad latente, la discrepancia entre ser y aparentar, entre el *yo* real y el *yo* imaginario. Debido a la falta de autocrítica y autocontrol, la agresividad tiene aquí algo de impulso desbordado; se deja uno irritar fácilmente por los demás y se va demasiado lejos, ya que, en general, la exageración es algo peculiar de estas personalidades. Resulta asimismo característica de ellas la tendencia a generalizar: a raíz de las agresiones contra el otro cónyuge, exclaman: «Todos los hombres son unos guarros» o «Todas las mujeres son unas cretinas», etc.

La agresividad de los histéricos se aproxima mucho a la arcaica «tempestad de movimientos»; pero así como en el esquizoide era la expresión de una amenaza existencial contra su modo de «estar en el mundo», aquí se utiliza más bien para dramatizar, para impresionar al prójimo. En la manifestación de su agresividad, el histérico es un gerrillero nato: le gusta atacar de un modo imprevisible, ya que cree más en la sorpresa, que en una estrategia planificada. El ataque inopinado es para él la mejor defensa. Por otra parte, sus agresiones podrían ser calificadas de «ilógicas». He aquí un ejemplo: ante una crítica justificada y respetuosa del marido

por una negligencia de la esposa, ésta se exalta, se pone furiosa, y sin mencionar en absoluto el motivo específico de la discusión, se desata en reproches contra el primero, que nada tienen que ver con el asunto tratado. Según dijimos, le «da la vuelta a la tortilla», elude la realidad con una huida hacia adelante.

Esto se comprende, únicamente, si se tiene en cuenta el lábil sentimiento de autovalía, fácilmente alterable, de las personalidades histéricas, que hace que se ofendan por la menor observación o el mínimo enfrentamiento. Dada la deficiente identidad consigo mismas sostienen una base muy endeble. El más ligero agravio a su amor propio puede desencadenar los más profundos sentimientos de odio, cuya relación con la angustia de «no ser digno de amor» se advierte claramente.

Una forma especial de agresividad de los histéricos es la intriga. Cabe reconocer aquí el origen familiar de la misma, ya que con ella renuevan, inconscientemente, la posición en que se hallaban de niños, al tener que mediar entre los padres y a veces entre los hermanos; eran manejados por cualquiera de los progenitores o hermanos, en perjuicio de un tercero, con lo que se convertían en portadores de los conflictos conyugales o fraternos no resueltos. Así es como nacen los enredos y el desprecio por otras personas cuyo buen nombre se quiere aniquilar, para satisfacer pasiones inconfesables. Si a ello se añade el odio entre los dos sexos, el afán de desquite puede adoptar formas alucinantes. La agresividad de los histéricos tiende a crear ciertas «escenas», en las que el sujeto se crece y hace uso de sus dotes de actor, porque necesita «público»; los estallidos de indignación, los gestos patéticos y las apasionadas acusaciones son típicas de la agresividad de los histéricos, reacciones que suelen desvanecerse, en cuanto deja de haber «espectadores».

He aquí un ejemplo de odio a los hombres y de actitud de venganza, por parte de una mujer con graves rasgos histéricos:

Con la excusa de sus delicados nervios y poca salud, la paciente obligaba a su marido a fumar sus cigarrillos en el balcón, incluso en pleno invierno, ya que «no podía soportar el humo». Cuando el esposo enchufaba el televisor para ver un partido de fútbol, la mujer se burlaba de él, delante de los niños, porque, decía, alimentaba gustos muy vulgares. En general, menos-

preciaba todo aquello en lo que no podía participar, no despertaba su interés o revelaba sus condiciones de inferioridad. El marido poseía una cultura superior a la de su mujer; pero los libros que aquél le recomendaba ella los encontraba aburridos, ya que no los entendía o no hacía esfuerzo alguno por comprenderlos. Consideraba los deseos sexuales de su marido casi como una ofensa y se negaba sistemáticamente a secundarlos por el más fútil pretexto. Intentaba así rebajarle en todos los aspectos y se ensañaba, inconscientemente, en él, de las frustraciones experimentadas con su padre, el cual había preferido siempre a su hermana, que era más inteligente.

He aquí un ejemplo de intrigas histéricas:

Al cabo de mucho tiempo, cierto paciente se decidió a comunicarme que se estaba sometiendo a dos tratamientos simultáneos, conmigo y con un colega. Quería ver cuál de nosotros era mejor y qué método el más convincente. A mí me hablaba mal del otro psicoterapeuta y de su modo de trabajar y viceversa, sin que ninguno sospechase siquiera las maniobras de este sujeto, puesto que nos describía como médicos que lo habían atendido hacía mucho tiempo. Pretendía así enfrentarnos, tal como había hecho, de niño, con sus padres. Se vengaba de este modo de los abusos que en un principio habían cometido con él; instigaba a un progenitor contra el otro, sin dar la cara nunca, a fin de ganarse la voluntad de ambos. Utilizó con nosotros la misma táctica, en su propio provecho; pero como no era sincero, boicoteaba la acción psicoterapéutica.

El sustrato biográfico

¿Cómo puede llegarse a experimentar tan crudamente la angustia de la necesidad y de lo definitivo? Desde el punto de vista de la impulsividad, ¿cómo puede experimentarse esa tendencia hacia lo centrífugo, hacia cuanto rehúye el punto medio? Si buscamos los factores que predisponen a semejante fenómeno, podemos apelar a la vivacidad y a una facilidad de respuesta emocional congénitas, a una gran espontaneidad y a una fuerte inclinación a expresarse, a comunicarse, a sacar a relucir las vivencias interiores, a un afán y necesidad de contacto, así como a un ansia pronunciada de figurar. Debido a esta predisposición, uno se ata aún más si cabe a los otros, a su simpatía y a la confirmación que le brindan. Los aspectos positivos del temperamento en cuestión son la agudeza, la

naturalidad, la facultad de adaptación, la capacidad de cambio y el magnetismo personal con que sabe captar y arrastrar a sus semejantes. Tales individuos nunca resultan aburridos: necesitan animación pero también son ellos animados. El encanto natural — incluso la belleza — que irradian desde una edad muy temprana despiertan simpatía. Se atraen el cariño de todos; están acostumbrados a gustar por la sencilla razón de ser como son: se les considera encantadores, de lo cual se dan cuenta desde muy pequeños; pero estas ventajas tienen también un reverso. El hecho de que experimenten el amor y admiración que promueven como algo que no requiere esfuerzo alguno determina que se habitúen muy pronto a fiarse de sus dotes externas y a esperar ser estimados siempre y dondequiera, como la cosa más natural del mundo. Para que tales disposiciones engendren problemas, se requiere la intervención de ciertas influencias ambientales, que vamos a examinar a continuación.

Según las experiencias acumuladas por el psicoanálisis, la iniciación de todo desarrollo histérico tiene lugar hacia los 4-6 años. En este período, el niño, que va superando etapas más primitivas y aproximándose a la madurez, ha de dar importantes pasos en su proceso evolutivo. Ha adquirido ya un mayor número de facultades y posibilidades de comportamiento, pero se ve enfrentado, al mismo tiempo, a nuevas tareas: se ha de ir adentrando y aprendiendo las reglas de juego del mundo de los adultos; ha de presentir y tantear el futuro, como campo de autoafirmación y de competencia con otros, en la iniciación de su rol sexual como muchacha o como muchacho. Ello significa que el mundo mágico en que había estado colocado hasta entonces, con sus representaciones sobre unas posibilidades ilimitadas de actuación, ha de ir cediendo terreno ante aquello que solemos designar como realidad y ante el hecho de la limitación de la propia voluntad y potencia.

El mundo de sus vivencias internas y externas se ha ampliado y enriquecido; ese mundo comprende, en esencia, toda la esfera vivencial de la vida del adulto. Se esperan del niño, cada vez más, circunspección, sentido de la responsabilidad y ponderación, es decir, tiene que realizar, en muchos terrenos, un examen de la realidad, un hallazgo de la realidad, una aceptación de la realidad, a tenor del concepto «hacerse mayor».

Si ha de dar sólidos pasos hacia la madurez, necesita modelos convincentes, que le ayuden a orientarse. Ha de recibir ejemplos vivos que le parezcan dignos de imitación; el mundo de los adultos tiene que aparecerse atractivo; el ordenamiento y formas de vida de los mayores, objeto de ejercicio práctico.

Por esta época se les plantean a los padres nuevas misiones y exigencias; ya no tienen frente así a un infante para el cual eran muy superiores, como una especie de semidioses, sino un niño que observa con ojos críticos, que está provisto de un creciente impulso de saber, que pregunta e indaga los motivos de las órdenes y prohibiciones, que desea se le respete su entera personalidad, que quiere sentirse merecedor de cariño, pero notar asimismo que su amor significa para sus padres algo que también él es capaz de *dar*. Ejercita ahora por vez primera, un comportamiento específicamente sexual — pretender o conquistar a una persona del otro sexo — y exige ser tomado en serio. Es fundamental, al respecto, la madurez y comprensión de sus progenitores, pues necesita paradigmas sanos en que espejarse, a la hora de confeccionar un proyecto de sí mismo, paradigmas que le han de conducir a un limpio sentimiento acerca de la propia valía y al descubrimiento de la propia identidad.

De eso es precisamente de lo que han carecido las personalidades histéricas en esta época tan necesitada de sabia dirección y modelos. Para que supere la fase de infante; para que acepte la realidad de la vida, para que renuncie a todo comportamiento e irresponsabilidad infantil y adquiera la debida prudencia; para que adopte las nuevas obligaciones, el mundo le tiene que presentar al niño sus ordenaciones revestidas de un hondo significado y los padres deben ser capaces de despertar en él el deseo de seguirles. El niño, por su parte, ha de procurar identificarse con sus progenitores. Sólo entonces estará dispuesto a renunciar a su conducta anterior y a su libertad infantil. Ha de atesorar vivencias acerca de la capacidad que le corresponde de por su edad y una confirmación específicamente sexual para experimentar una legítima satisfacción, orgullo y sentimiento del propio valer, en el dominio y desempeño de nuevas tareas.

Imaginemos un ambiente confuso y caótico, en el que hoy se

castiga aquello que mañana se pasará por alto o tendrá aceptación; un ambiente en que se continúa tratando al niño como si aún fuese muy pequeño y no mereciera ninguna clase de consideración; un ambiente en que se desprecia la sinceridad y la destreza incipiente del muchacho; un ambiente en que se desdénan las preguntas y se rehúsan las respuestas francas. Imaginemos una familia en la que los padres disputan violentamente delante de los hijos, porque creen que aún no entienden lo que sucede, pero a los que piden un comportamiento sensato. Si luego éstos se conducen con arreglo a los ejemplos que se les han dado, les regañan, incluso les castigan, caso de que inquieran las razones de tan amargas discusiones, proceder que juzgan como una insolencia, de acuerdo con el dicho latino: «*Quod licet Jovi, non licet bovi*» («Lo que le es lícito a Júpiter, no lo es al buey»). En conclusión, esos ambientes infernales, contradictorios, incomprensibles, vacíos de orientaciones y modelos sanos, no le pueden proporcionar al niño la suficiente guía y apoyo. En consecuencia, éste preferirá seguir siendo un infante irresponsable.

He aquí un ejemplo, tomado del diario de cierta muchacha:

Sé extraordinaria y llamarás la atención. Ponte enferma y tu madre se preocupará por ti. Sé sana y normal; lo encontrarán natural. Por tanto, sé refinada y haz teatro. Da, por un lado, a la gente aquello que esperan: una niña «encantadora» a la que todos besan sonrientes y complacidos, a la que todos califican de «muy rica», y, por el otro, toma cuanto necesitas. Si no te quieren por tu simpatía y dulzura, recurre a otro procedimiento, para alcanzar tus objetivos: la preocupación que sientan por ti te llevará a la meta. Cuanto más enferma estés, más te estimarán... El conflicto surgió durante la pubertad, pero se ha agravado en la adultez. Cuando yo tenía 12 ó 13 años, vino a visitarnos una tía mía. Me precipité, como de costumbre, escaleras abajo y le rodeé el cuello con mis brazos. «No seas tal exaltada», me advirtió mi madre. «¿Y qué es exaltada?», pregunté yo. «Pues exagerada, demasiado fogosa.» Yo no entendí nada. La que hasta entonces había sido «tan rica», «un encanto», ahora era una «exagerada». Poco a poco fui comprendiendo que cada edad tiene sus propias leyes; que a un niño se le perdona todo, a un chico, mucho menos, a un adulto, nada. Aprendí a ponerme una máscara, que me daría muy buenos resultados con el sexo fuerte: la máscara de la muchacha ingenua, inocente, inexperta, que con mirada conmovedora y desvalida contempla confiadamente al mundo, como si no esperase de él más que cosas buenas. Es que, de hecho, yo era una auténtica inge-

Las personalidades histéricas

nua; pero desde que una conocida, mayor que yo, me hizo ver lo tonta que era, me convertí en una ingenua estudiada. Los «donjuanes» quedaban desarmados ante mi ingenuidad y no se atrevían, de pronto, a hacerme proposiciones deshonestas. Mi madre decía anteayer, al aludir a mi infancia: «Cuando estabas en el internado, llegué a olvidarme de ti. Pensaba que eras muy feliz en él. Tus cartas rebosaban siempre tanta alegría...» ¡Ella, que se las da de lista, se dejó engañar! Tuve que quedarme en ese internado, a pesar de mis súplicas y ruegos. En tales casos, no hay más que un arma: la enfermedad.

Otra muchacha afirmaba: «¿Por qué he de vivir en un ambiente de idiotas (se refería a su familia) y ser razonable? Tendría que sufrir demasiado.»

He aquí otro ejemplo de circunstancias específicas:

Cierto sujeto, de unos 35 años, acude a la consulta a causa de una sintomatología fóbica. Cuando iba al cine, tenía que ponerse cerca de la salida. No podía viajar en un tren rápido, «...debido a la larga distancia que media entre las estaciones. Si fuese maquinista, la cosa aún tiraría, puesto que podría detener el convoy cuando me viese atacado por la angustia»; no podía tampoco subir en ascensor, ni atravesar un puente; tenía que apearse del coche y pasarlos a pie, muy pegado al pretil. Le asaltaba una ansia mortal, cuando se encontraba sólo en su habitación y se le ocurría pensar que el techo podría hundirse. Lo bueno es que tenía miedo, además, de volverse loco, a causa de estas fobias, que él mismo consideraba irracionales. Este miedo a enloquecer se había acentuado los últimos años, hasta convertirse en el peor de todos sus temores. Su hermano había ingresado, por padecer una enfermedad mental, en un centro psiquiátrico y acababa de morir.

Incluimos algunos datos de la biografía de este paciente, que nos pueden ayudar a comprender sus fobias:

Fue durante mucho tiempo hijo único —el hermano era 8 años más joven que él— y se vio mimado en exceso por su madre. El padre era un administrativo muy cumplidor, de rasgos acusadamente obsesivos, que incluso se traía trabajo de la oficina a casa, por lo que la familia apenas le veía; sólo durante las comidas. La madre le consentía demasiado, pero a espaldas de su marido; le daba dinero a escondidas, le compraba muchos trajes y amortiguaba los golpes que le venían del mundo; le resolvía, por ejemplo, las dificultades de la escuela. El padre no se daba cuenta de nada; en realidad, no es que le importara gran cosa, pues se contentaba con que le dejaran en paz y no le crearan problemas. De niño el paciente estuvo muchas

veces enfermo; ello le sirvió a la madre como pretexto para mimarle todavía más. Frustrada por su matrimonio con un hombre mucho mayor que ella y parco en afectos, convirtió al hijo en lo más importante de su vida y buscó atraerse su cariño a fuerza de halagos. Pasada la pubertad, el paciente empezó a dedicarse con un amigo suyo, en el mercado negro, a ciertos negocios turbios, lo cual le permitió ganar mucho dinero y rodearse de lujo y de un enjambre de chicas. Sólo la madre conocía tales negocios, que le hubieran parecido altamente reprobables al padre, dada su actitud y su posición. El padre, en efecto, era tan correcto que, cuando el autobús en que viajaba estaba muy lleno y no podía llegar al cobrador, adquiría, al día siguiente, dos billetes para compensar a la compañía. El hijo ya no asistía con regularidad a clase. Por culpa de sus negocios, que podían descubrirse en cualquier momento, cada vez tenía más miedo. Llevaba una doble vida: delante del padre era un buen hijo y, a sus espaldas, un jugador empedernido, protegido y encubierto por la madre.

Por agradable que fuese su existencia, no se vio libre de sinsabores: molestias cardiacas y sensación de vértigo, clara somatización de la vida que llevaba. Carecía de una base sólida, fuera y en sí mismo. Identificarse con el padre no le resultaba nada atractivo, ya que la jornada de éste sólo se componía de deberes; había otro obstáculo al respecto: que ambos mantenían muy poco contacto. Cuando, por ejemplo, entraba en el despacho de su padre, los domingos y en alguna otra ocasión —despacho que, fuera de dichos días, le estaba vedado pisar— iba a sentarse a gran distancia del padre; entonces mientras éste leía el diario, él se dedicaba a hojear revistas ilustradas. Apenas se dirigían la palabra, pues no tenían nada que decirse; a causa de sus inhibiciones les resultaba difícil establecer comunicación. El paciente ridiculizaba, con su madre, el régimen de vida, las rarezas y el pundonor del «viejo» — así lo motejaban —. La mujer, que, según hemos dicho, era muy joven, cuando contrajo matrimonio con ese hombre, bastante mayor que ella, debido más que nada a su buena posición, seguía sintiéndose un poco niña y opuesta a su marido. Con su hijo disfrutaba de la «gran vida» que añoraba. Se había propuesto proporcionarle a éste una base sólida, pero se limitaba a prestarle una protección equivocada, cuando se hallaba en dificultades.

El paciente no pudo, pues, disponer de una auténtica orientación por parte de nadie; no se asentaba sobre suelo firme, antes bien se veía atenazado por una angustia constante: temía siempre una posible catástrofe, que todo se hundiese sobre su cabeza — el techo de su cuarto — o bajo sus pies — al atravesar un puente —; las otras fobias se referían a situaciones en que no podía «apearse» o «salirse», cuando quería; las «arenas movedizas» — inestabilidad —

sobre las que había construido su vida, podían manifestarse en cualquier momento (las molestias cardíacas y los vértigos). El miedo a volverse loco estaba relacionado, en parte, con su hermano y, en parte, con una vaga conciencia de que no podría seguir adelante de esa manera.

El ambiente de «jaula dorada» de la llamada «buena sociedad» favorece también el desarrollo histérico de la personalidad. En ese tipo de ambiente, lo que priva son «las apariencias»; el prestigio social está por encima de los hijos, que son confiados al personal de servicio; pero, al propio tiempo, se les inculca la «conciencia de clase», de casta privilegiada. Los compañeros les envidian, ya que parecen poseerlo todo; de ahí que deban desempeñar el papel de seres felices, pues, de lo contrario, pasarían por personas desagradecidas; tienen entonces que disfrazar su miseria interior con una arrogancia que nadie comprende; pese a ello, se les considera dignos de emulación.

Si los padres no se constituyen en verdaderos modelos, a los hijos, sólo les quedan dos posibilidades: identificarse a pesar de todo, con sus padres y sus ficticios valores, o no tomarlos en serio y sentirse completamente abandonados. Cuando un niño que ha crecido en estas condiciones, llega a mayor, opta por comportarse como los adultos que le rodeaban o por pasarse a la oposición y «renegar de sus padres», lo cual, naturalmente, no es una postura positiva.

El niño tropieza asimismo con dificultades, cuando los padres han intercambiado los roles sexuales, es decir, cuando es la madre «la que lleva los pantalones» y el padre se convierte en un «calzonazos». No se alude aquí a los roles marcados por la sociedad — convencionalismos comúnmente aceptados —, sino a las caricaturas de lo masculino y lo femenino. El «calzonazos» es un marido «castrado», dominado por su mujer, «que lleva los pantalones» y adopta una actitud de rivalidad u odio contra todo lo masculino y de desprecio del propio sexo. El niño no cuenta entonces con paradigmas adecuados al rol sexual que le corresponde; ello dificulta el oportuno desarrollo y vuelve problemático su futuro comportamiento con el sexo opuesto. La actitud positiva de los padres respecto de su sexualidad constituye uno de los factores más importantes y le

permite al niño identificarse con la forma, que se le muestra digna de repetición, de la forma paternomasculina o maternofemenina.

La sociedad debería ofrecerles tanto al hombre, como a la mujer, un abanico más pletórico de posibilidades, a la hora de asumir su rol sexual, para que pudieran ajustarse mejor a la multiplicidad y variedad del «ser hombre» o del «ser mujer». Una fijación unilateral de lo que debe ser *el* varón o *la* hembra y del modo como han de comportarse para ser aceptados como tales por la sociedad, procede de unas normas inventadas por el poder jerárquico o ideológico, a las que hoy día comenzamos a renunciar en favor de una emancipación de tales «roles», porque queremos liberar a los seres humanos de ataduras irracionales. El hecho de que lo masculino y lo femenino sean vivenciados de manera tan diferente, en las distintas épocas, debería bastarnos para demostrar que dichos roles son relativos y están limitados a un período, a una cultura determinada; que no se trata, como cree la mayoría, de hechos auténticamente biológicos. Cada sociedad crea sus propios roles sexuales, los que necesita, y los inculca ya en la primera infancia de sus miembros. MARGARET MEAD aporta a su libro *Hombre y mujer* ilustrativos ejemplos al respecto.

Favorecen también el desarrollo de personalidades histéricas los matrimonios desgraciados, sobre todo si tienen hijos únicos o alguno de los progenitores toma a los niños como sustitutivos del otro cónyuge. Ello no sólo supone una sobrecarga para su corta edad, puesto que se les obliga a aceptar un rol para el cual todavía no están suficientemente maduros, sino que se les impone el peso de la precocidad, a expensas de su tranquila inocencia, aun antes de que hayan recorrido las necesarias etapas del proceso evolutivo. El hijo se convierte entonces en el aliado y consolador de la madre frustrada y desengañada. Se le confían cosas impropias de sus pocos años, sin tomar en cuenta su fragilidad infantil. Para también el papel de confidente de la madre, papel que es demasiado próximo e íntimo, alimentando su animadversión al padre, con lo que rompe la relación con éste, dado que sólo lo ve con los ojos de aquella. La experiencia de poder amar a sus padres como pareja y de dirigir hacia ambos su cariño, sin sentimientos de culpa, le resulta inalcanzable. Esa precocidad inadecuada coincide aquí con los rasgos

infantiles; así se «salta» el factor de contraste con el padre, factor que contribuye a la propia maduración y que es tan importante para una ulterior autoafirmación dentro del mundo de los varones. *Mutatis mutandis*, cabe afirmar lo mismo respecto de la hija. A ambos se les arrebató la posibilidad de establecer una sana relación con el progenitor del sexo contrario.

En consecuencia, el papel impuesto al niño, que no corresponde a su modo de ser, sino que es sólo una función a la que se le fuerza, no le proporciona ninguna seguridad verdadera. La mayoría de las veces, se le continúa tratando, en otros aspectos, como niño. Semejante mezcla de «tener que comportarse como adulto» y de «ser tratado como niño» es fuente de profundas confusiones y despierta en él complejo de inferioridad, cuando ve que no puede cumplir las exigencias que cargan sobre sus hombros, porque superan el alcance de sus posibilidades.

Los padres insatisfechos por no haber logrado en la vida aquello a lo que aspiraban, pueden fomentar la aparición de rasgos históricos en el niño, cuando lo utilizan para la conquista de cuanto ellos no consiguieron. No sólo no constituyen un modelo, ni le proporcionan la guía necesaria, sino que le empujan a desempeñar un papel discrepante de sus inclinaciones naturales. Terreno abonado para la formación de estructuras histericodepresivas.

A consecuencias análogas conduce el hecho de que el niño se vea empujado a asumir el papel de «ojito derecho» de papá o de mamá. Tales niños siempre deben irradiar alegría, siempre han de ser «buenos» y no disgustar a sus papás. Se les quiere y admira por comportarse así; pero deben presentar siempre una fachada de circunstancias, que les dificulta la obtención de la debida identidad consigo mismos, a la cual llegan con retraso. El rol que ejercitan puede convertirse para ellos en una segunda naturaleza, hasta el punto de hacerles vivir por completo al margen de su propia idiosincrasia; surgirán más adelante graves crisis y depresiones, en cuanto dicho rol deje de ser válido o utilizable.

Son también un manantial de obstáculos aquellos hogares que, por los motivos que sean, difieren mucho de los corrientes y se arrojan determinado *status* social o se consideran «minoría» dentro de la colectividad. El niño aprende entonces, en su casa, a adop-

tar posturas y actitudes que, desde luego son válidas en el hogar paterno, donde incluso son gratificadas, pero que fuera se rechazan. El niño cae entonces, casi siempre en edad escolar, en algunas crisis y experimenta situaciones para las cuales se halla mal preparado o de una manera equivocada. La frustración que el choque con el mundo exterior le produce, el sentimiento de inseguridad y la sensación de ridículo, así como el amargo conocimiento de que lo que asimiló en casa fuera no le sirve, origina en él un fenómeno de regresión y de fijación a la familia. A expensas de estos hechos, se forjan estructuras mixtas histericoesquizoides.

El problema central de las personalidades históricas consiste, por tanto, en que no han encontrado la oportuna identidad consigo mismas, no logran desprenderse de la identificación con los modelos de su infancia, continúan rebelándose contra los mismos o adoptan otros roles que les son impuestos u ofrecidos.

Aparte estos ambientes, caldo natural de cultivo de la histeria, se puede desarrollar la estructura de tal personalidad en un entorno marcadamente obsesivo, como protesta contra una educación rígida, severa, que reprime cualquier impulso sano y cualquier deseo legítimo de libertad. La oposición a todas estas cosas nos arrastra a la larga a formas extremas de comportamiento según dice el proverbio alemán, «se tira al niño junto con el agua del baño», no sólo cuando se rechaza toda exagerada presión, sino también cuando se actúa de manera distinta a como se espera de uno con una actitud consciente o inconsciente de desafío. Esto explicaría la existencia de ciertos niños «díscolos», en medios especialmente austeros, pacatos o cerradamente autoritarios. No se trata entonces de una «auténtica» histeria, sino de una histeria reactiva.

Diremos de paso que antes se atribuía (exclusivamente la histeria a las mujeres, como el propio vocablo indica: «histeria» deriva del griego (*bysteria* = matriz). Hemos de preguntarnos por qué las mujeres contraían la histeria con mayor frecuencia que los hombres, lo cual quizás nos haga comprender mejor las condiciones favorables a su desarrollo. Hemos de ser cautos a la hora de admitir opiniones científicas, sin previa verificación, debido a un falso respeto a la ciencia, la cual, cuando afirma algo acerca de los seres humanos suele ser tendenciosa, de un modo consciente.

La vida de la mujer en nuestras latitudes se hallaba antaño limitada casi exclusivamente al ámbito del ama de casa, esposa y madre. El sentido de su existencia y el rol que la sociedad esperaba desempeñase giraban en torno a la familia. «En su interior, reina la recatada mujer de su casa...» dice el poema de SCHILLER *La campana*, en contraposición con el hombre, al cual se le abrían muchas más posibilidades de perfeccionamiento personal. Ello determinaba que las relaciones con el sexo contrario supusieran para la mujer un rango distinto que para el hombre. El papel social del varón era privilegiado en muchos aspectos; se valoraba más en general, lo masculino mientras que la labor de la hembra se pagaba peor. Se le mantenía en un estado de dependencia tanto desde el punto de vista jurídico, como del económico. Por verse perjudicada en todos los terrenos, limitada en sus posibilidades de despliegue, recluida entre las paredes del hogar, obligada a satisfacer más la imagen ideal y expectativas de los varones y de la sociedad, que su propio modo de ser, sometida a prejuicios colectivos, por los cuales se le negó durante mucho tiempo hasta un alma racional y más adelante una sexualidad propia, la situación de la mujer no fue nada envidiable en un régimen patriarcal. La histeria constituía entonces, por decirlo así, la única arma de que aquélla disponía para vengarse y afirmar sus deseos y exigencias contra el prepotente mundo de los hombres. Cabría sostener que «inventó» la histeria, como un comportamiento «contra el que no había nada que hacer» y respecto del cual el hombre se halla indefenso y abdicaba. La conducta histérica es tan irracional, ilógica, impenetrable e incomprensible, que el hombre se siente impotente, si echa mano únicamente de su razón y de su lógica. Distinguir lo que había en las reacciones de las mujeres de mala intención o de enfermedad, de terquedad o incapacidad, acertar con las causas de las escenas dramáticas, de los síntomas corporales, de las explosiones de desesperación, que llegan a veces hasta el conato de suicidio, eran puros enigmas para el hombre, contra los cuales se estrellaba con frecuencia, a no ser que hiciera restallar el látigo sobre la cabeza de la refractaria rebelde; destruía así definitivamente la vida en común. La sexualidad de la mujer, rebajada al nivel de unos «deberes conyugales», acababa a menudo en frigidéz, con lo que atraía sobre

sí nuevas culpas. Detrás de esta *hybris* del hombre, detrás de su afán de predominio y posesión, se agazapaba un profundo miedo a la mujer, a la «otra cara» de la vida, que se experimentaba como algo tanto más peligroso y amenazador, cuanto más parcial aparecía la sobrevaloración de lo masculino. Con la genialidad propia del inconsciente, la mujer halló el contrapeso de la «superioridad» masculina en la histeria, que suponía, al mismo tiempo, autodefensa y venganza. No constituye ninguna casualidad el hecho de que en una época en que el patriarcado se va extinguiendo paulatinamente sea más rara la llamada histeria clásica, puesto que una mujer cuya igualdad de derechos se reconoce ya no reprime las posibilidades de demostrar sus dotes y no necesita recurrir a aquélla.

De la génesis de la histeria podemos sacar las siguientes conclusiones: la represión, la infravaloración, la falta de libertad, las imposiciones y la incomprensión, por parte del cónyuge y de la sociedad, despiertan como reacción, el comportamiento histérico, independientemente del sexo. Los otros ambientes que hemos descrito como fomento asimismo de histeria tampoco tienen nada que ver con el sexo.

Hemos expuesto a grandes rasgos el sustrato genético del desarrollo histérico de la personalidad, del que surge esa característica angustia de «quedar fijado», angustia de la necesidad y de lo definitivo. A partir de la frustración que comporta para estas personalidades el no lograr el éxito apetecido mediante las actitudes que han aprendido, éxito que esperan obtener tanto más rápidamente, cuanto más frecuentes hayan sido las derrotas sufridas, experimentan muy pocas satisfacciones. Ello aumenta su afán de figurar; intentan alcanzar de nuevo sus metas con medios insuficientes, lo cual les hace meterse en un círculo vicioso, que sólo es posible romper mediante unos conocimientos y un poder adquiridos oportunamente. Se comprende así su gran inclinación a caer en tentaciones: su insatisfacción general respecto de sí mismas y de la vida las vuelve hambrientas de estímulos; van constantemente a la caza de nuevos incentivos, de cambios, que esperan les conduzca al punto deseado. Creen siempre que lo que hay que modificar reside fuera y no dentro de ellas mismas. El reconocimiento de este hecho constituye el primer paso hacia la curación.

El remedio consiste no en escapar, sino en aceptar las reglas de juego, ordenaciones, leyes y lógica de la realidad, en la disposición a tomar conciencia de sí mismas y madurar. Hay que tener el valor suficiente para asentir a lo auténtico y mostrarse animado a realizar las necesarias renunciaciones, misión que nos incumbe a todos. Únicamente así puede la realidad presentarles sus aspectos positivos y otorgarles cierto grado de satisfacción y plenitud, que también para estas personalidades resulta viable.

Es curioso que el concepto de histeria se utilice en tono despectivo. Somos, en general, más comprensivos con las personalidades obsesivas, depresivas o esquizoides; tendemos a considerarlas como «pacientes», como individuos que sufren. Pero cuando calificamos a alguien de histérico, la mayoría lo asociamos a algo que parece justificar la propia superioridad moral. Quizás ello dependa de la opinión generalizada de que el histérico se «hace el enfermo», de que podría comportarse razonablemente, «si le diese la gana», etc. Tal vez nuestra postura obedezca a haber recibido y conservado viejos prejuicios. Sin embargo, de las historias clínicas que hemos expuesto a lo mejor se desprende que se trata de una enfermedad con un proceso demostrable y que la persona en cuestión es también un «paciente», como otros. Acaso refuerza nuestro prejuicio el hecho de que sean las personas más favorecidas por la vida las que suelen caer en la histeria y a las que, por decirlo así no queremos reconocer el derecho a enfermar; pero en cuanto se conoce su biografía, nos vemos obligados a revisar nuestra tesis. En definitiva, todos sufrimos a causa de un pasado no bien elaborado. El que posee un carácter que le ha permitido configurar provechosamente su vida, puesto que recibió de ella más beneficio que daño, debería de mostrar una mayor comprensión y tolerancia respecto de aquellos que no han sido tan afortunados.

Ejemplos de vivencias histéricas

Una mujer acaudalada acude a mí, a causa de su hijo, de 16 años, ya que cree tener motivos bien fundados para temer en él tendencias homosexuales. El diálogo que mantuvimos puso de manifiesto que lo más importante para

ella era aparecer bajo la luz, lo más favorecida posible, tanto en sentido figurado, como en sentido literal: adelantaba la silla para que destacara el lado mejor de su rostro y dejaba en la penumbra una mejilla un tanto hinchada; se disculpó, porque le habían extraído una muela aquella misma mañana. Se alababa a sí misma generosamente como madre, pero criticaba y menospreciaba a su marido. Durante la conversación que sostuve con el hijo, me enteré de los detalles siguientes: el matrimonio de los padres arrastraba grandes problemas desde hacía años; pero no querían divorciarse, por razones de prestigio social. La madre emprendía largos y frecuentes viajes, a los que llevaba siempre a su hijo. Éste cumplía el papel de caballero acompañante. Madre e hijo se hospedaban en hoteles de lujo. El hijo durmió, hasta pasada la pubertad, en el mismo cuarto que la madre. Ésta era una mujer atractiva y se sentía halagada, cuando, al permitirle ver su cuerpo, mientras se vestía y desnudaba, despertaba en él la curiosidad y la excitación contenidas, así como la turbación, que ella encontraba «deliciosa». Se dejaba adorar por su hijo, como si fuera un paje; pero cuando el hijo, poseído del papel que se le había impuesto, encargaba algo por su cuenta en el comedor del hotel, ella le hacía volver delante del *maitre*, a su posición de niño pequeño, que nada puede hacer sin el consentimiento de los mayores. La única función que le incumbía en la de homenajear a la madre y servirle de juguete. Esta mujer había minado seriamente las relaciones del hijo con el padre; le hablaba al primero mal del segundo y reaccionaba con celos, si los veía aproximarse. El padre se daba cuenta, a su vez, del alejamiento del muchacho, pero no descubriría posibilidad alguna de ganárselo, ya que su esposa jugaba en todo con ventaja, incluso por lo que al tiempo se refiere, puesto que el hijo estaba casi siempre pegado a sus faldas. El buen señor, por su parte, sentía repugnancia al solo pensamiento de indisponer a su hijo contra la madre para atraérselo del modo que ella lo hacía; pero el chico lo interpretaba como signo de indiferencia y casi como el reconocimiento de la culpa de su progenitor: su madre tenía razón seguramente, al no parar de decirle que le quería más que su padre, porque éste no se interesaba gran cosa por él. Así pues, la mujer lo utilizaba a placer para sus fines y como objeto de venganza contra su marido, sin que le importase, ni poco ni mucho, el daño que así le causaba al hijo. Se resarcía de las frustraciones experimentadas en su matrimonio, de las que echaba la culpa exclusivamente a su marido, el cual, según ella, «le ofrecía demasiado poco».

Era la hija única de un matrimonio cargado de problemas, una niña encantadora, que la madre utilizaba para satisfacer su propia necesidad de figurar. A la edad de 4 años, ya la dedicaron a presentar vestidos infantiles en desfiles de modas. La madre se sentaba al pie de la pasarela y observaba a la niña, aterrorizada ante la sola idea de fallar, de moverse torpemente, etc. En efecto, la mirada dura y fría de su progenitora se mostraba pronta a registrar cualquier pequeño «error». Si todo salía bien, la madre corría a besarla y abrazarla tiernamente delante del público al que brindaba una conmovedora

estampa de amor materno; pero si había habido algún traspies, durante el acto, la reprendía duramente en casa y continuaba entrenándola entre amenazas, para que el incidente no se repitiera. La niña fue adquiriendo la experiencia de que para merecer el cariño de su madre no debía decepcionarla. Por otro lado, fue sobrevalorando las ventajas puramente externas hasta convertirlas en el único valor auténtico. La admiración teñida de envidia de los demás niños suponía para ella un consuelo muy pobre. Más adelante, se transformó en una de las modelos más cotizadas. Logró muchos éxitos, enturbiados por un creciente temor a envejecer, ya que toda su existencia y todos sus sentimientos sobre la propia valía giraban en torno a sus encantos físicos; actuaba lo mismo con sus pretendientes. Tuvo «ligues» con muchos hombres, pero quedaba insatisfecha, pues añoraba vagamente un «gran amor». No quería pasar de los 30 años, porque creía que más allá de esta edad, la vida carecía de sentido. Reaccionaba con profundas depresiones al menor aumento de peso. Su madre la vigilaba estrechamente y estaba al tanto de su valor en el mercado. Le procuraba además un trato asiduo con hombres adinerados; esperaba encontrar un yerno rico que le proporcionase seguridad en su vejez. Un conato de suicidio, casi consumado, le hizo acudir, finalmente, a un tratamiento de psicoterapia y le permitió ahondar en la miseria que se ocultaba tras la bella fachada, que tantas mujeres envidiaban. Un destino típico, en muchos aspectos, de esta profesión y de otras similares.

Cierta mujer con fuertes rasgos histéricos se propuso dominar a su marido. En su propia familia, el padre resultaba una figura más o menos cómica; sólo servía para mantener el estándar de vida; era «muy poquita cosa» («quantité négligeable»). La paciente consideraba, a su vez, al marido como pura fuente de ingresos; se veía apoyada en todo por su madre, en cuya casa pasaba más tiempo que en la propia. La suegra no se recataba al manifestar el desprecio que sentía por su yerno; opinaba que su hija «merecía algo mejor». El yerno era profesor; tenía «un puesto seguro» y derecho a una pensión, pero no había que esperar de él grandes riquezas. La madre incitaba constantemente a la hija a sacarle a su marido cuanto dinero la fuese posible y a llevar una vida de comodidades. El consejo no cayó en saco roto: se movía a capricho y descuidaba el cuidado del hogar. No quería tener hijos y alimentaba la convicción de que su marido estaba contento por poder amar a una mujer tan encantadora y deseable como ella. Al hombre, en efecto, le hizo gracia, al principio, el carácter pintoresco de su mujer; confiaba en que los aspectos difíciles de su matrimonio se resolverían, al tener descendencia; pero esto no sucedió; además, la mujer no quería renunciar a los estrechos lazos que le ataban a su madre. Continuaba siendo más hija, que esposa. Por tanto, el alejamiento entre ambos cónyuges se fue haciendo cada vez mayor. Así, pues, cuando el marido se enredó con otra mujer, la paciente olvidó la parte que a ella le había cabido en las desavenencias conyugales y se cibió al hecho actual de la infidelidad del esposo. Se resistió a recapacitar acerca de su propia actitud y comportamiento, lo cual hubiera

supuesto una verdadera oportunidad para examinar a fondo la situación y establecer un diálogo constructivo; pero hubiera sido pedir demasiado: reconocer la realidad, tomar, crudamente, conciencia de sí misma, desarrollar un esfuerzo a todas luces excesivo.

En este caso, la mujer no se había desligado aún de su familia, sobre todo de su madre; había permanecido profundamente identificada con ésta; había adoptado, sin actitud crítica alguna por su parte, los puntos de vista y la escala de valores de su progenitora. Las fijaciones prolongadas a figuras familiares, fijaciones que no se logran romper, son características de las personalidades histéricas. He aquí otro ejemplo, en el que vamos a describir con algo más de detalle el sustrato ambiental:

La señorita P. era hija única de un matrimonio muy conflictivo. El padre era un político brillante; pero en casa se mostraba tiránico, arbitrario e intollerante; un auténtico déspota. La madre, que procedía de una familia en la que los hombres disfrutaban de prerrogativas patriarcales y las mujeres se hallaban relegadas a un segundo plano, continuaba siendo en su matrimonio la pequeña burguesa anodina que había sido de soltera; aparecía tímida e incapaz de vivir con independencia; pero se aferraba con obstinación a los prejuicios y opiniones que habían dominado en su ambiente. Intentaba formarse un juicio personal acerca de los demás o de cuestiones importantes de la vida; pero se agarraba tanto más rígidamente a lo tradicional, cuanto más insegura se sentía de sí misma. En realidad, se movía en un «mundo de verdades» en el que no existían problemas. Sabía siempre cómo debía comportarse, a la luz de las normas vigentes de su estamento social.

Admiraba incondicionalmente a su marido, y descargaba en él la responsabilidad de tomar las decisiones («Tú entiendes más que yo de eso», «Estoy completamente de acuerdo contigo»). Entendía que como esposa tenía que aceptar las ideas y acatar las órdenes de su esposo; se subordinaba enteramente a él y así anulaba en el matrimonio, todo diálogo fructífero, cosa que, por lo demás, le tenía sin cuidado al marido. Éste se sentía satisfecho por haber encontrado en ella un ser tan dócil, que le adoraba y atendía solícitamente, cuando regresaba de cualquiera de sus frecuentes viajes. Como contrapartida, se aburría al verla tan sosa y con tan poca personalidad. Dada la poca estima en que ella misma se tenía, el político dejó de considerarla y muy pronto comenzó a fiirtear con otras mujeres. Ella se enteró. El marido no lo negó; pero no hubo divorcio, puesto que ella habría tenido que llevar entonces una vida independiente y él, si continuaba casado, podía proseguir con sus aventuras, sin perder un hogar, ni exponer su reputación. Ella reaccionó con impotencia a esta situación y se limitó a unos reproches y escenas

de desesperación, con lo cual no consiguió sino hastiarle y alejarle aún más. Todo quedó en tablas. Sólo sucedió que ella, en su angustia, se aferró con fuerza a su hija. Muy pronto empezó a confiarle sus preocupaciones, hasta el punto de obligarle a desempeñar un papel inadecuado para su edad; logró al fin que empezara a considerar a su padre como una mala persona, como un horrible ejemplo de cómo son en general los hombres. La hija se apegó a la madre, ya que ésta la mimaba y estaba siempre más a su lado, que el padre, hombre muy ocupado, tantas veces ausente a causa de sus viajes, colérico y víctima de reacciones imprevistas.

El padre empezó a interesarse por su hija, cuando ésta llegó a la pubertad; se había convertido realmente en una muchacha muy atractiva. La halagaba y prefería sin rebozo a su madre; comentaba elogiosamente su figura y la acariciaba de un modo algo más que paternal. Entre ambos se estableció una relación teñida de erotismo, merced a la cual ella fue haciéndose consciente de sus atractivos físicos; pero todo esto acarrió una difícil situación afectiva, ya que el comportamiento del padre la convertía en rival de la madre, de la cual tanto necesitaba por la confianza que había depositado en ella y porque la tenía siempre a su disposición. Por un lado, se sentía complacida con el cariño masculino del padre, que le proporcionaba un cálido sentimiento de la propia valía, algo completamente nuevo para ella; por el otro, se veía invadida por un sentimiento de culpabilidad respecto de su madre, ya que ésta, cuando el padre se hallaba presente, se veía postergada al mero papel de ama de casa; el padre le reservaba a la muchacha lo más agradable: salidas, vida de sociedad, etc. Ésta alimentaba, sin embargo, una secreta sensación de triunfo, por haber desplazado a su madre; sólo temía jugarse el cariño de ésta, que, en último término, a pesar de sus miras estrechas y de su mezquindad, había sido siempre la depositaria de sus cuitas y le brindaba en todo momento, consejo y apoyo.

Por todo ello, se notaba zarandeada por sentimientos contradictorios: el padre era el representante del «gran mundo» y por su estilo de vida evocaba en ella vagas expectativas y representaciones de una existencia cuyos alicientes le estaban vedados a su madre. Ésta tendía más bien hacia la austeridad y la modestia y experimentaba miedo a introducirse en un mundo en el que no podría afirmarse jamás y en el que le habían arrebatado a su marido.

Todos estos problemas se agudizaron, cuando los padres procedieron a separarse, pero sin divorcio. El padre se fue a una ciudad más importante y la madre se vio sola con su hija en el ambiente habitual. Con la marcha del padre, el «gran mundo» pareció venirse abajo para la muchacha, la cual se apegó aún más, si cabe, a su progenitora, porque era lo único que a ésta le quedaba. La mujer, mediante los mimos y sentimientos de culpa que despertaba en su hija, cada vez que intentaba escabullirse y dejarla sola, procuraba vincularla más estrechamente a su persona; repetía así la actitud que ya había adoptado respecto de su marido. Desengañada del padre, la hija procuraba obtener de la madre cuanto podía, a lo cual esta última se hallaba

más que dispuesta. Se identificaba inconscientemente con el padre, con lo cual intentaba compensar su pérdida, para tiranizar a la madre y tratarla como él lo había hecho antes. Ambas mujeres prolongaban así la antigua situación conyugal, con un mero cambio de papeles por el que la hija sustituía al padre. Criticaba a la madre igual que lo había hecho el padre, se dejaba mimar y servir; descargaba sobre ella su insatisfacción y sus cambios de humor, que la primera soportaba por miedo a perder a la segunda.

La muchacha sólo veía a su padre de tarde en tarde, cuando él la invitaba a la gran ciudad. Mientras tanto, se había convertido en una mujer más atractiva que nunca. El padre podía pasear por la calle con ella, ya que los hombres se volvían para mirarla, lo cual le llenaba de legítimo orgullo. Era poco generoso con la madre, por lo que ésta y la hija habían de vivir con bastante modestia; pero los días que tenía a la muchacha a su lado se mostraba sumamente pródigo. La acompañaba a restaurantes de lujo, le compraba vestidos caros, joyas, la llevaba a la ópera, etc. Todo eso había surgido como en un abrir y cerrar de ojos; pero se apagaba también bruscamente y por tiempo indefinido. La joven debía volver al lado de su madre, al mundo «pequeño burgués» de ésta, en cuyo ámbito ya no armonizaban en modo alguno los trajes elegantes, ni las joyas, ni el cúmulo de ilusiones vividas, que sólo contribuían a aumentar su descontento.

Así aprendió a aspirar a cosas que no podía conseguir por su propio esfuerzo, cosas que le exigía a la vida como si la correspondiesen por derecho propio. No le faltaba razón, pues el estilo de vida del padre las había puesto a su alcance. Si él se hubiese preocupado más por ella, su existencia habría sido muy distinta. La madre le facilitaba todos los caprichos que podía, por temor a quedarse en la estacada. No estaba, pues, interesada lo más mínimo en que la muchacha aprendiese algo útil, ya que de haberlo hecho, la «soledad de dos en compañía» hubiera zozobrado. El padre opinaba que su hija no tenía necesidad de trabajar, actitud que no es raro encontrar entre las autoridades (*selfmade men*). El orgullo respecto de aquello «que pueden permitirse», porque lo han logrado por su propio empeño para sí mismos y sus descendientes, les convence de que sus hijos no tienen esa necesidad de trabajar; pero no tienen en cuenta las consecuencias que semejante postura puede acarrear. La propia paciente no sentía marcada inclinación por ninguna profesión concreta; con ello exteriorizaba quizás una venganza inconsciente contra sus padres, que cabría formular de la siguiente manera: «Ya que me habéis dificultado de tal modo las cosas, que ya no sé por dónde ando, podríais, al menos, seguir velando por mí.» Esto nos recuerda el dicho alemán: «Le está muy bien empleado a mi padre el que yo me hiele las manos, porque no me compra guantes», refrán teñido de humor negro, detrás del cual se oculta un grito de desesperación.

Así creció la señorita P. Era encantadora, refinada, sabía vestir bien y llevar una conversación. Poseía el ingenio, pero no la capacidad y el tesón de su padre. Como no estaba acostumbrada a trabajar, vivía como una especie de

«Bella Durmiente» que aguarda al príncipe que la ha de liberar; pero ese príncipe nunca llegaba, puesto que no tenía acceso al círculo de la alta sociedad y, por otra parte, los otros hombres, más sencillos, «tenían muy poco que ofrecerle». Encubierta por una actitud de arrogancia, presunción y externa seguridad continuaba siendo una niña insegura, inhibida y fijada a su madre. Se veía obligada a esconder esta inseguridad a sus propios ojos y a los del mundo, detrás de una fachada de suficiencia. Se acostumbró a hablar con voz ligeramente nasal, lo cual le parecía muy distinguido. Daba a primera vista la impresión de ser una dama perteneciente a «la mejor sociedad», algo aburrida, sí, pero con mucha «mundología».

A partir del sustrato que acabamos de delinear, la señorita P. comenzó a experimentar una creciente angustia. Ya no podía hacer nada sin su madre, ni siquiera salir a la calle. Contrajo una neurosis de ansiedad, con una acusada sintomatología, que redundaba en síntomas corporales tales como palpitaciones, sensación de vértigo e insomnios; por ese motivo, empezó a recorrer las consultas de los médicos, acompañada siempre por su madre. Le remitían las correspondientes facturas al padre, el cual no tardó en negarse a pagarlas. Desplazó la angustia propiamente dicha, la angustia de la realidad, tener que valerse por sí misma, tener que aprender algo y tomar decisiones claras acerca del modo como quería configurar su vida, así como la urgencia de renunciar a sus actitudes infantiles; a dicha sintomatología, por la cual se dispensaba de moverse a resolver sus conflictos, ya que «estaba enferma». La neurosis de ansiedad mantenía las siguientes funciones: 1.º fijarla a su madre, como elemento protector y amortiguador frente al mundo; 2.º aborrrarle la frustración de reconocer, al plantearle grandiosas exigencias a la vida — exigencias a las que consagraba lo mejor de su fantasía — que carecía de las necesarias aptitudes; 3.º vengarse de sus padres; 4.º permitirle eludir todo cuanto le resultaba desagradable.

Naturalmente, este caso está muy simplificado, diríamos que como esbozado; pero, dentro de las posibles variaciones que un ambiente favorecedor de la histeria puede presentar, nos consiente vislumbrar multitud de rasgos típicos, que vamos a resumir seguidamente: unas difíciles relaciones conyugales que comprometían a la hija — hija única por más señas — de un modo nada adecuado a su edad; falta de auténtica dirección y de modelos específicos correspondientes a su sexo; un medio familiar lleno de contradicciones, con muy pocas posibilidades de orientarle acertadamente en el mundo; fijación demasiado prolongada a uno de los progenitores; falta de capacidad y de sólidos conocimientos; un despertar de vagas e ilusorias expectativas para el futuro y, como resultado, una identificación consigo misma aún no lograda.

La señorita P. no supo nunca definir propiamente lo que era la «realidad»: si la representada por el «gran mundo» del padre o la limitada, pero cálida y superprotectora de la madre. ¿Cómo tenía que ser ella misma? ¿Una gran dama?; pero, ¿de qué manera? ¿O tendría que volverse como su madre? Esto último, evidentemente, no la seducía. ¿Qué iba a hacer, cuando la madre muriera? No quería ni pensarlo. Por mucho que entristeciera a su madre y se aprovechase de ella, acababa por regresar al redil y tornaba a ser buena y cariñosa, a fin de conservarla a su lado el mayor tiempo posible. Cabe comprender así el callejón sin salida que suponía la relación entre ambas mujeres: se necesitaban demasiado la una a la otra como para tratar de separarse. La adultez psíquica de cualquiera de ellas habría amenazado la neurosis de la otra — neurosis que las defendía mutuamente —, les habría obligado a ambas a recorrer unas etapas de maduración que les daban miedo. La enfermedad de la hija fue un toque de alarma de su lado sano, que le advertía a veces que las cosas no podían continuar así indefinidamente.

Ulrike era la menor de 3 hermanas. Sus padres habían deseado que fuese varón. Como no sucedió así, sufrieron una decepción; pero se mantuvieron aferrados a su deseo y procedieron a educarla como a un chico. La llamaban Uli, la vestían con ropas de hombre y la hacían llevar el pelo corto. Le repetían constantemente que parecía un muchacho, lo cual sonaba a sus oídos como música celestial. Tanto y tanto se machacó esa idea que, al fin, adoptó los usos y costumbres del varón. No jugaba más que con chicos y se esforzaba por hacer lo mismo que ellos. Se ponía hueca, cuando alguien le decía que se podía medir con cualquier muchacho. Se sintió desgraciada, cuando en la pubertad comenzaron a aparecer los signos sexuales femeninos secundarios. Durante el período de la menstruación, se mostraba especialmente activa, para no quedar rezagada respecto de sus compañeros. Comoquiera que se había desarrollado hasta constituir un tipo muy especial de muchacha con aspecto de efebo, comenzó a atraer muy pronto a los hombres. Hasta entonces no había tenido con el sexo contrario sino un trato de camaradería. En cierta ocasión se fue de viaje, un fin de semana, con un sujeto, con aire despreocupado e ingenuo — como era lógico, en su caso —; por eso se indignó y reaccionó violentamente, cuando dicho sujeto le pidió algo que no entraba en absoluto en sus cálculos.

El padre, que adoraba a sus hijas y alimentaba en beneficio de ellas grandes proyectos, era uno de esos «inventores» que están esperando siempre su oportu-

tunidad, la cual nunca llega. Toda la familia seguía con interés y compadecía al «pobre papá», que era tan inteligente y, sin embargo, no era reconocido como tal.

Ulrike había cosechado algunos éxitos, en el curso de unas sencillas representaciones teatrales del colegio, y había manifestado un cierto talento como actriz. El padre, de pronto, intentó satisfacer sus ambiciones no colmadas, por mediación de su hija: tenía que convertirla en estrella. Le mandó asistir entonces a unos cursos de declamación. Por suerte o por desgracia, buscaban un personaje como el de ella para una obra teatral y recibió su primer papel importante; esto se debió más a su tipo, que a su capacidad. Luego, le dieron otro papel. El padre se dedicó a enviar un sinfín de cartas a empresas y agencias teatrales, con fotos de su hija y exageradas descripciones de su talento. De vez en cuando, les citaban para entrevistas. Como no poseía dotes relevantes como actriz, se sentía doblemente inhibida, a causa de las desmedidas alabanzas y las esperanzas que su padre tenía puestas en ella, y fracasaba. Sin ceder en sus aspiraciones de hacer carrera como actriz, intentó buscar otra colocación, para cuyo desempeño contaba con muy poca preparación: en consecuencia, se veía despedida o renunciaba ella misma, después de un período de prueba. A los 25 años, inició un tratamiento psicoterapéutico, por ciertos estados de angustia (agorafobia) que padecía: no podía salir sola de casa y era incapaz de trabajar. Éste era el modo como su desorientación y desvalimiento se expresaban.

Este ejemplo es característico, respecto de la dificultad de la mujer para integrarse en un rol femenino y de las trabas que para un hijo supone tener que satisfacer las expectativas de sus padres, sin disponer para ello de las aptitudes requeridas.

Consideraciones complementarias

Las personalidades histéricas viven a expensas de una pseudo-realidad, en todos los terrenos posibles. La cuestión de la autenticidad constituye su problema capital; es el reflejo íntimo de su huida de la realidad, mediante la representación de ciertos «papeles».

La religión se convierte fácilmente para ellas en un conjunto de creencias pragmáticas, sin compromiso alguno. Jamás puede saberse si utilizan a la Iglesia para «sacar tajada». Aquí es frecuente usar la máscara de la autenticidad. Basta con «cubrir las apariencias». La idea de que, por medio del arrepentimiento y la confe-

sión, queda uno libre de toda culpa y puede comenzar de nuevo como si acabase de nacer, semeja un señuelo para estas personalidades. Les agrada en gran manera la representación de un Dios personal, en el sentido de un padre bueno, que les ama a ellas en especial y que puede mostrarseles en cualquier momento. Así permanecen, en cuestiones religiosas, como niños inmaduros e ingenuos, a la caza de milagros; se dejan seducir por promesas de salvación que no exigen gran esfuerzo. Por eso, eligen las sectas y confesiones que satisfacen su afán de sensaciones. Como pacientes, en psicoterapia, preferirían dejarse hipnotizar, porque esperan verse libres de sus dificultades en un abrir y cerrar de ojos, sin apenas tener que luchar.

Por lo que respecta a la ética, albergan actitudes ingenuas y no comprometidas, similares a las expuestas. Les encanta la posibilidad de darle a todo un valor relativo y de situar el «chivo expiatorio» fuera y no en su interior. Ello dificulta la formación de una acertada conciencia de sí mismas y de una autocrítica veraz, lo cual les impide sacar sabias conclusiones de las crisis que atraviesan.

Advertimos en estas personas algo que es común al género en mayor o menor grado. En efecto, todos hemos de atravesar fases evolutivas de nuestra infancia, que nos troquelen, pese a los esfuerzos y temores inherentes. Conocemos asimismo la existencia del proceso de proyección, de descarga de los propios defectos y sentimientos de culpa sobre otros, entre los grupos y colectividades, donde desempeña un papel preponderante y peligroso. En estos casos, hace falta un «enemigo» sobre el que cargar tales proyecciones. Se tiene incluso la impresión de que si no hubiese enemigos habría que inventarlos para alivio de los propios pecados. Pueblos enteros, razas y comunidades religiosas suelen «verter sus inmundicias en estercoleros ajenos». Esta inclinación a evacuar la conciencia puede ser aprovechada por magnates sin escrúpulos con fines políticos o ideológicos. Tales proyecciones incontroladas son manipuladas desde las alturas del poder, para intervenir de un modo decisivo, como sustrato psicodinámico, en guerras, racismos, odios tribales y luchas religiosas. Constituye una necesidad humana general el querer liberarse de un pasado bochornoso y culpable. En contraposición con la personalidad depresiva, que se considera a sí

misma responsable de multitud de cosas, el histérico tiende a olvidar o a negar su propia culpabilidad. A aquello que de histérico hay en nosotros le iría muy bien que nuestras faltas se diluyesen y borrasen con el tiempo.

Como padres y educadores, las personas con rasgos histéricos son capaces de entusiasmar y arrastrar a los demás. Poseen una asombrosa facultad de sugestión, pueden convencer y darle al niño la sensación de que la vida es hermosa y merece vivirse. Su afectividad tiene más de espontánea, que de uniforme. Los pequeños juzgan a sus padres dignos de ser amados, los admiran y están orgullosos de ellos. El hogar muestra un ambiente acogedor y hospitalario. Muchos envidian a estos niños por tener a tales padres..., sólo hasta que se descubre que se trata de una mera fachada. Cuando la estructura histérica es muy destacada, la dificultad arranca de la falta de continuidad en la educación. Alternan los mimos con las frustraciones, de modo que le hacen difícil al niño la tarea de orientarse; nunca saben a ciencia cierta los hijos con qué carta quedarse, ya que el comportamiento de los adultos depende demasiado de su estado de ánimo de su escasa objetividad. Suelen crear una atmósfera psíquica variable, sujeta a bruscas fluctuaciones, que ejerce sobre el niño un efecto desastroso y le vuelve inseguro. Con frecuencia despiertan en el chico falsas expectativas para el futuro. Cuando lo han frustrado o tienen que exigirle una renuncia necesaria, le hacen vagas promesas relativas a un porvenir lejano e indeterminado («Cuando seas mayor...»), con lo que le impiden recapacitar acerca de los motivos por los que tiene que evitar o abstenerse de algo; cada renuncia va unida entonces, en la mente del pequeño, a la esperanza de una gratificación. Ello suscita en él cierta aspiración peligrosa a un futuro lleno de cosas maravillosas, pero de características nada concretas; fomentan así sus ilusorias representaciones desiderativas, en lugar de mostrarle la realidad.

No le suministran instrumentos útiles y adecuados para el camino que ha de emprender, ni apenas experiencias fructíferas, sólidas y razonables, lo cual sienta las bases de futuros desengaños y frustraciones respecto de sí mismo y de la vida. Por una parte, se lo atraen demasiado estrechamente a sus personas; por otra, lo

rechazan bruscamente cuando se convierte para ellas en una carga y una responsabilidad o cuando solicita ayuda y comprensión. El pequeño se siente entonces abandonado y se da cuenta de que las muestras de cariño no eran más que palabras huecas. No toleran las críticas infantiles y las toman como una ofensa directa. Difícilmente admiten sus propios errores, pero no como el sujeto de estructura obsesiva, por exigencia de poder y perfeccionismo, sino por orgullo y amor propio heridos. Si el hijo les pide cuentas, no razonan, antes bien, protestan que siempre han querido lo mejor para él; se ponen a enumerar la cantidad de sacrificios que se han impuesto por su causa, hasta que el hijo se ve asaltado por sentimientos de culpa, en razón de su «ingratitude». Buscaba atención y soluciones para sus problemas; en cambio...

Supone asimismo un riesgo evidente la tendencia a «educar» a los hijos para «niños modelo» y lucimiento de los mayores. Aquellos han de tener cuidado en no defraudarles, ya que perderían su cariño. En general, estas personalidades histéricas corren el peligro de asignarle al niño un papel, un rol, en parte, porque se aprovechan de él para realzar su propio prestigio y, en parte, porque le obligan a hacer sus veces en aquello a lo cual en un tiempo aspiraron, sin obtener cumplido eco. Recuérdese el caso de la paciente que era maniquí.

En política, las personalidades histéricas se inclinan más bien por los partidos revolucionarios, tanto por necesidad de sensacionalismos, como por unas expectativas y descontento vagos respecto del porvenir; pero su rebeldía no posee la dureza y lógica de los esquizoides. Creen en el progreso, en muchos casos ingenuamente, porque, dicen, lo último es nuevo y distinto. En este sentido, son el polo contrario de las personalidades obsesivas, las cuales se aferran a lo antiguo, puesto que es algo conocido y comprobado. A juicio de ANDRÉ MAUROIS, BEN DISRAELI fue un político de gran porte con rasgos histéricos. Tales individuos son oradores capaces de galvanizar a las masas; pero les gusta prometer demasiado. Suelen ser caudillos a quienes interesa más poner las cosas en marcha, señalar caminos nuevos, que realizar una labor profunda y silenciosa, pero necesaria para llevar sus ideas a la práctica. Pueden ser también políticos expertos en el arte de sugestionar a sus electores: utilizan

los secretos deseos de éstos para encumbrarse. Viven con arreglo al principio de que «después de mí, el diluvio» y se desentienden del maremoto que desencadenan. En ocasiones, son jugadores que arriesgan mucho, pero que, después de cada tropiezo, vuelven a ponerse en pie, como un «tentetieso».

Desde el punto de vista social, poseen dotes que les capacitan para todas aquellas profesiones que exigen un contacto personal: oportunas elasticidad y flexibilidad, capacidad de adaptación, don de gentes. Se trata de profesiones que colman su afán de figurar, su deseo de influir en los demás. Les atraen todas aquellas actividades en las que pueden «representar» algo o alguien, en las que se ostentan cargos y dignidades que proporcionan un relieve simbólico, ya que se identifican en gran manera con los mismos. Para ellos, el puesto o distinción constituyen no tanto un deber, una obligación — es el caso de los sujetos de estructura obsesiva —, cuanto la posibilidad de acrecentar el brillo y ensalzar la propia personalidad; por eso, les encantan los títulos y las condecoraciones. Les seduce todo tipo de trabajo que permita desarrollar la capacidad de contacto, satisfacer la necesidad de relación con los demás y tener público. Ahí está el locuaz representante de comercio o el vendedor convincente, sugestivo, capaz de darle gato por liebre a un cliente o de hacerle salir vestido de pies a cabeza a aquel otro que sólo quería comprarse una corbata. Se les encuentra siempre allí donde lo importante es el encanto personal, la simpatía o el atractivo físico; allí donde lo que interesa es la soltura, el afán espontáneo de alcanzar una meta, la capacidad de improvisación; allí donde se consigue el triunfo, a partir de la sorpresa y de lo imprevisto. Prefieren las profesiones que prometen satisfacer unas esperanzas generales de alternar con la alta sociedad o que ponen a uno en relación con ella: modelos fotográficos, maniqués, ejecutivos de empresa, joyeros, esteticistas, así como empleados del ramo de la hostelería. En su labor, se orientan más hacia las personas, que hacia los hechos en sí, por lo que la realización de cualquier cosa depende sobremanera de aquellos para quienes se lleva a cabo. Si poseen dotes suficientes, pueden sublimar con un sentido artístico las disposiciones y cualidades que los adornan: una intensa capacidad de inspiración y expresión, así como el placer de la repre-

sentación, sobre todo en ocupaciones relacionadas con el espectáculo (actores y actrices de teatro y cine, bailarinas, etc.).

La vejez y la muerte son las últimas realidades inevitables de nuestra vida, por mucho que se quieran ignorar. Como no están habituadas a aceptar y someterse a las necesidades, las personalidades histéricas tienden a cerrar los ojos a las mismas todo el tiempo que les sea posible. Existen, naturalmente, la vejez y la muerte, no cabe negar su presencia; pero más bien en los demás, que en uno mismo. Los sujetos en cuestión intentan, por tanto, mantener la ilusión de una juventud eterna, de un futuro ilimitado y lleno de posibilidades. Son especialmente receptivos a todos aquellos métodos y prácticas que rejuvenecen, así como a las doctrinas que ofrecen una supervivencia ultraterrena, mejor si es de la propia persona. Una de las consecuencias de tal escotomización de la muerte suele ser que no hacen testamento a tiempo, ni dejan en orden sus asuntos, con lo que no es raro dejen detrás de sí una situación caótica. Tampoco es raro que, una vez llegan a viejos, sometidos a la presión de su próximo fin, den un giro aparentemente radical a la orientación de su vida, y a su comportamiento, según el dicho popular: «El diablo hartado de carne se metió a fraile». Vistas más de cerca, tales actitudes aparecen más bien como oportunistas, por lo que se vuelve dudosa la autenticidad de su transformación. Aquello que quizás les resulta más difícil es envejecer con dignidad; pero en cambio son capaces de embellecer su pasado con recuerdos, que han alterado de acuerdo con sus deseos, y en los que se presentan como protagonistas. Algunos son capaces incluso de morir de manera brillante, de convertir su mutis de la escena del mundo en un espectáculo impresionante, por su heroica grandeza.

El arte, en todas sus modalidades, es el dominio preferido de las personalidades histéricas; aquello que crean es un portador inconfundible de su sello personal; en ocasiones, tienden a un cierto exhibicionismo. Son buenos literatos del género epistolar y excelentes autobiógrafos. El colorido, la originalidad y la vitalidad de su estilo son admirables. No suelen conceder demasiada importancia a lo formal. Se inclinan especialmente por cuanto atañe a la fantasía y a las ensoñaciones, lo cual comporta el riesgo de que dicha fantasía no busque una anticipación de su vida, sino que los desvíe

hacia un mundo de ensueños y apetencias alejados de la realidad. Tan sólo el artista es capaz de configurar algo verdaderamente bello.

Los sueños de las personalidades histéricas, por cuanto reflejan una problemática específica, asisten al cumplimiento de unos deseos; contienen siempre algo ilusorio, ya que las leyes de la realidad no rigen para ellos, de modo que todo sucede como en un cuento. Sueñan con soluciones mágicas para sus conflictos. Así, por ejemplo, en circunstancias comprometidas, pueden de pronto echar a volar o desplegar cualidades preternaturales; incluso cualquier «*deus ex machina*» puede irrumpir de repente y salvar la situación. No es infrecuente que la angustia profundamente reprimida se exprese en los sueños, por medio de fenómenos como éstos: la tierra firme cede bajo los pies o se encuentra uno ante un abismo. Son situaciones que pueden equipararse a la del jinete de la leyenda, que galopó toda una noche sobre el helado lago de Constanza, sin saberlo. Sus sueños son casi siempre ricos de color, movidos, llenos de acontecimientos — tales sujetos suelen recordarlos, aunque sean muy largos —. No es tampoco infrecuente que la solución de una difícil tarea, que costaría muchos esfuerzos, no sea realizada por el propio soñador, sino por otras personas.

Si trazáramos una línea ascendente de estructuras histéricas, que arrancara de los sujetos sanos con rasgos histéricos, pasara por las personas con trastornos ligeros y concluyera con los individuos gravemente alterados, adoptaría poco más o menos el siguiente aspecto: vivacidad, impulsividad, acentuado afán de figurar y un intenso amor propio; necesidad narcisista de corroboración ajena y de ser el centro; sobrevaloración del impulso de destacar y del deseo de contacto; hijos fijados a la madre e hijas fijadas al padre, que aún no han logrado desvincularse de la «*novela familiar*»; falta de autenticidad; desempeño forzado de papeles y fuga de la realidad, que puede llegar hasta la estafa; «*eternos*» adolescentes de ambos sexos; personalidades que no aceptan su propio rol sexual, misóginos o misántropos que se refugian, no pocas veces, en la homosexualidad; mujeres que «*castran*» o anulan, con un odio visceral, a los hombres; «*donjuanes*» con actitudes de venganza contra las mujeres; fobias; graves cuadros clínicos histéricos con sintomatología psíquica y somática. Esta última no se detiene en ninguna región

orgánica determinada; pero muestra una cierta predilección por las extremidades (parálisis histéricas).

Al sujeto sano con componentes histéricos en su personalidad le gusta el riesgo, es emprendedor, es amigo de las novedades; es flexible, adaptable, vivaz, a menudo fogoso, con un entusiasmo contagioso y espontáneo; le agrada improvisar y probar las innovaciones. Se desenvuelve brillantemente en sociedad y jamás aburre; es ocurrente; siempre tiene algo que contar; ama todo lo que tiene principio; está lleno de representaciones optimistas acerca de la vida. Todo inicio le parece viene cargado de posibilidades. «*En todo comienzo anida un encanto*», dice el lema que encabeza este capítulo. Lo pone todo en movimiento, rompe con las tradiciones y dogmas estrechos y anticuados. Tiene algo irresistible y mucha simpatía, que sabe utilizar deliberadamente. No se toma nada demasiado en serio, a excepción quizás de sí mismo, ya que sabe lo relativas que son la mayoría de las cosas de acá abajo. Se ve más capacitado para impulsar algo, que ir realizando, con constancia y paciencia, lo que se ha planeado de antemano; pero precisamente su impaciencia, su curiosidad y falta de interés por el pasado son las que le hacen ver y aprovechar ciertas oportunidades, que otros caracteres no advierten o se encuentran impedidos. Obstinado y atrevido como es, puede considerar la vida como una emocionante aventura; su objetivo primordial es gozar de ella de la manera más rica, intensa y plena.

CONSIDERACIÓN FINAL

«Si cada cual conociera bien a los demás, ¿acaso no sabría disculparles de corazón? Ya no habría soberbia» (HAFIS).

Detrás de las cuatro formas básicas de la angustia, se esconden problemas de orden humano general, que todos hemos de afrontar. Cualquiera de nosotros tropieza con alguna de las distintas formas de angustia de la donación, las cuales tienen en común el sentimiento de amenaza a nuestra existencia, a nuestro espacio vital o a la integridad de nuestra persona. En efecto, la sinceridad, la confianza, el cariño, el amor pueden suponer un riesgo, ya que es entonces cuando estamos más indefensos y somos más vulnerables; hemos de ceder algo de nosotros mismos, entregar un pedazo de nuestro propio ser a un semejante. Por eso, la angustia de donación va unida a la angustia de la pérdida del *yo*.

Cada uno ha de enfrentarse igualmente con la angustia de devenir *uno mismo*, angustia de individuación, que, dentro de las diversas formas, tiene como denominador común la angustia de soledad. En efecto, la individuación comporta un desarraigo del amparo y cobijo universal. Cuanto más *nosotros mismos* seamos, tanto más solos estaremos, puesto que es entonces cuando se experimenta más intensamente el aislamiento.

Cada uno se enfrenta asimismo, a su modo, con la angustia de la transitoriedad. Vivenciamos ineludiblemente que algo llega a su fin, cesa, ya no está ahí. Cuanto más firmemente queramos retener, conservar algo, tanto más sucumbiremos a esta angustia, cuyas diversas facetas acusan por igual la angustia de la transformación y el cambio.

Por último, cada uno se enfrenta también con la angustia de

la necesidad y de lo denitivo, en toda su crudeza; las diferentes configuraciones apuntan a la angustia de la fijación. Cuanto más aspiremos a la libertad, al libre albedrío limpio de todo compromiso, tanto más temblaremos ante la lógica y las limitaciones de la realidad.

Dado que las grandes angustias de nuestra existencia, que tan importantes son para nuestro desarrollo y maduración, no pueden eludirse, pagamos el intento de escapar a ellas, con multitud de pequeños y triviales temores. El miedo neurótico puede referirse prácticamente a todo; sólo cabe resolverlo, cuando reconocemos la angustia propiamente dicha que está detrás de todos ellos y le hacemos frente. Dentro del desplazamiento, tergiversación, conversión en algo anodino, caricatura de la angustia vital, se aparece el miedo neurótico como un fenómeno absurdo, pero nos atormenta y preocupa. Hemos de entenderlo, sin embargo, como un signo de alarma; indica, de algún modo, que no somos justos, que deseamos evitar, en lugar de afrontarlo, algo esencial que dicho miedo intenta encubrir. El encuentro con las grandes angustias es un aspecto parcial de nuestras vías de maduración. El desplazamiento hacia el miedo neurótico sustitutivo no sólo ejerce un efecto de inhibición, sino que nos sustrae a tareas más importantes de nuestra vida y corresponde a la actividad de nuestro «ser humano».

La angustia, con las formas básicas que hemos descrito, alcanza pues, una relevante significación. No es tan sólo un mal que ha de conjurarse en lo posible, sino también — muy pronto en nuestra vida — un factor inexcusable de nuestro desarrollo. Allí donde experimentamos una de las grandes angustias nos hallamos ante una de las mayores exigencias de la vida. Con la aceptación de la angustia y el intento de superarla, crece en nuestro interior un nuevo poder. El dominio sobre la propia angustia es una victoria que nos hace más fuertes; la huida es una derrota que nos debilita.

Como ha podido verse en las biografías que hemos expuesto, nuestra angustia tiene unos antecedentes, un historial. La magnitud, la intensidad y el objeto de nuestro miedo de adultos están siempre prefigurados y codeterminados por nuestros temores infantiles. Aquella persona cuya infancia ha seguido un curso feliz y

satisfactorio se halla, por lo general en situación, si es que no la afectan unos golpes extraordinarios del destino, de elaborar y asimilar su angustia básica, al menos de una manera que le impide enfermar, puesto que ha logrado unos cimientos estables para su personalidad.

En cambio, aquel que estuvo sometido prematuramente a un miedo y a unas sobrecargas impropias de su edad, que no encontró ayuda entre los que le rodeaban, experimentará la angustia, más adelante, de un modo mucho más peligroso y opresivo, ya que activa en él viejos temores no asimilados, procedentes de las primeras etapas de su vida. Alguna de las modalidades de la psicoterapia puede servirles para elaborarlos; también puede prestarle un recurso eficaz, en esos estados de ansiedad difícilmente soportables, que considerados desde la vertiente de la realidad no permiten comprender toda la magnitud de la angustia básica. Hay que hacerle ver claramente que se trata, por lo común, de una reactivación de los temores infantiles, frente a los cuales se veía entonces inerme; que ha sabido desarrollar, desde esas lejanas etapas, unas energías de las que en esa época carecía: la confianza, la esperanza, el valor y una visión más clara de sí mismo.

Profundas, en verdad, son las palabras que RILKE dijo del hombre: «Haz que conozca de nuevo su infancia, lo inconsciente, lo maravilloso y lo que es infinitamente rico y oscuro, legendario ciclo de sus primeros años, llenos de presentimientos.» Por desgracia, no es así para muchos; esos primeros años fueron más tenebrosos que ricos, más penosos que llenos de presentimientos, más frustratorios que maravillosos. También para ellos puede constituir, empero, una buena ayuda el revisar y asimilar el pasado, mediante un proceso psicoterapéutico de recuperación del desarrollo interior y de liberación, hasta donde sea posible, de sus prejuicios. La conjunción de nuestras disposiciones con el entorno en que hemos nacido — entorno, en el sentido más amplio de la palabra — es lo que denominamos destino. Es nuestra infancia la que plasma ese nuestro destino. Según dice GOETHE: Es «la forma troquelada que, como vive, se desarrolla». Es precisamente la psicoterapia la que nos ha brindado la posibilidad de reconocer que mucho de cuanto creíamos tener que aceptar como destino es consecuencia de los

Consideración final

daños que nos ha ocasionado, en nuestros primeros años, el medio en que hemos vivido, daños que pueden repararse.

Es importante señalar que, en ese temprano modelado, desempeña un papel esencial la sociedad que nos circunda. Si no la hemos tomado en cuenta aquí, no ha sido por rebajar su importancia, sino porque, en la infancia, son los padres las principales personas de referencia. Las influencias sociopsicológicas afectan al niño de una manera directa e inmediata, por mediación de sus progenitores, es decir, con la actitud de éstos respecto de la sociedad, la autoridad, el trabajo, la religión, la sexualidad, etc. Por eso, en la postura equivocada de los padres con respecto a los hijos se halla también incluida una cierta crítica de la sociedad, por cuanto ellos, como miembros de una comunidad, una cultura, una clase social o una ideología dominante les transmiten las correspondientes exigencias e imposiciones. La sociedad, el Estado, etc. han de enfrentarse asimismo con las cuatro angustias básicas. Ahora bien, su respuesta a las mismas será distinta, según sea la mentalidad que prive en esos momentos.

Al aludir a las cuatro formas básicas de angustia, es decir, a los cuatro impulsos o exigencias fundamentales, diremos que se trata de algo que cabe generalizar algo básico, inalterable e inherente a nuestra existencia. Así parece desprenderse del hecho de que contamos, en esencia, con cuatro posibilidades de réplica a toda situación vital. A cada relación humana, a cada misión o exigencia podemos responderle de cuatro modos distintos: podemos distanciarnos de ella, mediante el conocimiento, o identificarnos con ella, mediante el amor; podemos adoptarla como ley o intentar transformarla, a placer. Toda misión capital, toda decisión, todo encuentro humano fundamental, todo acontecimiento funesto es un portador potencial de las cuatro posibilidades de réplica. Constituye un signo de vitalidad el disponer de ellas, cuando haga falta, habida cuenta de las características de cada caso; pero no sólo esto. A menudo, una determinada relación humana nos exige experimentar simultáneamente los cuatro impulsos bien combinados. Pensemos, por ejemplo, en la educación: ésta le pide al educador tanto un amable distanciamiento, del que necesita para poder conocer y tratar con delicadeza la idiosincrasia del niño, como una actitud

Consideración final

afectuosa y empática, que le posibilite a éste cobrar confianza; pide también una sana firmeza y una conducta consecuente, para que el pequeño vivencie las ordenaciones; pide, por último, respeto al temperamento del muchacho, o sea, no querer formarle con arreglo a las ideas del educador sino de acuerdo con su carácter, so pena de alienarlo.

Sólo con limitaciones puede el individuo ser tan «completo», ya que como seres humanos somos imperfectos e incompletos; pero creo que es importante aspirar, a partir del núcleo de nuestro temperamento, que nos reduce como individuos, a la totalidad, la perfección. Debido a la constitución somatopsíquica congénita, a las experiencias individuales y al comportamiento adquirido, debido asimismo al proceso interno que contribuyó a modelar la personalidad y el carácter, cada uno de nosotros posee horizontes y barreras, imperfecciones y cortapisas. Este individuo procurará admitir sus limitaciones y vivir del modo más provechoso posible, ya que sabe que la «plenitud» no es alcanzable. Así podrá convertirse en representante de una de las cuatro actitudes básicas, en exponente de uno de los cuatro impulsos fundamentales; tenderá así a la mayor perfección posible. Ese otro se esforzará por aproximarse cada vez más a la totalidad, ya que sabe que la «perfección» *ut sic* es inalcanzable y que no cabe una maduración personal sin contar con el propio modo de ser. Si la grandeza de uno estriba en la renuncia consciente a cosas lícitas y en un consecuente perfeccionamiento del propio temperamento, dentro de ciertos límites, la de otro consistirá en asimilar aquello que es ajeno a su modo de ser para el propio mejoramiento. La perfección y la plenitud, metas ideales pero imposibles de lograr, sólo admiten una aproximación.

Si aplicamos lo dicho a las cuatro tendencias básicas, diremos que cabe intentar ser fieles a nosotros mismos, defender nuestra individualidad, evitar todo tipo de dependencia, comprender el mundo, mediante el conocimiento, y vivir sin temor nuestro propio ser.

Cabe intentar liberarse de un yo que nos estrecha y reduce, por medio de la unión con los demás, del amor y el desinterés, por el que nos ponemos en el lugar del otro, con una entrega y una renuncia a nosotros mismos trascendente y libre de trabas.

Cabe intentar reconocer como algo eternamente válido cuanto se nos presenta como verdadero, bueno y bello, para cuya perduración luchamos contra influencias cambiantes y pasajeras, que pretenden cuartearlo y destruirlo, y asentamos firmemente las leyes y ordenaciones que hemos reconocido como necesarias.

Siempre podemos querer nuestra libertad, afirmar la constante transformación de la vida, adoptar para ello, en contraposición con la actitud «apolínea» que acabamos de describir, una actitud «dionisiaca» que afiance la vida con toda su terrible grandeza y encontrar el reflejo de ésta en la propia alma.

Siempre podemos, como el esquizoide, eludir el contacto humano por la angustia de pérdida del *yo*; siempre podemos, como la personalidad depresiva, seguir vinculados a los otros, por la angustia de soledad; siempre podemos, como la personalidad obsesiva quedar fijados a las cosas habituales, por la angustia de la transitoriedad; siempre podemos, como el histérico, caer en el capricho, en la arbitrariedad, a fin de evitar la angustia de la necesidad y de lo definitivo. En cada caso, se rehúye alguna de las grandes exigencias de la vida y, en igual medida, se fragmenta nuestra humanidad.

Señalaremos también que dos estructuras de la personalidad que se complementan por antinomia suelen ejercer una mutua atracción instintiva, una recíproca fascinación. Nada nos seduce más que el hecho de que otro goce de algo que nosotros intuimos podría ser nuestro, pero que quizás reprimimos o bien no hemos aprendido o no nos ha sido posible vivir. Es como si deseásemos alcanzar la «totalidad», mediante la unión con el tipo contrario; es como si buscáramos una plenitud que nos saque de nuestra limitación y cortedad individuales, lo cual constituye una parte esencial de la fascinación que los sexos irradian.

En este sentido, suelen atraerse mutuamente, por una parte, las personalidades esquizoides y depresivas; por otra, las obsesivas y las histéricas. ¿Es que nuestra aspiración inconsciente a la plenitud alcanza su expresión en el deseo de hallar en la pareja aquello que nos falta? ¿Es que vislumbramos una probabilidad de liberarnos de las ataduras representadas por la fatal fijación a una estructura? En todo caso, la atracción de antinomia sugiere la posi-

bilidad de tal complemento. Sólo cuando nos hallamos dispuestos a aceptar las reacciones del carácter del prójimo, sólo cuando queremos comprenderle, podemos descubrir y desarrollar aquello que es también «otro» y distinto, en nosotros mismos. Desde luego, en la realidad de la vida, las cosas son diferentes: cada cual se esfuerza por atraer al otro a su propia órbita e intenta formarlo «a su imagen y semejanza», con lo que no sólo se pierde la tensión creadora, sino que suelen surgir luchas encarnizadas. Cabe también que no se entienda la manera de ser tan diferente del otro, por falta de empatía o porque se mide el comportamiento ajeno «con un mismo rasero»; claro está, el del observador.

El hecho de que se atraigan instintivamente una personalidad esquizoide y una depresiva se basa casi siempre en lo siguiente: la esquizoide intuye la disposición y la capacidad de amar, la abnegación, la empatía y la modestia de la segunda. Capta, en cuanto es posible, la posibilidad de salvarse de su aislamiento, la posibilidad de vivir, por medio del otro, algo que jamás había podido experimentar antes: poder confiar y sentirse realzado. Aquí la fascinación consistiría en que el esquizoide intuye en la personalidad depresiva unas facultades que también él posee, pero que no se pusieron de manifiesto en su proceso evolutivo. A aquélla le seduce del esquizoide el que éste viva algo que ella no se atrevió o no pudo vivir: ser un individuo independiente, sin angustia de soledad, ni sentimientos de culpa. Al mismo tiempo, advierte que se trata de alguien que necesita urgentemente de su amor. En el ejemplo que expusimos más arriba, vimos cómo llega el fracaso. En efecto, cuando el esquizoide descubre la absorbente tendencia de la personalidad depresiva a fijarlo a sí misma moviliza su angustia de dependencia; cuando la personalidad depresiva se da cuenta de la inclinación a la independencia por parte del esquizoide, pone en marcha su angustia de soledad. Entonces se agudizan en ambos los respectivos complejos y caen en la incompreensión el uno del otro.

A las personalidades que hemos definido como obsesivas les encanta la vivacidad, el gusto por el peligro y la aceptación de lo novedoso del tipo contrario al suyo, el histérico. Aquél se muestra excesivamente apegado a lo habitual; busca siempre la seguridad,

Consideración final

con lo que limita innecesariamente su propia vida, de lo cual él mismo se da cuenta. Por su lado, la personalidad histérica se siente atraída por el tipo antagónico, que posee estabilidad, solidez, lógica y fiabilidad, el orden que a él le falta. También pueden darse dramáticas complicaciones, cuando cada uno quiere imponer al otro, empujando por la angustia específica, su propio modo de ser. La personalidad obsesiva contribuye a acentuar la histeria de su pareja, con su deseo de perfeccionismo, pedantería, excesiva minuciosidad, afán de querer tener siempre razón y de dominar. El histérico se ahoga. La corrección, sobriedad y sentido práctico de la personalidad obsesiva, que oculta detrás de tales actitudes su angustia de cambio y transformación, somete a su pareja a una vida planificada, sin brillo, ni variaciones, ni improvisación, ni relajamiento de la rutina diaria, ni pequeñas alegrías, cosas de las cuales necesita tanto como de una confirmación amorosa y que se le dosifican, por miedo a tratarla con demasiados mimos. La personalidad histérica, a causa de su angustia de fijación, irrita y molesta cada vez más a la personalidad obsesiva o le mueve a resignarse o ceder ante su falta de lógica y formalidad, así como ante su carácter contradictorio, que empleará entonces deliberadamente como mecanismo de defensa; sobre todo por sus exigencias, que le harán adoptar a la personalidad obsesiva medidas cada vez más estrictas. Ambos vivirán juntos, pero en el fondo separados, con lo que perderán la posibilidad de integrar elementos complementarios.

La salvación tan sólo puede venir de la comprensión de que el uno es distinto del otro, de tomar en serio el carácter de la pareja, de no endurecer aún más, por angustia, la propia estructura. Cuando los tipos son muy dispares, esto apenas se puede lograr: acrecientan su ansiedad, ante el modo de ser del otro y se han de proteger contra dicha ansiedad. Entonces no sienten ya fascinación alguna por el tipo contrario, sino sólo inquietud y alejamiento.

A la luz de estos datos, el conocer las cuatro actitudes y las cuatro formas básicas de angustia puede constituir una valiosa ayuda para las relaciones amorosas, igual que en otros contactos humanos. Dada la tendencia, tan generalizada hoy día, a romper los vínculos que unen a un hombre y a una mujer, a raíz de las primeras frustraciones y desengaños, se pierde la posibilidad

Consideración final

de continuar madurando uno mismo con la comprensión del otro.

Comoquiera que las cuatro formas de «estar en el mundo» son fundamentalmente posibilidades que están implícitas en nuestra esencia, hay que decir que tales posibilidades se han dado y se darán siempre. Las diversas épocas, culturas, estructuras sociales y condiciones comunes de vida, las ideologías y escalas de valores vinculadas a cada período, así como las actitudes éticas, religiosas, políticas y económicas destacan, a su manera, las cuatro angustias básicas, con lo que valoran de modo distinto los tipos estructurales. Así, hay épocas enteras sujetas al predominio de uno de los cuatro tipos estructurales. Con la supremacía del tipo de turno podía desarrollarse mejor la actitud correspondiente, pero la colectividad rechazaba o infravaloraba la actitud del tipo contrario.

Una cultura agrícola y sedentaria favorece aquellos rasgos que tienden a conservarla; de ahí la tendencia a cuidar la tradición, las experiencias transmitidas sin modificaciones, la seguridad, la posesión y la continuidad, rasgos todos ellos que hemos reservado para la personalidad obsesiva. La urbanización e industrialización a que asistimos hoy día y que nos han desarraigado de nuestro ambiente natural — muchos las consideran actividades despojadas de alma y que amenazan conducirnos a procesos de cosificación — han traído consigo, como todo desarraigo, la formación de una población esquizoide claramente reconocible, por cuanto desvincula a los sujetos y descuida lo afectivo, favorecido todo ello por la tecnocracia, que se ha vuelto omnipotente. Así, pues, es importante para nosotros acentuar el aspecto positivo de la esquizoidia, es decir, la aspiración a la individuación, no como una postura de anacoretas — aislamiento y egocentrismo —, sino como la misión de ponerse al servicio de una entidad superior y supraindividual. Por otra parte, debería enseñarnos a cultivar más conscientemente la actitud de antinomia orientada hacia valores emocionales y humanos.

El régimen patriarcal, que se encamina rápidamente hacia su ocaso, con sus típicos rasgos de poder y autoridad absolutos, su fijación a tradiciones e instituciones por él establecidas, constituía la expresión del predominio de lo obsesivo, pero no ya sobre una base orgánica, como en las culturas campesinas, sino encauzado abiertamente hacia el poder, la opresión y la explotación de los

súbditos y de los débiles. Con ello, reactivó el polo opuesto, como se advierte en las formas extremas de educación antiautoritaria, en la ola de sexualidad, en la disolución de los tabúes y, en plan positivo, en la búsqueda de nuevas libertades. En toda colectividad, existe también la tendencia al complemento, a la compensación de desigualdades patógenas, proceso de autorregulación que se descubre, la mayoría de las veces, tarde y da lugar, por una ley pendular a la eclosión de lo reprimido, con tanta mayor fuerza, cuanto más extremada era la actitud anterior.

Existe indudablemente una relación entre las cuatro formas de «estar en el mundo» y las edades de la vida; entre los impulsos fundamentales y los cursos biológicos. Una vez superadas las fases de desarrollo de la primera infancia, predomina habitualmente, en la adolescencia, lo centrífugo, el sentimiento optimista de que tanto nosotros, como el mundo en general, nos hallamos llenos de posibilidades, de que el porvenir se abre de par en par; nos lanzamos a la vida llenos de esperanza y con ganas de aventuras.

En los llamados «mejores años», va en aumento la tendencia a crearnos un *status* sólido y a organizarnos dentro de él; destacan las fuerzas centrípetas y una inclinación por determinadas metas; es entonces cuando construimos nuestra esfera de poder y posesión. Le sigue el perfeccionamiento de sí mismo en la profesión, el matrimonio, la paternidad.

En la edad madura, hay muchos que experimentan una transformación; se intensifica el deseo de actuar ciertas posibilidades propias, que la vida diaria con sus deberes y obligaciones había vedado. Olvidados ya de nosotros mismos deseáramos liberarnos de la fijación a nuestro *yo*; brotan entonces, con formas nuevas, cuestiones relativas al sentido de nuestra existencia, necesidades de orden metafísico trascendental. Hemos de ir aprendiendo poco a poco a desprendernos de las cosas y a digerir el concepto de transitoriedad.

Finalmente, en la vejez, tomamos conciencia de la muerte que se acerca y nos encaramos con una nueva forma de soledad. Quizás logremos la sabiduría de encajar esta nuestra última soledad y nos sintamos partícipes de lo «humano en sí», con la certidumbre, de que somos parte de un gran todo, al cual no tardaremos en

regresar. La palabra alemana *allein* significa *solo* y también (*all* = todo; *ein* = uno) el ser todo y uno. Naturalmente, al establecer una correspondencia con las edades de la vida, entendemos se trata de meras observaciones, que nos permiten, empero, sospechar la existencia de una «ley de vida».

A lo mejor se va más allá. Hacia mitad de la vida, nos parece estar recorriendo de nuevo las primeras fases de nuestro desarrollo, si bien en un plano superior; tenemos que superar otra vez el miedo y las angustias de la infancia. Se inicia este fenómeno al darnos cuenta de que el futuro que tenemos ante nosotros se reduce, de que no nos hallamos ya ante un abanico de posibilidades; de este modo, nos enfrentamos nuevamente a la angustia de lo definitivo. Luego, reconocemos que cuanto hemos creado, tanto los bienes materiales como los espirituales, se modifica en nuestras manos; que nuestra vitalidad va cediendo; que nada es absoluto y duradero. Aquí nos tropezamos de nuevo con la angustia de la transitoriedad y de la caducidad. Experimentamos también dolorosas separaciones: los hijos nos abandonan para fundar un hogar y perdemos a personas muy allegadas. Comenzamos a entender lo que significa dejar este mundo y desprendernos de bienes y seres queridos. Esto reaviva la angustia de soledad; al final del camino, nos espera la muerte. ¡Morir! No poder hacer partícipe de ella a nadie, no poder llevarnos a nadie para que nos acompañe. Por última vez, nos vemos asediados por la angustia de la donación, supremo acto de entrega de nosotros mismos. El ciclo de nuestra existencia se cierra así, con este paso postrero, sin haber despejado la gran incógnita con que dimos el primero.

Multitud de personas, desde luego, que no se atrevieron a afrontar los hechos, repiten literalmente tales etapas. No aceptan la vejez. Quieren permanecer jóvenes a todo trance; se aferran con tanta mayor avidez a sus posesiones, cuanto más claramente comprueban que se les va el tiempo y que pierden fuerzas. Vuelven a ser niños; sólo muestran interés por la comida, la bebida y su salud. Acaban siendo ancianos, tan desvalidos como los bebés.

Quizás el lector se haya sentido defraudado, cuando al intentar reconocerse en una de las cuatro estructuras de la personalidad descritas, no haya conseguido encasillarse en ninguna de ellas. Todo

lo más, habrá encontrado en sí algo de cada una. Esto viene a demostrar, a mi juicio, lo próximas que se hallan a la vida y a la realidad las angustias básicas y los tipos estructurales, que por decirlo así, no se dan «puros». Tal «pureza» pertenecería más a nuestra necesidad racional de afirmaciones claras y de definiciones exhaustivas, que a la realidad en sí. Si los impulsos básicos y las angustias correspondientes son hechos humanos generales; si su formación depende de las primeras fases del desarrollo, fases que todos tenemos que recorrer, hay que conocerlos por las implicaciones que comportan. De acuerdo con esto, cabe afirmar que, en cierto sentido, tanto más seres vivientes seremos, cuantos más rasgos de cada uno de los cuatro tipos contemos, es decir, cuando no echemos a faltar ninguno de los impulsos básicos. Ello indicaría que fuimos capaces de recorrer, de una manera relativamente sana, las fases infantiles, en las cuales dichos impulsos y dichas angustias recibieron su primer troquelado. Por eso, las estructuras de la personalidad más acentuadas corren un mayor riesgo y atestiguan la importancia de la primera infancia respecto de un sano desarrollo.

El destino marcado, durante nuestro desarrollo, por los cuatro impulsos básicos depende de la coincidencia de los siguientes factores: traemos al mundo una «primera naturaleza», a la cual se refiere la astrología (véase el horóscopo); a ella se le suman las disposiciones congénitas, que no conocemos sino en el transcurso de nuestro desarrollo; mediante la confrontación con nuestro entorno, logramos adquirir nuestra «segunda naturaleza», que viene a ser como un enturbiamiento o alienación de la primera, debido a las influencias del ambiente. Si esta alienación se hace demasiado grande; si entre nuestra primera naturaleza y nuestras disposiciones, por una parte, y la segunda naturaleza — fruto de vivencias adquiridas e inculcadas —, por otra, la discrepancia es excesiva, enfermamos. Los ejemplos aducidos muestran claramente los efectos patógenos del entorno, sobre todo el del hogar de los más tiernos años, que representa siempre el ambiente sociocultural, más amplio, en el que se halla inmerso, ya que los padres — consciente o inconscientemente — aprueban o repudian las normas colectivas dominantes; una vez matizadas, las transmiten a sus hijos, los cuales, a su vez, las admiten o rechazan, a tenor de la actitud paterna al respecto.

Fuera de ciertos abandonos más graves, que constituyen un signo de enfermedad en los padres, podemos afirmar que no sólo son éstos los que determinan el destino de sus hijos, sino que éstos también determinan el de aquéllos. La variedad de temperamentos y la enorme diferenciación que existe entre las personalidades individuales, así como la prolongada dependencia infantil, durante las primeras etapas de la vida, y la gran receptividad en relación con los trastornos del desarrollo hacen que el ser humano corra más riesgos que otros seres vivos. El hecho de que como padres le damos cariño a un hijo, de que nuestra capacidad de amor fluya fácilmente hacia él, de que nos agrade su modo de ser — aparte las ideas que alimentemos acerca del modo cómo debería ser y formarse — o de que, por el contrario, nos resulte difícil comprenderle, de que nos parezca raro, de que nos cueste trabajo quererle — en la forma que nosotros podemos y él espera de nosotros —, de que nos cause preocupaciones, que hacen que nos sintamos incapaces de aceptarle tal cual es, de que llegue a convencernos de que no somos los padres que él querría tener y necesita, todo ello configura tanto su destino, como el nuestro y va más allá de toda culpa. Lo que podemos hacer para evitarles a nuestros hijos graves perjuicios es adquirir más y mejores conocimientos acerca de sus necesidades, durante las primeras etapas de su vida, y acerca de nuestros probables errores en su educación; por otra parte, la posibilidad de atajar pronto y corregir, si cabe, tales perjuicios.

Aparte la «gran psicoterapia», disponemos actualmente de multitud de recursos: ludoterapia, asesoramiento educativo, psicoterapia conyugal o psicoterapia individual del miembro de la familia que perturba a los otros o del niño al cual éste trastorna. Respecto de la posibilidad de contraer enfermedades, consideramos, como cosa natural, desde hace tiempo, el que la medicina escolar preventiva sea obligatoria. Si se trata de males físicos nos parece lógico que se acuda al pediatra. Pero es curioso que no contemos aún con las debidas normas profilácticas para atender el estado psíquico de nuestros hijos y tratar los conflictos «padres-hijo» o «maestro-alumno», aun cuando sabemos en la actualidad que muchas enfermedades somáticas pueden tener consecuencias muy graves. Continuamos siendo unos ignorantes en este terreno, ya que seguimos ocasionando

daños al niño, daños que podríamos evitar, si nos esforzásemos un poco. Los padres, los educadores y las correspondientes instituciones nacionales deberían colaborar en este sentido y prestar mayor atención a la profilaxis de los procesos neuróticos, incluso por su propio interés.

Volvamos al tema de la angustia: si aceptamos que nos tortura, eso significa que nos hallamos sometidos a alguna actitud errónea o bien que nos asustamos y huimos ante una de las grandes exigencias de la vida, que no nos atrevemos a dar un paso adelante en nuestro desarrollo; ello nos puede ayudar a superar nuestro nivel actual de maduración interior y orientarnos hacia una nueva libertad, un nuevo orden y unas nuevas responsabilidades. Entonces, la angustia nos mostrará su aspecto positivo, creador y se convertirá en el motor que nos conduzca a una transformación de nosotros mismos.

Quizás nos pueda ayudar la comparación que hemos utilizado al principio de esta obra, conscientes de nuestra participación en las fuerzas dinámicas que, aunque contradictorias y opuestas entre sí, mantienen un orden incommovible en un equilibrio viviente, que nunca supone un paro o un reposo estático, ni tampoco llega nunca a degenerar en un caos. Todo exceso o todo fallo, en cualquiera de los impulsos cósmicos dinámicos, pondría en peligro nuestro sistema solar; seguramente lo destruiría. Ello, traducido al plano humano, indica que toda merma o ausencia de uno de los impulsos fundamentales, amenaza nuestro orden interior y puede desencadenar una enfermedad.

Con la participación en estas fuerzas cósmicas y, asimismo, la consiguiente modelación nuestra por obra de nuestro ámbito humano, se expresa el doble aspecto de nuestro ser:

a) El aspecto eterno por el que se trasciende el tiempo: la intervención del hombre en las leyes divinas y naturales.

b) El aspecto temporal: el hombre como ente histórico y como individuo único e irrepitible; en su enfrentamiento de su actitud frente al entorno anterior a él y que le ha sido dado como seres contingentes concretos, hemos escrito nuestra biografía individual e impreso nuestro sello propio, con todos sus defectos y cortapisas.

Como ser humano que participa de la naturaleza del hombre presentimos en nosotros una perfección y una plenitud, que nos hace elevar sobre nuestro pasado y sobre las limitaciones con que hemos ido cargando. Tenemos conciencia de lo que es común a todos en cuanto seres humanos y no está vinculado a un tiempo; una cultura o una raza, sino que es algo «propiamente humano».

Si hubiera alguien que hubiese superado y asimilado verdaderamente la angustia de donación; que pudiese abrirse a la vida y a los demás en amorosa confianza; que se atreviera a vivir su propia individualidad de un modo soberanamente libre, sin temor a perder amparo o cobijo; que, además, hubiese aceptado la angustia de la transitoriedad y, sin embargo, fuera capaz de configurar la trayectoria de su vida de un modo fructífero y lleno de sentido; que, por último, asumiese las leyes y normas de nuestro mundo y de nuestra existencia, consciente de su necesidad e inalterabilidad, pero sin temor de ver, por ello, coartada su libertad; si existiese un ser humano así, habría que asignarle, sin lugar a dudas, el nivel más alto de madurez interior y de calidad humana. Aun cuando sólo modestamente podamos aproximarnos a este ideal, creemos que es esencial conservar como meta la imagen de una rica y madura humanidad. No se trata de una ideología inventada por los hombres, sino del reflejo en el plano humano, del orden maravilloso del universo.

Biblioteca de Psicología

Textos Universitarios

Nueva serie de temas candentes, surgidos de la realidad viva y concreta, y relacionados con la psicología o disciplinas afines a ella.

Kaufman, G., Psicología de la vergüenza. 400 págs.

Eysenck, H.J., Tabaco, personalidad y estrés. 212 págs.

Hare, R.T. y Marecek, J., Marcar la diferencia. Psicología y construcción de los sexos. 256 págs.

Fisch, R., Weakland, J.H. y Segal, L., La táctica del cambio. Cómo abreviar la terapia. 336 págs.

Frankl, V.E., Ante el vacío existencial. 160 págs.

Crispo, R., Figueroa, E. y Guelar, D., Trastornos del comer. 160 págs.

Watzlawick, P. y otros autores, Cambio. 200 págs.

Lehr, U.M. y Thomae, H., La vida cotidiana. 328 págs.

Wittezaele, J.-J. y García, T., La escuela de Palo Alto. 416 págs.

Watzlawick, P., ¿Es real la realidad? 276 págs.

Watzlawick, P., El lenguaje del cambio. 176 págs.

Watzlawick, P. y otros autores, Teoría de la comunicación humana. 264 págs.

Nardone, G. y Watzlawick, P., El arte del cambio. 212 págs.

Lowen, A., El lenguaje del cuerpo. 408 págs.

Jansen, F. y Streit, U., Los padres como terapeutas. 328 págs.

Ochoa, I., Enfoques en terapia familiar sistémica. 280 págs.

Corman, L., El test PN. Manual primero. 284 págs.

Lehr, U., Psicología de la senectud. 436 págs.

Riemann, F., Formas básicas de la angustia. 244 págs.